CAPÍTULO XII
APOLOGÍA DE RAMÓN SIBIUDA[1]

a | La ciencia es sin duda una cualidad muy útil e importante; quienes la desdeñan dan prueba suficiente de su estupidez. Pero yo no aprecio su valor, sin embargo, en la extrema medida que algunos le atribuyen, como el filósofo Erilo, que establecía en ella el bien supremo y que la consideraba capaz de hacernos sabios y felices.[2] No lo creo así, ni creo en aquello que han dicho otros: que la ciencia es la madre de toda virtud, y que todo vicio es producido por la ignorancia.[3] Si es cierto, está sujeto a una larga interpretación. Mi casa ha estado desde hace mucho abierta a la gente de saber, y es muy conocida por ellos. Mi padre, que la ha gobernado durante más de cincuenta años, inflamado por el nuevo ardor con que el rey Francisco abrazó las letras y les brindó aceptación,[4] buscó, en efecto, con gran solicitud y gasto, el trato de los doctos. Los recibía en su casa como a personas santas y que tuvieran alguna particular inspiración de sabiduría divina, recogía sus opiniones y sus razonamientos como oráculos, y con tanta más veneración y escrúpulo porque carecía de capacidad para juzgarlos, pues no tenía conocimiento alguno de las letras, como tampoco sus predecesores. Por mi parte, las estimo mucho, pero no las adoro.

Entre otros, Pierre Bunel, hombre de gran reputación de saber en su tiempo,[5] que, tras detenerse unos cuantos días en Montaigne, en compañía de mi padre, con otros hombres de su condición, le regaló, al partir, un libro que se titula *Theologia naturalis siue liber creaturarum magistri Raymondi de Sebonde*.[6] Y, dado que la lengua italiana y la española eran familiares a mi padre, y que este libro está compuesto en un español chapurreado con terminaciones latinas, esperaba que con muy poca ayuda podría sacar provecho de él, y se lo recomendó como un libro muy útil y apropiado para el tiempo en que se lo dio. Era el momento en que las novedades de Lutero empezaban a adquirir crédito, y a socavar en muchos sitios nuestra antigua creencia. En esto su opinión era muy certera. Preveía bien, por

la vía del razonamiento que este inicio de enfermedad degeneraría fácilmente en un execrable ateísmo.[7] Porque el vulgo,[8] al carecer de la facultad de juzgar las cosas por sí mismas,[9] y al dejarse llevar por la fortuna y por las apariencias,[10] una vez que se le ha puesto en las manos la audacia de despreciar y escrutar las opiniones que había tenido en extrema reverencia, como son aquellas en las cuales está en juego su salvación, y una vez que se han sometido algunos artículos[11] de su religión a duda y examen enseguida arroja fácilmente en la misma incertidumbre los demás componentes de su creencia, que no tenían en él más autoridad y fundamento que aquellos que le han socavado; y sacude como un yugo tiránico todas las impresiones que había recibido por la autoridad de las leyes o la reverencia del uso antiguo,

b | *Nam cupide concultatur nimis ante metutum;*[12]

[Pues se pisotea con ardor aquello que antes se temió demasiado];

a | intentando, a partir de entonces, no aceptar nada a lo que no haya interpuesto su decisión y a lo que no haya prestado su particular consentimiento.[13]

Pues bien, unos cuantos días antes de su muerte, mi padre, que había encontrado por casualidad este libro bajo un montón de papeles abandonados, me mandó que se lo vertiera al francés. Es grato traducir a los autores como éste, en los cuales apenas ha de reproducirse otra cosa que la materia; en cambio, es peligroso acometer a los que han concedido mucho a la gracia y a la elegancia del lenguaje, *c* | especialmente cuando hay que trasladarlos a un idioma más débil. *a* | Era una tarea muy extraña y nueva para mí; pero, dado que, casualmente, en aquel entonces estaba ocioso, y que nada podía rehusar a la orden del mejor padre que jamás existió, la llevé a cabo como pude. Él quedó singularmente complacido, y encargó que la hicieran imprimir, cosa que fue ejecutada tras su muerte.[14]

Yo hallaba hermosas las figuraciones de este autor, la contextura de su obra bien trabada, y su propósito lleno de

piedad. Dado que muchas personas se entretienen leyéndola y sobre todo las damas, a quienes debemos mayor servicio me he encontrado a menudo con la posibilidad de auxiliarlas, para descargar su libro de dos objeciones principales que se le plantean. Su finalidad es audaz y valerosa, pues intenta, mediante razones humanas y naturales, establecer y verificar contra los ateos todos los artículos de la religión cristiana.[15] En ello, a decir verdad, me parece tan firme y tan afortunado que no pienso que sea posible hacer nada mejor en este asunto, y creo que nadie le ha igualado. Como me parecía una obra demasiado rica y demasiado bella para un autor cuyo nombre es tan poco conocido, y del cual sólo sabemos que era español y que profesó la medicina en Toulouse hace unos doscientos años, en cierta ocasión le pregunté a Adrien Turnèbe, que lo sabía todo, qué podía ser este libro.[16] Me respondió que pensaba que era alguna quintaesencia extraída de santo Tomás de Aquino, porque en verdad este espíritu, lleno de una erudición infinita y de una sutileza admirable, era el único capaz de tales imaginaciones.[17] Sea como fuere, quienquiera que sea su autor e inventor —y no es razonable privar sin mayor motivo a Sibiuda de este título—, era un hombre muy capaz y dotado de muchas bellas cualidades.

La primera reprensión que se formula contra su obra es que los cristianos se perjudican a sí mismos al pretender apoyar por medio de razones humanas su creencia, que se concibe sólo por fe, y por particular inspiración de la gracia divina. En esta objeción parece haber cierto celo piadoso, y, por tal motivo, debemos tratar de responder a quienes la presentan con mucha más benevolencia y respeto. Sería más bien el cometido de un hombre versado en teología que el mío, que lo ignoro todo al respecto.

Sin embargo, considero que en cosa tan divina y tan elevada, y que sobrepasa a tal punto la inteligencia humana, como es esta verdad con la cual la bondad divina ha tenido a bien iluminarnos, es muy necesario que nos siga prestando ayuda, con favor extraordinario y privilegiado, para poder concebirla y albergarla en nosotros. Y no creo que los medios puramente

humanos sean en absoluto capaces de ello. Y, si lo fueran, tantas almas singulares y excelentes, y tan abundantemente provistas de fuerzas naturales en los siglos antiguos, no habrían dejado de alcanzar tal conocimiento con su razón. Sólo la fe abraza viva y ciertamente los altos misterios de nuestra religión. Pero eso no significa que no sea una empresa muy bella y muy loable acomodar también al servicio de nuestra fe los instrumentos naturales y humanos que Dios nos ha concedido. No debe dudarse de que éste es el uso más honorable que podríamos darles, y de que no existe quehacer ni propósito más digno de un cristiano que dirigir todos sus esfuerzos y pensamientos a embellecer, extender y amplificar la verdad de su creencia. No nos basta servir a Dios con el espíritu y el alma; le debemos también, y le rendimos una veneración corporal; aplicamos aun nuestros miembros y nuestros movimientos, y las cosas externas, a honrarlo.[18] Hay que hacer lo mismo, y acompañar nuestra fe con toda la razón que hay en nosotros, pero siempre con la reserva de no considerar que dependa de nosotros, ni que nuestros esfuerzos y argumentos puedan alcanzar una ciencia tan sobrenatural y divina.

Si no entra en nosotros por una infusión extraordinaria, si entra en nosotros no ya por la razón sino aun por medios humanos, no se halla en su dignidad ni en su esplendor. Y lo cierto es que sospecho, sin embargo, que no la poseemos más que por esta vía. Si nos adhiriésemos a Dios por medio de una fe viva, si nos adhiriésemos a Dios por Él, no por nosotros, si tuviéramos una base y un fundamento divinos, los motivos humanos no tendrían el poder de socavarnos, como lo tienen; nuestro fortín no se rendiría ante un cañoneo tan débil. El amor a la novedad, la coacción de los príncipes, la buena fortuna de un bando, el cambio temerario y fortuito de nuestras opiniones, no tendrían fuerza para sacudir y alterar nuestra creencia; no la dejaríamos enturbiar a la merced de un nuevo argumento ni por la persuasión ni siquiera de toda la retórica que jamás ha existido. Resistiríamos esas oleadas con una firmeza inflexible e inmóvil:

Illisos fluctus rupes ut uasta refundit,
et uarias circum latrantes dissipat undas
mole sua.[19]

[Como la vasta roca rechaza con su masa las olas que chocan con
ella y dispersa las aguas abundantes que rugen a su alrededor].

Si el rayo de la divinidad nos tocara de alguna manera, se notaría en todo. No ya nuestras palabras, sino incluso nuestras acciones llevarían su brillo y fulgor. Todo lo que surgiría de nosotros, lo veríamos iluminado por esa noble claridad. Debería avergonzarnos que en las escuelas humanas jamás haya habido ningún adepto que, por mayor que fuese la dificultad y la extrañeza que defendiera su doctrina, no le acomodara de algún modo comportamiento y vida. Y una educación tan divina y celeste no señala a los cristianos más que por la lengua.

b | ¿Queréis verlo? Comparad nuestra conducta con la de un mahometano, con la de un pagano. Quedamos siempre por debajo. En cambio, dada la superioridad de nuestra religión, deberíamos brillar en excelencia a una extrema e incomparable distancia; y debería decirse: «¿Son muy justos, muy caritativos, muy buenos? Por consiguiente, son cristianos». *c* | Las demás apariencias son comunes a todas las religiones: esperanza, confianza, eventos, ceremonias, penitencia, mártires. El signo peculiar de nuestra verdad debería ser nuestra virtud, lo mismo que es también el signo más celeste y más difícil, y la más digna producción de la verdad. *b* | Tuvo por eso razón nuestro buen san Luis. Cuando el rey tártaro que se había hecho cristiano, planeaba venir a Lyon para besarle los pies al Papa y reconocer la santidad que esperaba hallar en nuestro comportamiento, le disuadió de inmediato. Temió, por el contrario, que nuestra desenfrenada manera de vivir le quitara el gusto por una tan santa creencia.[20] Aunque muy diferente fue lo que le sucedió después a otro que había acudido a Roma con el mismo fin. Al ver la disolución de los prelados y del pueblo de esa época, se afirmó con mucha más fuerza en nuestra religión, considerando cuánta fuerza y divinidad debía poseer para preservar su

dignidad y esplendor en medio de tamaña corrupción y en manos tan viciosas.[21]

a | Si tuviéramos una sola gota de fe, moveríamos las montañas de sitio, dice la santa palabra;[22] nuestras acciones, guiadas y acompañadas por la divinidad, no serían simplemente humanas; tendrían algo de milagroso, como nuestra creencia. *c* | *Breuis est institutio uitae honestae beataeque, si credas*[23] [Para formar una vida honesta y feliz se requiere poco tiempo, si crees]. Los unos hacen creer al mundo que creen lo que no creen. Los otros, más numerosos, se lo hacen creer a sí mismos sin saber penetrar en lo que es creer.

a | Nos parece extraño que en las guerras que en estos días oprimen nuestro Estado veamos fluctuar y variar los éxitos de manera común y ordinaria. Ello se debe a que nada aportamos que no sea nuestro. La justicia, que está en uno de los partidos, no está en él sino a manera de ornamento y escudo; es bien alegada, pero ni se la acoge ni se la alberga ni se la abraza. Está ahí como en boca de abogado, no como en el corazón y el sentimiento de la parte. Dios debe su auxilio extraordinario a la fe y a la religión, no a nuestras pasiones. Los hombres dirigen la religión y se sirven de ella. Debería ser justo al revés.[24] *c* | Observad si no es por nuestras manos que la llevamos a extraer, como de la cera, tantas figuras contrarias de una regla tan recta y tan firme. ¿Cuándo se ha visto esto mejor que en la Francia de nuestros días? Quienes la han cogido por la izquierda, quienes la han cogido por la derecha, quienes dicen negro, quienes dicen blanco, la aplican de modo tan semejante a sus violentas y ambiciosas empresas, se conducen con ella de una manera tan conforme en desbordamiento e injusticia, que vuelven dudosa y difícil de creer la diferencia que, según pretenden, hay en sus opiniones en aquello de lo cual depende la dirección y la ley de nuestra vida. ¿Es posible ver surgir de la misma escuela y enseñanza comportamientos más unánimes, más idénticos?

Ved la horrible impudicia con la que jugamos a la pelota con las razones divinas, y con qué irreligiosidad las hemos rechazado y retomado a medida que la fortuna nos ha movido

de sitio en estas tormentas públicas. En la tan solemne cuestión de si se permite al súbdito rebelarse y armarse contra su príncipe en defensa de la religión, recordad en qué bocas la respuesta afirmativa era, el año pasado, el arbotante de un partido, y la negativa de qué otro partido lo era; y escuchad ahora de qué lado llegan la voz y la enseñanza de una y otra, y si las armas resuenan menos por esta causa que por aquélla.[25] ¡Y quemamos a quienes sostienen que hay que hacer sufrir a la verdad el yugo de nuestra necesidad![26] ¡Pero hasta qué punto Francia hace algo peor que decirlo!

a | Confesemos la verdad. Si alguien seleccionara en el ejército, aun en el legítimo,[27] a quienes están en él tan sólo por el celo de un sentimiento religioso, e incluso a quienes no miran otra cosa que la salvaguarda de las leyes de su país o el servicio al príncipe, no podría formar una compañía de soldados completa. ¿Cómo se explica que sean tan pocos los que han mantenido la misma voluntad y el mismo camino en nuestros movimientos públicos, y que tan pronto los veamos marchando sólo al paso como corriendo sin freno, y a los mismos hombres ahora perjudicar nuestros intereses con su violencia y rudeza, y luego con su frialdad, blandura y torpeza?, ¿cómo se explica sino porque les empujan consideraciones particulares *c* | y accidentales, *a* | con arreglo a cuya variedad se mueven?

c | Veo de manera evidente que no le prestamos de buena gana a la devoción más servicios que aquellos que halagan a nuestras pasiones. No hay hostilidad tan excelente como la cristiana. Nuestro celo hace maravillas cuando secunda nuestra tendencia al odio, a la crueldad, a la ambición, a la avaricia, a la denigración, a la rebelión. A contrapelo, hacia la bondad, la benignidad, la templanza, si no lo conduce como por milagro algún raro temperamento, no va ni a pie ni con alas. Nuestra religión está hecha para extirpar los vicios; los esconde, los alimenta, los incita.

a | No debe ofrecerse a Dios la gavilla de paja, como suele decirse.[28] Si creyéramos en Él, no digo por fe sino por simple creencia, incluso —y lo digo para nuestra gran confusión— si creyéramos en Él y le conociéramos como otra historia

cualquiera, como a uno de nuestros compañeros, le amaríamos por encima de todo lo demás en virtud de la infinita bondad y belleza que resplandece en Él. Cuando menos, ocuparía el mismo rango en nuestro afecto que riquezas, placeres, gloria y amigos. *c* | El mejor de nosotros no teme ultrajarle como teme ultrajar al vecino, al pariente, al amo. ¿Existe entendimiento tan simple que, teniendo a un lado el objeto de uno de nuestros viciosos placeres, y al otro, con similar conocimiento y persuasión, el estado de una gloria inmortal, se avenga a trocar una cosa por la otra? Y, sin embargo, muchas veces renunciamos a ella por puro menosprecio. Pues ¿qué deseo nos arrastra a blasfemar si no es, quizá, el deseo mismo de la ofensa?

Cuando iniciaron al filósofo Antístenes en los misterios de Orfeo, el sacerdote le explicó que quienes se consagraban a esta orden iban a recibir tras la muerte bienes eternos y perfectos. «¿Por qué, si lo crees, no mueres entonces tú mismo?», dijo él.[29] Más bruscamente, con arreglo a su estilo, y más lejos de nuestro asunto, Diógenes le dijo a un sacerdote que también le predicaba que ingresara en su orden, para alcanzar los bienes del otro mundo: «¿Acaso pretendes que crea que Agesilao y Epaminondas, hombres tan excelentes, serán desdichados, y que tú, que no eres más que un tonto y nada haces de valor, serás bienaventurado porque eres sacerdote?».[30]

a | Si aceptáramos esas grandes promesas de la beatitud eterna con la misma autoridad que un razonamiento filosófico, la muerte no nos produciría el horror que nos produce:

b | *Non iam se moriens dissolui conquereretur;*
sed magis ire foras, uestemque relinquere, ut anguis,
gauderet, praelonga senex aut cornua ceruus.[31]

[Al morir ya no se lamentaría de ser desligada, sino más bien se alegraría de partir, y de abandonar su despojo como una serpiente, o de dejar sus cuernos demasiado largos, como lo hace el ciervo envejecido].

a | Quiero desatarme, diríamos, y estar con Jesucristo.[32] La fuerza del discurso de Platón sobre la inmortalidad del alma empujó a algunos de sus discípulos a la muerte, para gozar con mayor rapidez de las esperanzas que les brindaba.[33]

Todo esto es signo muy evidente de que no acogemos nuestra religión sino a nuestra manera y con nuestras manos, y no de otro modo que como se acogen las demás religiones. Nos hemos encontrado en el país donde se practicaba, o nos fijamos en su antigüedad o en la autoridad de los hombres que la han defendido, o tememos las amenazas que dedica a los incrédulos, o seguimos sus promesas. Tales consideraciones deben emplearse en nuestra creencia, pero como subsidiarias. Son lazos humanos. Otra región, otros testigos, similares promesas y amenazas podrían imprimirnos por la misma vía una creencia contraria. *b* | Somos cristianos por la misma razón que somos perigordinos o alemanes.

a | Y, en cuanto a lo que dice Platón, que pocos hombres son tan firmes en el ateísmo que un peligro acuciante no los lleve a reconocer la potencia divina,[34] este papel en modo alguno corresponde al verdadero cristiano. Es propio de las religiones mortales y humanas que sean aceptadas por vía humana. ¿Qué clase de fe debe ser aquella que implantan y establecen en nosotros la cobardía y la flaqueza de ánimo? *c* | ¡Qué graciosa la fe que cree en aquello que cree sólo porque no tiene el valor de no creerlo! *a* | ¿Acaso pasiones viciosas como la falta de firmeza y el aturdimiento pueden generar alguna producción ordenada en nuestra alma?

c | Afirman, dice,[35] en virtud de la razón de su juicio, que cuanto se refiere sobre los infiernos y las penas futuras es ficción. Pero, al presentarse la ocasión de experimentarlo, cuando la vejez o las enfermedades los acercan a la muerte, el terror a ésta les infunde una nueva creencia por horror a su condición futura. Y, dado que tales impresiones vuelven los ánimos temerosos, prohíbe en sus leyes cualquier instrucción sobre tales amenazas, y la creencia de que de los dioses pueda proceder mal alguno para el hombre salvo en vistas a un mayor bien, cuando le corresponda y con efecto medicinal.[36] Cuentan

de Bión que, infectado por los ateísmos de Teodoro, se había burlado durante mucho tiempo de los hombres religiosos; pero que, al sorprenderle la muerte, se entregó a las supersticiones más extremas, como si los dioses se esfumaran y resurgieran según la necesidad de Bión.[37]

Platón y estos ejemplos pretenden concluir que somos conducidos a la creencia en Dios por razón o a la fuerza.[38] El ateísmo es una proposición como desnaturalizada y monstruosa, difícil, además, y ardua de establecer en el espíritu humano por más insolente y desordenado que pueda ser. Así, se ha visto a bastantes que, por la vanidad y el orgullo de concebir opiniones fuera de lo vulgar y reformadoras del mundo, se esfuerzan por profesarlo en apariencia, y que, si son lo bastante insensatos, no son sin embargo lo bastante fuertes para fijarlo en su conciencia. Si les asestáis un buen espadazo en el pecho, no dejarán de juntarlas manos hacia el cielo. Y cuando el temor o la enfermedad hayan abatido y entumecido este fervor licencioso de voluble humor, no dejarán de echarse atrás y de dejarse llevar, muy sensatamente, según las creencias y los ejemplos públicos. Una opinión seriamente digerida es cosa distinta de estas impresiones superficiales que, surgidas del desenfreno de un espíritu dislocado, nadan azarosa e inciertamente en la fantasía. ¡Hombres bien miserables y descerebrados, que tratan de ser peores de lo que son capaces! *b* | El error del paganismo, y la ignorancia de nuestra santa verdad, dejaron caer a esta gran alma[39] —pero grande solamente con grandeza humana— también en otro engaño cercano: que los niños y los ancianos son más susceptibles de religión,[40] como si ésta surgiera y extrajera su crédito de nuestra flaqueza.

a | El nudo que debería atarnos el juicio y la voluntad, que debería sujetarnos el alma y unirla a nuestro creador, debería ser un nudo que obtuviera sus repliegues y sus fuerzas no de nuestras consideraciones, de nuestras razones y pasiones, sino de un lazo divino y sobrenatural, provisto solamente de una forma, un rostro y un aspecto, el de la autoridad de Dios y su

gracia. Pero nuestro corazón y nuestra alma, regidos y mandados por la fe, es razonable que empleen, al servicio de su propósito, todos nuestros demás elementos según su alcance. Además, no es creíble que toda esta máquina no contenga algunos signos impresos por la mano del gran arquitecto, y que no haya, en las cosas del mundo, ninguna imagen que represente en cierta medida al artífice que las ha construido y formado. Ha dejado en estas grandes obras el carácter de su divinidad, y sólo se debe a nuestra flaqueza que no podamos descubrirlo. Él mismo nos dice que nos manifiesta sus operaciones invisibles a través de las visibles.[41] Sibiuda ha puesto su empeño en este digno estudio, y nos muestra cómo no hay ninguna parte del mundo que desmienta a su artífice.[42] Que el universo no se acordara con nuestra creencia, sería ofender a la bondad divina. El cielo, la tierra, los elementos, nuestro cuerpo y nuestra alma, todas las cosas, conspiran en ello; el único requisito es descubrir la manera de emplearlos. Nos instruyen si somos capaces de entender. *b* | Este mundo, en efecto, es un santísimo templo en cuyo interior el hombre ha sido introducido para contemplar no unas estatuas forjadas por manos mortales, sino aquellas que el pensamiento divino ha hecho sensibles —el sol, las estrellas, las aguas y la tierra— para que nos representen las inteligibles.[43] *a* | Las cosas invisibles de Dios, dice san Pablo, se manifiestan mediante la creación del mundo, cuando consideramos su sabiduría eterna y su divinidad por sus obras.[44]

Atque adeo faciem coeli non inuidet orbi
ipse Deus, uultusque suos corpusque recludit
semper uoluendo; seque ipsum inculcat et offert,
ut bene cognosci possit, doceatque uidendo
qualis eat, doceatque suas attendere leges.[45]

[Y, por eso, Dios mismo no rehúsa a la Tierra la visión del cielo, y, con su perpetua rotación, muestra su rostro y su cuerpo; y él mismo se inculca y se ofrece para que se le conozca bien, y para que quien lo vea aprenda sus movimientos, y aprenda a prestar atención a sus leyes].

Ahora bien,[46] nuestras razones y nuestros discursos humanos son como la materia pesada y estéril. La gracia de Dios es su forma; ella les confiere hechura y valor.[47] Así como las acciones virtuosas de Sócrates y Catón restan vanas e inútiles por no haber tenido como fin y no haber buscado el amor y la obediencia del verdadero creador de todas las cosas,[48] y por haber ignorado a Dios, lo mismo sucede con nuestras imaginaciones y razonamientos. Tienen algún cuerpo, pero es una masa informe, sin hechura ni luz, si no se le unen la fe y la gracia de Dios. Cuando la fe tiñe e ilumina los argumentos de Sibiuda, los vuelve firmes y sólidos. Pueden valer como orientación y como primera guía para un aprendiz, con el fin de ponerle en el camino de este conocimiento; en cierto modo lo conforman y vuelven capaz de la gracia de Dios, con la cual se remata y completa después nuestra creencia.[49] Conozco a un hombre de autoridad, educado en las letras, que me ha confesado haberse rehecho de los errores de la incredulidad gracias a los argumentos de Sibiuda. Y aunque los despojásemos de este ornamento, y del auxilio y la aprobación de la fe, y los tomáramos como fantasías puramente humanas, para combatir a quienes se han precipitado en las espantosas y horribles tinieblas de la irreligión, resultarían todavía tan sólidos y tan firmes como cualesquiera otros de la misma calidad que cupiera oponerles. De suerte que estaremos en condiciones de decirles a nuestros adversarios:

Si melius quid habes, accerse, uel imperium fer;[50]
[Si tienes algo mejor, expónlo; si no, sométete a la autoridad];

que sufran la fuerza de nuestras pruebas o que nos muestren, en cualquier otra parte y sobre cualquier otro asunto, otras mejor trabadas y más consistentes.

Sin pensarlo, me he introducido ya a medias en la segunda objeción a la cual me había propuesto responder en favor de Sibiuda. Algunos dicen que sus argumentos son débiles e ineptos para probar lo que quiere, e intentan oponerse a ellos fácilmente. A éstos hay que sacudirlos con un poco más de

rudeza, pues son más peligrosos y maliciosos que los primeros.[51] *c* | Se suelen interpretar los dichos de otros[52] según las opiniones preconcebidas que uno tiene. Para un ateo todos los escritos se inclinan al ateísmo; infecta con su propio veneno la materia inocente. *a* | Éstos tienen algún prejuicio que les vuelve el gusto insensible a las razones de Sibiuda. Por lo demás, les parece que se lo ponen fácil dándoles la libertad de combatir nuestra religión, a la cual no osarían atacar en su majestad plena de autoridad e imperio con las meras armas humanas.[53] El medio que adopto y que me parece más apropiado para abatir este frenesí es aplastar y pisotear el orgullo y la soberbia humana, hacerles sentir la inanidad, vanidad y nada del hombre, arrancarles de los puños las miserables armas de su razón, hacerles bajar la cabeza y morder el suelo bajo la autoridad y reverencia de la majestad divina.[54] Sólo a ella le pertenecen la ciencia y la sabiduría; sólo ella puede considerar por sí misma alguna cosa, y a ella le arrebatamos aquello que nos atribuimos y aquello de lo que nos ufanamos,

Ού γάρ έα φρονεΐν ό θεός *μέγα* άλλον ή έαυτόν.[55]

[Porque Dios no permite que nadie sino Él se enorgullezca].

c | Abatamos esta presunción, primer fundamento de la tiranía del espíritu maligno.[56] *Deus superbis resistit; humilibus autem dat gratiam*[57] [Dios resiste a los soberbios, pero otorga gracia a los humildes]. La inteligencia está en todos los dioses, dice Platón, y nada o poco en los hombres.[58]

a | Ahora bien, es con todo un gran consuelo para el cristiano ver que nuestros mortales y caducos instrumentos se ajustan con tanta propiedad a nuestra santa y divina fe que, cuando los empleamos en asuntos por su naturaleza mortales y caducos, no se adecúan ni con más exactitud ni con mayor fuerza. Veamos, pues, si el hombre tiene en su poder otras razones más fuertes que las de Sibiuda, si está en sus manos alcanzar siquiera alguna certeza mediante argumentación y raciocinio. *c* | En efecto, cuando san Agustín litiga contra esta gente, tiene ocasión de reprocharles su injusticia por considerar falsas aquellas partes de nuestra creencia que la razón no llega a establecer. Y para

mostrar que bastantes cosas cuya naturaleza y causas nuestro razonamiento es incapaz de fundamentar pueden existir y haber existido, les señala ciertas experiencias conocidas e indudables en las cuales el hombre confiesa que no ve nada —y esto lo hace, como todo lo demás, con una diligente e ingeniosa indagación—.[59] Hay que hacer más, y enseñarles que, para probar la flaqueza de su razón, no necesitamos elegir ejemplos raros, y que es tan endeble y ciega que no existe ninguna cosa fácil que, por clara que sea, a ella le resulte bastante clara; que lo fácil y lo difícil le son indiferentes; que todos los asuntos sin distinción, y la naturaleza en general, reprueban su jurisdicción y arbitraje.[60]

a | ¿Qué nos predica la verdad cuando nos predica que huyamos de la filosofía mundana,[61] cuando nos inculca con tanta frecuencia que nuestra sabiduría no es más que locura ante Dios,[62] que entre todas las cosas vanas la más vana es el hombre,[63] que el hombre que presume de su saber no sabe aún qué es saber,[64] y que el hombre, que nada es, si cree ser algo, se engaña a sí mismo y cae en el error?[65] Estas sentencias del Espíritu Santo expresan tan clara y vivamente lo que quiero defender, que no necesitaría ninguna prueba más contra gente que se rindiera con plena sumisión y obediencia a su autoridad. Pero éstos quieren ser azotados a sus propias expensas, y no quieren tolerar que se combata su razón sino por medio de ella misma.

Así pues, consideremos ahora al hombre solo, sin auxilio externo, armado solamente con sus armas y desprovisto de la gracia y el conocimiento divinos, que constituyen todo su honor, su fuerza y el fundamento de su ser. Veamos cuánto resiste con estos hermosos pertrechos. Que me exponga con la fuerza de su razón sobre qué fundamentos ha forjado las grandes ventajas que cree tener sobre las restantes criaturas. ¿Quién le ha persuadido de que el admirable movimiento de la bóveda celeste, la eterna luz de las antorchas que giran con tanto orgullo por encima de su cabeza, la terrible agitación del mar infinito, han sido establecidos y se mantienen a lo largo de tantos siglos para su conveniencia y servicio? ¿Es posible

imaginar nada tan ridículo como que esta miserable y pobre criatura, que ni siquiera es dueña de sí misma, expuesta a los ataques de todas las cosas, se diga dueña y emperatriz del universo, del cual no está en su poder conocer la menor parte, y mucho menos mandarla?[66] Y el privilegio que se arroga de ser el único en este gran edificio que posee la capacidad de reconocer su belleza y sus componentes, el único que puede dar las gracias al arquitecto y llevar la cuenta de las ganancias y pérdidas del mundo, ¿quién le ha sellado este privilegio? Que nos muestre títulos de esta hermosa y grande misión.[67] *c* | ¿Sólo han sido otorgados en favor de los sabios? No atañen a muchos.[68] ¿Acaso locos y malvados son dignos de favor tan extraordinario, y, siendo la peor parte del mundo, de ser preferidos a todo el resto? ¿Creeremos a aquél: «*Quorum igitur causa quis dixerit effectum esse mundum? Eorum scilicet animantium quae ratione utuntur. Hi sunt dii et homines, quibus profecto nihil est melius*»[69] [¿Para quién diremos, pues, que se ha hecho el mundo? Sin duda, para aquellos seres vivos que se valen de la razón. Éstos son los dioses y los hombres, mejor que los cuales nada hay]». Jamás habremos escarnecido bastante la impudicia de este emparejamiento.

a | Pero, pobrecillo, ¿qué tiene en sí mismo que sea digno de tal superioridad? Al considerar la vida incorruptible de los cuerpos celestes, su belleza, su magnitud, su continuo movimiento ajustado a una regla tan precisa:

Cum suspicimus magni caelestia mundi
templa super stellisque micantibus aethera fixum,
et uenit in mentem lunae solisque uiarum;[70]

[Cuando alzamos la mirada hacia las bóvedas celestes de este mundo inmenso por encima nuestro, y hacia el éter salpicado de brillantes estrellas, y nos fijamos en los cursos de la luna y del sol];

al considerar el dominio y el poder que esos cuerpos ejercen no ya sobre nuestras vidas ni sobre las circunstancias de nuestra fortuna:

Facta etenim et uitas hominum suspendit ab astris,[71]

[Suspendió el destino y la vida de los hombres de los astros],

sino también sobre nuestras tendencias, nuestros razonamientos, nuestras intenciones, que rigen, empujan y mueven ala merced de sus influencias, según nos enseña y descubre nuestra razón:

speculataque longe
deprendit tacitis dominantia legibus astra,
et totum alterna mundum ratione moueri,
fatorumque uices certis discernere signis;[72]

[tras mucho investigar, descubrió que los astros dominan con leyes tácitas, que el mundo entero es movido por una ley alterna, y que las vicisitudes de los hados se distinguen por signos seguros];

al ver que no un hombre solo, no un rey, sino las monarquías, los imperios y todo este bajo mundo se mueven por el impulso de los menores movimientos celestes,

Quantaque quam parui faciant discrimina motus:
tantum est hoc regnum, quod regibus imperat ipsis![73]

[¡Qué diferencias tan grandes producían movimientos tan pequeños; tan grande es este reino que manda incluso sobre los reyes!]

si nuestra virtud, nuestros vicios, nuestra capacidad y ciencia, y aun el razonamiento que efectuamos sobre la fuerza de los astros, y esta comparación entre ellos y nosotros, proceden a juicio de nuestra razón, por medio de ellos y gracias a ellos,

furit alter amore,
et pontum tranare potest et uertere Troiam;
alterius sors est scribendis legibus apta;
ecce patrem nati perimunt, natosque parentes;
mutuaque armati coeunt in uulnera fratres:
non nostrum hoc bellum est; coguntur tanta mouere,
inque suas ferri poenas, lacerandaque membra;
hoc quoque fatale est, sic ipsum expendere fatum;[74]

[uno enloquece de amor y es capaz de atravesar el mar y de arruinar Troya; la suerte de otro le hace capaz de escribir leyes; he aquí que los hijos matan a sus padres, y los padres a sus hijos, y que hermanos en armas se enfrentan para herirse

mutuamente: esta guerra no es culpa nuestra; se ven obligados a promover cosas tales, a sufrir sus castigos y a mutilarse los miembros; también es cosa del destino ponderar así al mismo destino];

si debemos a la distribución del cielo la parte de razón de que gozamos, ¿cómo podrá ésta igualarnos a él?, ¿cómo podrá someter a nuestra ciencia su realidad y características?[75] Todo lo que vemos en esos cuerpos nos asombra. *c* | *Quae molitio, quae ferramenta, qui uectes, quae machinae, qui ministris tanti operis fuerunt?*[76] [¿Cuáles fueron los planes, cuáles las herramientas, cuáles las palancas, cuáles las máquinas, cuáles los artífices de una obra tan grande?]

a | ¿Por qué los privamos de alma y de vida y de razón? ¿Acaso hemos reconocido en ellos alguna estupidez inmóvil e insensible, nosotros que no tenemos otro trato con ellos que la obediencia?[77] *c* | ¿Diremos que no hemos visto en ninguna criatura salvo el hombre el uso de un alma razonable?[78] ¡Pero cómo!, ¿hemos visto algo semejante al sol? ¿Deja de existir porque no hayamos visto nada semejante?,[79] ¿dejan de existir sus movimientos porque no haya otros que sean iguales? Si lo que no hemos visto no existe, nuestra ciencia es extraordinariamente menguada: *Quae sunt tantae animi angustiae!*[80] [¡Qué estrechos son los límites del alma!] *a* | ¿No son acaso sueños de la vanidad humana hacer de la luna una tierra celeste,[81] *c* | adivinar en ella montañas y valles, como Anaxágoras,[82] *a* | establecer viviendas y moradas humanas, y erigir colonias en beneficio nuestro, como hacen Platón y Plutarco?,[83] ¿y convertir nuestra Tierra en un astro brillante y luminoso? *c* | *Inter caetera mortalitatis incommoda et hoc est, calligo mentium, nec tantum necessitas errandi sed errorum amor*[84] [Uno de los inconvenientes de nuestra condición mortal es la ofuscación de las mentes, y no sólo el equivocarse por necesidad, sino también el amor a los errores]. *Corruptibile corpus aggrauat animam, et deprimit terrena inhabitatio sensum multa cogitantem*[85] [El cuerpo corruptible lastra el alma, y la morada terrestre abate la mente que piensa mucho].

a | La presunción es nuestra enfermedad natural y original. El hombre es la más calamitosa y frágil de todas las criaturas, y, al mismo tiempo, la más orgullosa.[86] Se siente y ve alojada aquí, entre el cieno y las heces del mundo, adherida y fijada a la peor, más muerta y más corrupta parte del universo, en la última planta de la casa y la más distante de la bóveda celeste, junto a los animales de la peor condición de las tres,[87] y se instala con la imaginación más allá del círculo de la luna, y pone el cielo bajo sus pies. Por la vanidad de esta misma imaginación, se iguala a Dios, se adjudica las condiciones divinas, se distingue a sí mismo y se desgaja de la muchedumbre de las demás criaturas, conforma las cualidades de los animales, sus cofrades y compañeros, y les reparte la porción de facultades y fuerzas que se le antoja. ¿Cómo conoce, por obra de su inteligencia, los movimientos internos y secretos de los animales?, ¿mediante qué comparación entre ellos y nosotros infiere la necedad que les atribuye?[88]

c | Cuando juego con mi gata, quién sabe si es ella la que pasa el tiempo conmigo más que yo con ella. Nos entretenemos con monerías recíprocas. Si yo tengo mi hora de empezar o de rehusar, ella tiene también la suya. Al describir la Edad de Oro durante el reinado de Saturno, Platón cuenta entre las principales ventajas del hombre de aquel entonces la comunicación que mantenía con los animales. Preguntándoles y aprendiendo de ellos, conocía las verdaderas cualidades y diferencias de cada uno, y de este modo adquiría una inteligencia y prudencia perfectísimas, y conducía su vida mucho más dichosamente de lo que nosotros podemos hacer.[89] ¿Necesitamos alguna prueba mejor para juzgar la impudicia humana en lo que concierne a los animales? Este gran autor opinaba que, en la mayor parte de la forma corporal que la naturaleza les otorgó, se fijó tan sólo en la práctica de las adivinaciones que en su época se obtenía de ellos.[90]

a | El defecto que impide la comunicación entre ellos y nosotros, ¿por qué no está en nosotros tanto como en ellos? Falta adivinar quién tiene la culpa de que no nos entendamos,

pues nosotros no los entendemos más a ellos que ellos a nosotros. Por la misma razón, pueden considerarnos estúpidos a nosotros como nosotros los consideramos a ellos. No es muy asombroso que no los entendamos; tampoco entendemos a los vascos ni a los trogloditas.[91] *a*² | Sin embargo, algunos se han jactado de entenderlos, como Apolonio de Tiana, *b* | Melampo, Tiresias, Tales[92] *a*² | y otros. *b* | Y, dado que, según dicen los cosmógrafos, existen naciones que tienen un perro como rey, es preciso que den una interpretación segura a su voz y movimientos.[93] *a* | Debe señalarse la igualdad que hay entre nosotros. Tenemos una comprensión mediana de los sentidos que expresan; también la tienen los animales de los nuestros, más o menos en la misma medida. Nos halagan, nos amenazan y nos requieren; y nosotros a ellos.

Por lo demás, descubrimos de manera muy clara que se produce entre ellos una plena y total comunicación, y que se entienden entre sí,[94] no solamente los de la misma especie, sino incluso los de especies distintas:

b | *Et mutae pecudes et denique secla ferarum*
dissimiles suerunt uoces uariasque cluere,
cum metus aut dolor est, aut cum iam gaudia gliscunt.[95]

[Y los mudos rebaños, y hasta los animales salvajes, emiten gritos diferentes y variados cuando los agita el miedo o el dolor, o cuando les embarga el placer].

a | El caballo reconoce la cólera del perro por un ladrido determinado; de otros sonidos suyos, no se asusta. Incluso en los animales que carecen de voz inferimos fácilmente, por el intercambio de servicios que vemos en ellos, algún otro medio de comunicación. *c* | Sus movimientos exponen y tratan:

b | *Non alia longe ratione atque ipsa uidetur*
protrahere ad gestum pueros infantia linguae.[96]
[Por una razón no muy distante a la que incita a los niños, carentes de lenguaje, a servirse de gestos].

a | ¿Por qué no, de la misma manera que nuestros mudos discuten, argumentan y cuentan historias mediante signos? He visto a algunos tan dúctiles y diestros que, a decir verdad, nada les faltaba para poder hacerse entender a la perfección. Los

enamorados se enfurecen, se reconcilian, se hacen ruegos, se dan las gracias, se citan, y, en suma, se lo dicen todo con los ojos:

a[2] | *E'l silentio ancor suole*
haver prieghi e parole.[97]

[Y también el silencio suele contener ruegos y palabras].

c | ¿Qué decir de las manos? Requerimos, prometemos, llamamos, despedimos, amenazamos, pedimos, suplicamos, negamos, rehusamos, interrogamos, admiramos, contamos, confesamos, nos arrepentimos, tememos, nos avergonzamos, dudamos, instruimos, mandamos, incitamos, animamos, juramos, atestiguamos, acusamos, condenamos, absolvemos, injuriamos, despreciamos, desafiamos, nos irritamos, adulamos, aplaudimos, bendecimos, humillamos, nos burlamos, nos reconciliamos, recomendamos, ensalzamos, celebramos, nos alegramos, nos compadecemos, nos entristecemos, nos desconsolamos, nos desesperamos, nos asombramos, gritamos, callamos, ¿y qué no?, con una variación y multiplicación que rivaliza con la lengua.

Con la cabeza, invitamos, despedimos, reconocemos, repudiamos, desmentimos, damos la bienvenida, honramos, veneramos, desdeñamos, pedimos, rechazamos, nos alegramos, nos lamentamos, halagamos, regañamos, nos sometemos, retamos, exhortamos, amenazamos, afirmamos, preguntamos. ¿Qué decir de las cejas?, ¿y de los hombros? No hay movimiento que no hable un lenguaje que es inteligible sin enseñanza, y que es público. Por eso, viendo su variedad y su práctica diferente de la de los demás, éste debe considerarse más bien como el propio de la naturaleza humana. Dejo de lado lo que de manera particular la necesidad enseña enseguida a quienes lo precisan, y los alfabetos de los dedos, y las gramáticas de gestos, y las ciencias que sólo se ejercen y expresan por medio de ellos, y las naciones que, según dice Plinio, no poseen otra lengua.[98] *b* | Un embajador de la ciudad de Abdera, tras hablar durante mucho tiempo al rey Agis de Esparta, le preguntó: «Y bien, Majestad, ¿qué respuesta queréis que transmita a nuestros ciudadanos?».

«Que te he dejado decir todo lo que has querido, y mientras lo has querido, sin decir ni una palabra».[99] ¿No es ése un silencio que habla, y muy inteligible?

a | Por lo demás, ¿cuál de nuestras capacidades no reconocemos en las acciones de los animales? ¿Existe sociedad regulada con más orden, diversificada en más cargos y servicios, y mantenida con mayor firmeza que la de las abejas? Tal disposición de acciones y funciones, tan ordenada, ¿cabe imaginar que se lleve a cabo sin razón ni prudencia?:[100]

His quidam signis atque haec exempla sequuti,
esse apibus partem diuinae mentis et haustus
aethereos dixere.[101]

[Por estos signos, y observados estos ejemplos, dijeron algunos que
las abejas poseen una parte del espíritu divino y emanaciones etéreas].

Las golondrinas a las que vemos husmear, cuando vuelve la primavera, por todos los rincones de nuestras casas, ¿buscan sin juicio y eligen sin discernimiento, entre mil lugares, el que les resulta más conveniente para instalarse? Y, en la bella y admirable disposición de sus construcciones, ¿pueden los pájaros servirse más bien de la forma cuadrada que de la redonda, del ángulo obtuso que del recto, sin conocer sus características y consecuencias? ¿Cogen agua y luego arcilla sin pensar que lo duro se ablanda al humedecerlo? ¿Revisten con musgo su palacio, o con plumón, sin prever que los delicados miembros de sus crías estarán así más blandos y cómodos? ¿Se protegen del viento lluvioso y plantan su nido hacia Levante sin conocer las diferentes características de los vientos ni considerar que uno les resulta más saludable que otro? ¿Por qué la araña hace su tela más espesa en un sitio y más suelta en otro?, ¿por qué se sirve a veces de un tipo de nudo, a veces de otro, si carece de deliberación, pensamiento e inferencia?[102] No podemos sino reconocer, en la mayoría de sus obras, hasta qué punto los animales sobresalen por encima de nosotros, y en qué medida nuestro arte no alcanza a imitarlas. Sin embargo, en las nuestras, que son más burdas, vemos las facultades que

empleamos, y que nuestra alma utiliza todas sus fuerzas ¿Por qué no consideramos otro tanto de ellas?, ¿por qué atribuimos a no sé qué inclinación natural y servil obras que superan cuanto nosotros podemos hacer por naturaleza y por arte? De este modo, sin pensarlo, les cedemos una grandísima superioridad sobre nosotros al hacer que la naturaleza, con dulzura maternal, las acompañe y guíe, como de la mano, en todas las acciones y bienes de su vida; y que a nosotros nos abandone al azar y a la fortuna, y a tener que perseguir por arte lo necesario para nuestra conservación; y que nos rehúse al mismo tiempo los medios para poder llegar, mediante alguna instrucción y tensión de espíritu, a la habilidad natural de los animales, de manera que su estupidez brutal supere en todos los bienes cuanto puede lograr nuestra divina inteligencia.[103]

En verdad, en este caso, tendríamos toda la razón si la llamáramos madrastra injustísima.[104] Pero no hay nada de eso; nuestra sociedad no es tan deforme ni tan desordenada. La naturaleza ha abrazado universalmente a todas sus criaturas; y no hay ninguna a la cual no haya provisto con suma abundancia de todos los medios necesarios para la conservación de su ser. Porque esos vulgares lamentos que oigo proferir a los hombres —pues la licencia de sus opiniones los alza a veces por encima de las nubes, y luego los rebaja hasta las antípodas— de que somos el único animal abandonado desnudo en la tierra desnuda, atado, agarrotado, sin nada con que armarse ni protegerse sino los despojos de otros, mientras que a todas las demás criaturas la naturaleza las ha revestido de conchas, vainas, corteza, pelo, lana, pinchos, cuero, pelusa, pluma, escama, vellón y seda, según la necesidad de su ser; las ha armado con garras, dientes, cuernos, para atacar y defender; y las ha instruido ella misma en cuanto les corresponde, nadar, correr, volar, cantar, mientras que el hombre, sin aprendizaje, no sabe ni andar, ni hablar, ni comer, no sabe hacer otra cosa que llorar:[105]

b | Tum porro puer, ut saeuis proiectus ab undis
nauita, nudus humi iacet, infans, indigus omni

uitali auxilio, cum primum in luminis oras
nixibus ex aluo matris natura profudit;
uagituque locum lugubri complet, ut aequum est
cui tantum in uita restet transire malorum.
At uariae crescunt pecudes, armenta, feraeque,
nec crepitacula eis opus est, nec cuiquam adhibenda est
almae nutricis blanda atque infracta loquela;
nec uarias quaerunt uestes pro tempore caeli;
denique non armis opus est, non moenibus altis,
queis sua tutentur, quando omnibus omnia large
tellus ipsa parit, naturaque daedala rerum;[106]

[Y entonces el niño, como un marinero arrojado por las crueles olas, yace desnudo en el suelo, sin lenguaje, desprovisto de cualquier ayuda para la vida, una vez la naturaleza lo ha arrancado con esfuerzo del seno materno a las orillas bañadas por la luz; y con su lúgubre gemido llena el espacio, como es justo, puesto que le restan tantos males por pasar en la vida. En cambio, los animales de todas las especies, domésticos y salvajes, crecen sin necesidad de sonajeros y sin la lengua delicada y acariciadora de una tierna nodriza; y no persiguen vestidos diferentes según las estaciones; en suma, no necesitan armas ni altas murallas para proteger sus bienes, ciado que la tierra y la naturaleza inventora lo brindan todo a todos en abundancia];

a | tales lamentos son falsos.[107] En la sociedad del mundo hay una igualdad más grande, y una correspondencia más uniforme.[108] Nuestra piel está provista, tan suficientemente como la suya, de firmeza contra las injurias del tiempo. La prueba está en las muchas naciones que no han probado todavía ningún uso de la ropa.[109] *b* | Nuestros antiguos galos apenas iban vestidos; ni lo van los irlandeses, nuestros vecinos, bajo un cielo tan frío. *a* | Pero lo juzgamos mejor por nosotros mismos, pues no hay parte de la persona, entre las que nos place descubrir al viento y al aire, que no sea capaz de soportarlo.[110] Si en nosotros hay alguna parte débil, y que parezca haber de temer el frío, debería ser el estómago, donde se realiza la digestión. Nuestros padres lo llevaban descubierto; y

nuestras damas, tan blandas y delicadas como son, enseguida marchan entreabiertas hasta el ombligo. Tampoco las envolturas y fajaduras de los niños son necesarias; y las madres lacedemonias criaban a los suyos con plena libertad de movimientos de sus miembros, sin atarlos ni envolverlos.[111] Nuestro llanto es común a la mayoría de los demás animales; y son pocos los que no lloran y gimen mucho rato después de haber nacido, pues se trata de una disposición muy propia de la debilidad que experimentan.

En cuanto a la práctica de comer, es en nosotros, como en ellos, natural y sin instrucción:

b | *Sentit enim uim quisque suam quam possit abuti.*[112]

[En efecto, cada cual percibe qué fuerza puede usar].

a | ¿Quién duda que un niño, si se viera en la necesidad de alimentarse, sabría buscar su sustento? Y la tierra produce, y le ofrece, bastante para su necesidad, sin más cultivo ni artificio; y, si no lo hace siempre, tampoco lo hace para los animales, como prueban las provisiones que vemos preparar a las hormigas y a otros en vistas a las estaciones estériles del año. Esas naciones que acabamos de descubrir, tan abundantemente provistas de comida y bebida naturales, sin esfuerzo y sin labor, acaban de enseñarnos que el pan no es nuestro único alimento, y que, sin labranza, nuestra madre naturaleza nos había abastecido copiosamente de todo cuanto precisábamos; incluso, con toda verosimilitud, más plena y ricamente de lo que lo hace ahora que le hemos mezclado nuestro artificio,

Et tellus nitidas fruges uinetaque laeta
sponte sua primum mortalibus ipsa creauit;
ipsa dedit dulces foetus et pabula laeta,
quae nunc uix nostro grandescunt aucta labore,
conterimusque boues et uires agricolarum,[113]

[Y la tierra al principio produjo espontáneamente para los mortales abundantes mieses y fecundos viñedos; ella misma les brindó los dulces frutos y los fecundos pastos, que ahora apenas crecen a pesar de nuestro trabajo y en los que consumimos los bueyes y las fuerzas de los labradores],

pues el desenfreno y el desorden de nuestro apetito va por delante de todas las invenciones que buscamos para saciarlo.

En cuanto a armas, tenemos más de naturales que la mayor parte de los restantes animales, más variedad de movimientos de miembros, y obtenemos de ellas mayor servicio, naturalmente y sin enseñanza.[114] Los que están habituados a luchar desnudos, vemos que se arrojan a peligros iguales a los nuestros. Si algunos animales nos superan en esta ventaja, nosotros superamos a otros muchos. Y la habilidad para reforzar el cuerpo y protegerlo con medios adquiridos, la tenemos por instinto y precepto natural. La prueba de que es así está en que el elefante aguza y afila sus colmillos, que emplea en la guerra —pues tiene unos particulares para tal uso, que reserva y en modo alguno utiliza en sus demás servicios—. Cuando los toros acuden a la lucha, esparcen y lanzan polvo a su alrededor; los jabalíes afinan sus defensas; y la mangosta, cuando ha de enfrentarse con un cocodrilo, guarnece su cuerpo, lo recubre y encostra totalmente de barro bien apretado y bien amasado, como si fuera una coraza.[115] ¿Por qué no decir que también es natural que nosotros nos armemos de madera y de hierro?

En cuanto al habla, es cierto que si no es natural, no es necesaria. Aun así, creo que, si se criara a un niño en completa soledad, alejado de toda relación —sería difícil llevar a cabo este experimento—, tendría alguna clase de palabra para expresar sus concepciones.[116] Y no es creíble que la naturaleza nos haya rehusado un medio que ha concedido a muchos otros animales, pues ¿qué otra cosa sino habla es la facultad que vemos en ellos de quejarse, de alegrarse, de pedirse ayuda unos a otros, de incitarse al amor, como hacen mediante el uso de su voz?[117] *b* | ¿Cómo no iban a hablar entre ellos? Bien que nos hablan a nosotros, y nosotros a ellos. ¿De cuántas maneras hablamos a nuestros perros y ellos nos responden? Charlamos con ellos con otro lenguaje, con otras denominaciones que con los pájaros, con los cerdos, con los bueyes, con los caballos, y cambiamos de idioma según la especie:

*a*² | *Così per entro loro schiera bruna*

s'ammusa l'una con I'altra formica
forse a spiar lor via, e lor fortuna.[118]

[Así las hormigas, entre sus oscuras hileras, se encuentran unas con otras, quizá para averiguar su ruta y su suerte].

Me parece que Lactancio atribuye a los animales no sólo el habla sino también la risa.[119] *a* | Y la diferencia de lenguaje que se ve entre nosotros, según la diferencia de regiones, se da también entre los animales de la misma especie. Aristóteles alega al respecto el diferente canto de las perdices según la situación de los lugares,[120]

b | *uariaeque uolucres*
longe alias alio iaciunt in tempore uoces,
et partim mutant cum tempestatibus una
raucisonos cantus.[121]

[y diversos pájaros lanzan en momentos distintos gritos muy
diferentes, y otros cambian sus roncos cantos según el tiempo].

a | Pero resta por saber qué lenguaje hablaría este niño; y lo que se dice por adivinación no es muy verosímil. Si me alegan contra esta opinión que los sordos de nacimiento no hablan, respondo que ello no sólo se debe a que no han podido recibir la instrucción de la palabra con los oídos, sino más bien a que el sentido del oído, del que carecen, está relacionado con el del habla, y dependen el uno del otro por un vínculo natural, de suerte que lo que hablamos, hemos de hablarlo primero para nosotros mismos y hacerlo sonar por dentro a nuestros oídos, antes de remitirlo a los ajenos.

Todo esto lo he dicho para defender la semejanza que hay en las cosas humanas, y para devolvernos y unirnos a la muchedumbre. No estamos ni por encima ni por debajo del resto. Todo cuanto está bajo el cielo, dice el sabio, sigue la misma ley y fortuna:[122]

b | *Indupedita suis fatalibus omnia uinclis.*[123]

[Todas las cosas están sujetas por sus lazos fatales].

a | Hay alguna diferencia, hay órdenes y grados; pero es bajo el rostro de una misma naturaleza:

b | *res quaeque suo ritu procedit, et omnes*
foedere naturae certo discrimina seruant.[124]
[cada cosa procede a su manera, y todas ellas
conservan sus diferencias según la ley fija de la naturaleza].

a | Es preciso sujetar y reducir al hombre dentro de las barreras de esta sociedad. El miserable dista mucho de saltar realmente más allá; está trabado y ligado, está sujeto por la misma obligación que las demás criaturas de su orden, y su condición es muy mediocre, sin prerrogativa alguna, sin preexcelencia verdadera y sustancial. La que se arroga por opinión y fantasía carece de cuerpo y de sabor; y si es cierto que únicamente él, entre todos los animales, posee tal libertad de imaginación y tal desorden de pensamientos, que le representan lo que es, lo que no es, y lo que quiere, lo falso y lo verdadero, es una superioridad que se le vende a muy alto precio, y de la que tiene que enorgullecerse bien poco, pues de ahí nace la fuente principal de los males que le oprimen: pecado, enfermedad, falta de firmeza, turbación, desesperación.

Digo, pues, para volver a mi asunto, que no es verosímil considerar que los animales hagan por inclinación natural y forzosa lo mismo que nosotros hacemos por elección y habilidad. De los mismos efectos debemos inferir las mismas facultades, y de efectos más ricos, facultades más ricas, y debemos confesar por consiguiente que la misma razón, la misma vía que seguimos para actuar, la siguen también los animales, o alguna otra mejor. ¿Por qué imaginamos en ellos una coerción natural, si nosotros no experimentamos ningún efecto similar? Además, es más honroso ser encaminado y obligado a obrar rectamente por condición natural e inevitable, y más cercano a la divinidad, que obrar rectamente por libertad accidental y fortuita, y es más seguro dejar las riendas de nuestra conducta a la naturaleza que a nosotros. La vanidad de nuestra presunción nos lleva a preferir deber a nuestras fuerzas, más que a su generosidad, la capacidad que poseemos; y adornamos a los demás animales de bienes naturales, y se los cedemos, para honrarnos y ennoblecernos, por nuestra parte, con bienes adquiridos. Lo hacemos así con una inclinación muy

simple, me parece, pues yo apreciaría mucho más las gracias enteramente mías y naturales que las que hubiera ido a mendigar y a rebuscar del aprendizaje. No está en nuestro poder adquirir más bello motivo de alabanza que el de ser favorecido por Dios y por la naturaleza.

Por ejemplo, el zorro del que se sirven los tracios cuando se proponen cruzar por encima del hielo de algún río helado y lo sueltan por delante a tal efecto. Si lo viésemos al borde del agua, poniendo la oreja bien cerca del hielo, para comprobar si oye lejos o cerca el murmullo del agua que fluye por debajo, y viésemos que, según descubre de esta manera que el hielo es más o menos espeso, retrocede o avanza, ¿no juzgaríamos con razón que le pasa por la cabeza el mismo razonamiento que pasaría por la nuestra, y que es un raciocinio y una inferencia extraída del juicio natural: «Lo que hace ruido se mueve; lo que se mueve no está helado; lo que no está helado es líquido, y lo que es líquido cede bajo el peso»? Porque atribuirlo meramente a la agudeza del sentido del oído, sin razonamiento ni inferencia, es una quimera, y no puede cabernos en la imaginación.[125] No otra cosa debemos pensar de tantas clases de artimañas y de invenciones con que los animales se protegen de los ataques que lanzamos contra ellos.

Y si pretendemos arrogarnos alguna superioridad del hecho mismo de que esté en nuestras manos apresarlos, servirnos de ellos y utilizarlos a nuestro antojo,[126] no es sino la misma superioridad que tenemos unos sobre otros. Mantenemos en esta condición a nuestros esclavos. *b* | Y ¿no eran las climácidas unas mujeres, en Siria, que servían, echadas a cuatro patas, como estribo y escalón para que las damas subieran a su carruaje?[127] *a* | Y la mayoría de las personas libres ceden a cambio de ventajas bien ligeras la vida y el ser al poder de otros.[128] *c* | Las esposas y las concubinas de los tracios se disputan ser elegidas para morir en la tumba del marido.[129] *a* | ¿Acaso los tiranos han dejado jamás de encontrar suficientes hombres consagrados a su devoción,

algunos de ellos añadiendo también la necesidad de acompañarlos a la muerte como los acompañaron en vida?

b | Ejércitos enteros se han comprometido de este modo con sus capitanes. La fórmula de juramento de la ruda escuela de los gladiadores comportaba estas promesas: «Juramos dejarnos encadenar, quemar, golpear y matar con la espada, y sufrir todo aquello que los gladiadores legítimos sufren de su amo, empeñando con máximo escrúpulo el cuerpo y el alma a su servicio».[130]

Vre meum, si uis, flamma caput, et pete ferro
corpus, et intorto uerbere terga seca.[131]
[Quema, si quieres, mi cabeza con la llama, atraviesa mi cuerpo con la espada, y desgarra mi espalda con el retorcido látigo].

Era una verdadera obligación; y sin embargo algunos años había diez mil ingresos y perecían todos. *c* | Cuando los escitas enterraban a su rey, estrangulaban sobre su cadáver a su concubina favorita, a su copero, al caballerizo de su cuadra, al chambelán, al ujier de su aposento y al cocinero. Y en su aniversario mataban cincuenta caballos montados por cincuenta pajes a los cuales habían empalado por la espina dorsal hasta la garganta, y los dejaban plantados de este modo en parada alrededor de la tumba.[132]

a | Los hombres que nos sirven lo hacen a menor precio y por un trato menos cuidadoso y menos favorable que el que brindamos a pájaros, caballos y perros. *c* | ¿A qué desvelo no nos rebajamos por su comodidad? No me parece que los más abyectos servidores hagan de buen grado por sus amos aquello que los príncipes se honran en hacer por estos animales. Diógenes, viendo que sus parientes penaban por rescatarlo de la esclavitud, decía: «Son unos insensatos; es quien me cuida y alimenta el que me sirve a mí; y quienes se encargan de los animales, debe decirse que los sirven y no que sean servidos por ellos».[133]

a | Y aún tienen otra cosa más noble: que jamás león alguno se sometió a otro león, ni caballo alguno a otro caballo por falta de valor.[134] Así como nosotros vamos a la caza de animales, los

tigres y los leones van a la caza de hombres; y tienen un ejercicio semejante unos contra otros: perros contra liebres, lucios contra tecas, golondrinas contra camarones, gavilanes contra mirlos y alondras:

b | serpente ciconia pullos
nutrit, et inuenta per deuia rura lacerta,
et leporem aut capream famulae louis, et generosae
in saltu uenantur aues.[135]

[la cigüeña alimenta sus polluelos con serpientes y con lagartos que encuentra en los campos apartados; y las nobles aves servidoras de Júpiter cazan en la sierra liebres o cabras].

Repartimos el fruto de nuestra caza con nuestros perros y nuestras aves, del mismo modo que el esfuerzo y la habilidad; y, al norte de Anfípolis, en Tracia, los cazadores y los halcones salvajes se reparten el botín justamente por la mitad;[136] como, a lo largo de la laguna Meótide, sí el pescador no cede a los lobos de buena fe una parte igual de su captura, se precipitan a desgarrarles las redes.[137] *a |* Y así como tenemos una caza que se lleva a cabo más por sutileza que por fuerza, como la que se hace con lazos o con cañas y anzuelo, se ven también otras similares entre los animales. Aristóteles dice que la sepia lanza del cuello una tripa larga como una caña que extiende a lo largo, dejándola ir, y que recoge cuando quiere; si percibe que algún pececillo se le acerca, le deja morder el extremo de esa tripa, que está oculta en la arena o en el cieno, y, poco a poco, la recoge hasta que tiene el pececillo tan cerca que puede atraparlo de un salto.[138]

En cuanto a fuerza, no existe animal en el mundo expuesto a tantas heridas como el hombre. No necesitamos una ballena, un elefante ni un cocodrilo, ni ningún animal semejante, de los que uno solo es capaz de derrotar a un gran número de hombres;[139] los piojos se bastan para interrumpir la dictadura de Sila;[140] el corazón y la vida de un magno y triunfante emperador son el desayuno de una lombriz.

¿Por qué decimos que, en el caso del hombre, distinguir las cosas útiles para la vida, y las que socorren en las enfermedades, es ciencia y conocimiento, forjados por arte y

por razón, y que, en su caso, no lo es conocer la fuerza del ruibarbo y del polipodio?[141] Y, cuando vemos que las cabras de Candía, si las alcanza una flecha, eligen, entre un millón de hierbas, el díctamo para su curación; y que la tortuga, cuando se ha comido una víbora, busca de inmediato orégano para purgarse; el dragón, que se limpia y despeja la vista con hinojo; las cigüeñas, que se aplican ellas mismas lavativas con agua del mar; los elefantes, que arrancan no sólo de su cuerpo, y de sus compañeros, sino también de los cuerpos de sus amos —lo prueba el del rey Poro, al que mató Alejandro— los venablos y los dardos que les han lanzado en el combate, y que los arrancan de manera tan diestra que nosotros no sabríamos hacerlo con tan leve dolor, ¿por qué no decimos igualmente que se trata de ciencia y prudencia? En efecto, si se alega para rebajarlos que lo saben sólo por la instrucción y habilidad de la naturaleza, eso no les arrebata el título de ciencia y prudencia. Se lo atribuye con más razón que a nosotros, habida cuenta el honor de una maestra tan segura.[142]

Crisipo es, en todo lo restante, el filósofo que juzga con más desdén la condición de los animales. Pero, al considerar los movimientos de un perro que se halla en un cruce de tres caminos, buscando a su amo perdido o persiguiendo alguna presa que huye de él, y se dedica a probar un camino tras otro, y que, tras haberse cerciorado de dos de ellos, y no haber encontrado el rastro de lo que busca, se lanza por el tercero sin vacilación, se ve obligado a confesar que en el perro tiene lugar un razonamiento de este tenor: «He seguido el rastro de mi amo hasta el cruce; tiene necesariamente que haber seguido uno de los tres caminos; no ha ido ni por éste ni por aquél; así pues, ha de haber seguido indefectiblemente el otro»; y que, cerciorándose por la inferencia y el razonamiento, ya no emplea su percepción en el tercer camino, ni siquiera lo tantea, sino que se deja arrastrar por la fuerza de la razón.[143] Este rasgo puramente dialéctico, y el uso de proposiciones disyuntivas y conjuntivas, y de una enumeración suficiente de las partes, todo esto, tanto da que el perro lo sepa por sí mismo o por Trapezuntio.[144]

Sin embargo, los animales no son incapaces de recibir instrucción también a nuestra manera. Enseñamos a hablar a mirlos, cuervos, urracas, loros; y la facilidad que les reconocemos para ofrecernos una voz y un aliento tan flexibles y maleables, para que los formemos y reduzcamos a un determinado número de letras y de sílabas, prueba que poseen un discurso interno, que los vuelve susceptibles de enseñanza y deseosos de aprender.[145] Todo el mundo está cansado, creo yo, de ver todas las suertes de imitaciones que los titiriteros enseñan a sus perros: las danzas en las cuales no fallan ni una sola cadencia del sonido que oyen, muchos movimientos y saltos distintos que les hacen ejecutar cuando lo ordena su palabra. Pero observo con más asombro una acción que, sin embargo, es bastante común en los perros que utilizan los ciegos en el campo y en la ciudad. Me he fijado en cómo se detienen en ciertas puertas donde suelen recibir limosna, en cómo evitan el choque de los carruajes y de las carretas, incluso cuando por su parte tienen suficiente sitio para cruzar; he visto alguno que, a lo largo del foso de una ciudad, ha dejado un sendero plano y liso y ha seguido otro peor para alejar a su amo del foso. ¿Cómo podría haberse dado a entender a este perro que su misión era velar solamente por la seguridad de su amo, y desdeñar sus propias ventajas para servirlo a él? ¿y cómo podía saber que ese camino, ancho de sobra para él no lo sería para un ciego? ¿Puede comprenderse todo esto sin razón?

No hay que olvidar lo que Plutarco dice haber visto en Roma de un perro, con el emperador Vespasiano el Padre, en el teatro de Marcelo. El perro servía a un titiritero que representaba una función con muchas escenas y numerosos personajes, y tenía un papel en ella. Entre otras cosas había de fingirse muerto durante un tiempo por haber tomado cierta droga. Tras engullir el pan que hacían pasar por droga, empezó de inmediato a temblar y a tambalearse como si algo le hubiera aturdido; finalmente, extendido y rígido como si estuviera muerto, se dejó llevar y arrastrar de un lugar a otro, tal y como exigía el argumento representado; y, después,

cuando se percató de que era el momento, empezó primero a moverse muy despacio, como si se hubiese despertado de un profundo sueño, y, levantando la cabeza, miró en todas direcciones de una manera que asombró a todos los asistentes.[146]

A los bueyes que servían en los jardines reales de Susa para regarlos y para girar ciertas grandes ruedas que tienen pegadas unas cubetas, con las cuales se extrae agua —se ven muchas en el Languedoc—, les habían ordenado arrastrarlas hasta cien vueltas al día cada uno. Estaban tan acostumbrados a tal número que era imposible, por más que los forzaran, hacerlos arrastrar una vuelta de más; y, una vez cumplida la tarea, se detenían en seco.[147] Nosotros somos adolescentes antes de saber contar hasta cien, y acabamos de descubrir naciones que no tienen noticia alguna de los números.

Además, supone más razón instruir a otro que ser instruido.[148] Pues bien, dejando aparte lo que pensaba y probaba Demócrito, a saber, que los animales nos han enseñado la mayoría de las artes —como la araña a tejer y a coser, la golondrina a construir, el cisne y el ruiseñor la música, y muchos animales, por su imitación, a medicar—,[149] Aristóteles sostiene que los ruiseñores enseñan a sus polluelos a cantar y dedican a esto tiempo y esfuerzo, lo cual explica que si los criamos en jaulas, al no tener ocasión de acudir a la escuela de sus padres, pierden mucha de la gracia de su canto.[150] *b* | De ello podemos inferir que mejora con la enseñanza y el estudio. Y aun entre los libres, no hay uno único e idéntico. Cada uno lo tiene según su capacidad; y, por la rivalidad de su aprendizaje, contienden entre ellos con disputas tan animosas que a veces el vencido pierde la vida, porque le falta antes el aliento que la voz. Los más jóvenes rumian, pensativos, y tratan de imitar ciertas estrofas de canción; el discípulo escucha la lección de su preceptor y le rinde cuentas con suma diligencia; se callan, ahora uno, luego otro; se oye corregir las faltas, y se perciben algunas censuras del preceptor. Vi en cierta ocasión —dice Arriano— un elefante que llevaba un címbalo colgado de cada muslo y otro adherido a la trompa, a cuyo son danzaban todos

los demás en círculo, alzándose e inclinándose según determinadas cadencias, con arreglo a la guía del instrumento; y era grato oír tal armonía.[151] *a* | En los espectáculos de Roma, solían verse elefantes adiestrados para moverse y bailar, al son de la voz, danzas con muchos entrelazamientos, cortes y cadencias diferentes muy difíciles de aprender. Se ha visto a algunos que rememoraban en privado su lección, y se aplicaban con ahínco y denuedo para que sus amos no los regañaran y golpearan.[152]

Pero esta otra historia de la urraca, avalada por el mismo Plutarco, resulta extraordinaria. Estaba en la tienda de un barbero en Roma, y hacía maravillas imitando con su voz todo lo que oía. Un día ciertas trompetas estuvieron sonando durante mucho tiempo delante de la tienda; después, y a lo largo del día siguiente, la urraca se quedó pensativa, muda y melancólica, cosa que asombró a todo el mundo. Y se figuraban que el sonido de las trompetas la había conturbado y ensordecido hasta ese punto, y que se le había apagado la voz al mismo tiempo que el oído. Pero al final descubrieron que se trataba de un estudio profundo y recogimiento. Su espíritu se ejercitaba y disponía la voz para remedar el sonido de las trompetas, de tal manera que la primera voz que profirió pudo expresar perfectamente sus estribillos, sus pausas y sus variaciones. Por causa de este nuevo aprendizaje abandonó y desdeñó todo lo que antes sabía decir.[153]

No quiero omitir la alegación de otro ejemplo más, el de un perro que el mismo Plutarco dice haber visto —pues, en cuanto al orden, me doy perfecta cuenta de que lo altero, pero no lo observo más en la disposición de estos ejemplos que en el resto de mi tarea— mientras se hallaba en un navío. El perro, empeñado en alcanzar el aceite que había en el fondo de un cántaro al que no podía llegar con la lengua, debido a la estrecha abertura del recipiente, fue a buscar piedras y metió unas cuantas en el cántaro hasta que logró que el aceite subiera más cerca del borde, donde pudo alcanzarlo.[154] ¿Qué otra cosa es esto sino la acción de un sutilísimo espíritu? Se

dice que los cuervos de Berbería hacen lo mismo cuando el agua que pretenden beber está demasiado baja.[155]

Tal acción es en cierta medida próxima a lo que contaba sobre los elefantes un rey de su nación, Juba: que cuando, por ardid de los cazadores, uno de ellos queda atrapado en ciertos hoyos profundos que les preparan y que recubren con maleza menuda para engañarlos, sus compañeros se afanan en acarrear hasta allí muchas piedras y trozos de madera para ayudarlo a salir.[156] Pero este animal está cercano en tantas otras acciones a la capacidad humana que si quisiera seguir con detalle lo que la experiencia ha mostrado al respecto, establecería fácilmente lo que acostumbro a sostener: que hay más diferencia entre unos hombres y otros que entre ciertos animales y ciertos hombres.[157] En una casa privada de Siria, el cuidador de un elefante hurtaba a todas sus comidas la mitad de la ración que le habían ordenado. Un día el amo quiso cuidarlo él mismo y vertió en su comedero la ración completa de cebada que le había prescrito para su alimentación. El elefante, mirando con malos ojos al cuidador, separó y puso aparte con la trompa la mitad; reveló así la injusticia que le infligían.[158] Y otro elefante cuyo cuidador introducía piedras en el pienso para aumentar la ración, se acercó al recipiente donde cocía carne para su comida y se lo llenó de ceniza.[159] Esto son acciones particulares; pero lo que todo el mundo ha visto, y todo el mundo sabe, que en todos los ejércitos que se conducían desde Oriente una de las mayores fuerzas radicaba en los elefantes, que proporcionaban resultados incomparablemente superiores a los que ahora obtenemos de nuestra artillería, que ocupa poco más o menos su sitio en un ejército regular, [160] es fácil de juzgar para quienes conocen las historias antiguas:

b | siquidem Tirio seruire solebant
Annibali, et nostris ducibus, regique Molosso,
horum maiores, et dorso ferre cohortes,
partem aliquam belli et euntem in praelia turmam.[161]

[sus antepasados solían servir al tirio Aníbal y a nuestros generales y al rey de los molosos; y llevaban sobre la espalda las

cohortes, parte importante en la guerra, y el escuadrón que acudía a la batalla].

a | Ciertamente, había que tener verdadera confianza en la creencia y el razonamiento de estos animales para cederles la cabeza del ejército, un lugar donde la menor parada que pudieran hacer, dada la grandeza y pesadez de su cuerpo, el menor susto que les hiciera volverse sobre su propia gente, bastaba para echarlo todo a perder; y se han visto pocos ejemplos en que se hayan lanzado contra sus propias tropas, mientras que nosotros mismos nos abalanzamos los unos contra los otros y nos quebramos. No se les encomendaba una maniobra simple, sino muchas intervenciones distintas en el combate. *b* | Como hacían los españoles con los perros, en la reciente conquista de las Indias, a los que pagaban un sueldo y daban parte del botín; y estos animales mostraban tanta destreza y juicio para perseguir y establecer su victoria, para atacar o retroceder según las ocasiones, para distinguir a los amigos de los enemigos, como también ardor y dureza.[162]

a | Admiramos y apreciamos mejor las cosas extrañas que las ordinarias; y, de no ser así, no me habría enredado en este largo registro, pues, a mi entender, si alguien examina de cerca cuanto vemos habitualmente en los animales que viven entre nosotros, puede encontrar acciones tan admirables como las que se compilan en países y siglos extraños.[163] *c* | Es una misma naturaleza la que sigue su curso. Si alguien hubiese juzgado de modo suficiente la presente situación, podría a buen seguro inferir todo el porvenir y todo el pasado.[164] *a* | En cierta ocasión vi entre nosotros a unos hombres traídos por mar de un lejano país.[165] Como no entendíamos nada de su lengua, y, por lo demás, sus maneras, su disposición y sus vestidos eran por completo ajenos a los nuestros, ¿quién de nosotros no los consideraba salvajes y brutales?, ¿quién no atribuía a estupidez y a necedad verlos mudos, ignorantes de la lengua francesa, ignorantes de nuestros besamanos y de nuestras reverencias serpenteadas, de nuestro porte y de nuestro gesto, cuyo modelo la naturaleza humana ha de seguir sin falta?

Condenamos todo aquello que nos parece extraño y aquello que no entendemos. Nos ocurre así con el juicio que emitimos sobre los animales. Poseen muchas características que se asemejan a las nuestras; a partir de ellas podemos inferir por comparación alguna conjetura; pero ¿qué sabemos de cuanto tienen de particular? Los caballos, los perros, los bueyes, las ovejas, los pájaros y la mayoría de los animales que viven con nosotros reconocen nuestra voz, y se dejan conducir por ella. Así lo hacía incluso la morena de Craso, y acudía a él cuando la llamaba; y lo hacen también las anguilas que se encuentran en la fuente de Aretusa.[166] *b* | Y he visto bastantes viveros donde los peces acuden a comer al oír determinado grito de sus cuidadores:

a | *nomen habent, et ad magistri*
uocem quisque sui uenit citatus.[167]
[tienen nombre y acuden a la voz del amo cuando se les llama].

Podemos juzgar a partir de esto. Podemos también decir que los elefantes participan en alguna medida de la religión, pues, a ciertas horas del día, tras muchas abluciones y purificaciones, se les ve, con la trompa alzada a modo de brazos, y los ojos fijos hacia el sol naciente, permanecer durante mucho tiempo meditabundos y contemplativos, por propia inclinación, sin enseñanza ni precepto.[168] Pero, aunque no percibamos ninguna apariencia semejante en los demás animales, no podemos, sin embargo, asegurar que carezcan de religión, y no podemos interpretar en modo alguno aquello que se nos oculta. Así, vemos alguna cosa en la acción que el filósofo Cleantes observó, porque recuerda a las nuestras. Presenció, dice, que unas hormigas marchaban de su hormiguero, acarreando el cadáver de una compañera, hacia otro hormiguero; desde éste les salieron al encuentro otras muchas hormigas, como para hablar con ellas. Y, tras haber reunirse durante cierto tiempo, las últimas regresaron a deliberar, daos cuenta, con sus conciudadanas, y repitieron dos o tres veces el viaje por la dificultad de la negociación. Finalmente, las últimas sacaron un gusano de su cubil para las primeras, como si fuera el rescate

por la muerta, gusano que las primeras cargaron a hombros y se llevaron a casa, dejando a las otras el cuerpo de la muerta.[169] Ésta es la interpretación que dio Cleantes, probando con ello[170] que los que carecen de voz no dejan de mantener trato y comunicación mutua, en los cuales no participamos por defecto nuestro —y por lo tanto somos necios si nos dedicamos a opinar sobre el asunto.[171]

Ahora bien, producen de igual manera otras acciones que superan ampliamente nuestra capacidad, las cuales estamos tan lejos de poder imitar que ni siquiera podemos concebirlas mediante la imaginación. Muchos sostienen que, en esa magna y definitiva batalla naval que Antonio perdió contra Augusto, su galera capitana fue detenida en mitad de su curso por un pececillo que los latinos llaman *remora* [rémora], a causa de su propiedad de frenar toda suerte de naves a las que se adhiere. Y en cierta ocasión en que el emperador Calígula navegaba con una gran flota por la costa de la Romaña, sólo su galera fue detenida en seco por ese mismo pez, al que hizo apresar, adherido como estaba a la parte inferior de su barco. Se enojó sobremanera por que un animal tan pequeño pudiera forzar el mar, los vientos y la violencia de todos sus remos simplemente pegando el pico a su galera —pues se trata de un pez con concha—; y se asombró, además, no sin mucha razón, de que cuando se lo subieron al barco, careciera ya de la fuerza que tenía fuera.[172] Un ciudadano de Cícico adquirió en otros tiempos reputación de buen matemático por haber aprendido una propiedad del erizo. Éste mantiene su guarida abierta por distintos sitios y a distintos vientos, y, previniendo el viento que va a soplar acude a taponar el agujero por ese lado. Observándolo el ciudadano, brindó a su ciudad predicciones seguras sobre el viento que iba a soplar.[173] El camaleón adopta el color del lugar donde se sitúa; pero el pulpo se da a sí mismo el color que se le antoja, según las ocasiones, para esconderse de aquello que teme y atrapar aquello que busca. En el caso del camaleón, es un cambio pasivo; pero en el del pulpo, es un cambio activo.[174] Nosotros experimentamos algunas mutaciones de color con el miedo, la cólera, la

vergüenza y otras pasiones que modifican el tinte de nuestro semblante, pero es por un efecto pasivo, como en el caso del camaleón. La ictericia puede ciertamente ponernos amarillos, pero no la disposición de nuestra voluntad. Ahora bien, estas acciones que reconocemos en los demás animales más grandes que las nuestras prueban que existe en ellos alguna facultad más excelente, que se nos oculta, como es verosímil que se nos oculten muchas otras de sus características y potencias, *c* | de las cuales ninguna apariencia llega hasta nosotros.

a | Entre todas las predicciones del pasado, las más antiguas y seguras eran aquellas que se inferían del vuelo de las aves. Nada en nosotros se asemeja a esto ni es tan admirable. Tiene que haber alguna facultad excelente que guíe la regla y el orden del movimiento de sus alas, de los cuales se deducen consecuencias sobre el futuro, a una acción tan noble. Porque se va más allá de lo manifiesto cuando se atribuye un hecho tan importante a un mandato natural, sin la inteligencia, el acuerdo y el razonamiento de quien lo produce; y es una opinión evidentemente falsa.[175] La prueba de esto es el torpedo. Tiene la propiedad de que, no sólo adormece los miembros que lo tocan, sino que transmite, a través de redes y mallas, una pesadez entumecida a las manos de quienes las trasiegan y manejan. Se dice incluso otra cosa: que si se le vierte agua encima, se experimenta esta impresión, que llega, ascendiendo, hasta la mano, y adormece el tacto a través del agua. Tal fuerza es extraordinaria, pero al torpedo no le resulta inútil. La tiene presente y se vale de ella, de manera que, para atrapar la presa que busca, se agazapa bajo el lodo para que los demás peces que se deslizan por encima, golpeados y adormecidos por esa frialdad suya, caigan en su poder.[176]Las grullas, las golondrinas y otras aves migratorias, cambiando de cobijo según las estaciones del año, muestran de sobra el conocimiento que tienen de su facultad adivinatoria, y la llevan a la práctica.[177] Los cazadores nos aseguran que, para elegir entre un grupo de cachorros de perro aquel que debe conservarse como el mejor, no hay más que poner a la madre en la obligación de elegirlo ella misma. De modo que, si los sacamos

de la madriguera, el primero al que devuelva dentro será siempre el mejor; o bien, si hacemos como si rodeáramos de fuego la madriguera por todos lados, aquel de los cahorros en cuyo auxilio acuda antes. Esto muestra que poseen una práctica de la predicción de la que nosotros carecemos, o que poseen cierta facultad para juzgar a sus cachorros, diferente de la nuestra y más viva que ella.[178]

Dado que la manera de nacer, de engendrar, nutrirse, actuar, moverse, vivir y morir de los animales es tan semejante a la nuestra, todo lo que recortamos a sus causas motrices y añadimos a nuestra condición por encima de la suya no puede fundarse en ningún argumento de nuestra razón. Para regular nuestra salud, los médicos nos proponen el ejemplo de la vida de los animales y su forma de hacer; pues esta sentencia ha estado siempre en boca del pueblo:

Mantened calientes los pies y la cabeza;
en lo demás, vivid como animales.[179]

La procreación es la más importante de las acciones naturales. La disposición de nuestros miembros es más apropiada para tal efecto; aun así, nos prescriben adoptar la postura y disposición animal porque es más efectiva:

more ferarum
quadrupedumque magis ritu, plerumque putantur
concipere uxores; quia sic loca sumere possunt, pectoribus positis,
sublatis semina lumbis.[180]

[suele creerse que las mujeres conciben mejor al modo de las bestias y los cuadrúpedos, porque así, con los pechos abajo, y las nalgas arriba, el semen puede alcanzar su destino].

*a*² | Y rechazan como perniciosos esos movimientos indiscretos e insolentes que las mujeres se han sacado de la manga, remitiéndolas al ejemplo y al uso de los animales de su sexo, más modesto y sensato:

Nam mulier prohibet se concipere atque repugnat,
clunibus ipsa uiri Venerem si laeta retractet,
atque exossato ciet omni pectore fluctus.
Eiicit enim sulci recta regione uiaque
uomerem, atque locis auertit seminis ictum.[181]

[Pues la mujer impide y evita la concepción si, con el movimiento de sus nalgas, en su alegría, estimula el deseo del hombre, y con su cuerpo dislocado hace brotar el flujo de semen. Porque aparta el surco de la línea recta del arado y desvía el lanzamiento de la simiente de su blanco].

a | Si la justicia es dar a cada cual aquello que le es debido, los animales que sirven, aman y defienden a sus benefactores, y que persiguen y atacan a los extraños y a quienes les maltratan, remedan de este modo cierto aire de nuestra justicia,[182] como también al mantener una igualdad muy ecuánime en el reparto de sus bienes entre sus cachorros. En cuanto a la amistad, la suya es incomparablemente más viva y más firme que la humana. Hircano, el perro del rey Lisímaco, a la muerte de su amo permaneció obstinadamente sobre su lecho sin querer beber ni comer; y cuando quemaron su cuerpo, acudió corriendo y se lanzó al fuego, donde se abrasó.[183] Hizo lo mismo el perro de un hombre llamado Pirro, pues, cuando éste murió, no se movió de encima de su cama, y cuando se lo llevaron, se dejó conducir junto a él, y finalmente se arrojó a la hoguera donde ardía su cuerpo.[184] Hay ciertas inclinaciones afectivas que a veces surgen en nosotros sin el consejo de la razón, procedentes de un impulso fortuito que otros llaman «simpatía». Los animales son tan capaces de ello como nosotros. Vemos cómo los caballos entablan cierta amistad entre sí, hasta el punto de que nos cuesta hacer que vivan o viajen separados. Vemos cómo aplican su afecto a determinado pelaje de sus compañeros, lo mismo que a determinado semblante, y que, cuando lo encuentran, se unen a él de inmediato con júbilo y muestras de benevolencia, y que acogen con disgusto y odio cierta otra forma. Los animales eligen como nosotros en sus amores y hacen cierta selección entre sus hembras. No se libran de nuestros celos ni de odios extremos e irreconciliables.

Los deseos son o naturales y necesarios, como el beber y el comer, o naturales e innecesarios, como las relaciones con las hembras, o ni naturales ni necesarios.[185] Casi todos los humanos son de esta última clase. Son todos superfluos y artificiales. Es, en efecto, asombroso qué poco precisa la

naturaleza para estar satisfecha, qué poco nos ha dejado por desear. Los condimentos de nuestros platos no atañen a su prescripción. Dicen los estoicos que a un hombre le bastaría para sustentarse con una aceituna al día.[186] La delicadeza de nuestros vinos no forma parte de su lección, ni la sobrecarga que añadimos a nuestros deseos amorosos:

neque illa
magno prognatum deposcit consule cunnum.[187]

[y no necesita una vulva engendrada por un cónsul importante].

Los deseos impropios, que la ignorancia del bien, y una falsa opinión, han deslizado en nosotros, son tan abundantes que expulsan a casi todos los naturales. Ni más ni menos que si en una ciudad hubiese tan gran número de extranjeros que echaran a sus habitantes naturales o acabasen con su antigua autoridad y poderío, usurpándola por completo y apoderándose de ella.[188] Los animales son mucho más ordenados que nosotros, y se contienen con más moderación dentro de los límites que la naturaleza nos ha prescrito.[189] Pero no de manera tan estricta que no mantengan también cierta correspondencia con nuestro desenfreno. Y, así como se han visto deseos furiosos que han empujado a los hombres a amar a los animales, también ellos se prendan a veces de amor por nosotros y acogen pasiones monstruosas entre especies distintas.[190] Lo prueba aquel elefante rival de Aristófanes el Gramático por el amor de una joven vendedora de flores en la ciudad de Alejandría, que no le cedía en nada en cuanto a las obligaciones de un pretendiente muy apasionado. En efecto, cuando paseaba por el mercado de las frutas, tomaba algunas con la trompa y se las ofrecía. No la perdía de vista sino lo menos posible, y de vez en cuando le metía la trompa en el pecho por debajo del cuello y le tocaba los pezones.[191] Cuentan también de un dragón enamorado de una muchacha, y de una oca prendada de amor por un muchacho en la ciudad de Esopo, y de un carnero que pretendía a la música Glauca;[192] y cada día vemos monos locos de amor por mujeres. Vemos también que

ciertos animales se entregan al amor de los machos por su sexo.[193] Opiano y otros refieren algunos ejemplos para mostrar la reverencia que los animales tienen en sus matrimonios por el parentesco,[194] pero la experiencia nos hace ver con suma frecuencia lo contrario:

nec habetur turpe iuuencae
ferre patrem tergo; fit equo sua filia coniux:
quasque creauit init pecudes caper; ipsaque cuius
semine concepta est, ex illo concipit ales.[195]

[y no es una deshonra para la vaca que la monte su padre; el caballo toma a su hija por esposa; los machos cabríos penetran a las cabritas que han engendrado, y las aves conciben con el mismo esperma con el que han sido concebidas].

¿Hay sutileza maliciosa más clara que la del mulo del filósofo Tales? Un día que cruzaba un río cargado de sal y que resbaló por casualidad, de manera que los sacos que llevaba quedaron completamente mojados, se dio cuenta de que la sal así disuelta le había aligerado la carga. Desde entonces, en cuanto encontraba un riachuelo, se sumergía en él con su carga, hasta que su amo, que descubrió su malicia, ordenó que lo cargaran de lana. Desengañado de este modo, dejó de emplear ya la artimaña.[196]

Son muchos los que representan de manera genuina el aspecto de nuestra avaricia, pues se les ve un afán extremo por adueñarse de todo lo que pueden y por esconderlo cuidadosamente, aunque no les sirva para nada. En cuanto a la administración doméstica, no sólo nos superan en la previsión con la que acumulan y ahorran para el futuro; poseen además muchos elementos del arte necesario para ello. Las hormigas extienden fuera de la era sus granos y semillas para airearlos, refrescarlos y secarlos cuando ven que empiezan a enmohecerse y a oler a rancio, temiendo que se corrompan y pudran.[197] Pero la precaución y la prevención de que se valen para roer el grano de trigo supera todo lo imaginable por la previsión humana. Dado que el trigo no se mantiene siempre seco y sano, sino que se reblandece, descompone y disuelve en una especie de leche, preparándose para germinar y engendrar, por miedo a que se

transforme en semilla y pierda su naturaleza y cualidad de reserva de alimento, roen la punta por la cual el germen acostumbra a brotar.[198]

En cuanto a la guerra, que es la más grande y más pomposa de las acciones humanas, me gustaría saber si pretendemos valernos de ella como argumento para alguna preeminencia o, por el contrario, como prueba de nuestra flaqueza e imperfección. Siendo en verdad como es el arte de destruirnos y matarnos mutuamente, de arruinar y echar a perder a nuestra propia especie, parece que no tiene mucho que lo haga deseable para los animales que carecen de él:

b | *quando leoni*
fortior eripui uitam Leo? quo nemore unquam
expirauit aper maioris dentibus apri?[199]
[¿cuándo a un león le ha quitado la vida
un león más fuerte?, ¿en qué bosque un jabalí ha
expirado nunca entre los dientes de un jabalí mayor?]

a | Pero, aun así, no están del todo exentos de él, como lo prueban los furiosos enfrentamientos de las abejas y los ataques entre príncipes de dos ejércitos contrarios:[200]

saepe duobus
regibus incessit magno discordia motu,
continuoque animos uulgi et trepidantia bello
corda licet longe praesciscere.[201]

[a menudo aparece la discordia entre dos reyes con gran agitación, y enseguida se puede prever de lejos la cólera de la multitud y sus corazones prestos para la guerra].

Jamás veo esta divina descripción sin que me parezca leer pintada en ella la insensatez y la vanidad humanas. En efecto esos movimientos guerreros que nos arrebatan con su horror y espanto, esa tormenta de ruidos y gritos,

b | *Fulgur ubi ad caelum se tollit, totaque circum*
aere renidescit tellus, subterque uirum ui
excitur pedibus sonitus, clamoreque montes
icti reiectant uoces ad sidera mundi;[202]

[Cuando el fulgor llega hasta el cielo y todo en derredor la tierra resplandece de bronce y el pie de los recios hombres

suscita el ruido de las pisadas y los montes, heridos por sus clamores, rechazan sus gritos hasta los astros del cielo];

a | esa pavorosa disposición de tantos miles de hombres armados, tanto furor, bravura y coraje, es divertido considerar por qué vanos motivos se agita y por qué ligeros motivos se extingue:

Paridis propter narratur amorem
Graecia Barbariae diro collisa duello.[203]
[Se cuenta que a causa del amor de Paris se produjo
un duro enfrentamiento entre griegos y bárbaros].

Asia entera se perdió y consumió en guerras causadas por la rufianería de París. El deseo de un solo hombre, un despecho, un placer, unos celos domésticos, causas que no deberían mover a dos pescaderas a arañarse, son el alma y el movimiento de todo este gran tumulto. ¿Queremos creer a los mismos que son sus principales autores y motivos? Oigamos al más grande, al más triunfante y poderoso emperador que jamás ha existido riéndose y mofándose, de manera muy divertida e ingeniosa, de muchas batallas arriesgadas por mar y por tierra, de la sangre y la vida de quinientos mil hombres que siguieron su fortuna, y de las fuerzas y las riquezas de las dos partes del mundo exhaustas al servicio de sus empresas,

Quod futuit Glaphyran Antonius, hanc mihi poenam
fuluia constituit, se quoque uti futuam.
Fuluiam ego ut futuam? Quid, si me Manius oretpoedicem, faciam? Non puto, si sapiam.
Aut futue, aut pugnemus, ait. Quid, si mihi uita
charior est ipsa mentula? Signa canant.[204]

[Porque Antonio copuló con Glafira, Fulvia me prescribe el castigo de copular también con ella. ¿Yo, copular con Fulvia? ¿Cómo?, si Manió me pide que le sodomice, ¿lo haré? No creo, si estoy cuerdo. O copulas o vamos a la guerra, dice. ¿Cómo?, ¡si estimo más mi verga que la vida misma! Que suenen las cornetas].

—Utilizo mi latín con libertad de conciencia, con el permiso que me habéis dado—.[205] Ahora bien, este gran cuerpo con

tantos semblantes y movimientos, que parece amenazar cielo y tierra:

b | *Quam multi Lybico uoluuntur marmore fluctus,*
saeuus ubi Orion hibernis conditur undis,
uel cum sole nouo densae torrentur aristae,
aut Hermi campo, aut Liciae flauentibus aruis,
scuta sonant, pulsuque pedum tremit excita tellus;[206]

[Tan numerosos como las olas que ruedan por el mar de Libia cuando el cruel Orion se esconde en las ondas invernales, o como las apretadas espigas que arden bajo el nuevo sol en la llanura de Hermo o en los campos dorados de Licia, los escudos resuenan y la tierra estremecida tiembla bajo la pisada de los pies];

a | este furioso monstruo con tantos brazos y tantas cabezas, sigue siendo el débil, calamitoso y miserable hombre. Es sólo un hormiguero revuelto y excitado:

It nigrum campis agmen.[207]

[El negro batallón avanza por la llanura].

Un soplo de viento adverso, el graznido de una bandada de cuervos, el paso en falso de un caballo, el cruce fortuito de un águila, un sueño, una palabra, un signo, una niebla matinal bastan para derribarlo y echarlo al suelo. Dale tan sólo con un rayo de sol en la cara y ahí lo tienes derretido y desmayado; que el viento le lance tan sólo un poco de polvo a los ojos, como a las abejas de nuestro poeta,[208] y ahí tienes todas nuestras enseñas, nuestras legiones y hasta a Pompeyo el Magno al frente roto y deshecho, pues fue él, me parece, quien fue vencido por Sertorio en España con esas buenas armas,[209] *b* | que también sirvieron a otros, como a Eumenes contra Antigono y a Surena contra Craso:[210]

a | *Hi motus animorum atque haec certamina tanta*
pulueris exigui iactu compressa quiescent.[211]

[Estos ánimos agitados y estos combates tan violentos
se calmarán y reprimirán arrojándoles un poco de polvo].

c | Que lancen aun a nuestras abejas a perseguirlo. Tendrán fuerza y valor para derrotarlo. Hace poco, cuando los portugueses sitiaban la villa de Tamly, en el territorio de

Xiatima, sus habitantes llevaron sobre la muralla una gran cantidad de colmenas, que poseen en abundancia. Y, con fuego, arrojaron a las abejas tan vivamente contra sus enemigos, que éstos abandonaron la empresa. No pudieron resistir sus ataques y picotazos. De este modo, se preservó la victoria y la libertad de su ciudad gracias a este nuevo auxilio, con tal fortuna que, a la vuelta del combate, no hubo ni una sola baja.[212]

*a*² | Las almas de los emperadores y de los zapateros están hechas en el mismo molde. Considerando la importancia y gravedad de las acciones de los príncipes, nos convencemos de que han sido producidas por ciertas causas asimismo graves e importantes. Cometemos un error. Son traídos y llevados en sus movimientos por los mismos motivos que nosotros en los nuestros. La misma razón que nos hace reñir con un vecino, suscita una guerra entre príncipes; la misma razón que nos lleva a azotar a un lacayo, cuando cae en un rey, le hace arrasar una provincia. *b* | Quieren con la misma ligereza que nosotros, pero pueden más. *a*² | Los mismos deseos agitan un ácaro y un elefante.

a | En cuanto a fidelidad, no hay animal en el mundo tan traidor como el hombre. Nuestras historias cuentan la viva persecución que ciertos perros hicieron de la muerte de sus amos. El rey Pirro se topó con un perro que estaba vigilando a un muerto; tras oír que llevaba tres días haciendo este servicio, mandó que enterrasen el cadáver y se llevó el perro con él. Un día en que presenciaba la revista general de su ejército, el perro vio a los asesinos de su amo, se les echó encima con grandes ladridos y violenta furia, y por medio de este primer indicio encauzó la venganza del asesinato, que fue ejecutada poco después por la vía de la justicia.[213] Otro tanto hizo el perro del sabio Hesíodo, que demostró la culpabilidad de los hijos de Ganíctor de Naupacto en el asesinato de su amo.[214] Otro perro, que custodiaba un templo en Atenas, al ver a un ladrón sacrílego que se llevaba las joyas más hermosas, empezó a ladrar contra él con todas sus fuerzas; pero, como los sacristanes no por eso se despertaron, se puso a seguirlo, y, cuando se hizo de día, se mantuvo un poco más alejado de él,

sin perderlo jamás de vista. Si le ofrecía de comer, no lo aceptaba; y a los demás transeúntes que encontraba por el camino, los festejaba con la cola y cogía de sus manos lo que le daban de comer; si su ladrón se detenía para dormir, él se detenía también en el mismo sitio. La noticia del perro llegó a los sacristanes de la iglesia, de modo que se pusieron a seguirle el rastro, preguntando por indicios del pelo del perro, y finalmente lo encontraron en la ciudad de Cromión, y también al ladrón, al que devolvieron a la ciudad de Atenas, donde recibió castigo. Y los jueces, en reconocimiento por este buen servicio, decretaron que el erario público se hiciera cargo de cierta ración de trigo para alimentar al perro, y a los sacerdotes, que lo cuidaran. Plutarco atestigua esta historia como cosa muy probada y acaecida en su época.[215]

En cuanto a la gratitud —pues me parece que tenemos necesidad de dar vigencia a esta palabra—,[216] bastará un solo ejemplo que Apión relata como si él mismo lo hubiese contemplado. Un día, dice, que en Roma se brindaba al pueblo el placer del combate de numerosos animales extraños, y sobre todo de leones de inusitado tamaño, había uno entre los demás que, por su porte furioso, por la fuerza y el grosor de sus miembros y por su rugido altivo y terrible, atraía la mirada de todos los asistentes. Uno de los esclavos que fueron ofrecidos al pueblo en este combate de animales fue un tal Androdo, de Dacia, que pertenecía a un señor romano de la clase consular. El león lo vio desde lejos y primero se detuvo en seco, como si se hubiese quedado admirado; luego, se acercó muy lentamente, de una manera mansa y apacible, como para reconocerlo. Hecho esto, y seguro de lo que buscaba, empezó a golpear con la cola como lo hacen los perros que lisonjean a su amo, y a besar y lamer las manos y los muslos del pobre miserable, que estaba completamente sobrecogido de horror y fuera de sí. Cuando Androdo recobró el ánimo por la benignidad del león, y calmó su mirada para examinarlo y reconocerlo, era un placer singular ver las caricias y fiestas que se hacían el uno al otro. Como el pueblo dio gritos de alborozo, el emperador hizo llamar al esclavo

para oír de él la causa de tan extraño suceso. Le relató una historia nueva y admirable.

Cuando mi amo, dijo, era procónsul en África, me vi obligado, por la crueldad y el rigor con que me trataba, al extremo de hacerme golpear todos los días, a ocultarme de él y huir. Y, para esconderme de manera segura de un personaje que poseía tanta autoridad en la provincia, me pareció que lo más rápido para mí era dirigirme a los lugares solitarios y las regiones arenosas e inhabitables del país, resuelto, si me faltaban medios para alimentarme, a encontrar alguna manera de quitarme la vida. El sol era extremadamente intenso al mediodía y los calores insoportables, así que, al toparme con una cueva oculta e inaccesible, me lancé a su interior. Poco después apareció este león, con una pata ensangrentada y herida, quejándose y gimiendo por los dolores que sufría. Cuando llegó, tuve mucho miedo, pero él, viéndome acurrucado en un rincón de su guarida, se me acercó muy despacio ofreciéndome la pata herida y mostrándomela como para pedir ayuda. Entonces le saqué una gran astilla que tenía clavada y, un poco familiarizado con él, apretando su herida, hice salir la suciedad que se acumulaba, la sequé y limpié tan bien como pude. Al sentirse aliviado del mal y repuesto del dolor, empezó a descansar y a dormir, con la pata todavía entre mis manos. Desde entonces, vivimos los dos juntos en esa cueva tres años enteros con los mismos alimentos. Porque, de los animales que mataba en sus cacerías, me daba los mejores pedazos, que yo ponía a calentar al sol, a falta de fuego, y me comía. A la larga, aburrido de esta vida brutal y salvaje, un día al ir el león a hacer su caza habitual, me marché, y, a los tres días, me sorprendieron los soldados, que me llevaron de África a esta ciudad, a mi amo, el cual me condenó de inmediato a muerte y a ser arrojado a los animales. Pues bien, por lo que veo, al león le capturaron también poco después, y ahora me ha querido recompensar por el beneficio y la curación que le procuré.

Ésta es la historia que Androdo contó al emperador, que hizo también oír de mano en mano al pueblo. Por ello, a requerimiento de todos, fue puesto en libertad y absuelto de la

condena, y por mandato del pueblo se le regaló el león. Vimos después, dice Apión, cómo Androdo, que llevaba el león con un pequeño lazo, se paseaba por las tabernas de Roma y recibía el dinero que le daban, y cómo el león se dejaba cubrir con las flores que le lanzaban, y cómo todo el mundo decía, cuando los encontraba: «Aquí tenemos al león que hospedó al hombre, y al hombre que curó al león».[217]

b | Lloramos a menudo la pérdida de los animales que amamos; también ellos lloran la nuestra:

Post bellator equus, positis insignibus, Aethon
it lacrimans, guttisque humectat grandibus ora.[218]
[Después llega su caballo de guerra, despojado de sus insignias,
Etón; llora y humedece con grandes lágrimas su rostro].

Así como algunas de nuestras naciones tienen las mujeres en común, y otras cada uno la suya, ¿no se ve esto también entre los animales?, ¿y matrimonios mejor guardados que los nuestros?

a | En cuanto a la sociedad y confederación que forjan entre ellos para unirse y ayudarse mutuamente, se ve en los bueyes, cerdos y otros animales que, al grito de aquel al que atacas, acude todo el grupo en su auxilio y se incorpora a su defensa. Cuando el escaro se traga el anzuelo del pescador, sus compañeros se reúnen en tropel a su alrededor y roen el sedal; y si por azar hay alguno que cae dentro de una red, los demás le ofrecen la cola desde fuera, y él la aferra tan fuerte como puede con los dientes; de este modo, lo sacan afuera y lo arrastran. Los barbos, cuando uno de sus compañeros está preso, ponen el sedal contra sus espaldas, enderezan una espina que tienen dentada como una sierra, y con ella lo sierran y cortan.[219]

En cuanto a los servicios particulares que obtenemos el uno del otro en beneficio de nuestra vida, se ven muchos ejemplos semejantes entre ellos. Aseguran que la ballena no se traslada nunca sin llevar delante un pececillo parecido al gobio de mar, que se llama por ese motivo «el guía». La ballena le sigue, dejándose llevar y dirigir con la misma facilidad que el timón

maneja el barco. Y, en compensación, mientras que cualquier otra cosa, sea animal o bajel, que entra en el horrible abismo de la boca del monstruo es al instante destruida y engullida, este pequeño pez se refugia en ella con toda seguridad y duerme en su interior, y el tiempo que está dormido la ballena no se mueve; pero en cuanto sale, empieza a seguirlo incesantemente; y si por casualidad se aparta de él, vaga sin rumbo fijo y muchas veces se hace daño con las rocas, como un bajel que carece de timón. Plutarco atestigua haberlo visto en la isla de Anticira.[220] Se da una sociedad semejante entre el pequeño pájaro que llaman reyezuelo y el cocodrilo. El reyezuelo le sirve de centinela a este gran animal; y si la mangosta, su enemigo, se acerca para luchar con él, el pequeño pájaro, por miedo a que lo sorprenda dormido, lo despierta con su canto y a picotazos, y le advierte del peligro. Vive de las sobras de este monstruo, que lo acoge familiarmente en la boca y le permite picotear entre sus mandíbulas y entre sus dientes, y recoger los pedazos de carne que se le han quedado ahí; y si quiere cerrar la boca, le avisa primero que se salga, apretándola poco a poco, sin aplastarlo ni herirlo.[221] Esa concha que llaman pinna vive también así con el guarda-pinna, un pequeño animal del tipo del cangrejo que le sirve de ujier y de portero, sentado en la abertura de esta concha, la cual mantiene continuamente entornada y abierta, hasta que ve entrar algún pececillo apropiado para la captura. Porque entonces entra en la pinna y la pellizca en la carne viva y la fuerza a cerrar la concha; acto seguido, los dos juntos se comen la presa atrapada en el fortín.[222]

En la manera de vivir de los atunes se observa una singular ciencia de tres partes de la matemática.[223] En cuanto a la astronomía, la enseñan al hombre, pues se detienen allí donde los sorprende el solsticio de invierno, y no se mueven hasta el siguiente equinoccio; por eso el propio Aristóteles les atribuye de buen grado esta ciencia. En cuanto a la geometría y la aritmética, dan siempre a su banco una forma cúbica, cuadrada en todos los sentidos, y forjan así un cuerpo de batallón sólido, cerrado y circundado por todas partes, con seis caras todas iguales; además, nadan en este orden cuadrado, tan ancho por

detrás como por delante, de manera que si uno ve y cuenta una hilera, puede fácilmente contar el grupo entero, pues el número de la profundidad es igual al de la anchura, y el de la anchura al de la longitud.

En cuanto a la magnanimidad, es difícil darle un semblante más notorio que el que tiene en la acción de aquel gran perro que le enviaron al rey Alejandro desde las Indias. Le presentaron en primer lugar un ciervo para luchar con él, después un jabalí y luego un oso. No les hizo caso y no se dignó a moverse de su sitio. Pero cuando vio un león, se levantó al instante sobre sus patas, mostrando manifiestamente que lo declaraba único digno de entablar combate con él.[224] *b* | En lo que toca al arrepentimiento y al reconocimiento de las faltas, se cuenta de un elefante que, tras matar a su cuidador por un ataque de cólera, cayó en un dolor tan extremo que nunca más quiso comer y se dejó morir.[225] *a* | En cuanto a la clemencia, se cuenta de un tigre, el animal más inhumano de todos, que le entregaron un cabritillo y prefirió pasar hambre dos días antes que hacerle daño, y al tercer día rompió la jaula donde estaba encerrado para ir a buscar otra comida, pues no quería atacar al cabritillo, su amigo y huésped.[226]

Y en cuanto a los derechos de la familiaridad y la concordia que se forja con el trato, es habitual que domestiquemos gatos, perros y liebres juntos. Pero lo que la experiencia enseña a quienes viajan por mar, y especialmente por el mar de Sicilia, sobre la condición de los alciones, sobrepasa todo pensamiento humano. ¿En qué otra especie de animales la naturaleza[227] ha honrado nunca tanto la procreación, el nacimiento y el parto? Porque es cierto que los poetas dicen que la sola isla de Delos, que antes era errante, fue fijada para servir al alumbramiento de Leto.[228] Pero Dios ha querido que el mar entero se detenga, fije y calme, sin oleaje, sin viento y sin lluvia, mientras el alción da a luz a sus crías, que es justamente hacia el solsticio, el día más corto del año; y, gracias a este privilegio, disponemos de siete días y siete noches, en pleno invierno, en los que podemos navegar sin

peligro. Sus hembras no reconocen a otro macho que el suyo propio, y le acompañan toda la vida sin abandonarlo jamás; si se debilita y está achacoso, lo cargan a la espalda, lo llevan a todas partes y le sirven hasta la muerte. Pero ninguna habilidad ha podido todavía llegar a conocer el asombroso arte con el que el alción compone el nido de sus crías, ni adivinar de qué materia está hecho. Plutarco, que vio y tocó muchos, cree que se trata de las espinas de cierto pez, que ensambla y encaja, entrelazándolas, las unas a lo largo, las otras de través, y añadiendo curvas y redondeamientos, de suerte que al final forma con ellas una nave redonda lista para navegar. Después, cuando ha consumado la construcción, la expone al batir del oleaje marino, allí donde el mar, golpeándola con mucha suavidad, le enseña a reparar lo que no está bien sujeto y a reforzar mejor los sitios donde ve que la estructura se desencaja y se afloja por los golpes del mar; y, al contrario, lo que está bien sujeto, el batir de las olas te lo estrecha y aprieta de tal manera que no se puede romper ni deshacer ni dañar a golpes de piedra ni de hierro, si no es con gran esfuerzo. Y lo más admirable es la proporción y la forma de la cavidad interna, pues está compuesta y proporcionada de tal manera que no puede acoger ni admitir otra cosa que el pájaro que la ha forjado. Es, en efecto, impenetrable, y está cerrada y clausurada para cualquier otra cosa, de suerte que nada puede entrar en ella, ni siquiera el agua del mar.[229]

Es una descripción bien clara de tal construcción, y está tomada de una buena fuente. Sin embargo, me parece que aún no nos aclara suficientemente la dificultad de semejante arquitectura. Ahora bien, ¿de qué vanidad puede proceder que pongamos por debajo de nosotros e interpretemos con desdén acciones que no podemos imitar ni comprender?

Para llevar aún un poco más lejos la igualdad y correspondencia entre nosotros y los animales, nuestra alma se ufana del privilegio de reducir a su condición todo aquello que concibe, de despojar de cualidades mortales y corporales todo lo que le llega, de obligar a las cosas que estima dignas de su intimidad a desvestirse y despojarse de sus circunstancias

corruptibles, y a hacerles dejar de lado, como vestidos superfluos y abyectos, espesor, longitud, profundidad, peso, color, olor, aspereza, lisura, dureza, blandura y todos los accidentes sensibles, para acomodarlos a su condición inmortal y espiritual, de tal manera que la Roma y el París que tengo en el alma, el París que imagino, lo imagino y lo comprendo sin extensión ni lugar, sin piedra, sin yeso y sin madera.[230] Pues bien, este mismo privilegio, sostengo yo, parece darse muy manifiestamente en los animales. Porque el caballo acostumbrado a las trompetas, a los arcabuzazos y a los combates, al que vemos agitarse y estremecerse mientras duerme estirado en su lecho de paja, como si se hallara en medio de la pelea, es seguro que concibe en su alma el son del tamboril sin ruido un ejército sin armas y sin cuerpos:

Quippe uidebis equos fortes, cum membra iacebunt
in somnis, sudare tamen, spirareque saepe,
et quasi de palma summas contendere uires.[231]

[Verás que los caballos vigorosos, aun cuando sus miembros yacen en el sueño, sudan, a menudo jadean y tensan sus fuerzas como para disputar la palma].

La liebre que el lebrel imagina en sueños, tras la cual le vemos jadear mientras duerme, estirar la cola, sacudir los corvejones y representar perfectamente los movimientos de su carrera, es una liebre sin pelaje y sin huesos,

Yenantumque canes in molli saepe quiete
iactant crura tamen subito, uocesque repente
mittunt, et crebras reducunt naribus auras,
ut uestigia, si teneant inuenta ferarum.
Experge factique sequuntur inania saepe
ceruorum simulacra, fugae quasi dedita cernant:
donec discussis redeant erroribus ad se.[232]

[A menudo los perros de caza que reposan tranquilamente de pronto agitan las patas, emiten súbitos ladridos y husmean el aire con las narices, como si hubiesen encontrado unas fieras y siguiesen su rastro. Y, una vez despiertos, muchas veces persiguen vanos fantasmas de ciervos, como si los

vieran escapar, hasta que vuelven en sí y se libran de estos errores].

Vemos a menudo que los perros guardianes gruñen en sueños y luego ladran de verdad y se despiertan sobresaltados, como si percibieran que llega algún extraño. El extraño que su alma ve es un hombre espiritual e imperceptible, sin magnitud, sin color y sin ser:

Consueta domi catulorum blanda propago
degere, saepe leuem ex oculis uolucremque soporem
discutere, et corpus de terra corripere instant,
proinde quasi ignotas facies atque ora tueantur.[233]

[La mansa raza de los pequeños perros, habituada a vivir en las casas, con frecuencia se apresura a sacudirse de los ojos el ligero y volátil sopor, y a levantarse del suelo, como si viera caras y rasgos desconocidos].

En cuanto a la belleza del cuerpo,[234] antes de seguir tendría que saber si convenimos en su descripción. Lo verosímil es que apenas sepamos qué es la belleza en la naturaleza y en general, toda vez que, a la belleza humana y a la nuestra, le atribuimos tantas formas distintas. *c* | Si en ella hubiese alguna prescripción natural, la reconoceríamos todos, como el calor del fuego. Fantaseamos sus formas a nuestro antojo:

b | *Turpis Romano Belgicus ore color.*[235]

[Una tez belga sería fea en una faz romana].

a | Las Indias la pintan negra y atezada, con los labios gruesos e hinchados, con la nariz plana y ancha. *b* | Y cargan con grandes anillos de oro el cartílago entre las ventanas de la nariz, para hacer que cuelgue hasta la boca; y lo mismo el labio inferior, con gruesos aros adornados con pedrerías, de tal manera que les cae sobre el mentón; y su gracia reside en enseñar los dientes hasta debajo de las raíces.[236] En el Perú, las orejas más grandes son las más hermosas, y las estiran todo lo que pueden artificialmente.[237] *c* | Y un hombre de nuestro tiempo dice haber visto en una nación oriental que el afán por engrandecerlas y cargarlas de pesadas joyas goza de tanto crédito que siempre pasaba el brazo vestido a través del orificio de la oreja.[238] *b* | En otros sitios hay naciones que ennegrecen

los dientes con sumo esmero, y desdeñan verlos blancos; en otras partes, los tiñen de color rojo.[239] *c* | No sólo en el País Vasco las mujeres se encuentran más bellas con la cabeza rasurada, también en otros lugares; e incluso en ciertas regiones glaciales, según dice Plinio.[240] *b* | Las mexicanas cuentan entre sus bellezas tener la frente pequeña, y, mientras que se depilan el resto del cuerpo, cuidan el vello de la frente, y la pueblan artificialmente; y valoran tanto el tamaño de los pezones que aspiran a poder amamantar a sus hijos por encima del hombro.[241] *a* | Nosotros concebiríamos así la fealdad. Los italianos la hacen gruesa y maciza; los españoles, flaca y enjuta. Y, entre nosotros, uno la hace blanca, otro morena; uno blanda y delicada, otro fuerte y vigorosa; hay quien pide gracilidad y dulzura, y quien pide orgullo y majestad. *c* | Del mismo modo, la preeminencia en belleza que Platón atribuye a la figura esférica, los epicúreos la conceden más bien a la piramidal o a la cuadrada, y no pueden tragar un dios en forma de bola.[242]

a | Pero, en cualquier caso, la naturaleza no nos ha privilegiado más en esto que en lo restante por encima de sus leyes comunes. Y, si nos juzgamos bien, encontraremos que, aunque haya algunos animales menos favorecidos en este asunto que nosotros, hay otros, y en gran número, que lo son más. *c* | *A multis animalibus decore uincimur*[243] [Muchos animales nos superan en belleza]. Incluso entre los terrestres, nuestros compatriotas. Porque, en cuanto a los marinos —dejando aparte la forma, que es incomparable, a tal extremo es distinta—, en color, nitidez, brillo, disposición, nos aventajan bastante; y lo mismo, en cualquier característica, los aéreos. *a* | Y la prerrogativa que los poetas exaltan de nuestra estatura recta, que mira hacia el cielo su origen,

Pronaque cum spectent animalia caetera terram,
os homini sublime dedit, coelumque uidere
iussit, et erectos ad sydera tollere uultus;[244]

[Y, mientras que los demás animales miran, con la cara vuelta hacía abajo, hacia la tierra, al hombre le otorgó una faz

sublime, y le mandó mirar hacia el cielo, y levantar la cara hacia las estrellas];

es en verdad poética, pues son muchos los animalillos que tienen la vista por entero vuelta hacia el cielo; y el cuello de los camellos y las avestruces, me parece incluso más alzado y recto que el nuestro.[245] *c* | ¿Acaso algún animal no tiene la cara arriba y no la tiene delante y no mira enfrente, como nosotros, y no divisa, cuando adopta su postura normal, tanto del cielo y de la tierra como el hombre? ¿Y qué características de nuestra constitución corporal según Platón y Cicerón no son aplicables a mil clases de animales?[246]

a | Los que más se nos parecen son los más feos y viles de toda la banda. Son, en efecto, en cuanto a apariencia externa y forma de la cara, los monos:

c | *Simia quam similis, turpissima bestia, nobis!*[247]

[¡El simio, el animal más feo, cómo se nos parece!].

a | En cuanto al interior y a las partes vitales, es el cerdo.[248] Ciertamente, cuando imagino al hombre del todo desnudo —incluso en el sexo que parece participar más de la belleza—, sus taras, su vulnerabilidad natural y sus imperfecciones, me parece que hemos tenido más razón que cualquier otro animal para cubrirnos. Tenemos excusa por tomar prestado de aquellos a los que la naturaleza favoreció en esto más que a nosotros, para adornarnos con su belleza y escondernos[249] bajo sus despojos, de lana, pluma, pelo o seda.

Señalemos además que somos el único animal cuyo defecto ofende a nuestros propios compañeros, y los únicos que tenemos que escondernos en nuestros actos naturales de nuestra propia especie. A decir verdad, es también un hecho digno de consideración que los maestros del oficio prescríban como remedio para las pasiones amorosas la visión íntegra y libre del cuerpo perseguido —que, para enfriar el amor, baste con ver libremente aquello que se ama—:

Ille quod obscoenas in aperto corpore partes
uiderat, in cursu quifuit, haesit amor.[250]

[Como vio las partes obscenas del cuerpo al
desnudo, en medio de su curso, detuvo su amor].

Y aunque esta receta pueda tal vez partir de un humor un poco delicado y frío, el hecho de que el uso y el conocimiento nos produzcan un hastío mutuo es, pese a todo, un signo asombroso de nuestra flaqueza. *b* | No es tanto el pudor como el arte y la prudencia lo que vuelve a nuestras damas tan circunspectas que nos rehúsan la entrada en sus gabinetes antes de haberse pintado y adornado para la exhibición pública:

*a*² | *Nec ueneres nostras hoc fallit: quo magis ipsae*
omnia summopere hos uitae post scenia celant,
quos retinere uolunt adstrictoque esse in amore.[251]

[Y esto no lo ignoran nuestras Venus; además ponen mucho empeño en ocultar todos los bastidores de su vida a quienes pretenden retener y encadenar en el amor].

a | En cambio, muchos animales nada tienen que no amemos y que no agrade a nuestros sentidos, de tal suerte que, incluso de sus excrecencias y secreciones, obtenemos no sólo golosinas para comer, sino nuestros más ricos ornamentos y perfumes. Este discurso no atañe más que a nuestro orden común, y no es tan sacrílego que pretenda incluir en él a las divinas, sobrenaturales y extraordinarias bellezas que a veces vemos relucir entre nosotros como astros bajo un velo corporal y terrestre.[252]

Por lo demás, incluso la parte de favores naturales que admitimos concederles a los animales les resulta muy ventajosa. Nosotros nos atribuimos bienes imaginarios y fantásticos, bienes futuros y ausentes, de los cuales la capacidad humana no puede asegurarse por sí misma, o bienes que nos arrogamos falsamente por la licencia de nuestra opinión, como la razón, la ciencia y el honor. Y a ellos les dejamos en suerte bienes sustanciales, tangibles y palpables: la paz, el reposo, la seguridad, la inocencia y la salud. La salud, digo, el más hermoso y rico regalo que la naturaleza pueda hacernos. De manera que la filosofía, incluso la estoica, osa decir que Heráclito y Ferécides, si hubiesen podido cambiar su sabiduría por la salud, y librarse con este trato, el uno de la hidropesía, el otro de la pediculosis que les aquejaba, habrían

hecho bien.[253] Con esto valoran aún más la sabiduría, al compararla y equipararla con la salud, de lo que lo hacen con otra proposición que es también suya. Dicen que, si Circe le hubiese presentado a Ulises dos bebedizos, uno para tranformar al hombre de insensato en sabio, otro para transformarlo de sabio en insensato, Ulises debería haber elegido el de la locura antes que consentir que Circe cambiara su forma humana por la de un animal; y añaden que la misma sabiduría le habría hablado de este modo: «Renuncia a mí, abandóname antes que cobijarme bajo la forma y el cuerpo de un asno».[254] ¡Pero cómo!, entonces, ¿los filósofos renuncian a esta grande y divina sabiduría a cambio del velo corporal y terrestre? Entonces, ya no superamos a los animales por la razón, la reflexión y el alma; los superamos por nuestra belleza, por nuestra hermosa tez y por la bella disposición de nuestros miembros. Por ésta hemos de olvidar nuestra inteligencia, nuestra prudencia y todo lo demás.

Pues bien, acepto esta sincera y franca confesión. Ciertamente, se han dado cuenta de que las cualidades que tanto celebramos no son más que vana fantasía. Así, aunque los animales dispusieran de toda la virtud, ciencia, sabiduría y capacidad estoica, *c* | continuarían siendo animales; y no *a* | podrían compararse con un hombre miserable, malvado e insensato.[255] *c* | Porque, en suma, lo que no es como nosotros no tiene valor alguno. Y Dios, para hacerse valer, tiene que parecérsenos, como diremos luego.[256] Queda pues claro que *a* | nos preferimos a los demás animales y nos apartamos de su condición y sociedad no por verdadera reflexión, sino por un loco y terco orgullo.

Pero, para volver a mi asunto, tenemos a nuestro favor la inconstancia, la irresolución, la incerteza, el dolor, la superstición, la inquietud por el futuro, incluso después de nuestra vida, la ambición, la avaricia, los celos, la envidia, los deseos desordenados, insensatos e indomables, la guerra, la mentira, la deslealtad, la maledicencia y la curiosidad. Sin duda, hemos pagado un precio muy alto por esta hermosa razón de la cual nos ufanamos, y por la capacidad de juzgar y conocer,

adquiriéndola a costa del infinito número de pasiones a las que estamos incesantemente sometidos.[257] *b* | Si no queremos destacar también, como lo hace Sócrates,[258] una notable prerrogativa sobre los demás animales: que la naturaleza a ellos les ha prescrito ciertos períodos y límites para el placer venéreo, y, en cambio, a nosotros nos ha dado rienda suelta a cualquier hora y en cualquier ocasión.[259] *c* | *Vt uinum aegrotis, quia prodest raro, nocet saepissime, melius est non adhibere omnino, quam, spe dubiae salutis, in apertam perniciem incurrere: sic haud scio an melius fuerit humano generi motum istum celerem cogitationis, acumen, solertiam, quam rationem uocamus, quoniam pestifera sint multis, admodum paucis salutaria, non dari omnino, quam tam munifice et tam large dari*[260] [El vino rara vez aprovecha a los enfermos; con frecuencia les perjudica. Por eso, es preferible no dárselo en absoluto a hacerles correr un peligro manifiesto por la esperanza de una dudosa curación. Así, no sé si no sería mejor para la especie humana que la naturaleza le hubiera rehusado por completo el rápido movimiento de la reflexión, la agudeza, la perspicacia, que llamamos razón, y que nos ha concedido tan liberal y generosamente, puesto que es funesta para muchos, saludable para muy pocos].

a | ¿Qué provecho podemos pensar que sacaron Varrón y Aristóteles de la inteligencia de tantas cosas? ¿Les libró de los contratiempos humanos?, ¿se salvaron de los infortunios que acosan a un mozo de cuerda?, ¿les brindó la lógica algún consuelo para la gota?, ¿el hecho de saber la manera en que este humor se aloja en las articulaciones, sirvió para que lo sintieran menos?, ¿se acomodaron a la muerte por saber que ciertas naciones se regocijan con ella, y a los cuernos por saber que en alguna región las mujeres son comunes? Al contrario, pese a ocupar el primer rango en el saber, el uno entre los romanos, el otro entre los griegos, y en la época en que la ciencia era más floreciente, no conocemos ninguna particular excelencia de su vida. A decir verdad, el griego está bastante necesitado de descargarse de ciertas máculas notables en la

suya.[261] *b* | ¿Acaso se ha descubierto que el placer y la salud le saben mejor a quien domina la astrología y la gramática?:

Illiterati num minus nerui rigent?,[262]

[A los iletrados, ¿se les pone menos duro el miembro?],

¿y la infamia y la pobreza les resultan menos importunas?

Scilicet et morbis et debilitate carebis,
et luctum et curam effugies, et tempora uitae
longa tibipost haec fato meliore dabuntur.[263]

[No sólo carecerías de enfermedades y de flaqueza, sino también de congojas y de inquietud, y te sería dada una vida larga con un destino mejor].

En estos tiempos he visto a cien artesanos, a cien labradores, más sabios y más felices que los rectores de la universidad, y a los que yo preferiría parecerme. El saber, a mi juicio, tiene su posición entre las cosas necesarias para la vida, como la gloria, la nobleza, la dignidad,[264] *c* | o, a lo sumo,[265] como la riqueza *b* | y las demás cualidades que le son verdaderamente útiles, pero de lejos y más por fantasía que por naturaleza. *c* | Tampoco precisamos muchos más cargos, reglas y leyes de vida en nuestra comunidad que las grullas y las hormigas en la suya. Y, no obstante, vemos que éstas se comportan muy ordenadamente sin instrucción alguna. Si el hombre fuese sabio, valoraría cada cosa según la utilidad y adecuación para su vida.[266] *a* | Si alguien nos contara según nuestras acciones y comportamientos, encontraría mayor número de excelentes entre los ignorantes que entre los doctos —quiero decir en toda clase de virtud—. La vieja Roma proporcionó, en mi opinión, hombres más valiosos, tanto en la paz como en la guerra, que esa Roma docta que se destruyó a sí misma. Aunque lo demás fuese parejo, al menos la probidad y la inocencia se inclinarían del lado de la antigua, pues éstas se acomodan singularmente bien con la simplicidad.

Pero dejo este discurso, que me llevaría más lejos de lo que quisiera ir. Sólo añadiré que nada salvo la humildad y sumisión[267] puede producir un hombre de bien. No debe dejarse el conocimiento del deber al juicio de cada cual; hay que prescribírselo, no debe dejarse que lo elija su razón. De lo

contrario, dada la flaqueza y la infinita variedad de nuestras razones y opiniones, al final nos forjaríamos deberes tales que nos llevarían a devorarnos entre nosotros, como dice Epicuro.[268] La primera ley que Dios promulgó para el hombre fue una ley de pura obediencia; fue un mandato puro y simple en el cual el hombre nada pudo conocer ni discutir,[269] *c* | pues obedecer es la obligación propia del alma razonable que reconoce a un superior y benefactor celeste.[270] Del obedecer y del ceder nacen todas las demás virtudes, como de la soberbia todos los pecados. *b* | Y, al contrario, la primera tentación que el diablo presentó a la naturaleza humana, su primera ponzoña, se introdujo en nosotros merced a las promesas de ciencia y conocimiento que nos hizo: «*Uritis sicut dii, scientes bonum et malum*»[271] [Seréis como dioses, conocedores del bien y del mal]. *c* | Y las sirenas, para engañar a Ulises, en Homero, y para atraerlo a sus peligrosos y destructivos lazos, le ofrecen la ciencia como don.[272] *a* | La peste del hombre es el convencimiento de saber. Por eso nuestra religión nos recomienda en tan gran medida la ignorancia como cualidad propicia a la creencia y a la obediencia. —*c* | *Cauete ne quis uos decipiat per philosophiam et inanes seductiones secundum elementa mundi*[273] [Vigilad que nadie os engañe con la filosofía y con vanas seducciones fundadas en los elementos del mundo].

a | En esto el acuerdo es general entre todos los filósofos de todas las escuelas: el bien supremo consiste en la tranquilidad del alma y del cuerpo. *b* | Pero ¿dónde la encontramos?

a | *Ad summum sapiens uno minor est loue: diues,*
liber, honoratus, pulcher, rex denique regum;
praecipue sanus, nisi cum pituita molesta est.[274]

[En suma, el sabio sólo es inferior a Júpiter: es rico, libre, honrado, hermoso, en una palabra, rey de reyes; ante todo, sano, excepto cuando le incomoda la pituita].

A decir verdad, parece que la naturaleza, como consuelo a nuestro miserable y pobre estado, no nos ha concedido otra cosa que la presunción. Así lo dice Epicteto: el hombre no tiene nada propiamente suyo sino el uso de sus

opiniones.[275] No se nos ha asignado sino viento y humo. *b* | Los dioses poseen una salud efectiva, dice la filosofía, y conciben la enfermedad; el hombre, por el contrario, posee sus bienes de manera imaginaria, los males realmente.[276] *a* | Ha sido razonable realzar las fuerzas de nuestra imaginación, pues nuestros bienes no existen más que en sueños. Escuchad cómo se jacta el pobre y calamitoso animal: «Nada es tan dulce», escribe Cicerón, «como dedicarse a las letras, me refiero a esas letras gracias a las cuales descubrimos la infinitud de las cosas, el tamaño inmenso de la naturaleza y, en este mismo mundo, cielos, tierras y mares;[277] ellas nos han enseñado la religión, la moderación, la grandeza de ánimo, y nos han arrancado el alma de las tinieblas para mostrarle la totalidad de las cosas altas, bajas, primeras, últimas e intermedias;[278] ellas nos proveen con qué vivir recta y felizmente, y nos guían para que nuestra vida transcurra sin contrariedad ni sufrimiento». ¿No es cierto que parece hablar de la condición de Dios siempre vivo y todopoderoso? Y en cuanto a la realidad, mil mujercitas han vivido en su pueblo una vida más estable, más dulce y más constante que la suya:

*a*² | *Deus ille fuit, deus, inclute Memmi,*
qui princeps uitae rationem inuenit eam, quae
nunc appellatur sapientia, quique per artem
fluctibus e tantis uitam tantisque tenebris
in tam tranquillo et tam clara luce locauit.[279]

[Fue un dios, sí, un dios, ilustre Memio, quien descubrió por primera vez la norma de vida que ahora llamamos sabiduría, y quien con su arte liberó nuestra vida de tan grandes tormentas y tinieblas, y la estableció en una luz tan tranquila y clara].

Son palabras sumamente magníficas y hermosas; pero un levísimo accidente dejó el juicio de su autor en peor estado que el del más humilde de los pastores, no obstante su dios preceptor y su divina sabiduría.[280] La misma insolencia hay *c* | en la promesa del libro de Demócrito: «Voy a hablar de todo»,[281] y en el necio título que Aristóteles nos otorga de dioses mortales;[282] así como *a* | en aquel juicio de Crisipo según el cual Dión era tan virtuoso como Dios.[283] Y mi Séneca

reconoce, dice, que Dios le otorgó la vida, pero que el vivir bien es cosa suya,[284] *c* | de acuerdo con este otro: «*In uirtute uere gloriamur; quod non contingeret, si id donum a deo, non a nobis haberemus*»[285] [Nos enorgullecemos con razón de nuestra virtud, cosa que no ocurriría si la tuviésemos como don de Dios y no por nosotros mismos]. Esto es también de Séneca: que el sabio tiene una fortaleza semejante a la de Dios, pero con la debilidad humana, de modo que le supera.[286] *a* | Nada tan común como encontrar frases de la misma ligereza. Ninguno de nosotros se ofende tanto al verse igualado a Dios como al verse rebajado al rango de los demás animales. Hasta tal extremo somos más celosos de nuestro interés que del de nuestro creador. Pero debemos pisotear esta necia vanidad, y zarandear con viveza y audacia los ridículos fundamentos sobre los cuales se alzan estas falsas opiniones Mientras el hombre crea poseer alguna capacidad y fuerza por sí mismo, nunca reconocerá lo que debe a su dueño; hará siempre de sus huevos gallinas, como suele decirse. Hemos de desnudarlo.

Veamos algún ejemplo notable del efecto de su filosofía. Posidonio, viéndose aquejado por una enfermedad tan dolorosa que le hacía doblar los brazos y rechinar los dientes, creía dar higas al dolor gritándole: «Por más que hagas, no diré que eres un mal».[287] Siente los mismos dolores que mi lacayo, pero se ufana porque al menos contiene la lengua bajo las leyes de su escuela.[288] *c* | *Re succumbere non oportebat uerbis gloriantem*[289] [No debía gloriarse de palabra para sucumbir de hecho]. Arcesilao estaba enfermo de gota. Carnéades, que fue a visitarle, se volvía muy afligido; aquél le llamó de nuevo y, mostrándole los pies y el pecho, le dijo: «Nada ha llegado de ahí hasta aquí».[290] Éste tiene un poco de mejor voluntad, pues siente que padece un mal y querría librarse de él; pero su ánimo no está, pese a todo, abatido y debilitado por él. El otro se mantiene en una firmeza que, me temo, es más verbal que sustancial. Y Dionisio de Heraclea, afligido por un violento escozor en los ojos, se vio obligado a renunciar a las resoluciones estoicas.[291]

a | Pero aunque la ciencia logre realmente lo que dicen, embotar y abatir la violencia de los infortunios que nos persiguen, ¿qué hace sino aquello que hace de manera mucho más pura y evidente la ignorancia? El filósofo Pirrón, acuciado en el mar por el riesgo de una gran tormenta, presentó a sus acompañantes como modelo a imitar la seguridad de un cerdo que viajaba con ellos, que miraba la tormenta sin miedo.[292] La filosofía, al final de sus preceptos, nos remite a los ejemplos del atleta y del arriero, en los cuales por lo común vemos mucho menos sentimiento de la muerte, del dolor y de otros inconvenientes, y más firmeza de los que jamás la ciencia proveyó a quien no haya nacido y esté preparado por sí mismo merced a su disposición natural.[293] ¿Por qué es más fácil hacer incisiones y cortar los tiernos miembros de un niño, *c* | y los de un caballo, *a* | que los nuestros, sino por la ignorancia? ¿A cuántos ha hecho contraer una enfermedad la mera fuerza de la imaginación? Vemos habitualmente que algunos se hacen sangrar, purgar y tratar para curarse de enfermedades que sólo sienten en el pensamiento. A falta de enfermedades verdaderas, la ciencia nos presta las suyas. El color y la tez te presagian un deflujo catarral; la canícula te amenaza con un acceso de fiebre; la ruptura de la línea vital de la mano izquierda te advierte de alguna notable y próxima indisposición. Y, finalmente, se dirige sin rebozo alguno a la salud misma: esta alegría y este vigor juvenil no pueden ser permanentes; es preciso hurtarles sangre y fuerza, no sea que se vuelvan contra ti mismo.[294] Compara la vida de un hombre sometido a tales imaginaciones con la de un labrador que se deja llevar por el deseo natural, que sólo mide las cosas por el sentimiento presente, sin ciencia ni previsión, que no padece un mal sino cuando lo padece, mientras que el otro a menudo sufre de piedra en el alma antes de sufrirla en los riñones —como si no estuviera bastante a tiempo para padecer el dolor cuando llega, lo anticipa con la fantasía y se adelanta a él.[295]

Lo que digo de la medicina, puede aplicarse en general como ejemplo a cualquier ciencia. De ahí procede la antigua opinión de los filósofos que ponían el bien supremo en el

reconocimiento de la flaqueza de nuestro juicio. Mi ignorancia me da tanto motivo de esperanza como de temor, y, sin otra regla sobre mi salud que la de los ejemplos ajenos y los acontecimientos que veo en otras partes en ocasiones semejantes, los encuentro de todo tipo y me detengo en las comparaciones que me resultan más favorables. Acojo la salud con los brazos abiertos, libre, plena y entera, y avivo mi deseo de gozar de ella, tanto más porque ahora es menos habitual y más rara en mí. Disto mucho de turbar su reposo y suavidad con la amargura de una forma de vida nueva y forzada. Los animales nos muestran de sobra hasta qué punto la agitación de nuestro espíritu nos depara enfermedades.[296] *c* | Aquello que nos cuentan de los habitantes del Brasil, que no se morían sino de viejos, se atribuye a la serenidad y tranquilidad de su clima; yo lo atribuyo más bien a la tranquilidad y serenidad de su alma, libre de toda pasión, pensamiento y tarea ardua o desagradable.[297] Su vida transcurría, en efecto, en una admirable simplicidad e ignorancia, sin letras, sin ley, sin rey, sin religión alguna.[298]

a | ¿Y de dónde procede el hecho, que vemos por experiencia, de que los más burdos y torpes sean más firmes y deseables en los actos amorosos, y de que el amor de un arriero resulte con frecuencia más aceptable que el de un hombre honorable, sino de que en éste la agitación del alma confunde su fuerza corporal, la quebranta y fatiga? a^2 | Como suele también fatigarla y confundirla a ella misma. ¿Qué otra cosa la trastorna, qué otra cosa la precipita más a menudo en la demencia, sino su prontitud, su agudeza, su agilidad y, en definitiva, su fuerza misma? *b* | ¿De qué se forma la locura más sutil sino de la sabiduría más sutil? Así como de las grandes amistades surgen las grandes enemistades, así como de la salud vigorosa surgen las enfermedades mortales, de las singulares y vivas agitaciones de las almas nacen las demencias más sobresalientes y más trastornadas. Sólo media vuelta de clavija separa una cosa de la otra.

a | En las acciones de los hombres insensatos vemos con qué propiedad se corresponden la locura y las operaciones más

vigorosas del alma. ¿Quién ignora hasta qué punto es imperceptible la frontera de la locura con las airosas elevaciones de un espíritu libre, y con los efectos de una fuerza suprema y extraordinaria? Dice Platón que los melancólicos aprenden mejor y destacan más.[299] Además, no hay nadie cuya propensión a la locura sea tan fuerte. Infinitos espíritus se ven arruinados por su propia fuerza y agilidad. ¿Qué salto acaba de dar, por culpa de su propia agitación y viveza, uno de los poetas italianos más juiciosos, más ingeniosos y más formados en el aire de la antigua y pura poesía que ha habido en mucho tiempo? ¿No tiene motivos para estar agradecido a su mortífera viveza, a la claridad que le ha cegado, a la exacta y tensa aprehensión de la razón que le ha dejado sin razón, a la minuciosa y esforzada indagación de las ciencias que le ha conducido a la necedad, a la singular aptitud para los ejercicios del alma que le ha dejado sin ejercicio y sin alma? Me causó más enojo aún que compasión verle en Ferrara en un estado tan lastimoso, sobreviviéndose a sí mismo, ignorándose a sí mismo e ignorando sus obras, las cuales, sin que él lo sepa, aunque ante sus ojos, se han publicado incorregidas e informes.[300] ¿Quieres un hombre sano, lo quieres ordenado y asentado en una posición firme y segura? Cúbrelo de tinieblas, de ociosidad y de torpeza. *c* | Para volvemos sabios, se nos ha de atontar, y para guiarnos, se nos ha de cegar.[301]

a | Y, si me dicen que la ventaja de tener el gusto frío y embotado para los dolores y las desgracias trae consigo la desventaja de volvernos también, por consiguiente, menos agudos y golosos para el goce de bienes y placeres, es cierto. Pero la miseria de nuestra condición comporta que no tengamos tanto de lo que gozar como de lo que huir, y que el placer supremo no nos afecte tanto como lo hace un leve dolor.[302] *c*| *Segnius homines bona quam mala sentiunt*[303] [Los hombres sienten de forma menos activa los bienes que los males]. *a* | No sentimos tanto la plena salud como la menor de las enfermedades:

pungit
in cute uix summa uiolatum plagula corpus,

quando ualere nihil quemquam mouet. Hoc iuuat unum,
quod me non torquet latus aut pes: caetera quisquam
uix queat aut sanum sese, aut sentire ualentem.[304]

[el cuerpo se resiente de un pequeño golpe que apenas roza la piel; en cambio, la buena salud no se experimenta. Sólo esto me alegra, que no me duela el costado o el pie; por lo demás, uno apenas puede sentirse sano o fuerte].

Nuestro bienestar no es más que privación de malestar. Por eso, la misma escuela filosófica que más ha ensalzado el placer, lo ha reducido a la mera ausencia de dolor.[305] No padecer mal alguno es poseer el máximo bien que al hombre le cabe esperar. *c* | Como decía Ennio:

Nimium boni est, cui nihil est mali.[306]

[Demasiado bien posee quien carece de todo mal].

a | Porque incluso aquel cosquilleo y aquella punzada que se experimentan en ciertos placeres, y que parecen elevarnos por encima de la simple salud y de la ausencia de dolor, el placer activo, móvil y, no sé cómo, agudo y mordiente, no tiene otro objeto que la ausencia de dolor. El anhelo que nos arrebata cuando tenemos relaciones con las mujeres no persigue otra cosa que expulsar el sufrimiento que nos produce el deseo ardiente y furioso, y no reclama sino saciarlo, y quedar en reposo y liberados de esa fiebre. Lo mismo, con los demás. Sostengo, pues, que si la simpleza nos conduce a no padecer mal alguno, nos conduce a un estado muy feliz de acuerdo con nuestra condición.

c | Sin embargo, no hay que imaginarla[307] tan lívida que esté exenta de todo sentimiento. Crantor tenía razón, en efecto, al oponerse a la ausencia de dolor de Epicuro si se la hacía tan profunda que no hubiera lugar siquiera para el acceso y el surgimiento de males.[308] No alabo tal ausencia de dolor, que no es posible ni deseable. Me alegra no estar enfermo; pero, si lo estoy, quiero saberlo; y si me cauterizan o me hacen una incisión, quiero sentirlo. Lo cierto es que si se arrancara la percepción del mal, se extirparía al mismo tiempo la percepción del placer, y a fin de cuentas se aniquilaría al hombre. *Istud nihil dolere, non sine magna mercede contingit*

immanitatis in animo, stuporis in corpore[309] [Esta ausencia de dolor no se da sino al alto precio del embrutecimiento del alma y la torpeza del cuerpo]. Para el hombre el mal es a su vez bien. Ni debe evitar siempre el dolor, ni seguir siempre el placer.

a | Constituye una grandísima victoria para el honor de la ignorancia que la ciencia misma nos eche en sus brazos, cuando se descubre incapaz de endurecernos contra el impacto de las desgracias. Se ve forzada a aceptar el arreglo de aflojarnos la brida, y de permitirnos salvarnos en su regazo, y de resguardarnos gracias a ella de los golpes y las injurias de la fortuna. ¿Qué otra cosa quiere decir, en efecto, cuando nos predica *c* | apartar el pensamiento de los males que nos embargan, y entretenerlo en placeres perdidos, y *a* | servirnos, como consuelo de los males presentes, del recuerdo de los bienes pasados, y llamar en nuestro auxilio una satisfacción desvanecida, para oponerla a aquello que nos agobia?[310] *c* | *Leuationes aegritudinum in auocatione a cogitanda molestia et reuocatione ad contemplandas uoluptates ponit*[311] [Establece el alivio de las aflicciones en distraerse de pensar en lo molesto, y en aplicarse a contemplar los placeres]. *a* | ¿Qué otra cosa sino que, a falta de fuerza, pretende emplear la astucia, y actuar con agilidad y con movimiento de piernas allí donde el vigor del cuerpo y de los brazos le fallan? Porque, no sólo para el filósofo, sino simplemente para el hombre sensato, cuando siente de hecho la punzante agitación de una fiebre caliente, ¿qué moneda es pagarle con el recuerdo de la dulzura del vino griego? *b* | Eso más bien agravaría su situación:

Che ricordarsi ilben doppia la noia.[312]

[Pues acordarse del bien redobla el dolor].

a | Del mismo tipo es aquel otro consejo que brinda la filosofía, de no conservar en la memoria sino la felicidad pasada, y de borrar los disgustos sufridos, como si el arte del olvido estuviese en nuestro poder.[313] *c* | Y es un consejo con el cual una vez más salimos perdiendo:

Suauis est laborum praeteritorum memoria.[314]

[Es dulce el recuerdo de las penas pasadas].

a | ¡Cómo!, ¿la filosofía, que debe entregarme las armas para luchar contra la fortuna, que debe endurecer mi ánimo para que pueda pisotear todas las adversidades humanas, incurre en la blandura de hacerme escapar merced a estos rodeos cobardes y ridículos? La memoria nos representa, en efecto, no lo que nosotros elegimos, sino lo que ella quiere.[315] Aún más, nada imprime tan vivamente cosa alguna en nuestro recuerdo como el deseo de olvidarla. Es una buena manera de hacer guardar y de imprimir una cosa en el alma solicitar perderla. *c* | Y esto es falso: *Est situm in nobis, ut et aduersa quasi perpetua obliuione obruamus, et secunda iucunde et suauiter meminerimus*[316] [Depende de nosotros sepultar como en perpetuo olvido las cosas adversas, y recordar con alegría y dulzura las cosas propicias]. Y esto es cierto: *Memini etiam quae nolo, obliuisci non possum quae uolo*[317] [Recuerdo aun lo que no quiero, no puedo olvidar lo que quiero]. *a* | ¿Y de quién es tal consejo? De aquel *c* | *quise unus sapientem profiteri sit ausus*[318] [que es el único que osó proclamarse sabio]:

a | *Qui genus humanum ingenio superauit, et omnes*
praestrinxit stellas, exortus uti aetherius sol.[319]

[Que sobrepasó en ingenio al género humano, y
eclipsó todos los astros, como el sol que surge en el éter].

¿Vaciar y despojar la memoria no es el camino verdadero y apropiado hacía la ignorancia?

c | *Iners malorum remedium ignorantia est*[320]

[La ignorancia es un remedio inútil para los males].

a | Vemos muchos preceptos similares por los cuales se nos permite tomar prestadas del vulgo frívolas apariencias, cuando la razón viva y fuerte carece de poder suficiente, con tal de que nos sirvan como satisfacción y consuelo. Cuando no pueden curar la llaga, se contentan con dormirla y paliarla. Creo que no me negarán que, si pudiesen añadir orden y constancia a un estado de vida que se mantuviera placentero y tranquilo gracias a cierta flaqueza y enfermedad del juicio, lo aceptarían:

potare et spargere flores
incipiam, patiarque uel inconsultus haberi[321]

[voy a beber y a esparcir flores aunque pase por loco].

Habría muchos filósofos del parecer de Licas. Éste, cuyo comportamiento era, por lo demás, muy ordenado, que vivía serena y apaciblemente en familia, sin faltar a ninguna obligación de su deber para con los suyos y los otros, y que se guardaba muy bien de las cosas nocivas, había impreso en su fantasía, por culpa de cierta alteración de juicio, este desvarío. Creía estar siempre en el teatro, contemplando pasatiempos, espectáculos y las más hermosas comedias del mundo. Una vez curado por los médicos de tal humor erróneo, a punto estuvo de querellarse contra ellos para que le devolvieran la dulzura de tales figuraciones:[322]

pol! me occidistis, amici,
non seruastis, ait, cui sic extorta uoluptas,
et demptus per uim mentis gratissimus error[323]

[por Pólux, me habéis matado, amigos, en vez de salvarme, privándome de mi placer y arrebatándome a la fuerza la gratísima ilusión de mi mente].

Fue un desvarío semejante al de Trasilao, hijo de Pitodoro, que se había acostumbrado a creer que todos los navíos que hacían escala y atracaban en el puerto del Pireo trabajaban únicamente a su servicio, de tal suerte que se alegraba de la buena fortuna de su navegación y los acogía con regocijo. Cuando su hermano Crito le hizo recobrar su mejor juicio, echaba de menos esa suerte de condición en la que había vivido lleno de alborozo y libre de todo disgusto.[324] Lo dice el antiguo verso griego: es muy conveniente no ser tan sagaz,

Ἐν τω φρονεῖν γάρ μηδέν, ἡδιστος βίος,[325]

y el Eclesiastés: «En la mucha sabiduría, hay mucha molestia; y quien adquiere ciencia, adquiere dolor y tormento».[326]

Eso mismo a lo que en general la filosofía consiente,[327] el último remedio que prescribe para toda suerte de necesidades, que es poner fin a la vida que no podemos soportar *c* | *—Placet?: pare. Non placet?: quacumque uis, exi*[328] [¿Te gusta?: obedece. ¿No te gusta?: sal por donde quieras]; *Pungit dolor? Velfodiat sane. Sinudus es, daiugulum; sin tectus armis Vulcaniis, id, est fortitudine, resiste*[329] [¿Punza el dolor? O acaso traspasa. Si estás desnudo,

rinde el cuello; si estás cubierto con las armas de Vulcano, esto es, con la fortaleza, resiste]; y aquella sentencia de los comensales griegos, que aplican al asunto: *Aut bibat, aut abeat*[330] [Bebe o vete], que suena más adecuadamente en la lengua gascona, que suele cambiar la *b* en *v*, que en la de Cicerón—:[331]

a | *Viuere si recte nescis, decede peritis;*
lusisti satis, edisti satis atque bibisti;
tempus abire tibi est, ne potum largius aequo
rideat et pulset lasciua decentius aetas;[332]

[Si no sabes vivir bien, deja paso a los que saben; has gozado, comido y bebido de sobra; es hora de que partas, no sea que por beber más de la cuenta, se burlen de ti y la generación a la que conviene más la lascivia te eche];

¿qué otra cosa es sino una confesión de impotencia, y una entrega no ya a la ignorancia, para ponerse a salvo, sino a la inmovilidad misma, a la insensibilidad y al no ser?

Democritum postquam matura uetustas
admonuit memorem motus languescere mentis,
sponte sua leto caput obuius obtulit ipse.[333]

[Cuando la madura vejez advirtió a Demócrito que los movimientos de la memoria languidecían en su mente, salió él mismo por propia iniciativa a ofrecer su cabeza a la muerte].

Como decía Antístenes, era necesario proveerse de juicio para entender o de soga para colgarse; y lo alegaba Crisipo con las palabras del poeta Tirteo:

Acercarse a la virtud o a la muerte.[334]

c | Y Crates decía que el amor se curaba con el hambre, si no con el tiempo; y si a alguien no le gustaban estas dos maneras, con la soga.[335] *b* | Aquel Sextio del cual Séneca y Plutarco hablan tan elogiosamente, que se había entregado, dejándolo todo, al estudio de la filosofía, decidió arrojarse al mar cuando vio que el progreso de sus estudios era demasiado tardío y lento. Corría a la muerte a falta de la ciencia.[336] Éstas son las palabras de la ley sobre el asunto: Si por azar sobreviene algún gran contratiempo que no puede remediarse, el puerto está

cercano;[337] y uno puede salvarse a nado abandonando el cuerpo como se abandona un esquife que hace agua, porque es el temor a la muerte, no el deseo de vivir, lo que mantiene al necio unido al cuerpo.

a | Así como la vida se vuelve más grata con la simplicidad, se vuelve también más inocente y mejor, según empezaba a decir hace un instante. Los simples y los ignorantes, dice san Pablo, se elevan y alcanzan el cielo; y nosotros, con todo nuestro saber, nos sumergimos en los abismos infernales.[338] No me detengo ni en Valentiniano, enemigo declarado de la ciencia y las letras, ni en Licinio, ambos emperadores romanos, que las llamaban veneno y peste de todo Estado;[339] ni en Mahoma, que, *c* | según he oído, *a* | prohíbe la ciencia a sus hombres. Pero el ejemplo del gran Licurgo, y su autoridad, deben ciertamente pesar mucho, y la reverencia del divino gobierno lacedemonio, tan grande, tan admirable y tanto tiempo floreciente en virtud y felicidad, sin ninguna enseñanza ni ejercicio de letras.[340] Quienes regresan del nuevo mundo descubierto en tiempos de nuestros padres por los españoles pueden atestiguarnos hasta qué punto estas naciones viven, sin magistrado y sin ley, más legítima y ordenadamente que las nuestras, donde hay más oficiales de justicia y más leyes que otros hombres y que acciones,

Di cittatorie piene e di libelli,
d'esamine e di carte, di procure,
hanno le mani e il seno, et gran fastelli
di chiose, di consigli e di letture:
per cui le faculta de poverelli
non sono mai ne le citta sicure;
hanno dietro e dinanzi, e d'ambi i lati,
notai procuratori e advocati.[341]

[De citatorias y de solicitudes, de exámenes y de papeles, de procuraciones, tienen llenos la mano y el seno, y de grandes legajos de glosas, de consejos y de lecturas, por los cuales los bienes de los pobres no están nunca seguros en las ciudades; tienen notarios, procuradores y abogados por detrás y por delante y por los dos lados].

Lo decía un senador romano de los últimos siglos: que sus ancestros tenían el aliento que olía a ajo, y el pecho de buena conciencia; los de su época, en cambio, por fuera sólo olían a perfume, pero, por dentro, apestaban a toda suerte de vicios; es decir, pienso yo, que poseían mucho saber y mucha habilidad, y gran falta de honradez. La descortesía, la ignorancia, la simpleza, la rudeza suelen ir acompañadas de inocencia; la curiosidad, la sutileza, el saber arrastran consigo la malicia. La humildad, el temor, la obediencia, la bondad —que son las piezas principales para la conservación de la sociedad humana— exigen un alma vacía, dócil y que presuma poco de sí misma.[342]

Los cristianos disponen de un particular conocimiento de cómo la curiosidad es un mal natural y original en el hombre. El afán de progresar en sabiduría y en ciencia fue la primera ruina del género humano; es la vía por la cual se ha precipitado a la condena eterna.[343] El orgullo es su pérdida y su corrupción; el orgullo precipita al hombre fuera de las vías comunes, le lleva a abrazar las innovaciones, y a preferir ser cabeza de una tropa errante y desviada por el sendero de la perdición, a elegir ser maestro y preceptor del error y la mentira, antes que discípulo en la escuela de la verdad, dejándose llevar y conducir de la mano de otro por la vía trillada y recta. Tal vez sea esto lo que dice aquella antigua sentencia griega según la cual la superstición sigue al orgullo y le obedece como a su padre: ἡ δεισιδαιμονία κατάπερ πατρί τψ τυφω πείθεται.[344]

c | ¡Oh presunción, cuántas trabas nos pones! Después que advirtieron a Sócrates de que el dios de la sabiduría le había atribuido el nombre de sabio, se quedó asombrado; y, examinándose y removiéndose por todas partes, no halló fundamento alguno para esta divina sentencia. Conocía a justos, templados, valientes, doctos como él, y más elocuentes, y más bellos, y más útiles al país. Al final, resolvió que le distinguían de los demás y era sabio tan sólo porque no se consideraba tal; y que su dios consideraba singular necedad en el hombre la opinión de ser docto y sabio; y que su mejor

ciencia era la ciencia de la ignorancia, y su mejor sabiduría, la simplicidad.[345]

a | La santa palabra declara miserables a aquellos de entre nosotros que se estiman: «Cieno y ceniza», les dice, «¿qué tienes para enorgullecerte?»[346] Y en otro sitio: «Dios ha hecho al hombre semejante a la sombra; ¿quién pensará en ella cuando, al retirarse la luz, se desvanezca?».[347] No somos nada. Tan lejos están nuestras fuerzas de concebir la elevación divina que, entre las obras de nuestro creador, llevan mejor su marca y son más suyas aquellas que menos entendemos. Para los cristianos encontrar una cosa increíble es un motivo para creer. Es tanto más conforme a la razón cuanto más contraria a la razón humana.[348] *b* | Si fuera conforme a la razón, no sería ya un milagro; y si fuera conforme a algún ejemplo, no sería ya una cosa singular. *c* | «*Melius scitur Deus nesciendo*» [Se conoce mejor a Dios no conociéndolo], dice san Agustín;[349] y Tácito afirma: «*Sanctius est ac reuerentius de actis deorum credere quam scire*»[350] [Acerca de las acciones de los dioses es más santo y más reverente creer que saber]. Y Platón considera que hay algún vicio de impiedad en preguntar con excesiva curiosidad acerca de Dios y del mundo, y acerca de las causas primeras de las cosas.[351] «*Atque illum quidem parentem huius uniuersitatis inuenire difficile; et, quum iam inueneris, indicare in uulgus, nefas*» [Descubrir al padre del universo es difícil; y, una vez descubierto, mostrarlo al vulgo es impío], dice Cicerón.[352]

a | Decimos bien «potencia, verdad, justicia». Son palabras que significan algo grande; pero ese algo no lo vemos ni concebimos de ninguna manera. *b* | Decimos que Dios teme, que Dios se enfurece, que Dios ama:

Immortalia mortali sermone notantes;[353]

[Designando cosas inmortales con palabras mortales];

Se trata de alteraciones y emociones que no pueden albergarse en Dios a nuestro modo; ni nosotros podemos imaginarlas en el suyo. *a* | Sólo a Dios le corresponde conocerse e interpretar sus obras. *c* | Y lo hace en nuestra lengua, impropiamente, para rebajarse y descender a nosotros, que estamos en el suelo, inclinados. La prudencia, que es la elección entre bien y mal,

¿cómo puede convenirle, si ningún mal le afecta? ¿Qué decir de la razón y la inteligencia, de las que nos servimos para llegar a las cosas visibles por medio de las oscuras, si nada oscuro hay en Dios?[354] La justicia, que distribuye a cada cual lo que le corresponde, producida para la sociedad y comunidad humana, ¿cómo es en Dios? ¿Cómo, la templanza, que es la moderación de los goces corporales, que no tienen sitio alguno en la divinidad? Tampoco le atañen la fortaleza para sobrellevar el dolor, el trabajo, los peligros, tres cosas que no tienen acceso alguno a Él.[355] Por eso, Aristóteles le considera igualmente exento de virtud y de vicio.[356] *Neque gratia neque ira teneri potest, quod quae talia essent, imbecilla essent omnia*[357] [No puede estar dominado ni por la benevolencia ni por la ira, pues todos los seres que son así son débiles].

a | Nuestra participación en el conocimiento de la verdad, sea la que fuere, no la hemos adquirido con nuestras propias fuerzas. Dios nos lo ha dado a conocer de sobra con los testigos que ha elegido del vulgo, simples e ignorantes, para instruirnos en sus admirables secretos.[358] Nuestra fe no es una adquisición nuestra, es un puro regalo de la generosidad ajena. No hemos recibido nuestra religión por medio de ninguna razón, ni de nuestro entendimiento, sino por una autoridad y un mandato externos. La flaqueza de nuestro juicio nos ayuda en esto más que la fuerza, y la ceguera más que la clarividencia. Somos doctos en este saber divino por mediación de nuestra ignorancia más que de nuestra ciencia. No es ninguna maravilla que nuestros medios naturales y terrestres sean incapaces de concebir este conocimiento sobrenatural y celeste; limitémonos, por nuestra parte, a aportar obediencia y sujeción. Porque tal como está escrito: «Destruiré la sabiduría de los sabios y abatiré la prudencia de los prudentes. ¿Dónde está el sabio?, ¿dónde está el escritor?, ¿dónde está el disputador de este siglo? ¿Acaso no ha hecho Dios necia la sabiduría de este mundo? En efecto, puesto que el mundo no ha conocido a Dios por obra de la sabiduría, ha tenido a bien salvar a los creyentes por la vanidad de la predicación».[359]

Con todo, debo ver en suma si el hombre tiene el poder de encontrar lo que busca, y si la indagación que ha llevado a cabo desde hace tantos siglos le ha enriquecido con alguna nueva fuerza y alguna verdad sólida. Creo que me confesará, si habla en conciencia, que toda la ganancia que ha obtenido de tan larga persecución es haber aprendido a reconocer su debilidad. La ignorancia que estaba por naturaleza en nosotros, la hemos confirmado y verificado por medio de un prolongado estudio. Les ha sucedido a los verdaderos doctos lo que les sucede a las espigas de trigo: se elevan y alzan con la cabeza recta y orgullosa mientras están vacías; pero, cuando están llenas y cargadas de grano en su madurez, empiezan a humillarse y a abatir los cuernos.[360] No de otra manera, los hombres que lo han comprobado y sondeado todo, y que no han descubierto, en este amasijo de ciencia y en esta provisión de tantas cosas distintas, nada sólido y firme, y nada más que vanidad, han renunciado a su presunción y reconocido su condición natural. *c* | Esto es lo que Veleyo reprocha a Cota y a Cicerón: haber aprendido de Filón que nada han aprendido.[361] Ferécides, uno de los siete sabios, escribiendo a Tales a punto de expirar, dice: «He ordenado a los míos que, cuando me hayan enterrado, te lleven mis escritos. Si te satisfacen, a ti y a los demás sabios, publícalos; si no, destruyelos; no contienen ninguna certeza que me satisfaga a mí mismo».[362] Tampoco yo me jacto de saber la verdad, ni de alcanzarla. Abro las cosas más que las descubro.

a | El hombre más sabio que jamás ha existido, cuando le preguntaron qué sabía, respondió que sabía que nada sabía.[363] Verificába lo que suele decirse: que la mayor parte de lo que sabemos es la menor de lo que ignoramos;[364] es decir, que eso mismo que pensamos saber es una porción, y bien pequeña, de nuestra ignorancia. *c* | Sabemos las cosas en sueños, dice Platón, y las ignoramos en verdad.[365] *Omnes pene ueteres nihil cognosci, nihil percipi, nihil sciri posse dixerunt: angustos sensus, imbecillos animos, breuia curricula uitae*[366] [Casi todos los antiguos han dicho que nada podemos conocer, nada percibir, nada saber; que nuestros sentidos son limitados, nuestras almas débiles, nuestras vidas breves].

a | El mismo Cicerón, que debía todo su mérito al saber, cuenta Valerio que en su vejez empezó a desestimar las letras.[367] *c* | Y, cuando se ocupaba de ellas, lo hacía sin adherirse a ningún partido, siguiendo aquello que le parecía probable, tan pronto en una escuela como en otra. Se mantenía siempre bajo la duda de la Academia. *Dicendum est, sed ita ut nihil affirmem, quaeram omnia, dubitans plerumque et mihi diffidens*[368] [Debo hablar, pero sin afirmar nada; lo indagaré todo, dudando las más de las veces y desconfiando de mí mismo].

a | Lo tendría demasiado fácil si quisiera examinar al hombre en su forma común y en conjunto, y podría hacerlo, sin embargo, de acuerdo con su propia regla, que juzga la verdad no por la importancia de las voces, sino por su número. Dejemos ahí al pueblo,

Qui uigilans stertit,
mortua cui uita est propre iam uiuo atque uidenti,[369]
[Que ronca despierto, cuya vida está
ya casi muerta aun cuando viva y vea],

que no repara en sí mismo, que no se juzga, que deja ociosas la mayor parte de sus facultades naturales. Quiero tomar al hombre en su posición más alta. Examinémosle en el pequeño número de hombres excelentes y selectos que, provistos de una hermosa y particular fuerza natural, la han endurecido y afinado además por afán, por estudio y por arte, y la han alzado al punto más alto de sabiduría que pueda alcanzar. Han movido su alma en toda dirección y todo aspecto, la han apoyado y apuntalado con todo el auxilio externo que le ha sido útil, y la han enriquecido y ornado con todo aquello que han podido tomar, para su conveniencia, del interior y exterior del mundo. En ellos reside la altura suprema de la naturaleza humana. Han ordenado el mundo con gobiernos y leyes; lo han instruido por medio de artes y ciencias, y también con el ejemplo de su admirable comportamiento. No tomaré en cuenta sino a esta gente, su testimonio y su experiencia. Veamos hasta dónde han llegado y a qué se han

atenido. Las enfermedades y defectos que hallaremos en esta cofradía, el mundo podrá reconocerlos sin temor como suyos.

Cualquiera que busca alguna cosa, llega a este punto: o dice que la ha encontrado, o que no se puede encontrar, o que sigue buscándola. Toda la filosofía se distribuye en estos tres géneros.[370] Su propósito es buscar la verdad, la ciencia y la certeza. Los peripatéticos, epicúreos, estoicos y otros han pensado haberla encontrado. Han establecido las ciencias que poseemos, y las han tratado como conocimientos ciertos. Clitómaco, Carnéades y los académicos han desesperado de su búsqueda, y juzgado que la verdad no podía concebirse con nuestros medios. Su fin es la debilidad y la ignorancia humana; este partido ha tenido el mayor número de adeptos, y los más nobles.

Pirrón y otros escépticos o *epejistas*[371] —*c* | cuyas opiniones muchos antiguos consideraron extraídas de Homero, los siete sabios, y de Arquíloco y Eurípides, y les añaden Zenón, Demócrito, Jenófanes—[372] *a* | dicen que continúan buscando la verdad. Consideran que quienes piensan haberla encontrado se equivocan infinitamente; y que es también una vanidad demasiado audaz ese segundo grado que asegura que las fuerzas humanas no son capaces de alcanzarla. Porque establecer la medida de nuestra potencia, conocer y juzgar la dificultad de las cosas, es una ciencia magna y suprema, de la cual dudan que el hombre sea capaz:

Nil sciri quisquis putat, id quoque nescit
an sciri possit quo se nil scire fatetur.[373]

[Quien piense que nada sabemos, ignora también si
puede saberse lo suficiente para afirmar que nada sabemos].

La ignorancia que se conoce, que se juzga y que se condena no es una ignorancia completa. Para serlo, debe ignorarse a sí misma. Así, la profesión de los pirrónicos consiste en oscilar, dudar y preguntar, no dar nada por cierto, no asegurar nada. De las tres acciones del alma, la imaginativa, la apetitiva y la asentidora, aceptan las dos primeras; la última, la retienen y mantienen ambigua, sin inclinación ni aprobación de una parte u otra, ni siquiera leve.[374] *c* | Zenón describía con un gesto su

idea de esta división de las facultades del alma: la mano extendida y abierta, era la apariencia; la mano cerrada a medias y con los dedos un poco apretados, el asentimiento; el puño cerrado, la comprensión; cuando, con la mano izquierda, cerraba aún más estrechamente el puño, la ciencia.[375]

a | Ahora bien, tal posición de su juicio, recta e inflexible, receptora de todos los objetos sin aplicación ni asentimiento, los encamina a su ataraxia, que es una condición de vida apacible, reposada, exenta de las agitaciones que nos brinda la impresión de la opinión y la ciencia que creemos tener de las cosas.[376] Ése es el origen del temor, de la avaricia, la envidia, los deseos inmoderados, la ambición, el orgullo, la superstición, el amor a la novedad, la rebelión, la desobediencia, la obstinación y la mayoría de los males corporales. De esta manera se eximen incluso del celo por su propia doctrina. En efecto, discuten con gran blandura. No temen en absoluto la contestación en su disputa. Cuando dicen que lo pesado desciende, les aflige mucho ser creídos; e intentan ser contradichos para generar la duda y la suspensión del juicio, que es su fin. No presentan sus proposiciones sino para oponerse a las que piensan que creemos nosotros. Si adoptas la suya, ellos adoptarán también gustosamente la contraria para defenderla. Todo les da lo mismo; no establecen diferencia alguna. Si aseguras que la nieve es negra, argumentan por el contrario que es blanca. Si dices que no es ni una cosa ni la otra, les toca defender que es ambas cosas. Si sostienes, con juicio seguro, que nada sabes al respecto, te defenderán que lo sabes. E, incluso, si aseguras, con un axioma afirmativo, que dudas de ello, te contestarán que no lo dudas, o que no puedes juzgar y establecer que lo dudas. Y con tal duda extrema, que se zarandea a sí misma, se apartan y dividen de numerosas opiniones, también de aquellas que han defendido de muchas maneras la duda y la ignorancia.

b | ¿Por qué, dicen, si a los dogmáticos se les permite decir a uno verde y a otro amarillo, no se les ha de permitir a ellos también dudar?, ¿hay algo que se te pueda proponer, para que

lo afirmes o lo niegues, que no sea lícito considerar ambiguo? Y si los demás son arrastrados por la costumbre de su país, por la educación de sus padres, o por la casualidad, como por una tormenta, sin juicio ni elección, incluso las más de las veces antes de la edad de razón, a tal o cual opinión, a la escuela estoica o epicúrea, a la cual se encuentran hipotecados, sujetos y pegados como a una trampa de la que no pueden desprenderse[377] —*c* | *ad quamcumque disciplinam uelut tempestate delati, ad eam tanquam ad saxum adhaerescunt*[378] [cualquiera que sea la enseñanza hacia la que se vieron arrastrados como por una tempestad, se aferran a ella como a una roca]— *b* | ¿por qué no se les concederá a ellos, de la misma manera, mantener su libertad y considerar las cosas sin obligación ni servidumbre? — *c* | *hoc liberiores et solutiores quod integra illis est iudicandi potestas*[379] [más libres e independientes, pues su capacidad de juzgar está íntegra]—. ¿Acaso no constituye ventaja alguna verse libre de la necesidad que ata a los demás? *b* | ¿No es mejor permanecer en suspenso que enfrascarse en todos los errores que ha producido la fantasía humana? ¿No es mejor suspender la creencia que enredarse en divisiones sediciosas y pendencieras? *c* | ¿Qué elegiré? ¡Lo que te plazca, con tal que elijas! Es una respuesta necia, a la cual, sin embargo, parece que llega todo el dogmatismo; con ella no se nos permite ignorar aquello que ignoramos. *b* | Adoptemos el partido más famoso. Jamás será tan seguro que no necesites, para defenderlo, atacar y combatir cientos de partidos contrarios. ¿No es mejor quedarse fuera de la refriega? Se te permite abrazar, como si se tratara de tu honor y de tu vida, la creencia de Aristóteles sobre la eternidad del alma, y corregir y desmentir a Platón al respecto;[380] ¿y a ellos se les prohibirá dudar? *c* | Si es lícito que Panecio suspenda el juicio en torno a arúspices, sueños, oráculos y vaticinios, cosas sobre las cuales los estoicos no albergan dudas, ¿por qué el sabio no va a osar hacer en todo lo que éste osa hacer en aquello que aprendió de sus maestros, y que está fijado por acuerdo general de la escuela que sigue y profesa?[381] *b* | Si el que juzga es un niño, no sabe qué es; si es un docto, está comprometido de antemano.

Ellos se han reservado una extraordinaria ventaja en el combate eximiéndose de la preocupación de protegerse. No les importa recibir golpes con tal de golpear; y de todo sacan provecho. Si vencen, tu proposición cojea; si vences tú, la suya. Si fallan ellos, confirman la ignorancia; si fallas, la confirmas tú. Si prueban que nada se sabe, está bien; si no lo saben probar, está bien igualmente.[382] *c* | *Vt, quum in eadem re paria contrariis in partibus momenta inueniuntur, facilius ab utraque parte assertio sustineatur*[383] [De modo que, cuando en un mismo asunto, se encuentra igual peso de razones en pro y en contra, más fácilmente se suspende la aserción en un sentido y en el otro]. Y consideran mucho más fácil descubrir por qué una cosa es falsa que el hecho de que sea verdadera; y lo que no es, que lo que es; y lo que no creen, que lo que creen.

a | Sus maneras de hablar son: «Nada establezco», «no es más así que asá, o lo uno que lo otro», «no lo comprendo», «las apariencias son iguales en todo», «la posibilidad de hablar a favor y en contra es la misma», *c* | «nada parece cierto que no pueda parecer falso». *a* | Su palabra sacramental es «ἐπέχω», es decir, 'me contengo, no me muevo'.[384] Éstos son sus estribillos, y otros de la misma sustancia. Su efecto es una pura, completa y perfectísima abstención y suspensión del juicio. Se valen de su razón para preguntar y para debatir, pero no para decidir ni escoger. Quien imagine una perpetua confesión de ignorancia, un juicio sin propensión ni inclinación, sea cual fuere la ocasión, concibe el pirronismo. Expreso esta fantasía en la medida de mis fuerzas, porque a muchos les resulta difícil de entender; y los autores mismos la representan de manera un poco oscura y diversa.

En cuanto a las acciones de la vida, se atienen a la forma común. Ceden y se acomodan a las inclinaciones naturales, al impulso y la coacción de las pasiones, a las constituciones de las leyes y las costumbres y a la tradición de las artes.[385] *c* | *Non enim nos Deus ista scire, sed tantummodo uti uoluit*[386] [Dios no quiso que supiésemos estas cosas, sino tan sólo que las usáramos]. *a* | Dejan que tales cosas guíen sus acciones comunes, sin opinar ni juzgar. Por eso, no puedo

acordar del todo con este razonamiento lo que se dice de Pirrón.[387] Lo describen insensible e inmóvil, adoptando una forma de vida salvaje e insociable, aguardando el choque de los carros, ofreciéndose a los precipicios, rehusando acomodarse a las leyes. Esto es ir más allá de su enseñanza. No pretendió convertirse en una piedra o en un tronco; quiso llegar a ser un hombre vivo, reflexivo y razonable, un hombre que goza de todos los placeres y bienes naturales, que emplea y utiliza todos sus elementos corporales y espirituales *c* | de manera ordenada y recta. *a* | Cedió y abandonó de buena fe los privilegios fantásticos, imaginarios y falsos que el hombre se ha arrogado, de enseñar, ordenar y establecer.[388]

c | Por lo demás, no hay ninguna escuela que no se vea forzada a permitir que su sabio secunde muchas cosas ni comprendidas ni percibidas ni aprobadas, si quiere vivir. Y, cuando se hace a la mar, sigue su propósito ignorando si le será favorable, y asume que el barco es bueno, el piloto experto, la estación benigna, circunstancias solamente probables. Está obligado a seguirlas, y a dejarse llevar por las apariencias, con tal de que no sean expresamente contrarias.[389] Tiene un cuerpo, tiene un alma; los sentidos le empujan, el espíritu le mueve. Aunque no encuentre en sí el signo propio y singular para emitir un juicio, y aunque advierta que no debe dar su aprobación, porque puede haber algo falso que se asemeje a la verdad, no deja de ejercer las tareas de su vida de forma plena y conveniente.[390] ¿Cuántas artes hay que hacen profesión de consistir más en conjetura que en ciencia, que no deciden acerca de lo verdadero y lo falso, y se limitan a seguir lo aparente?[391] Existe, dicen, lo verdadero y lo falso, y tenemos capacidad para buscarlo, pero no para determinarlo en una piedra de toque. Es mucho mejor para nosotros dejarnos llevar sin inquisición por el orden del mundo. El alma libre de prejuicios se ha acercado extraordinariamente a la tranquilidad. Quienes juzgan y examinan a sus jueces nunca se someten a ellos como es debido. ¡Hasta qué punto, tanto en las leyes religiosas como en las políticas, los espíritus simples y desprovistos de curiosidad resultan más dóciles y fáciles de

manejar que esos espíritus vigilantes y pedagogos de las causas divinas y humanas!

a | No hay otra invención humana tan verosímil y tan útil.[392] Ésta presenta al hombre desnudo y vacío, consciente de su flaqueza natural, pronto a recibir alguna fuerza externa de lo alto, desprovisto de ciencia humana, y tanto más apto para alojar en sí mismo la divina,[393] *c* | aniquilando su juicio para ceder más sitio a la fe; ni incrédulo *a* | ni defensor de dogma alguno contra las leyes y las prácticas comunes, humilde, obediente, susceptible de enseñanza, estudioso, enemigo jurado de la herejía, y exento, por consiguiente, de las vanas e irreligiosas opiniones introducidas por las falsas sectas.[394] *b* | Es un papel en blanco listo para recibir del dedo de Dios las formas que a Él le plazca grabar.[395] Cuanto más nos remitimos y confiamos a Dios, y renunciamos a nosotros, más aumenta nuestra valía. *a* | Acepta las cosas de buen grado, dice el Eclesiastés, con el aspecto y el sabor con que se te ofrezcan, día a día; del resto nada puedes saber.[396] *c* | *Dominus nouit cogitationes hominum, quoniam uanae sunt*[397] [El Señor conoce los pensamientos de los hombres, pues son vanos].

a | Así pues, de las tres escuelas generales de filosofía, dos hacen expresa profesión de duda e ignorancia; y, en la de los dogmáticos, que es la tercera, no cuesta mucho descubrir que la mayoría han adoptado la apariencia de la seguridad sólo para mejorar su aspecto. No han pensado tanto en afirmarnos certeza alguna cuanto en mostrarnos hasta dónde habían llegado en la caza de la verdad, *c* | *quam docti fingunt magis quam norunt*[398] [que los doctos imaginan más que conocen]. Cuando Timeo ha de instruir a Sócrates de sus conocimientos acerca de los dioses, del mundo y de los hombres, propone hablar de estos asuntos como entre hombres; y que baste con que sus razones sean tan probables como las razones de otro, pues las razones exactas no están en su mano, ni en mano mortal alguna.[399] Uno de sus seguidores le ha imitado así:«*Vt potero, explicabo: nec tamen, ut Pythius Apollo, certa ut sint et fixa, quae dixero; sed, ut homunculus, probabilia coniectura sequens*»[400] [Lo explicaré como pueda; pero no, como Apolo

Pitio, para decir cosas ciertas y firmes, sino como un hombrecillo que sigue lo probable por conjetura], y ello a propósito del tema del desprecio de la muerte, un asunto natural y popular. En otra parte lo ha traducido de las palabras mismas de Platón: «*Si forte, de deorum natura ortuque mundi disserentes, minus id quod habemus animo consequimur, haud erit mirum. Aequum est enim meminisse et me, qui disseram, hominem esse, et uos qui iudicetis; ut, si probabilia dicentur, nihil ultra requiratis*»[401] [Si al discurrir sobre la naturaleza de los dioses y la generación del mundo no llegamos tan lejos como nos proponemos, no será una sorpresa. Porque es justo recordar que tanto yo, que voy a hablar, como vosotros, que seréis los jueces, no somos más que hombres, de manera que si se dicen cosas probables, no reclaméis nada más].

a | Aristóteles tiene la costumbre de amontonar para nosotros un gran número de opiniones y de creencias distintas, para comparar la suya con ellas, y mostrarnos en qué medida las ha sobrepasado y se acerca más a la verosimilitud. La verdad, en efecto, no se juzga por la autoridad y el testimonio ajenos. *c* | Y por eso Epicuro evitó con todo escrúpulo alegar ninguno en sus escritos.[402] *a* | Es el príncipe de los dogmáticos, y, aun así, aprendemos de él que saber mucho procura la ocasión de dudar más.[403] Le vemos con frecuencia ampararse expresamente[404] en una oscuridad tan densa e inextricable que nada puede discernirse de su opinión.[405] Es en realidad un pirronismo bajo forma resolutiva.

c | Escuchad la protesta de Cicerón, que nos explica la fantasía de otros por medio de la suya: «*Qui requirunt quid de quaque re ipsi sentiamus, curiosius id faciunt quam necesse est. Haec in philosophia ratio contra omnia disserendi nullamque rem aperte iudicandi, profecta a Socrate, repetita ab Arcesila, confirmata a Carneade, usque ad nostram uiget aetatem. Hi sumus qui omnibus ueris falsa quaedam adiuncta esse dicamus, tanta similitudine ut in iis nulla insit certe iudicandi et assentiendi nota*»[406] [Quienes preguntan qué pensamos de cada cosa lo hacen con más curiosidad de la necesaria. Este método de la filosofía de discurrir contra todo y no juzgar de nada abiertamente, surgido

de Sócrates, recuperado por Arcesilao, confirmado por Carnéades, continúa vigente en nuestro tiempo. Somos de los que decimos que a todo lo verdadero le está unido algo falso, con tanta semejanza que no existe ningún signo para juzgar o asentir con certeza].

b | ¿Por qué no sólo Aristóteles, sino la mayoría de filósofos, han buscado la dificultad?, ¿por qué sino para destacar la vanidad del asunto, y para ocupar la curiosidad de nuestro espíritu, dándole como alimento roer este hueso hueco y descarnado?[407] *c* | Clitómaco afirmaba no haber podido nunca entender qué opinión tenía Carnéades a través de sus escritos.[408] *b* | Por ese motivo, Epicuro evitó la facilidad en los suyos,[409] y Heráclito fue apodado σκοτεινός [oscuro].[410] La dificultad es una moneda *c* | que los doctos emplean, como los prestidigitadores, para no descubrir la vanidad de su arte, *b* | y merced a la cual la necedad humana se contenta fácilmente:

Clarus ob obscuram linguam, magis inter inanes,
omnia enim stolidi magis admirantur amantque
inuersis quae sub uerbis latitantia cernunt.[411]

[Célebre por su lenguaje oscuro, sobre todo entre los vanos, pues los necios admiran y aman más todo aquello que ven disimulado bajo palabras torcidas].

c | Cicerón riñe a algunos de sus amigos por haberse acostumbrado a entregar a la astronomía, al derecho, a la dialéctica y a la geometría más tiempo del que merecían tales artes; y les recrimina que esto los desviaba de los deberes de la vida, más útiles y honestos.[412] Los filósofos cirenaicos despreciaban por igual la física y la dialéctica.[413] Zenón, justo al inicio de los libros de su *República*, declaraba inútiles todas las enseñanzas liberales.[414] *a* | Decía Crisipo que cuanto Platón y Aristóteles habían escrito sobre la lógica, lo habían escrito por juego y por ejercicio; y no podía creer que hubiesen hablado en serio de una materia tan vana.[415] *c* | Plutarco lo dice de la metafísica.[416] *a* | Epicuro lo habría dicho también de la retórica, la gramática, *c* | la poesía, las matemáticas y, excepto de la física, de todas las ciencias.[417] *a* | Y Sócrates, de

todas también, salvo solamente de aquella que versa sobre el comportamiento y la vida.[418] *c* | Ante cualquier cosa que le preguntaran, primero hacía siempre que quien le preguntaba diera cuenta de las condiciones de su vida presente y pasada que examinaba y juzgaba. Para él todo otro aprendizaje era derivado de éste y excedente. *Parum mihi placeant eae literae quae ad. uirtutem doctoribus nihil profuerunt*[419] [Poco me agradarán las letras que en nada aprovecharon a sus doctores para la virtud]. *a* | La mayoría de las artes fueron, pues, despreciadas por el saber mismo. Pero no pensaron que fuese importuno ejercitar[420] el espíritu hasta en cosas donde no había ninguna solidez provechosa.

Por lo demás, unos han considerado a Platón dogmático; otros, dubitativo; otros, en ciertas cosas lo primero, y en ciertas cosas lo segundo.[421] *c* | El guía de sus diálogos, Sócrates, no deja nunca de hacer preguntas y de promover la discusión; jamás la detiene, jamás responde, y dice no poseer otra ciencia que la de oponerse. Homero, su autor, fijó igualmente los fundamentos de todas las escuelas filosóficas, para mostrar hasta qué punto era indiferente qué vía siguiésemos.[422] De Platón, según se dice, surgieron diez escuelas distintas.[423] Además, en mi opinión, jamás hubo una enseñanza titubeante y ajena a aseveraciones, si la suya no lo es. Decía Sócrates que las comadronas, al asumir el oficio de hacer engendrar a otras mujeres, abandonan el de engendrar ellas mismas; que él, en virtud del título de partero que los dioses le confirieron, se deshizo también, en su amor viril y mental, de la facultad de dar a luz; y se contenta con asistir y favorecer con su auxilio a quienes engendran, con abrir sus órganos, engrasar sus conductos, facilitar la salida de su criatura, juzgarla, bautizarla, alimentarla, fortalecerla, envolverla y circuncidarla,[424] ejercitando y manejando su ingenio en los peligros y fortunas de otros.[425]

a | Sucede lo mismo con la mayoría de autores de este tercer género, *b* | tal como los antiguos señalaron de los escritos de Anaxágoras, Demócrito, Parménides, Jenófanes y otros.[426] *a* | Tienen una forma de escribir dudosa en conjunto, y un

propósito indagador más que instructivo, aunque siembren su estilo de cadencias dogmáticas. ¿No se ve esto mismo, también, *c* | en Séneca y *a* | en Plutarco?[427] *c* | ¿Cuántas cosas dicen a veces en un sentido, a veces en otro, para quienes los miran de cerca? Y quienes reconcilian a los juristas, deberían en primer lugar conciliarios consigo mismos. Me parece que Platón amó a sabiendas esta manera de filosofar por medio de diálogos, para poner en labios distintos, con más decoro, la diversidad y la variación de sus propias fantasías.

Tratar las materias de forma diversa es tratarlas tan bien como hacerlo de manera uniforme, y mejor, es decir, con más riqueza y provecho. Tomemos ejemplo de nosotros mismos. Las sentencias son la culminación del lenguaje dogmático y resolutivo. Aun así, aquellas que nuestros parlamentos presentan al pueblo como más ejemplares, apropiadas para alimentar en él la debida reverencia hacia tal dignidad, principalmente por la competencia de las personas que la ejercen, deben su belleza no tanto a la conclusión, que para ellos es corriente, y común para cualquier juez, cuanto al debate y a la controversia de las argumentaciones distintas y contrarias de que es susceptible la materia jurídica. Y el campo más amplio para las críticas de unos filósofos contra otros se obtiene de las contradicciones y variaciones en que todos ellos están enzarzados, ya sea adrede, para mostrar la vacilación del espíritu humano en cualquier materia, ya sea forzados inconscientemente por el carácter voluble e incomprensible de toda materia.

a | ¿Qué significa este estribillo?:[428] en un terreno resbaladizo y fluente suspendamos nuestra creencia, pues, como dice Eurípides,

Las obras de Dios de diversas
maneras nos ponen obstáculos,[429]

b | semejante a aquel que Empédocles esparcía con frecuencia por sus libros, como agitado por un furor divino y forzado por la verdad: «No, no, nada percibimos, nada vemos; todo se nos oculta, no hay cosa alguna de la que podamos establecer qué es»[430] —*c* | coincidiendo con esta sentencia

divina: «Cogitationes mortalium timidae, et incertae adinuentiones nostrae et prouidentiae»[431] [Tímidos son los pensamientos de los mortales, inciertas nuestras invenciones y previsiones].

a | No debe parecer extraño que gente desesperada de la captura no deje de experimentar placer en la caza.[432] Porque el estudio es de suyo un quehacer placentero, y tan placentero que, entre los placeres, los estoicos prohíben también aquel que procede del ejercicio del espíritu, quieren que tenga un freno, *c* | y encuentran intemperante saber en exceso.[433] *a* | En cierta ocasión Demócrito comió en su mesa unos higos que sabían a miel y empezó de inmediato a indagar en su espíritu de dónde provenía tal dulzura inusitada. A fin de esclarecerlo, iba a levantarse de la mesa para mirar la situación del lugar donde se habían cogido los higos, pero la camarera, que había comprendido la causa de tal agitación, le dijo riendo que no se esforzara más por eso, porque los había puesto en un recipiente que había contenido miel. Demócrito se irritó pues le había privado de una ocasión para investigar, y hurtado una materia para su curiosidad. «¡Vaya!», le dijo, «me has disgustado. Sin embargo, no renunciaré a buscar la causa como si fuese natural».[434] *c* | Y probablemente no habría dejado de encontrar alguna razón verdadera para un efecto falso y supuesto.[435] *a* | Esta historia de un famoso y magno filósofo nos representa con suma claridad la pasión estudiosa que nos empuja a perseguir cosas de cuya adquisición no tenemos esperanza. Plutarco refiere un ejemplo similar de alguien que no quería que le aclarasen aquello que le suscitaba dudas para no perder el placer de investigarlo.[436] Como aquel otro, que no quería que su médico le librara de la alteración de la fiebre para no perder el placer de calmarla bebiendo. *c* | *Satius est superuacua discere quam nihil*[437][Es mejor aprender cosas superfluas que nada].

En todo alimento el placer se da con frecuencia solo; y no todo lo que tomamos que es placentero resulta siempre nutritivo o sano. De igual manera, lo que nuestro espíritu obtiene de la ciencia no deja de ser placentero aunque no sea ni alimenticio ni saludable. *b* | Así lo dicen: «La consideración de la naturaleza es

un alimento idóneo para nuestros espíritus; nos eleva y ensancha, nos hace desdeñar las cosas bajas y terrenales cuando las comparamos con las superiores y celestes. La indagación misma de las cosas ocultas y grandes es gratísima incluso para quien no adquiere otra cosa que la reverencia y el temor al juzgarlas».[438] Son palabras propias de su profesión. La vana imagen de esta enfermiza curiosidad se ve todavía más clara en otro ejemplo que se llevan muy a menudo a la boca como un honor. Eudoxo quería y suplicaba a los dioses poder ver alguna vez el sol de cerca, comprender su forma, magnitud y belleza, aunque fuese a costa de arder al instante.[439] Pretende, al precio de su vida, adquirir una ciencia cuyo uso y posesión se le arrebatará al mismo tiempo, y, a cambio de ese conocimiento súbito y fugaz, perder todos los demás que posee y que puede adquirir en adelante.

a | Me cuesta persuadirme de que Epicuro, Platón y Pitágoras nos dieran como dinero contante sus átomos, sus ideas y sus números. Eran demasiado sabios para establecer sus artículos de fe con algo tan incierto y discutible. Pero, en medio de la oscuridad e ignorancia del mundo, estos grandes personajes intentaron aportar alguna suerte de imagen de luz, y pasearon su alma por invenciones que tenían cuando menos una apariencia grata y sutil *c* | —con tal de que, aun siendo completamente falsa, pudiera resistir a las objeciones contrarias: *Vnicuique ista pro ingenio finguntur, non ex scientia ui*[440] [Cada cual lo finge según su ingenio, no por la fuerza de su ciencia]—. *a* | Un antiguo al que reprochaban que profesara la filosofía aun cuando apenas la tenía en cuenta en su juicio, respondió que eso era en verdad filosofar.[441] Pretendieron examinarlo todo, sopesarlo todo, y hallaron esta ocupación acorde con la curiosidad natural que reside en nosotros. Ciertas cosas las escribieron por la necesidad de la sociedad pública, como sus religiones,[442] y fue razonable, en virtud de tal consideración, que no quisieran escudriñar hasta lo vivo las opiniones comunes,[443] para no generar trastornos en la obediencia de las leyes y de las costumbres de su país.

c | Platón trata este misterio con un juego bastante descubierto.[444] En efecto, allí donde escribe de acuerdo consigo consigo mismo no prescribe nada con certeza. Cuando ejerce de legislador, adopta un estilo magistral y aseverativo, y, aun así, introduce audazmente las más fantásticas de sus invenciones, tan útiles para persuadir a la multitud como ridículas para persuadirse a sí mismo, pues sabía hasta qué punto somos proclives a aceptar todas las opiniones y, en especial, las más extravagantes y desmedidas. Y, por eso, en sus *Leyes*, se preocupa mucho por que sólo se canten en público aquellas poesías cuyas fabulosas ficciones tienden a algún objetivo útil. Puesto que es tan fácil imprimir cualquier fantasma en el espíritu humano, alega que es injusto no alimentarlo con mentiras provechosas antes que con mentiras inútiles o nocivas.[445]En su *República* dice sin ambages que, en beneficio de los hombres, a menudo es necesario engañarlos.[446] Es fácil distinguir que unas escuelas han seguido más la verdad otras la utilidad, razón por la cual éstas han adquirido crédito.[447] La miseria de nuestra condición comporta que con frecuencia aquello que se ofrece a nuestra imaginación como lo más verdadero no se le presente como lo más útil a nuestra vida. Aun las escuelas más audaces, la epicúrea, la pirrónica, la Nueva Academia, no tienen más remedio, a fin de cuentas, que plegarse a la ley civil.

a | Hay otros asuntos que pasaron por el cedazo, unos a diestro, otros a siniestro, cada cual esforzándose en darles alguna forma, con razón o sin ella. En efecto, al no encontrar nada tan oculto que no quieran hablar de ello, se ven a menudo obligados a forjar conjeturas débiles e insensatas, no porque las asuman ellos mismos como fundamento, ni para establecer verdad alguna, sino como ejercicio para su estudio. *c* | *Non tam id sensisse quod dicerent, quam exercere ingenia materiae difficultate uidentur voluisse*[448] [Más que creer lo que decían, parecen haber querido ejercitar su ingenio con una materia difícil]. *a* | Y si no lo interpretáramos así, ¿cómo defenderíamos la grandísima inconstancia, diferencia y vanidad de opiniones que, según vemos, han producido esas almas excelentes y admirables?

Pues, por ejemplo, ¿qué cosa hay más vana que pretender adivinar a Dios por medio de nuestras analogías y conjeturas, regularlo, y regular el mundo,[449] según nuestra capacidad y nuestras leyes, y valernos a expensas de la divinidad de esa pequeña muestra de inteligencia que ha tenido a bien distribuirle a nuestra condición natural? ¿Y puesto que no podemos extender nuestra vista hasta su gloriosa sede, haberlo arrastrado aquí abajo a nuestra corrupción y a nuestras miserias?

Entre todas las opiniones humanas y antiguas acerca de la religión me parece que tuvo más verosimilitud y excusa aquella que reconocía a Dios como una potencia incomprensible, origen y conservadora de todas las cosas, absoluta bondad, absoluta perfección, que acogía y aceptaba favorablemente el honor y la veneración que los humanos le rendían bajo cualquier semblante, bajo cualquier nombre y de la manera que fuese:[450]

c | *Iupiter omnipotens rerum, regumque deumque*
progenitor genitrixque.[451]
[Omnipotente Júpiter, padre y madre
de las cosas, de los reyes y de los dioses].

Este celo ha sido visto universalmente con buenos ojos por el cielo. Todos los Estados han obtenido provecho de su devoción; los hombres, las acciones impías han cosechado siempre resultados en consonancia.[452] Las historias paganas reconocen dignidad, orden, justicia, y prodigios y oráculos empleados para su provecho e instrucción en sus religiones fabulosas. Tal vez Dios, por su misericordia, se ha dignado fomentar, mediante estos beneficios temporales, los tiernos principios de un conocimiento, aunque sea burdo, que la razón natural les ha otorgado acerca de Él, a través de las falsas imágenes de sus sueños.[453] No sólo falsas, sino también impías e injuriosas son aquellas que el hombre ha forjado por propia invención.

a | Y, entre todas las religiones que san Pablo encontró vigentes en Atenas, le pareció la más excusable aquella que habían dedicado a una divinidad oculta y desconocida.[454] *c* |

Pitágoras remedó la verdad más de cerca al juzgar que el conocimiento de esta causa primera y este ser de los seres debía ser indefinido, sin prescripción, sin declaración; que no era otra cosa que el supremo esfuerzo de nuestra imaginación hacia la perfección, de suerte que cada uno amplificaba la idea según su capacidad.[455] Pero si Numa intentó conformar la devoción de su pueblo a este proyecto, adherirlo a una religión puramente mental, sin objeto prefijado ni mezcla material, intentó una cosa inútil.[456] El espíritu humano no podría mantenerse vagando en este infinito de pensamientos informes; hay que compilárselos en una determinada imagen que siga su modelo. Así, la majestad divina se ha dejado circunscribir en cierta medida para nosotros en los límites corporales. Sus sacramentos sobrenaturales y celestes tienen signos de nuestra condición terrestre; su adoración se expresa mediante oficios y palabras sensibles. Es, en efecto, el hombre quien cree y quien reza. Dejo aparte los demás argumentos que se emplean a este propósito. Pero difícilmente me harían creer que la visión de nuestros crucifijos y la pintura de ese lamentable suplicio, que los adornos y los movimientos ceremoniosos de nuestras iglesias, que las voces acomodadas a la devoción de nuestro pensamiento y la emoción de los sentidos no enardecen el alma de los pueblos con una pasión religiosa de utilísimo efecto.

a | De aquellas a las que se dio cuerpo, como la necesidad lo requería,[457] en medio de esta ceguera universal, me parece que yo habría preferido adherirme a quienes adoraban el Sol:

la lumiere commune,
l'oeil du monde: et si Dieu au chef porte des yeux,
les rayons du Soleil sont ses yeux radieux,
qui donnent vie á tous, nous maintiennent et gardent,
et les faits des humains en ce monde regardent:
ce beau, ce grand soleil, qui nous fait les saisons,
selon qu'il entre ou sort de ses douze maisons:
qui remplit Vunivers de ses vertus connues:
qui d'un trait de ses yeux nous dissipe les nues:
l'esprit, l'ame du monde, ardent et flamboyant,
en la course d'un jour tout le Ciel tournoyant,

plein d'immense grandem, rond, vagabond et ferme:
lequel tient dessous lui tout le monde pour terme:
en repos sans repos, oisif, et sans séjour,
fils ainé de nature, et le père du jour.[458]

[la luz común, el ojo del mundo; y, si Dios tiene ojos en la cabeza, los rayos del sol son sus ojos radiantes, que nos dan vida a todos, nos conservan y protegen, y que observan los hechos del hombre en este mundo; este hermoso, este magno sol que nos establece las estaciones a medida que entra o sale de sus doce casas, que llena el universo con sus virtudes conocidas, que, con un dardo de sus ojos, disuelve las nubes; el espíritu, el alma del mundo, ardiente y flameante, que da la vuelta al cielo entero en el curso de un día, lleno de inmensa grandeza, redondo, errabundo y firme, que mantiene bajo su dominio al mundo entero como límite, en reposo sin reposo, ocioso y sin descanso, primogénito de la naturaleza y padre del día].[459]

Porque, aparte de su magnitud y belleza, es el elemento de esta máquina que descubrimos más alejado de nosotros, y, por tanto, es tan escasamente conocido, que aquellos merecían perdón por admirarlo y venerarlo.[460]

c | Tales, que fue el primero en preguntarse por esta materia, consideró que Dios era un espíritu que hizo todas las cosas de agua.[461] Anaximandro, que los dioses morían y nacían en distintos períodos, y que había un número infinito de mundos. Anaximenes, que el aire era Dios, que era producido e inmenso, y estaba siempre en movimiento. Anaxágoras sostuvo por primera vez que la forma y la manera de todas las cosas eran dirigidos por la fuerza y la razón de un espíritu infinito. Alcmeón confirió la divinidad al sol, a la luna, a los astros y al alma. Pitágoras hizo Dios a un espíritu difuso por la naturaleza de todas las cosas del que se desprendieron nuestras almas. Parménides, a un círculo que envuelve el cielo y conserva el mundo mediante el ardor de la luz. Empédocles decía que las cuatro naturalezas de que están hechas todas las cosas eran dioses. Protágoras, que nada tenía que decir sobre si existen o no y cómo son. Demócrito, a veces que las

imágenes y sus circuitos son dioses, a veces que lo es la naturaleza que proyecta tales imágenes, y, además, nuestra ciencia e inteligencia. Platón dispersa su creencia en distintos aspectos. En el *Timeo* dice que el padre del mundo no puede ser nombrado; en las *Leyes*, que no debe preguntarse por su ser; y en otros pasajes de estos mismos libros convierte en dioses al mundo, al cielo, a los astros, a la tierra y a nuestras almas, y admite además aquellos que hayan sido admitidos por antigua disposición en cada Estado.[462] Jenofonte refiere una confusión semejante en la enseñanza de Sócrates: a veces que no debe indagarse la forma de Dios, y luego le hace establecer que el sol es Dios, y el alma, Dios; que sólo existe uno, y después, que existen muchos. Espeusipo, sobrino de Platón, hace Dios a cierta fuerza que gobierna las cosas y está animada. Aristóteles a veces dice que es el espíritu, a veces que es el mundo; tan pronto atribuye otro amo al mundo como hace Dios al ardor del cielo. Jenócrates establece ocho: los cinco nombrados entre los planetas, el sexto, compuesto por todas las estrellas fijas como miembros, el séptimo y el octavo, el sol y la luna. Heráclides Póntico no hace sino errar entre sus opiniones, y al fin priva a Dios de sensibilidad y lo hace cambiante de una forma a otra, y después añade que es el cielo y la tierra. Teofrasto se pasea con una indecisión semejante entre todas sus fantasías, atribuyendo la dirección del mundo a veces al entendimiento, a veces al cielo, a veces a las estrellas. Estratón dice que es la naturaleza, que posee la fuerza de engendrar, aumentar y disminuir, sin forma ni sensibilidad. Zenón, la ley natural, que ordena el bien y prohíbe el mal, ley que está animada, y suprime los dioses habituales, Júpiter, Juno, Vesta. Diógenes de Apolonia, que es la edad.[463] Jenófanes hace a Dios redondo, con vista, con oído, sin respiración, sin nada en común con la naturaleza humana.[464] Aristón considera incomprensible la forma de Dios, lo priva de sensibilidad e ignora si es animado u otra cosa. Cleantes tan pronto afirma que es la razón como el mundo, el alma de la naturaleza, el calor supremo que lo rodea y envuelve todo. Perseo, discípulo de Zenón, sostuvo que se llamó dioses a quienes contribuyeron con algún servicio notable a la vida

humana, y a las cosas mismas provechosas. Crisipo hacía un confuso amasijo con todas las opiniones precedentes, y cuenta también, entre las mil formas de dioses que establece, a los hombres que son inmortalizados. Diágoras y Teodoro negaban tajantemente que existieran dioses.[465] Epicuro hace a los dioses brillantes, transparentes y penetrables por el aire, alojados, como entre dos fortines, entre dos mundos, a cubierto de golpes, revestidos de figura humana y de nuestros miembros, miembros que no les sirven de nada.[466]

Ego deum genus esse semper duxi, et dicam caelitum;
sed eos non curare opinor, quid agat humanum genus.[467]

[Siempre he pensado y siempre diré que el género de los dioses celestes existe, pero opino que no se preocupan de lo que hace el género humano].

¡Fiaos de vuestra filosofía; jactaos de haber encontrado la sorpresa en el roscón viendo la algarabía de tantos cerebros filosóficos! La confusión de las formas mundanas ha conseguido de mí que los comportamientos y fantasías diferentes de los míos no me disgusten tanto como me instruyen, no me ensorbezcan tanto como me humillan cuando los comparo; y cualquier otra elección que aquella que procede de la mano expresa de Dios, me parece elección de poca preeminencia. Dejo de lado las formas de vida monstruosas y contranaturales. Las sociedades del mundo no son menos contrarias en este asunto que las escuelas. Podemos así aprender que la misma fortuna no es más diversa y variable que nuestra razón, ni más ciega e irreflexiva.

a | Las cosas más ignoradas son más aptas para ser deificadas.[468] *c* | Porque hacer dioses de nosotros, *a* | como lo hacía la Antigüedad, sobrepasa la extrema flaqueza de la razón Yo habría incluso preferido seguir a quienes adoraban a la serpiente, el perro y el buey,[469] pues su naturaleza y su ser nos resultan menos conocidos; y nos es más lícito imaginarlo que nos plazca de esos animales, y atribuirles facultades extraordinarias. Pero haber hecho dioses de nuestra condición, cuya imperfección debemos conocer, haberles atribuido deseo, cólera, venganzas, matrimonios, generaciones

y parentescos, amor y celos, nuestros miembros y nuestros huesos, nuestros fervores y nuestros placeres, *c* | nuestras muertes y sepulturas,[470] *a* | ha de haber partido de una extraordinaria embriaguez del entendimiento humano:

b | *Quae procul usque adeo diuino ab numine distant,*
inque Deum numero quae sint indigna uideri.[471]
[Tan lejos están del espíritu divino, tan indignos
son de aparecer entre el número de los dioses].

c | *Formae, aetates, uestitus, ornatus noti sunt; genera, coniu-gia, cognationes, omniaque traducta ad similitudinem imbecillitatis humanae: nam et perturbatis animis inducuntur; accipimus enim deorum cupiditates, aegritudines, iracundias*[472] [Nos son conocidas sus formas, edades, vestidos y ornatos; sus genealogías, matrimonios, parentescos; y todo ello trasladado a la semejanza de la debilidad humana: se les presenta con el alma turbulenta; hemos recibido, pues, los deseos, aflicciones e iracundias de los dioses]. *a* | Como haber atribuido la divinidad *c* | no sólo a la lealtad, virtud, honor, concordia, libertad, victoria y piedad,[473] sino también al placer, fraude, muerte, envidia, vejez y miseria,[474] *a* | al miedo, a la fiebre y a la mala fortuna,[475] y a otras desdichas de nuestra vida endeble y caduca:

b | *Quid iunat hoc, templis nostros inducere mores?*
o curuae in tenis animae et coelestium inanes.[476]
[¿De qué sirve introducir nuestras costumbres en los
templos?, ¡oh
almas curvadas hasta el suelo y desprovistas de pensamientos
celestes!].

c | Los egipcios, con una desvergonzada prudencia, prohibían, bajo pena de horca, que nadie pudiera decir que Serapis e Isis, sus dioses, habían sido en otros tiempos hombres; y nadie ignoraba que lo habían sido.[477] Y la efigie que los representaba con el dedo sobre la boca indicaba a sus sacerdotes, dice Varrón, la orden misteriosa de callar su origen mortal, dado que éste anulaba por razón necesaria toda su veneración.[478] *a* | Puesto que el hombre deseaba tanto igualarse a Dios, mejor habría hecho, sostiene Cicerón, rebajando las condiciones divinas a su altura y atrayéndolas aquí abajo, en vez de enviar allí arriba su

corrupción y su miseria;[479] pero, si lo entendemos bien, ha hecho de muchas maneras tanto una cosa como la otra, con la misma vanidad de opinión.

Cuando los filósofos escrutan la jerarquía de sus dioses y se afanan por distinguir sus alianzas, sus funciones y su poder, no puedo creerme que hablen en serio.[480] Cuando Platón nos descubre el vergel de Plutón, y los placeres o sufrimientos corporales que nos esperan aun tras la ruina y aniquilación de nuestros cuerpos, y los acomoda al sentimiento que tenemos en esta vida,[481]

Secreti celant colles, et myrtea circum
sylua tegit; curae non ipsa in morte relinquunt;[482]
[Solitarias colinas les ocultan y un bosque de mirto les envuelve;
ni siquiera en la muerte abandonan sus preocupaciones];

cuando Mahoma promete a los suyos un paraíso tapizado, adornado de oro y piedras preciosas, poblado de muchachas de magnífica belleza, de vinos y manjares singulares,[483] me doy perfecta cuenta de que se trata de burlones que se pliegan a nuestra necedad para endulzarnos y atraernos con estas opiniones y esperanzas, acordes con nuestro deseo mortal.[484] *c* | También algunos de los nuestros han caído en un error semejante, y se prometen, tras la resurrección, una vida terrestre y temporal, acompañada de toda suerte de placeres y bienes mundanos.[485] *a* | ¿Creemos que Platón, cuyas concepciones fueron tan celestes, y cuya relación con la divinidad fue tan grande que le quedó el sobrenombre,[486] estimó que el hombre, esta pobre criatura, tenía en él nada aplicable a tal incomprensible potencia?, ¿y que pensó que nuestras languidecientes aprehensiones eran capaces, y la fuerza de nuestros sentidos suficientemente robusta, para participar en la beatitud o en el sufrimiento eterno? Habría que decirle, de parte de la razón humana: Si los placeres que nos prometes en la otra vida son como los que he sentido aquí abajo, esto no tiene nada en común con la infinitud. Aunque mis cinco sentidos naturales estuvieran colmados de júbilo, y el alma embargada de toda la

satisfacción que pueda desear y esperar, sabemos de lo que es capaz. Esto nada sería aún. Si hay algo mío, nada hay que sea divino. Si no es otra cosa que lo que puede pertenecer a nuestra condición presente, no puede tenerse en cuenta. *c* | Toda satisfacción de los mortales es mortal. *a* | Si reconocer a nuestros padres, a nuestros hijos y a nuestros amigos nos puede afectar y halagar en el otro mundo,[487] si aún estamos sujetos a tal placer, permanecemos en los placeres terrenales y finitos. No podemos concebir dignamente la grandeza de estas altas y divinas promesas si podemos concebirlas de algún modo. Para imaginarlas dignamente, debemos imaginarlas inimaginables, indecibles e incomprensibles, *c* | y enteramente distintas de las de nuestra miserable experiencia. *a* | «Ningún ojo podría ver», dice san Pablo, «ni puede remontar a ningún corazón humano la dicha que Dios ha preparado a los suyos».[488] Y si, para volvernos capaces, reformamos y cambiamos nuestro ser —como tú dices, Platón, mediante tus purificaciones—,[489] debe ser con un cambio tan extremo y tan completo que, según la doctrina física, no seremos ya nosotros:

b | *Hector erat tunc cum bello certabat; at ille,*
tractus ab Aemonio, non erat Hector, equo.[490]
[Era Héctor quien peleaba entonces en la guerra; pero
aquél al que arrastró el caballo de Aquiles no era Héctor].

a | Será otra cosa la que recibirá esos premios:

b | *quod mutatur, dissoluitur; interit ergo:*
traiciuntur enim partes atque ordine migrant.[491]
[lo que cambia se disuelve; por tanto, perece; sus
partes, en efecto, se desplazan y abandonan el orden].

a | Porque en la metempsicosis de Pitágoras y en el cambio de habitáculo que imaginaba en las almas, ¿pensamos acaso que el león en el que se halla el alma de César abraza las pasiones que afectaban a César, *c* | ni que sea él? Si aun así fuera él, tendrían razón quienes, oponiéndose a este parecer en contra de Platón, le reprochan que el hijo podría encontrarse cabalgando a su madre, revestida de un cuerpo de mula, y absurdos semejantes.[492] Y ¿pensamos *a* | que en las mutaciones que se producen de unos cuerpos de animales a otros de la misma

especie los recién llegados no son otros que sus predecesores? De las cenizas de un fénix se genera, dicen, un gusano, y después otro fénix. Este segundo fénix, ¿quién puede imaginar que no sea otro que el primero? Los gusanos que producen la seda, vemos como si se murieran y secaran, y que, a partir de ese mismo cuerpo, se genera una mariposa, y de ahí otro gusano, que sería ridículo pensar que todavía es el primero.[493] Una vez que algo ha cesado de ser, ya no es:

Nec si materiam nostram collegerit aetas
post obitum, rursumque redegerit, ut sita nunc est,
atque iterum nobis fuerint data lumina uitae,
pertineat quidquam tamen ad nos id quoque factum,
interrupta semel cum si repetentia nostra.[494]

[Ni siquiera si, tras la muerte, el tiempo recogiera nuestra materia y la restableciera en el estado en que ahora está dispuesta, y se nos concediera volver a ver la luz de la vida, nos afectaría tal hecho, una vez roto el hilo de nuestros recuerdos].

Y cuando en otro sitio dices, Platón, que le corresponderá a la parte espiritual del hombre gozar de las recompensas de la otra vida,[495] nos dices algo que tiene la misma escasa verosimilitud:

b | *Scilicet, auolsis radicibus, ut nequit ullam*
dispicere ipse oculus rem, seorsum corpore toto.[496]
[Como el ojo arrancado de sus raíces, separado
del conjunto del cuerpo, nada puede percibir].

a | Porque, en ese caso, tal goce no corresponderá ya al hombre, ni a nosotros, por consiguiente, pues estamos forjados de dos principales piezas esenciales, cuya separación constituye la muerte y destrucción de nuestro ser:

b | *Inter enim iacta est uitai pausa, uageque*
deerrarunt passim motus ab sensibus omnes.[497]
[Hubo una pausa en nuestra vida y todos los movimientos
se extraviaron en el vacío sin impresionar nuestros
sentidos].

a | No decimos que el hombre sufra cuando los gusanos le roen los miembros por los que vivía y la tierra los consume:

Et nihil hoc ad nos, qui coitu coniugioque
corporis atque animae consistimus uniter apti.[498]

[Y esto nada es para nosotros, que consistimos en una unidad formada por la conjunción y el maridaje de cuerpo y alma].

Además, ¿con qué fundamento de su justicia pueden los dioses reconocer y premiar en el hombre, tras su muerte, las acciones buenas y virtuosas si son ellos mismos quienes las han encaminado y producido en él? ¿Y por qué se ofenden y vengan en él las viciosas si ellos mismos lo han producido en esa condición falible y, con un solo guiño de su voluntad, pueden impedir que cometa cualquier falta?[499] ¿No objetaría esto Epicuro a Platón con gran plausibilidad de la razón humana[500] —*c* | si éste no se amparara con frecuencia en la máxima de que es imposible establecer nada cierto sobre la naturaleza inmortal a partir de la mortal?[501]

a | La razón humana se extravía en todo, pero especialmente cuando se inmiscuye en las cosas divinas. ¿Quién lo percibe de modo más evidente que nosotros? En efecto, aunque le hayamos dado principios ciertos e infalibles, aunque iluminemos sus pasos con la santa antorcha de la verdad que Dios ha tenido a bien comunicarnos, sin embargo vemos diariamente, a poco que contradiga el sendero común y se desvíe o aparte de la vía trazada y trillada por la Iglesia, que enseguida se pierde, se enreda y se traba, y gira y flota en el vasto, turbio y fluctuante mar de las opiniones humanas, sin freno ni objetivo. En cuanto abandona el camino ancho y común, cae en la división y en la dispersión en mil rutas distintas.

El hombre no puede ser sino lo que es, ni imaginar sino según su alcance. *b* | Es mayor presunción, dice Plutarco, para quienes sólo son hombres, pretender hablar y razonar de los dioses y semidioses, que, para alguien que ignora la música, querer juzgar a los cantantes, o, para alguien que nunca ha estado en el campo de batalla, querer discutir sobre las armas y la guerra, presumiendo comprender por alguna ligera conjetura los hechos de un arte ajeno a su conocimiento.[502] *a* | La Antigüedad pensó, creo, hacer algo por la grandeza divina equiparándola al

hombre, revistiéndola con sus facultades y dotándola de sus bellas inclinaciones *c* | y sus más vergonzosas necesidades, *b* | ofreciéndole nuestros manjares para comer, *c* | nuestras danzas, mojigangas y farsas para entretenerse, *b* | nuestros vestidos para cubrirse, y nuestras casas para alojarse, halagándola con el olor del incienso y los sones de la música, con festones y ramos.

c | Y, para acomodarla a nuestras viciosas pasiones, adulando su justicia con una venganza inhumana, solazándola mediante la destrucción y disipación de las cosas creadas y conservadas por ella —así, Tiberio Sempronio mandó quemar, como sacrificio a Vulcano, los ricos despojos y armas que había ganado a los enemigos en Cerdeña; y Paulo Emilio, los de Macedonia a Marte y a Minerva;[503] y Alejandro, al llegar al océano Índico, arrojó al mar, en honor de Tetis, un buen número de vasos de oro—;[504] poblando además sus altares con una carnicería no sólo de animales inocentes, sino también de hombres, *a* | tal como muchas naciones, y entre ellas la nuestra,[505] practicaban de manera habitual. Y creo que ninguna se exime de haberlo probado:

b | *Sulmone creatos*
quattuor hic iuuenes, totidem quos educat Vfens,
uiuentes rapit, inferias quos immolet umbris.[506]

[Atrapa vivos a cuatro jóvenes, hijos de Sulmón, y a otros tantos hijos de Ufente, para inmolarlos como sacrificio a las sombras].

c | Los getas se consideran inmortales, y su morir no es sino encaminarse hacia su dios Salmoxis. Cada cinco años le envían a uno de ellos para solicitarle lo necesario. El diputado es elegido por sorteo. Y la manera de enviarlo, una vez informado oralmente de su misión, es que, entre los que le asisten, hay tres que mantienen erguidas otras tantas jabalinas sobre las cuales los otros lo lanzan a pulso. Si le ensartan por un lugar mortal y perece enseguida, para ellos es prueba segura de favor divino; si se libra, lo consideran malvado y execrable, y envían de nuevo a otro del mismo modo.[507] Cuando Amestris, madre de Jerjes, envejeció,

mandó enterrar vivos de una sola vez a catorce jovencitos de las mejores familias de Persia, con arreglo a la religión del país, para gratificar a cierto dios subterráneo.[508] Aún hoy en día, los ídolos de Themixtitan se fortalecen con la sangre de los niños pequeños, y no les place otro sacrificio que el de estas almas infantiles y puras —justicia ávida de sangre inocente—:[509]

Tantum religio potuit suadere malorum![510]

[¡A tantos crímenes ha podido incitar la religión!]

b | Los cartagineses inmolaban a sus propios hijos a Saturno, y quien carecía de ellos, los compraba, pero el padre y la madre estaban obligados a asistir al oficio con actitud alegre y satisfecha.[511]

a | Era una extraña fantasía querer satisfacer a la bondad divina con nuestra aflicción, como los lacedemonios que halagaban a su Diana con el suplicio de muchachos a los que hacían azotar en su honor, a menudo hasta la muerte.[512] Era un humor feroz pretender gratificar al arquitecto destruyendo su edificio, y pretender garantizar el justo castigo a los culpables castigando a los no culpables; y que la pobre Ifigenia, en el puerto de Aulida, descargase ante Dios, con su muerte e inmolación, al ejército de los griegos de las ofensas que habían cometido:

b | *Et casta inceste, nubendi tempore in ipso,*
hostia concideret mactatu maesta parentis;[513]

[Y esta víctima casta y triste, cayó
en plena edad núbil, inmolada por su padre];

c | y que las dos hermosas y nobles almas de los dos Decios, padre e hijo, para propiciar el favor de los dioses en los asuntos romanos, se arrojaran a cuerpo descubierto en medio de los enemigos.[514] *Quae fuit tanta deorum iniquitas, ut placari populo Romano non possent, nisi tales uiri occidissent*[515] [¡Qué gran iniquidad la de los dioses, que no pudieran aplacarse ante el pueblo romano sino con la muerte de tales hombres!]. *a* | Además, no atañe al criminal hacerse azotar a su medida y a su hora. Atañe al juez, *b* | que sólo cuenta como castigo la pena prescrita por él, *c* | y que no puede atribuir a castigo aquello que complace al que lo sufre. La venganza divina presupone nuestro

completo desacuerdo, en cuanto a su justicia y en cuanto a nuestro castigo.

b | Y fue ridícula la actitud de Polícrates, tirano de Samos, que, para interrumpir y compensar el curso de una felicidad continua, echó al mar la joya más cara y preciosa que poseía, estimando que con tal infortunio buscado satisfacía la revolución y vicisitud de la fortuna. *c* | Y ésta, para reírse de su insensatez, hizo que la misma joya volviera de nuevo a sus manos, hallada en el vientre de un pez.[516] *a* | Y además *c* | ¿cuál es el objeto de los desgarramientos y las mutilaciones de los coribantes, de las ménades y, en nuestra época, de los mahometanos, que se acuchillan la cara, el tórax, los miembros, para gratificar a su profeta, siendo así que *a* | la ofensa reside en la voluntad, no en *c* | el pecho, los ojos, los genitales, el vientre, *a* | la espalda y la garganta? *c* | *Tantus est perturbatae mentis et sedibus suis pulsae furor, ut sic Dii placentur, quemadmodum ne homines quidem saeuiunt*[517] [Tan grande es la furia de su mente perturbada y fuera de sí que creen complacer a los dioses superando incluso las crueldades de los hombres].

Esta contextura natural, en cuanto a su uso, no sólo nos atañe a nosotros, sino también al servicio de Dios y de los demás hombres. Es injusto perturbarla a propósito, como lo es matarnos, sea cual fuere el pretexto. Parece una gran cobardía y traición maltratar y corromper las funciones del cuerpo, estúpidas y siervas, para ahorrarle al alma el desvelo de conducirlas en conformidad con la razón. *Vbi iratos deos timent, qui sic propitios habere merentur? In regiae libidinis uoluptatem castrati sunt quidam; sed nemo sibi, ne uir esset, iubente domino, manus intulit*[518] [¿Cómo temerán a los dioses airados quienes creen volverlos propicios así? Algunos se castraron en holocausto de regia voluptuosidad; pero nadie puso las manos sobre sí para dejar de ser hombre, ni siquiera por orden de su amo].

a | De este modo llenaban su religión[519] con un gran número de malas acciones:

saepius olim

religio peperit scelerosa atque impia facta.[520]

[muchas veces en el pasado la religión produjo crímenes e impiedades].

Ahora bien, nada nuestro puede equipararse o referirse de ninguna manera a la naturaleza divina sin mancharla ni marcarla con otra tanta imperfección. ¿Cómo puede esta infinita belleza, potencia y bondad sufrir correspondencia y similitud alguna con una cosa tan abyecta como nosotros sin extremo perjuicio y menoscabo de su divina grandeza? *c* | *Infirmum Dei fortius est hominibus, et stultum Dei sapientius est hominibus*[521] [Lo débil de Dios es más fuerte que los hombres, y lo necio de Dios, más sabio que los hombres]. Le preguntaron al filósofo Estilpón si los dioses se satisfacen con nuestros honores y sacrificios: «Eres indiscreto», respondió; «retirémonos aparte si quieres hablar del asunto».[522]

a | Sin embargo, le prescribimos límites, asediamos su potencia con nuestras razones —llamo razón a nuestros desvaríos y sueños con permiso de la filosofía, que asegura que hasta el loco y el malvado desbarran por medio de la razón, pero que se trata de una razón de tipo particular—;[523] pretendemos someterlo a las vanas y débiles apariencias de nuestro entendimiento, a Él que nos ha hecho y que ha hecho nuestro conocimiento. Puesto que nada se hace de nada, Dios no habrá podido forjar el mundo sin materia.[524] ¡Vaya! ¿Acaso Dios nos ha entregado las claves y los resortes últimos de su potencia?, ¿se ha obligado a no sobrepasar los límites de nuestra ciencia? Supón, oh hombre, que hayas podido observar aquí ciertas trazas de sus acciones: ¿piensas que ha empleado todo su poder y que ha infundido todas sus formas y todas sus ideas en esta obra?[525] No ves más que el orden y gobierno de la covacha donde te alojas, en caso de que lo veas. Su divinidad posee una jurisdicción infinita más allá; esta parte nada es en comparación con el todo:

omnia cum cáelo terraque marique
nil sunt ad summam summai totius omnem.[526]

[todas las cosas, con el cielo, la tierra y el mar, nada son en comparación con la inmensa suma del todo].

La ley que alegas es municipal, no sabes cuál es la universal. Sométete tú a aquello a lo que estás sujeto, pero no a Él; Él no es tu cofrade, conciudadano o compañero. Si se ha comunicado en cierta medida a ti, no es para rebajarse a tu pequeñez, ni para brindarte el control de su poder. El cuerpo humano no puede volar a las nubes, eso es para ti;[527] el sol se mueve sin descanso por su curso habitual;[528] los límites de los mares y la tierra no pueden confundirse;[529] el agua es inestable y sin firmeza;[530] un muro es, salvo que tenga brechas, impenetrable a un cuerpo sólido;[531] el hombre no puede sobrevivir en medio de las llamas;[532] no puede hallarse en el cielo y en la tierra y en mil lugares a la vez corporalmente.[533] Ha hecho estas reglas para ti; te sujetan a ti. Ha probado a los cristianos que las ha transgredido todas cuando lo ha tenido a bien. En verdad, ¿por qué, siendo todopoderoso como es, habría de restringir sus fuerzas a cierta medida?, ¿en favor de quién habría de renunciar a su privilegio?[534] En nada tiene tu razón más verosimilitud y fundamento que en persuadirte de la pluralidad de los mundos:

b | *Terramque, et solem, lunam, mare, caetera quae sunt*
non esse unica, sed numero magis innumerali.[535]
[Que la tierra y el sol, la luna, el mar y las restantes cosas que existen no son únicas, sino más bien infinitas en número].

a | Los más célebres espíritus del pasado han creído en ella, y aun algunos de los nuestros, forzados por la apariencia de la razón humana.[536] En efecto, en este edificio que vemos, nada está solo ni es único,

b | *cum in summa res nulla sit una,*
unica quae gignatur, et unica solaque crescat,[537]
[ya que en el universo ningún ser es único,
ninguno nace único ni crece único y solo],

a | y todas las especies están multiplicadas en algún número, por ello, no parece verosímil que Dios haya hecho solamente esta obra sin compañero, ni que la materia de esta forma haya sido agotada toda en este único individuo:[538]

b | *Quare etiam atque etiam tales jateare necesse est*
esse alios alibi congressus materiai,
qualis hic est auido complexu quem tenet aether.[539]
[Por eso, lo repito, es preciso reconocer que en otras partes se producen otras combinaciones de materia semejantes a ésta que el éter mantiene ávidamente abrazada].

a | Sobre todo, si es un ser animado, como sus movimientos hacen tan creíble que *c* | Platón lo asegura, y muchos de los nuestros lo confirman o no se atreven a refutarlo,[540] como tampoco esa vieja opinión de que el cielo, las estrellas y otras partes del mundo son criaturas compuestas de cuerpo y alma, mortales en virtud de su composición, pero inmortales por decisión del creador.[541]

a | Ahora bien, si existen muchos mundos, como *c* | Democrito, *a* | Epicuro y casi toda la filosofía han pensado, ¿sabemos acaso si los principios y las reglas de éste afectan de la misma manera a los demás? Tal vez tienen otro aspecto y otro orden. *c* | Epicuro los imagina o semejantes o diferentes.[542] *a* | Vemos en este mundo una infinita diferencia y variedad por la mera distancia entre los lugares. En ese nuevo rincón de mundo[543] que nuestros padres descubrieron no se ve ni trigo ni vino, ni ninguno de nuestros animales; todo es diferente. *c* | Y en el pasado, ved en cuántas partes del mundo desconocían a Baco y a Ceres.[544] *a* | Si queremos creer a Plinio, *c* | y a Heródoto, *a* | en determinados sitios hay especies de hombres que se parecen muy poco a la nuestra.[545] *b* | Y existen formas mestizas y ambiguas entre la naturaleza humana y la brutal. Hay regiones donde los hombres nacen sin cabeza, y con los ojos y la boca en el pecho; donde son todos andróginos; donde andan a cuatro patas; donde no tienen más que un ojo en la frente, y la cabeza más parecida a la de un perro que a la nuestra; donde son medio peces por debajo y viven en el agua;[546] donde las mujeres dan a luz a los cinco años y sólo viven ocho; donde tienen la cabeza y la piel de la frente tan duras que la espada no puede penetrarlas y se embota contra ellas; donde los hombres carecen de barba;[547] *c* | y naciones que no usan ni conocen el fuego;[548] otras que arrojan un esperma

de color negro.[549] *b* | ¿Qué decir de quienes se transforman de manera natural en lobos, *c* | en animales de carga *b* | y luego otra vez en hombres?[550] Y, si es el caso, *a* | como dice Plutarco, que en cierto lugar de las Indias existen unos hombres sin boca que se alimentan de la fragancia de ciertos olores,[551] ¿cuántas de nuestras descripciones son falsas? No es ya capaz de reír, ni tal vez capaz de razón y de sociedad.[552] La ordenación y la causa de nuestra construcción interna serían en su mayor parte inapropiadas.

Además, ¿cuántas cosas conocemos que se oponen a esas bonitas reglas que hemos adjudicado y prescrito a la naturaleza?[553] ¡Y pretendemos someter aun a Dios a tales reglas! ¿Cuántas cosas llamamos milagrosas y contranaturales? *c* | Así lo hace cada hombre y cada nación según la medida de su ignorancia.[554] *a* | ¿Cuántas propiedades ocultas y quintaesencias encontramos? Porque para nosotros ser conforme a la naturaleza no es sino ser conforme a nuestra inteligencia, hasta donde ésta puede seguir y hasta donde vemos. Lo que está más allá es monstruoso y desordenado. Ahora bien, en tal caso, para los más listos y más hábiles todo será por tanto monstruoso, pues la razón humana les ha persuadido de que no tenía ni base ni fundamento alguno para afirmar siquiera *c* | que la nieve sea blanca —y Anaxágoras decía que era negra—,[555] que exista algo o no exista nada, que haya ciencia o ignorancia —Metrodoro de Quíos negaba que el hombre pueda decirlo—,[556] *a* | o que vivamos. Eurípides pone en duda si la vida que vivimos es vida, o lo que llamamos muerte es la vida:

Τίς δ' οἶδεν εἰ ζην τοῦθ' δ κέκληται θανεῖν,
τό ζην δέ θνήσκειν έστί.[557]

[¿Quién sabe si lo que llamamos morir es vivir, y si la vida no es muerte?]

b | Y no sin verosimilitud. En efecto, ¿por qué adoptamos el título de ser por un instante que no es más que un relámpago en el curso infinito de una noche eterna, y una brevísima interrupción de nuestra condición perpetua y natural? —*c* | la muerte ocupa todo lo que antecede y todo lo que sigue a este

momento, y aun buena parte de él—,[558] *b* | Otros juran que el movimiento no existe, que nada se mueve, *c* | como los seguidores de Meliso[559] —pues si sólo existe lo uno, no puede valerle ni el movimiento circular ni el movimiento de un lugar a otro, como prueba Platón—,[560] *b* | que en la naturaleza no hay ni generación ni corrupción. *c* | Dice Protágoras que en la naturaleza todo es duda; que puede discutirse por igual de cualquier cosa, e incluso de esto, de si puede discutirse por igual de cualquier cosa. Dice Nausífanes que, de las cosas que aparecen, ninguna es más de lo que no es, que la única cosa cierta es la incertidumbre.[561] Parménides sostiene que, de lo que aparece, no existe cosa alguna en general, que sólo existe lo uno. Zenón dice que ni siquiera lo uno es, y que nada existe.[562] Si existiera lo uno, existiría o en otro o en sí mismo; si existe en otro, son dos; si existe en sí mismo, son también dos, el continente y el contenido.[563] Según tales opiniones, la naturaleza de las cosas es sólo una sombra, o falsa o vana.

a | Me ha parecido siempre[564] que para un cristiano este tipo de lenguaje está lleno de indiscreción e irreverencia: «Dios no puede morir», «Dios no puede desdecirse», «Dios no puede hacer esto o aquello».[565] No encuentro correcto clausurar de esta forma la potencia divina bajo las leyes de nuestra palabra. Y la plausibilidad que se nos ofrece en tales proposiciones habría que representarla de modo más reverente y religioso. Nuestro lenguaje tiene sus flaquezas y sus defectos, como todo lo demás. Los tumultos del mundo obedecen en su mayor parte a motivos gramaticales. Nuestras querellas no surgen sino del debate sobre la interpretación de las leyes; y la mayoría de guerras, de la impotencia de no haber sabido expresar claramente los convenios y tratados de acuerdo entre príncipes. ¡Cuántas querellas, y qué importantes, ha producido en el mundo la duda sobre el sentido de la sílaba «Hoc»![566] *b* | Tomemos la inferencia que la lógica misma nos presente como la más clara. Si dices «Hace buen tiempo» y dices la verdad, entonces hace buen tiempo. es ésta una forma segura de lenguaje? Con todo, nos engañará. Para ver que es así, sigamos el modelo. Si dices «Miento» y dices la verdad, entonces estás

mintiendo. El arte, la razón, la fuerza de la inferencia son iguales en ambos casos;[567] sin embargo, estamos empantanados. *a* | Veo que los filósofos pirrónicos no pueden expresar su concepción general con ninguna clase de lenguaje; necesitarían, en efecto, uno nuevo. El nuestro está formado enteramente por proposiciones afirmativas, que les resultan del todo hostiles, de manera que, cuando dicen «dudo», les saltan al instante al cuello para hacerles confesar que por lo menos afirman y saben que dudan. De este modo, los han obligado a refugiarse en una comparación con la medicina, sin la cual su actitud sería inexplicable. Cuando declaran «ignoro» o «dudo», dicen que tal proposición se elimina a sí misma a la vez que al resto, ni más ni menos que el ruibarbo elimina los malos humores y a la vez se elimina a sí mismo.[568] *b* | Esta fantasía se entiende con mayor seguridad por medio de una interrogación: «¿Qué sé yo?», tal como la llevo en la divisa de una balanza.[569]

a | Ved cómo se saca partido de este tipo de lenguaje lleno de irreverencia. En las discusiones que se producen hoy en día en nuestra religión, si apremias en exceso a los adversarios, te dirán sin ambages que no está en el poder de Dios hacer que su cuerpo se halle en el paraíso y en la Tierra y en muchos lugares a la vez.[570] Y ese burlón antiguo, ¡cómo le saca provecho! Por lo menos, dice, no es ligero consuelo para el hombre ver que Dios no lo puede todo, porque no puede matarse aunque quiera, en lo cual radica la mayor ventaja de nuestra condición; no puede hacer inmortales a los mortales, ni revivir a los fallecidos, ni hacer que si alguien ha vivido no haya vivido, o que si alguien ha recibido honores no los haya recibido —no posee otro derecho sobre el pasado que el olvido—. Y, para que la asociación entre hombre y Dios se estreche más mediante graciosos ejemplos: no puede hacer que dos veces diez no sean veinte.[571] Eso dice, y un cristiano debería evitar llevárselo a los labios. En cambio, muy por el contrario, parece que los hombres busquen este lenguaje insensatamente orgulloso para reducir a Dios a su medida:

cras uel atra

nube polum pater occupato,
uel sole puro; non tamen irritum
quodcumque retro est, efficiet, neque
diffinget infectumque reddet
quod fugiens semel hora uexit.[572]

[y aunque el padre mañana cubra el cielo de negra nube o de sol puro, no podrá anular lo que ha quedado atrás, ni cambiar o deshacer lo que la hora fugitiva ha traído alguna vez].

Cuando decimos que la infinidad de los siglos, pasados y futuros, no es para Dios más que un instante, que su bondad, sabiduría y poder son lo mismo que su esencia,[573] nuestra palabra lo dice, pero nuestra inteligencia no lo entiende. Y, sin embargo, nuestra arrogancia pretende hacer pasar a la divinidad por nuestro cedazo. Y de ahí surgen todos los desvaríos y errores a los que el mundo se ve sometido, al reducir y pesar en su balanza cosa tan alejada de su peso. *c* | *Mirum quo procedat improbitas cordis humani, paruulo aliquo inuitata successu*[574] [Es asombroso hasta dónde llega la malicia del corazón humano, incitado por cualquier pequeño éxito]. ¡Con qué insolencia los estoicos regañan a Epicuro porque sostiene que el ser verdaderamente bueno y feliz sólo le pertenece a Dios, y que el sabio no posee sino una sombra y una imagen de ello![575] *a* | ¡Con qué temeridad han sometido[576] a Dios al destino —ojalá algunos que se llaman cristianos no siguieran haciéndolo—, y Tales, Platón y Pitágoras lo han sometido a la necesidad![577] El orgullo de querer descubrir a Dios con nuestros propios ojos hizo que un gran personaje de los nuestros atribuyese forma corporal a la divinidad.[578] *a* | Y es causa de que se atribuyan a Dios, así nos ocurre todos los días, los acontecimientos importantes, por una particular asignación.[579] Puesto que a nosotros nos pesan, parece que también a Él le pesan, y que los mira más entero y más atento que a los acontecimientos que nos resultan leves o que forman parte de una secuencia ordinaria. *c* | *Magna dii curant, parua negligunt*[580] [Los dioses se cuidan de las cosas grandes, descuidan las pequeñas]. Escuchad su ejemplo,[581] os aclarará su razón: «*Nec in regnis quidem reges omnia minima curant*»[582] [Tampoco en los reinos los reyes se

cuidan de todas las cosas mínimas]. ¡Como si para este Rey fuese más o menos mover un imperio o la hoja de un árbol, y como si su providencia se ejerciera de otro modo para decantar el resultado de una batalla o el salto de una pulga! La mano de su gobierno se presta a todo con el mismo tenor, la misma fuerza y el mismo orden. Nuestro interés no aporta nada; nuestros movimientos y nuestras medidas no le afectan. *Deus ita artifex magnus in magnis, ut minor non sit in paruis*[583] [Así como Dios es un gran artífice en las cosas grandes, no lo es menor en las pequeñas].

Nuestra arrogancia nos presenta siempre este blasfemo emparejamiento. Puesto que nuestras ocupaciones nos pesan, Estratón dotó a los dioses de una completa exención de obligaciones, como la tienen sus sacerdotes. Hace producir y conservar todas las cosas a la naturaleza, y compone las partes del mundo con sus pesos y movimientos, de suerte que libera a la naturaleza humana del temor a los juicios divinos.[584] *Quod beatum aeternumque sit, id nec habere negota quicquam, nec exhibere alter*[585] [Lo que es feliz y eterno no tiene actividad alguna ni se la procura a nadie]. La naturaleza quiere que en las cosas iguales se dé la misma relación. Por tanto, del número infinito de mortales se infiere idéntico número de inmortales. Las infinitas cosas que matan y dañan presuponen otras tantas que conservan y aprovechan.[586] Así como las almas de los dioses, sin lengua ni ojos ni orejas, sienten todas mutuamente lo que siente la otra y juzgan nuestros pensamientos, así las almas de los hombres, cuando están libres y separadas del cuerpo por el sueño o por algún rapto, adivinan, pronostican y ven cosas que no podrían ver mezcladas con los cuerpos.[587]

a | Los hombres, dice san Pablo, se han vuelto locos pensando ser sabios; y han mudado la gloria de Dios incorruptible en la imagen del hombre corruptible.[588] *b* | Mirad un poco el juego de manos de las deificaciones antiguas. Tras la magna y soberbia pompa del entierro, en el momento en que el fuego prendía en lo alto de la pirámide y alcanzaba el lecho del muerto, dejaban escapar un águila, la

cual, al remontar el vuelo, señalaba que el alma se dirigía al paraíso. Poseemos mil medallas, y particularmente de la honorable Faustina,[589] en las cuales se representa este águila llevándose sobre la espalda hacia el cielo a las almas deificadas. Es lastimoso que nos engañemos con nuestras propias monerías e invenciones:

Quod finxere, timent,[590]

[Tienen miedo de aquello que han imaginado],

como los niños que se asustan de esa misma cara que le han pintarrajeado y tiznado a su compañero. *c* | *Quasi quicquam infelicius sit homine cui sua figmenta dominantur*[591] [Como si hubiera algo más desdichado que un hombre al que dominan sus propias ficciones]. Hay mucha diferencia entre honrar al que nos ha hecho y honrar al que hemos hecho nosotros. *b* | Augusto tuvo más templos que Júpiter, servidos con la misma religión y la misma creencia en milagros. Los tasios, a cambio de los beneficios que habían recibido de Agesilao, acudieron a decirle que lo habían canonizado:[592] «¿Vuestra nación tiene el poder de convertir en dios a quien le place?», les respondió: «Haced dios, para que yo lo vea, a uno entre vosotros, y después, *c* | cuando haya visto cómo le va, *b* | os agradeceré mucho vuestra oferta».[593]

El hombre es en verdad insensato. No sería capaz de hacer una pulga, y hace dioses a docenas. Escuchad a Trismegisto loando nuestra capacidad: «Entre todo lo que es admirable nada hay más admirable que el hecho de que el hombre haya podido descubrir la naturaleza divina y producirla».[594] *b* | Ved los argumentos de la escuela misma de la filosofía:

Nosse cuiDiuos et coeli numina soli,
aut soli nescire, datum:[595]

[A ella sola le es dado conocer a los dioses y a
los númenes del cielo, o saber que es imposible]:

Si Dios existe, es un ser animado; si es un ser animado, posee sentidos; y si posee sentidos, está expuesto a corrupción. Si carece de cuerpo, carece de alma, y por consiguiente de acción; y si tiene cuerpo, es perecedero. ¿No es un triunfo?[596] *c* | Nosotros somos incapaces de haber hecho el mundo; así pues,

ha intervenido alguna naturaleza más excelente. Sería insensata arrogancia que nos creyésemos la cosa más perfecta de este universo; existe, pues, alguna cosa mejor: se trata de Dios.[597] Cuando ves una casa rica y suntuosa, aunque no sepas quién es el dueño, no dirás que está hecha para las ratas. Y esta divina estructura que vemos que caracteriza al palacio celeste, ¿no debemos creer que es la morada de algún dueño más grande que nosotros? ¿Lo más alto no es siempre lo más digno?, y nosotros estamos situados en lo más bajo.[598]Nada que carezca de alma y de razón puede producir un ser animado capaz de razón. El mundo nos produce; por tanto, posee alma y razón.[599] Cada una de nuestras partes es menos que nosotros. Somos una parte del mundo. El mundo está, pues, provisto de sabiduría y de razón, y con mayor abundancia que nosotros.[600] Es hermoso ejercer un gran gobierno. El gobierno del mundo corresponde, pues, a alguna naturaleza feliz. Los astros no nos causan ningún perjuicio; por lo tanto, son plenamente bondadosos. *b* | Tenemos necesidad de alimento; así pues, también la tienen los dioses, y se nutren de los vapores de aquí abajo.[601] *c* | Los bienes mundanos no son bienes para Dios; luego no son bienes para nosotros. Infligir daño y sufrir daño son igualmente pruebas de debilidad; por tanto, es locura temer a Dios.[602] Dios es bueno por naturaleza, el hombre por su esfuerzo, lo cual es más.[603] La sabiduría divina y la sabiduría humana se distinguen tan sólo porque aquélla es eterna. Ahora bien, la duración nada añade a la sabiduría; por consiguiente, somos compañeros.[604] *b* | Poseemos vida, razón y libertad, apreciamos la bondad, la caridad y la justicia; tales cualidades están, pues, en Él.

En suma, la construcción y la destrucción, las condiciones de la divinidad, las forja el hombre en conformidad consigo mismo. ¡Qué patrón y qué modelo! Estiremos, elevemos y agrandemos las cualidades humanas a nuestro antojo; ínflate, pobre hombre, y más y más y más:

Non, si te ruperis, inquit.[605]

[Ni siquiera si revientas, dijo].

c | *Profecto non Deum, quem cogitare non possunt, sed semet ipsos pro tilo cogitantes, non illum sed se ipsos non illi sed sibi comparant*[606] [No representan a Dios, al que no pueden pensar, sino que, pensando en sí mismos en lugar de en Él, comparan no a El sino a sí mismos, pero no con Él sino consigo mismos]. *b* | En las cosas naturales, los efectos sólo representan a medias las causas. ¿Qué diremos de ésta? Se halla por encima del orden natural; su condición es demasiado elevada, demasiado distante y demasiado dominadora para tolerar que nuestras inferencias la sujeten y atenacen. No se llega a ella por nuestro medio; esta ruta es demasiado baja. No estamos más cerca del cielo sobre el monte Cenis que en el fondo del mar;[607] examinadlo, para verlo, con un astrolabio.

Arrastran a Dios hasta la relación carnal con las mujeres: ¿cuántas veces, cuántas generaciones? Paulina, esposa de Saturnino, matrona de gran reputación en Roma, creyendo acostarse con el dios Serapis, se encontró en brazos de un enamorado suyo por la alcahuetería de los sacerdotes del templo.[608] *c* | Varrón, el más sutil y docto autor latino, escribe en sus libros de teología que el sacristán de Hércules, jugando a los dados con una mano a su favor y la otra a favor de Hércules, apostó contra él una cena y una muchacha: si ganaba, a costa de las ofrendas; si perdía, a costa suya. Perdió, pagó la cena y la muchacha. Ésta se llamaba Larencia, y por la noche se vio con el dios en sus brazos, el cual le dijo, además, que el primero que se encontrara al día siguiente le pagaría un salario celeste. Se tropezó con Taruncio, joven opulento que se la llevó a casa y, con el tiempo, la nombró heredera. Ella, a su vez, con la esperanza de hacer algo grato para el dios, nombró heredero al pueblo romano, por lo cual se le atribuyeron honores divinos.[609] Como si no bastara que, por doble estirpe, Platón descendiera originariamente de los dioses y tuviese como autor general de su linaje a Neptuno, en Atenas se daba por cierto que Aristón quiso gozar de la bella Perictione y no pudo; y el dios Apolo le advirtió en sueños que la dejara impoluta e intacta hasta que diese a luz: eran el padre y la madre de Platón.[610] ¿Cuántas puestas de cuernos similares se encuentran

en las historias, procuradas por los dioses en contra de los pobres humanos?, ¿cuántos maridos injustamente desacreditados en favor de los hijos? En la religión de Mahoma, se hallan, según la creencia de este pueblo, bastantes merlines, a saber, niños sin padre, espirituales, nacidos divinamente en el vientre de doncellas, y llevan un nombre que significa esto en su lengua.[611]

b | Debemos observar que para cualquier cosa nada es más querido y estimable que el propio ser *c* | —el león, el águila, el delfín, nada aprecian por encima de su especie—;[612] *b* | y que cada una de ellas refiere las cualidades de todo lo demás a sus propias cualidades, que podemos extender y encoger, pero nada más. Porque nuestra imaginación no puede rebasar esta referencia y este principio, no puede adivinar nada distinto, y le es imposible salir de ahí y avanzar más lejos. *c* | Éste es el origen de estas antiguas inferencias: «De todas las formas, la más bella es la del hombre; así pues, Dios tiene esta forma. Nadie puede ser feliz sin virtud, ni la virtud puede existir sin razón, y ninguna razón puede residir en otro sitio que en la figura humana; por lo tanto, Dios está revestido de la figura humana».[613] *Ita est informatum, anticipatum mentibus nostris ut homini, cum de deo cogitet, forma occurrat humana*[614] [A tal punto se le ha informado y anticipado esto a nuestras mentes que al hombre, cuando piensa en Dios, se le ocurre la forma humana]. *b* | Por eso decía Jenófanes con gracia que si los animales se forjan dioses, como es verosímil que hagan, los forjan ciertamente iguales a ellos, y se ufanan como nosotros.[615] Pues ¿por qué un ganso no va a decir: «Todos los elementos del universo se refieren a mí: la tierra me sirve para andar, el sol para iluminarme, las estrellas para infundirme sus influjos; saco tal provecho de los vientos, tal otro de las aguas; a nada mira con tanto favor esta bóveda como a mí. Soy el favorito de la naturaleza. ¿Acaso el hombre no me cuida, no me aloja, no me sirve?; por mí hace sembrar y moler; si me come, también se come a otros hombres, compañeros suyos, y además yo me como a los gusanos que le matan y se lo comen».[616] Lo mismo diría una grulla, y aún

más magníficamente, dada la libertad de su vuelo y su dominio de la hermosa y alta región *c* | *—tam blanda conciliatrix et tam sui est lena ipsa natura!*[617] [tan blanda aduladora y tan alcahueta de lo suyo es la misma naturaleza].

b | Ahora bien, por ese mismo procedimiento, para nosotros son los destinos, para nosotros el mundo; hay luz y truena por nosotros; tanto el creador como las criaturas, todo es para nosotros. Éste es el objetivo y el punto adonde se dirige la totalidad de las cosas. Mirad el registro que la filosofía ha mantenido a lo largo de más de dos mil años sobre los asuntos celestes: los dioses no han actuado, no han hablado sino para el hombre; ella no les atribuye otra consideración ni otro cometido. Vedlos en guerra contra nosotros:

domitosque Herculea manu
telluris iuuenes, unde periculum
fulgens contremuit domus
Saturni ueteris.[618]

[y, domados por la mano de Hércules, los hijos de la Tierra, cuyo peligro estremece la fúlgida morada del viejo Saturno].

Vedlos tomando partido en nuestros tumultos, *c* | para pagarnos con la misma moneda que nosotros tomemos tantas veces partido en los suyos,

b | *Neptunus muros magnoque emota tridenti*
fundamenta quatit, totamque a sedibus urbem
eruit. Hic luno Scaeas saeuissima portas
prima tenet.[619]

[Neptuno, con su gran tridente, derríbalos muros y los cimientos de Troya, y devasta por completo la ciudad desde la base. Entonces, la crudelísima Juno se adueña de las puertas esceas].

c | Los caunios, celosos del dominio de sus dioses propios, cargan las armas al hombro el día de su devoción y recorren los alrededores batiendo el aire a diestro y siniestro con sus espadas. De este modo persiguen a muerte y expulsan de su territorio a los dioses extranjeros.[620] *b* | Sus poderes están delimitados según nuestra necesidad: uno cura a los caballos, otro a los hombres, *c* | uno la peste, *b* | otro la tiña, otro la tos, *c* |

uno una clase de sarna, otro otra clase —*adeo minimis etiam rebus prava religio inserit deos*[621] [hasta tal punto una mala religión introduce los dioses en las cosas menores]—; *b* | uno hace nacer las uvas, otro los ajos; uno se encarga de la lujuria, otro del comercio *c* | —para cada linaje de artesanos, un dios—, *b* | uno tiene su provincia y su autoridad en Oriente, otro en Occidente:

hic illius arma,
hic currus fuit.[622]

[aquí estuvieron sus armas, aquí su carro].

c | *O sancte Apollo, qui umbilicum certum terrarum obtines!*[623]

[¡Oh santo Apolo, que habitas el verdadero ombligo de la tierra!]

Pallada Cecropidae. Minoia Creta Dianam,
Vulcanum tellus Hipsipilea colit,
lunonem Sparte Pelopetadesque Mycenae;
Pinigerum Fauni Moenalis ora caput;
Mars Latio uenerandus.[624]

[Los hijos de Cecrops honran a Palas, la Creta de Minos a Diana, la tierra de Hipsipilo a Vulcano, Esparta y Micenas del Peloponeso a Juno; a Fauno coronado de pino Menala y a Marte el Lacio].

b | Hay uno que sólo ejerce dominio sobre un burgo o una familia; *c* | uno vive solo; otro en compañía, voluntaria o necesaria:

lunctaque sunt magno templa nepotis auo.[625]

[Los templos del abuelo y el nieto están juntos].

b | Algunos son tan menudos y vulgares —su número, en efecto, asciende hasta treinta y seis mil— que hay que reunir a cinco o seis para producir una espiga de trigo, y toman de ahí sus distintos nombres;[626] *c* | tres para una puerta, el de la plancha, el del gozne, el del umbral;[627] cuatro para un niño, protectores de su abrigo, de su bebida, de su comida, de su crianza;[628] unos ciertos, otros inciertos y dudosos;[629] algunos que no entran aún en el paraíso:

Quos quoniam coeli nondum dignamur honore,
quas dedimus certe terras habitare sinamus;[630]

[Si bien aún no los juzgamos dignos del honor del cielo, les permitimos que vivan seguros en las tierras que les concedimos];

Los hay naturales, poéticos, civiles;[631] algunos, intermedios entre la naturaleza divina y la humana, mediadores, intermediarios entre nosotros y Dios; adorados conforme a cierto orden segundo y diminutivo de adoración;[632] infinitos en títulos y servicios; unos buenos, otros malos. *b* | Los hay viejos y achacosos, y los hay mortales: Crisipo pensaba, en efecto, que en la última conflagración del mundo iban a perecer todos los dioses excepto Júpiter.[633] *c* | El hombre forja mil divertidas asociaciones entre Dios y él. ¿Acaso no es su compatriota?

Iouis incunabula Cretem.[634]

[Creta, cuna de Júpiter].

Ésta es la excusa que nos brindan, a propósito de tal asunto, el gran pontífice Escévola y el gran teólogo Varrón, en su época: que el pueblo ha de ignorar muchas cosas verdaderas y creer muchas falsas:[635] *cum ueritatem qua liberetur, inquirat, credatur ei expedire, quod fallitur* [cuando indaga la verdad que ha de liberarle, opina que le conviene ser engañado].[636]

b | Los ojos humanos no pueden percibir las cosas sino por medio de las formas de su conocimiento. *c* | Y olvidamos el salto que dio el infeliz Faetón por pretender manejar las riendas de los caballos de su padre con manos mortales.[637] Nuestro espíritu cae en un abismo semejante, se diluye y aplasta del mismo modo a causa de su temeridad. *b* | Si le preguntas a la filosofía de qué materia es el sol,[638] ¿qué te responderá sino que de hierro y de piedra,[639] o de otro material de los que usamos? *c* | ¿Le preguntan a Zenón qué es la naturaleza? Un fuego, dice, artífice, apto para engendrar, que procede con orden.[640] *b* | Arquímedes, maestro de aquella ciencia que se arroga la primacía sobre todas las demás en cuanto a verdad y certeza, asegura: «El sol es un dios de hierro candente».[641] ¿No es acaso una bonita idea, producto de la belleza y de la inexorable necesidad de las demostraciones geométricas? Aun así, no tan inexorable *c* | ni tan útil que no pensara que había de

sobra con saber lo suficiente para poder medir la tierra que se daba y recibía,[642] y *b* | que Polieno, que había sido un célebre e ilustre doctor en ellas, no las despreciara, como llenas de falsedad y de manifiesta vacuidad, una vez hubo probado los dulces frutos de los delicados jardines de Epicuro.[643]

c | Dice Sócrates en Jenofonte, a propósito de Anaxágoras, al cual la Antigüedad consideraba el mayor entendido en las cosas celestes y divinas, que el cerebro se le trastornó, como les sucede a todos los hombres que escudriñan sin moderación conocimientos que no les atañen.[644] En cuanto a que hiciera del sol una piedra ardiente, no entendía que una piedra al fuego no resplandece y, lo que es peor, se consume. En cuanto a que hiciera del sol y el fuego una misma cosa, no veía que el fuego no oscurece a quienes mira, que miramos fijamente el fuego, que el fuego mata las plantas y las hierbas. Para Sócrates, y también para mí, lo más sabio que cabe juzgar sobre el cielo es no juzgar nada.[645] Cuando Platón tiene que hablar de los *démones*, en el *Timeo*, dice: «Es una tarea que rebasa nuestra capacidad. Debe creerse a los antiguos que se dijeron generados por ellos. Va contra la razón negar la confianza a los hijos de los dioses, aunque lo que digan no se funde en razones necesarias ni verosímiles, ya que nos garantizan que hablan de asuntos domésticos y familiares».[646]

a | Veamos si disponemos de un poco más de claridad en el conocimiento de las cosas humanas y naturales. ¿No es una empresa ridícula forjarles otro cuerpo y prestarles una forma falsa de nuestra invención a aquellas que, según nuestra propia confesión, la ciencia no puede alcanzar? Lo vemos así en el movimiento de los planetas, al que, dado que nuestro espíritu no puede llegar, ni imaginar su funcionamiento natural, le prestamos, de nuestra cosecha, resortes materiales, burdos y corpóreos:

temo aureus, aurea summae
curuatura rotae, radiorum argenteus ordo.[647]
[el timón era de oro, de oro el círculo de la rueda
suprema, de plata la serie de los rayos].

Se diría que hemos tenido cocheros, carpinteros *c* | y pintores, *a* | que han acudido allí arriba a forjar ingenios de variados movimientos, *c* | y a ordenar los engranajes y los entrelazamientos de los cuerpos celestes de colores abigarrados en torno al huso de la necesidad, de acuerdo con Platón:[648]

b | *Mundus domus est maxima rerum,*
quam quinque altitonae fragmine zonae
cingunt, perquam limbus pictus bis sex signis
stellimicantibus, altus in obliquo aethere, lunae
bigas acceptat.[649]

[El mundo es un inmenso palacio al que ciñen cinco zonas altisonantes y al que atraviesa una orla pintada con doce signos resplandecientes de estrellas, oblicuamente en lo profundo del éter, que acoge el carro de dos caballos de la luna].

Todas estas cosas son sueños y locuras exaltadas. ¡Ojalá la naturaleza rehúse abrirnos algún día su seno y mostrarnos claramente los medios y la conducción de sus movimientos, y preparar nuestros ojos para ello! ¡Oh, Dios, qué abusos, qué errores descubriríamos en nuestra pobre ciencia! *c* | Estoy en un error si entiende una sola cosa con verdadera exactitud; y partiré de aquí ignorándolo todo salvo mi ignorancia. ¿No he visto acaso en Platón una sentencia divina según la cual la naturaleza no es sino poesía enigmática?;[650] es decir, tal vez, a una pintura velada y oscura, que centellea con una infinita variedad de luces engañosas en las cuales ejercitar nuestras conjeturas. *Latent ista omnia crassis occultata et circumfusa tenebris, ut nulla acies humani ingenii tanta sit, quae penetrare in caelum, terram intrare possit* [Todo ello se esconde, oculto y envuelto por densas tinieblas, de suerte que no existe agudeza del ingenio humano tan grande que pueda penetrar en el cielo o entrar en la tierra].[651] Y, ciertamente, la filosofía no es más que una poesía sofisticada. ¿De dónde sacan los autores antiguos todas sus autoridades sino de los poetas? Y los primeros fueron poetas ellos mismos y la trataron en su arte. Platón no es más que un poeta deshilvanado. Todas las ciencias sobrehumanas se atavían con el estilo poético.[652]

a | Las mujeres usan dientes de marfil cuando les faltan los suyos naturales, y, en lugar de su verdadera tez, se forman con alguna materia extraña; se hacen muslos de paño y de fieltro, y se añaden carnes con algodón, y, a la vista y a sabiendas de todos, se embellecen con una belleza falsa y prestada. Eso mismo hace la ciencia *b* | —y aun nuestro derecho tiene, según dicen, ficciones legítimas sobre las que funda la verdad de su justicia—.[653] *a* | Nos ofrece como respuesta y nos hace presuponer cosas que ella misma nos enseña que son inventadas. Porque los epiciclos, las excéntricas y las concéntricas de que se ayuda la astronomía para conducir el movimiento de sus estrellas, nos los presenta como lo mejor que ha sabido inventar en tal asunto.[654] Igualmente la filosofía nos presenta también en lo demás no lo que es o lo que cree, sino aquello que forja con mayor verosimilitud y elegancia. *c* | Platón dice sobre el asunto del estado de nuestro cuerpo y del de los animales: «Que lo que hemos dicho es verdad, lo certificaríamos si tuviéramos la confirmación de un oráculo; nos limitamos a asegurar que es lo más verosímil que hemos sido capaces de decir».[655]

a | No sólo envía sus cordajes, sus ingenios y sus ruedas al cielo. Examinemos un poco cuanto dice de nosotros mismos y de nuestra contextura. No hay más retrogradación, trepidación, acceso, retroceso, receso en los astros y cuerpos celestes de los que han forjado en este pobre cuerpecillo humano. En verdad, han hecho bien, desde este punto de vista, llamándolo el pequeño mundo, a tal extremo han empleado elementos y aspectos para fabricarlo y formarlo. Para acomodar los movimientos que ven en el hombre, las diversas funciones y facultades que experimentamos en nosotros, ¿en cuántas partes nos han dividido el alma?, ¿en cuántas sedes la han alojado?, ¿en cuántos órdenes y niveles han repartido al pobre hombre, más allá de los naturales y perceptibles?, ¿y en cuántas funciones y oficios? Hacen de él una república imaginaria. Es un objeto que aferran y manejan; se les deja todo el poder para desmembrarlo, ordenarlo,

reunirlo y rellenarlo, cada uno a su antojo; y aun así no lo dominan todavía. No ya en verdad, sino ni siquiera en sueños pueden ajustarlo sin que haya alguna cadencia o algún son que escape a su arquitectura, por más enorme que sea, y por más compuesta de mil pedazos falsos y fantásticos que esté. *c* | Y no es razonable excusarlos. En efecto, a los pintores, cuando pintan el cielo, la tierra, los mares, las montañas, las islas lejanas, les perdonamos que nos representen tan sólo un leve signo; y, tratándose de cosas ignoradas, nos basta con una mera sombra y ficción. Pero, cuando nos reproducen a nosotros mismos del natural, o algún otro objeto familiar y conocido, les exigimos una perfecta y exacta representación de los trazos y de los colores, y los desdeñamos si no lo consiguen.[656]

a | Me parece muy bien aquella muchacha milesia que, al ver que el filósofo Tales empleaba todo su tiempo en la contemplación de la bóveda celeste, y tenía siempre los ojos dirigidos hacia arriba, le puso algo en el camino para que tropezara.[657] Quiso advertirle de que sería hora de dedicar su pensamiento a las cosas que estaban en las nubes cuando hubiera provisto a las que tenía a los pies. Le daba ciertamente un buen consejo: el de mirarse a sí mismo más bien que al cielo. *c* | Pues, como dice Demócrito por boca de Cicerón:

Quod est ante pedes nemo spectat; caeli scrutantur plagas.[658]

[Nadie mira lo que tiene a los pies; escrutan las regiones celestes]

a | Pero nuestra condición comporta que el conocimiento de lo que tenemos entre manos esté tan alejado de nosotros, y tan por encima de las nubes, como el de los astros. *c* | Así, dice Sócrates en Platón que a cualquiera que se dedique a la filosofía puede hacérsele el reproche que esta mujer le hace a Tales: que no ve nada de lo que tiene delante, pues todo filósofo ignora lo que hace su vecino, ciertamente, y lo que hace él mismo, e ignora qué son ambos, si animales u hombres.[659]

a | Esta gente que encuentra las razones de Sibiuda demasiado endebles, que nada ignora, que gobierna el mundo que todo lo sabe:

Quae mare compescant causae; quid temperet annum;

stellae sponte sua iussaeue uagentur et errent;
quid premat obscurum Lunae, quid proferat orbem;
quid uelit et possit rerum concordia discors;[660]

[Qué causas rigen el mar, qué gobierna el año, si las estrellas erran y vagan al azar o a la fuerza, qué empuja a la luna a la oscuridad, qué descubre su esfera, qué quiere y qué puede la discorde concordia de las cosas];

¿no ha reflexionado nunca, en medio de sus libros, sobre las dificultades que ofrece el conocimiento de su propio ser? Vemos perfectamente que el dedo se mueve, y que el pie se mueve; que algunas partes se mueven por sí mismas sin nuestra licencia, y otras las movemos por orden nuestra; que cierta impresión genera rubor, y otra palidez; tal fantasía actúa sólo en el bazo,[661] tal otra, en el cerebro; una nos produce risa, otra llanto; tal otra paraliza y aturde nuestros sentidos y detiene el movimiento de nuestros miembros; *c* | ante tal objeto, se altera el estómago; ante tal otro, una parte más baja. *a* | Pero de qué manera una impresión espiritual puede penetrar hasta tal punto en un objeto macizo y sólido, y cuál es la naturaleza de la unión y lazo de estos admirables elementos, jamás nadie lo ha sabido.[662] *c* | «*Omnia incerta ratione et in naturae maiestate abdita*» [Todo está oculto en alguna incierta razón y en la majestad de la naturaleza], dice plinio;[663] y san Agustín: «*Modus quo corporibus adhaerent spiritus, omnino mirus est, nec comprehendi ab homine potest: et hoc ipse homo est*» [La manera en que los espíritus se unen a los cuerpos es de todo punto admirable, y no puede ser comprendida por nadie; y esto es el propio hombre].[664] *a* | Y, sin embargo, no lo ponemos en duda, pues las opiniones humanas son aceptadas siguiendo las creencias antiguas por autoridad y crédito, como si de religión y ley se tratara. Aceptamos como una jerga todo aquello que por lo común se sostiene al respecto; aceptamos esta verdad con todo su edificio y su enganche de argumentos y pruebas, como un cuerpo firme y sólido que ya no se debate, que ya no se juzga. Al contrario, todo el mundo rivaliza por embellecer y reforzar la creencia aceptada con todo aquello de lo que es capaz su

propia razón, que es un instrumento dúctil, maleable y acomodable a cualquier figura. Así se llena el mundo y se confita de sandez y de mentira. Lo que explica que apenas dudemos de nada, es que nunca ponemos a prueba las impresiones[665] comunes; no examinamos su base, que es el lugar donde residen el error y la flaqueza. Debatimos sólo sobre las ramas; no preguntamos si aquello es verdad, sino si se ha entendido de este o ese modo. No preguntamos si Galeno dijo algo valioso, sino si lo que dijo fue así o de otra manera. Verdaderamente, era muy razonable que este freno y constricción de la libertad de nuestros juicios, y esta tiranía de nuestras creencias, se extendiera hasta las escuelas y las artes.[666] El Dios de la ciencia escolástica es Aristóteles; debatir acerca de sus preceptos es sacrilegio, como de los de Licurgo en Esparta.[667] Su doctrina, que es acaso tan falsa como otra cualquiera, nos sirve como ley magistral. No sé por qué no habría de aceptar de tan buena gana las ideas de Platón, o los átomos de Epicuro, o el lleno y el vacío de Leucipo y Demócrito, o el agua de Tales, o la infinitud de la naturaleza de Anaximandro, o el aire de Diógenes, o los números y la simetría de Pitágoras, o el infinito de Parménides, o el uno de Museo, o el agua y el fuego de Apolodoro, o las partes similares de Anaxágoras, o la discordia y la amistad de Empédocles, o el fuego de Heráclito, o cualquier otra opinión —entre la infinita confusión de pareceres y concepciones que produce la bella razón humana con su certeza y clarividencia en todo aquello en que se inmiscuye—, como aceptaría la opinión de Aristóteles, sobre el asunto de los principios de las cosas naturales, principios que forja con tres elementos: materia, forma y privación.[668] Y ¿qué es más vano que hacer de la inanidad misma causa de la producción de las cosas? La privación es una negativa; ¿con qué humor pudo hacer de ella la causa y el origen de las cosas que son? Sin embargo, esto nadie osaría debatirlo sino como ejercicio lógico. No se debate nada para ponerlo en duda, sino para defender al autor de la escuela[669] de las objeciones ajenas. Su autoridad es el término más allá del cual no está permitido indagar.

Es muy fácil edificar todo lo que se quiere sobre unos fundamentos admitidos, pues, de acuerdo con la ley y el mandato de este comienzo, los demás elementos del edificio se despliegan fácilmente, sin desmentirse. Por esta vía hallamos nuestra razón bien fundada y razonamos sobre seguro. En efecto, nuestros maestros ocupan por anticipado, y ganan de antemano en nuestra creencia, todo el sitio que necesitan para concluir después cuanto se les antoja, al modo de los geómetras con sus demandas admitidas.[670] La adhesión y la aprobación que les damos les concede la capacidad de arrastrarnos a derecha y a izquierda, y de hacernos cambiar de opinión a su gusto. Cualquiera cuyas presuposiciones sean creídas, es nuestro maestro y nuestro Dios; implantará sus fundamentos de manera tan amplia y cómoda que si quiere podrá ascendernos con ellos hasta las nubes. En esta práctica y negociación de ciencia, hemos tomado como dinero contante y sonante la sentencia de Pitágoras: que cada experto debe ser creído en su arte.[671] El dialéctico se remite al gramático sobre el significado de las palabras; el retórico toma los asuntos de los argumentos del dialéctico; el poeta, las medidas del músico; el geómetra, las proporciones del aritmético; los metafísicos adoptan como fundamento las conjeturas de la física. Cada ciencia, en efecto, tiene sus principios presupuestos, con lo cual el juicio humano está atado por todas partes. Si te opones a esta barrera en la que radica el principal error, tienen de inmediato en la boca la sentencia de que no debe debatirse con quienes niegan los principios.[672]

Ahora bien, no pueden darse principios en los hombres si la divinidad no se los ha revelado; todo lo restante, comienzo, medio y fin, no es más que sueño y humo. Quienes se oponen por medio de una presuposición, han de presuponer, por el contrario, el mismo axioma del que se debate. Porque toda presuposición humana, y toda enunciación, tienen tanta autoridad como cualquier otra, si la razón no establece la diferencia. Por tanto, hay que ponerlas todas en la balanza; y, en primer lugar, las generales y aquellas que nos tiranizan. *c* |

La persuasión de la certeza es una prueba cierta de locura y de incertidumbre extrema; y no existe gente más insensata y menos filosófica que los filodoxos de Platón.[673] *a* | Es preciso saber si el fuego es caliente, si la nieve es blanca, si conocemos algo que sea duro o blando. Y, en cuanto a esas respuestas con las que se forjan cuentos en la Antigüedad, como que si alguien dudaba del calor, le decían que se arrojara al fuego, y si alguien negaba la frialdad del hielo, que se pusiera un poco en el pecho, son muy indignas de la profesión filosófica.[674] Si nos hubiesen dejado en nuestro estado natural, aceptando las apariencias externas tal como se nos presentan a través de los sentidos, y nos hubiesen permitido seguir nuestros deseos simples y ordenados por la condición de nuestro nacimiento, tendrían razón al hablar así. Pero son ellos quienes nos han enseñado a erigirnos en jueces del mundo; de ellos sacamos la fantasía de que la razón humana es la controladora general de todo cuanto existe fuera y dentro de la bóveda celeste, de que lo abarca todo, lo puede todo, y de que, por medio de ella, todo se sabe y conoce. Esta respuesta sería buena entre los caníbales, que gozan de la ventura de una vida larga, tranquila y apacible sin los preceptos de Aristóteles y sin conocer el nombre de la física.[675] Acaso esta respuesta valdría más, y sería más firme que todas las que extraerán de su razón y de su invención. De ella serían capaces, junto a nosotros, todos los animales, y todo aquello que está aún bajo el mando puro y simple de la ley natural; pero ellos la han desechado. No deben decirme: «Es cierto puesto que lo veis y percibís así». Deben decirme si lo que creo percibir, lo percibo por consiguiente de hecho; y si lo percibo, que me digan después por qué lo percibo, y cómo, y qué; que me digan el nombre, el origen, los pormenores del calor, del frío, las características del que actúa y del que padece; o que renuncien a su profesión, que es no admitir ni aprobar nada sino por la vía de la razón. Ésta es su piedra de toque en todo tipo de pruebas; pero, ciertamente, es una piedra de toque llena de falsedad, de error, de debilidad y flaqueza.

¿Cómo podemos ponerla mejor a prueba que por su propio medio? Si no debemos creerla cuando habla de sí misma, a

duras penas valdrá para juzgar las cosas externas; si conoce algo, será por lo menos su propio ser y domicilio. Está en el alma y es una parte o una acción suya. La razón verdadera y esencial, de la cual arrebatamos el nombre con falsos títulos, reside, en efecto, en el seno de Dios; ahí está su morada y su refugio, de ahí parte cuando le place a Dios mostrarnos algún rayo suyo, como Palas surge de la cabeza de su padre para comunicarse al mundo.[676]

Pues bien, veamos qué nos ha enseñado la razón humana acerca de sí misma y del alma; *c* | no del alma en general, de la que casi toda la filosofía hace partícipes a los cuerpos celestes y a los primeros cuerpos, ni de la que Tales atribuía aun a las cosas que se consideran inanimadas, incitado por la observación del imán,[677] sino de aquella que nos corresponde, que debemos conocer mejor:

b | *Ignoratur enim quae sit natura animai,*
nata sit, an contra nascentibus insinuetur,
et simul intereat nobiscum morte dirempta,
an tenebras Orci uisat uastasque lacunas,
an pecudes alias diuinitus insinuet se.[678]

[Se ignora, en efecto, cuál es la naturaleza del alma, si nace con el cuerpo o por el contrario se introduce en los que nacen, y si, disuelta por la muerte, muere a la vez que nosotros o visita las tinieblas del Orco y sus vastas cavernas, o si la divinidad la introduce en los demás animales].

a | A Crates y Dicearco, que en absoluto existía, sino que el cuerpo se agitaba así por movimiento natural;[679] a Platón, que era una sustancia que se movía por sí misma; a Tales, una naturaleza sin reposo; a Asclepiades, un ejercicio de los sentidos; a Hesiodo y Anaximandro, una cosa compuesta de tierra y agua; a Parménides, de tierra y de fuego; a Empédocles, de sangre,

Sanguineam uomit ille animam;[680]
[Vomita su alma de sangre];

a Posidonio, Cleantes y Galeno, un calor o una complexión calurosa,

Igneus est ollis uigor, et coelestis origo;[681]

[Tienen el vigor del fuego y un origen celeste];

a Hipócrates, un espíritu extendido por el cuerpo; a Varrón, un aire recibido por la boca, calentado en el pulmón, templado en el corazón y esparcido por todo el cuerpo; a Zenón, la quintaesencia de los cuatro elementos; a Heráclides Póntico, la luz; a Jenócrates y a los egipcios, un número móvil; a los caldeos, una fuerza sin forma determinada:

b | *habitum quemdam uitalem corporis esse,*
harmoniam Graeci quam dicunt.[682]
[hay una cierta disposición vital del
cuerpo que los griegos llaman armonía].

a | No olvidemos a Aristóteles: lo que por naturaleza hace mover el cuerpo, que llama «entelequia», con la más fría de las invenciones, pues no habla ni de la esencia ni del origen ni de la naturaleza del alma, sino que solamente repara en su acción.[683] Lactancio, Séneca y la mejor parte de los dogmáticos confesaron que era una cosa que no entendían. *c* | Y tras toda esta enumeración de opiniones: «*Harum sententiarum quae uera sit, deus aliquis uiderit*» [De todas estas opiniones cuál es la verdadera, que lo vea un dios], dice Cicerón.[684] *a* | Conozco por mí, dice san Bernardo, hasta qué punto Dios es incomprensible, puesto que no puedo comprender los elementos de mi propio ser.[685] *c* | Heráclito, que pensaba que todo está lleno de almas y demonios, sostenía sin embargo que no podía irse tan lejos en el conocimiento del alma que pudiese alcanzarse, habida cuenta la profundidad de su esencia.[686]

a | La disensión y el debate para alojarla no son menores.[687] Hipócrates e Hierófilo la ubican en el ventrículo del cerebro; Demócrito y Aristóteles, por todo el cuerpo,

b | *Vt bona saepe ualetudo cum dicitur esse*
corporis, et non est tamen haec pars ulla ualentis;[688]
[Como se dice a menudo que el cuerpo tiene salud, sin
que con todo ésta sea ninguna parte del que está sano];

a | Epicuro, en el pecho:

b | *Hic exultat enim pauor ac metus, haec loca circum*
laetitiae mulcent.[689]
[Pues aquí exultan el pavor y el miedo, en

torno a este lugar nos acarician las alegrías].

a | Los estoicos, alrededor y dentro del corazón; Erasistrato, uniendo la membrana del epicráneo; Empédocles, en la sangre; como también Moisés, lo cual fue causa de que prohibiera comer la sangre de los animales, a la que está unida su alma;[690] Galeno pensó que cada parte del cuerpo posee su alma; Estratón la situó entre las dos cejas. *c* | «*Qua facie quidem sit animus, aut ubi habitet, ne quaerendum quidem est*» [Sobre el aspecto que tiene el alma o el lugar donde reside, ni siquiera debe preguntarse], dice Cicerón.[691] Le dejo de buena gana a este hombre sus propias palabras. ¿Voy a alterar el habla de la elocuencia? Aparte de que el provecho de arrebatarle la materia de sus invenciones es escaso; son poco frecuentes, poco recias y poco ignoradas. *a* | Pero la razón por la que Crisipo argumenta que se aloja en torno al corazón, igual que los otros de su escuela, no merece ser olvidada: «Es por el hecho», dice, «de que, cuando queremos asegurar algo, ponemos la mano en el pecho; y cuando queremos pronunciar ἐγώ, que significa 'yo', bajamos hacia el pecho la mandíbula inferior».[692] Este pasaje no debe obviarse sin señalar la vanidad de tamaño personaje. Porque además de que estas consideraciones son de suyo infinitamente ligeras, la última sólo a los griegos les prueba que tengan el alma en ese sitio. No hay juicio humano tan atento que a veces no dormite.[693]

c | ¿Qué no osamos decir? Ahí tenemos a los estoicos, padres de la sabiduría humana, que consideran que el alma del hombre abrumado bajo una ruina languidece y pugna mucho tiempo por salir, porque no puede librarse de la carga, como un ratón atrapado en una trampa.[694] Algunos sostienen que el mundo fue hecho para dar cuerpo, como castigo, a los espíritus caídos por su culpa desde la pureza en la cual habían sido creados, pues la primera creación habría sido sólo incorpórea. Y que según se hayan alejado más o menos de su espiritualidad, se incorporan de manera más o menos leve o pesada. De ahí procede la variedad de tanta materia creada. Pero el espíritu que fue, para su castigo, investido del cuerpo

del sol, debía tener una medida de alteración bien rara y particular.[695] Los extremos de nuestra indagación caen todos en la ceguera. Como dice Plutarco del inicio de las historias, que, a la manera de los mapas, los bordes de las tierras conocidas están dominados por ciénagas, densos bosques, desiertos y parajes inhabitables.[696] Por eso los desvaríos más burdos y pueriles son más frecuentes en quienes se ocupan de las cosas más elevadas y más lejanas, pues se abisman en su curiosidad y presunción. El final y el inicio de la ciencia se entrelazan en una estupidez similar. Ved cómo Platón remonta el vuelo en sus nubes poéticas; ved en él la jerigonza de los dioses. Pero ¿en qué pensaba cuando *a* | define al hombre como un animal bípedo sin plumas,[697] brindando así, a quienes tenían ganas de reírse de él, una graciosa ocasión? Desplumaron, en efecto, un capón vivo y lo llamaban el hombre de Platón.[698]

Y ¿qué hay de los epicúreos? ¡Con qué simplicidad se habían imaginado primero que sus átomos, que decían ser cuerpos dotados de cierta pesadez y de un movimiento natural de descenso, habían forjado el mundo! Hasta que sus rivales les advirtieron de que, con esta descripción, no era posible que se uniesen y aferraran unos a otros, pues su caída resultaba recta y perpendicular, y producía por todas partes líneas paralelas. Por este motivo, se vieron después en la obligación de agregar un movimiento lateral, fortuito, y de dotar además a sus átomos de colas curvas y ganchudas, para que así fueran capaces de unirse y ligarse.[699] *c* | Y aun entonces, ¿no les ponen en apuros quienes les persiguen con esta otra consideración?: si los átomos han formado por azar tantas clases de figuras, ¿por qué nunca se han unido para hacer una casa o un zapato?; ¿por qué no creer, de la misma manera, que un número infinito de letras griegas arrojadas en medio de la plaza bastarían para lograr la contextura de la *Ilíada*?[700] «Lo que es capaz de razón», dice Zenón, «es mejor que lo que no es capaz de ella. Nada hay mejor que el mundo; luego, éste es capaz de razón».[701] Cotta, con esta misma argumentación, hace al mundo matemático; y lo hace músico y organista con esta otra argumentación,

también de Zenón: «El todo es más que la parte; nosotros somos capaces de sabiduría y somos partes del mundo; luego, éste es sabio».[702]

a | Se ven infinitos ejemplos semejantes, de argumentos no ya falsos sino insensatos, que no se sostienen y acusan a sus autores no tanto de ignorancia cuanto de imprudencia, en los reproches que los filósofos se lanzan entre sí a propósito de las disensiones de sus opiniones y escuelas.[703] *c* | Quien tuviese la habilidad de hacer acopio de las asnerías de la sabiduría humana, diría maravillas. Yo acumulo gustosamente algunas como muestra, en algún aspecto no menos útil que las enseñanzas más moderadas.[704] *a* | Juzguemos a partir de ahí qué debemos pensar del hombre, de su juicio y su razón, si en estos grandes personajes, que han llevado tan arriba la capacidad humana, se encuentran defectos tan evidentes y tan burdos. Yo, por mi parte, prefiero creer que han tratado la ciencia de manera fortuita, como si fuera un juguete para todas las manos, y que se han divertido con la razón como con un instrumento vano y frívolo, presentando toda suerte de invenciones y fantasías, a veces más rígidas, a veces más blandas.[705] El mismo Platón que define el hombre como una gallina dice en otro sitio, siguiendo a Sócrates, que no sabe en verdad qué es el hombre, y que es una de las piezas del mundo más difíciles de conocer.[706] Con esta variedad e inestabilidad de opiniones nos llevan como de la mano, tácitamente, a la resolución de su irresolución. Hacen profesión de no presentar siempre su parecer[707] con semblante abierto y manifiesto; lo han escondido ya sea bajo las sombras fabulosas de la poesía, ya sea bajo otra máscara. Nuestra imperfección, en efecto, comporta también que el alimento crudo no sea siempre apropiado para nuestro estómago; hay que secarlo, alterarlo y corromperlo. Hacen esto mismo: oscurecen a veces sus opiniones y juicios genuinos, *c* | y los falsifican, *a* | para acomodarse al uso público. No quieren hacer profesión expresa de ignorancia, y de la flaqueza de la razón humana, *c* | para no asustar a los niños. *a* | Pero nos las descubren

suficientemente bajo el semblante de una ciencia confusa y variable.

b | En Italia le aconsejé a uno que se esforzaba en hablar italiano que, sí sólo intentaba hacerse entender, sin querer ir más allá, se limitase a emplear las primeras palabras que le vinieran a la boca, latinas, francesas, españolas o gasconas, y que, añadiendo la terminación italiana, jamás dejaría de coincidir con algún idioma del país, toscano o romano o veneciano o piamontés o napolitano, y de acomodarse a alguna entre tantas formas. Lo mismo digo de la filosofía: posee tantos rostros y tanta variedad, y ha dicho tantas cosas, que se encuentran en ella todos nuestros sueños y desvaríos. Nada puede concebir la fantasía humana ni bien ni mal que no esté en ella. *c* | *Nihil tam absurde dici potest quod non dicatur ab aliquo philosophorum*[708] [Nada puede decirse de manera tan absurda que no lo diga algún filósofo]. *b* | Y yo dejo ir más libremente mis caprichos en público porque, aun cuando hayan nacido en mí y sin patrón, sé que encontrarán su correspondencia con algún humor antiguo; y no faltará quien diga: «¡Mira de dónde lo cogió!».

c | Mi manera de comportarme es natural; para forjarla no he apelado al auxilio de disciplina alguna. Pero, por mayor que sea su flaqueza, cuando me han venido ganas de relatarla, y, para hacerla aparecer en público un poco más decentemente, me he dado la obligación de asistirla con razonamientos y ejemplos, me ha asombrado a mí mismo encontrarla, por casualidad, conforme con tantos ejemplos y razonamientos filosóficos. De qué régimen era mi vida sólo me he enterado después de haberla cumplido y realizado. ¡Nueva figura: un filósofo impremeditado y fortuito!

a | Para regresar al alma, el hecho de que Platón situara la razón en el cerebro, la ira en el corazón y el deseo en el hígado es verosímil que fuera más bien una interpretación de los movimientos del alma que una división y separación que pretendiera hacer, como la de un cuerpo en múltiples miembros.[709] Y la más verosímil de sus opiniones es que se trata siempre de un alma única que, con su facultad, razona,

recuerda, comprende, juzga, desea y ejerce todas sus demás operaciones mediante diferentes instrumentos corporales —como el piloto gobierna su navío según la experiencia que tiene de él, a veces tensando o soltando una cuerda, a veces alzando la antena o moviendo el remo, con una sola potencia que dirige acciones diferentes—;[710] y que está situada en el cerebro: así lo pone de manifiesto el hecho de que las heridas y los accidentes que afectan a esta parte dañen de inmediato las facultades del alma. No es extraño que desde ahí se derrame por el resto del cuerpo:

c | *medium non deserit unquam*
coeli Phoebus iter; radiis tamen omnia lustrat;[711]
[Febo no se desvía nunca de su ruta por el centro
del cielo; sin embargo, lo ilumina todo con sus rayos];

a | como el sol expande desde el cielo su luz y sus poderes y llena de ellos el mundo:

Caetera pars animae per totum dissita corpus
paret, et ad numen mentis momenque mouetur.[712]
[El resto del alma, esparcida por todo el cuerpo,
obedece, y se mueve según el mandato y el impulso de la
mente].

Algunos han sostenido que existía un alma general, como un gran cuerpo del que se extraían y al que retornaban todas las almas particulares, de suerte que volvían siempre a mezclarse con esa materia universal,[713]

Deum namque ire per omnes
terrasque tractusque maris coelumque profundum:
hinc pecudes, armenta, uiros, genus omne ferarum,
quemque sibi tenues nascentem arcessere uitas;
scilicet huc reddi deinde, ac resoluta referri
omnia: nec morti esse locum.[714]

[Porque Dios anda por todas las tierras y por las extensiones del mar y por el profundo cielo; de ahí, los animales, los rebaños, los hombres y todo género de fieras y cualquier ser que nace, obtienen sus tenues vidas; ahí, claro está, vuelve todo enseguida y, una vez disuelto, se restituye, sin que haya lugar para la muerte].

Otros, que solamente se unían y adherían a ella. Otros, que eran producidas por la sustancia divina; otros, que por los ángeles, de fuego y aire. Según algunos, desde toda la antigüedad; según otros, en el momento mismo en que era necesario. Otros las hacen descender del círculo de la luna, y regresar a él. La mayoría de los antiguos, que se engendran de padre a hijos, de una manera semejante y con una producción similar a todas las demás cosas naturales, y lo argumentaban por el parecido entre padres e hijos,

Instillata patris uirtus tibi;[715]

[La virtud de tu padre te ha sido instilada];

Fortes creantur fortibus et bonis;[716]

[Los valerosos nacen de los valerosos y buenos];

y que vemos cómo se deslizan de padres a hijos no sólo los rasgos corporales, sino también una semejanza de humores, de temperamentos y de inclinaciones del alma:

Denique cur acrum uiolentia triste leonum
seminium sequitur; dolus uulpibus, et fuga ceruisa patribus datur,
et patrius pauor incitat artus;
si non certa suo quia semine seminioque
uis animi pariter crescit cum corpore toto?;[717]

[¿Por qué, en suma, la violencia continúa en la triste descendencia de los ásperos leones, la astucia es dada a los zorros y la huida a los ciervos por sus padres, y por qué el miedo heredado les agita los miembros, sino porque el alma de una naturaleza determinada por su germen y su simiente crece a la par que el cuerpo entero?];

que en eso se funda la justicia divina cuando castiga a los hijos por la falta de los padres, pues el contagio de los vicios paternos está de algún modo impreso en el alma de los hijos, y el desorden de su voluntad les alcanza.[718] Además, que si las almas tuviesen otro origen que la serie natural, y hubieran sido otra cosa fuera del cuerpo, tendrían memoria de su primer ser, habida cuenta las facultades naturales que le son propias de discurrir, razonar y recordar:

b | si in corpus nascentibus insinuatur,
cur super ante actam aetatem meminisse nequimus,

nec uestigia gestarum rerum ulla tenemus?[719]

[si se introduce en el cuerpo al nacer, ¿por qué no podemos recordar también nuestra vida pasada, y no conservamos ningún vestigio de las cosas hechas en ella?].

a | En efecto, para exaltar la condición de nuestras almas como pretendemos, hay que presuponerlas enteramente doctas mientras se hallan en su simplicidad y pureza naturales. Según esto, habrían sido tales, por estar exentas de la prisión corporal, tanto antes de entrar en ella, como, así lo esperamos, una vez que hayan salido. Y deberían acordarse todavía de tal saber mientras están en el cuerpo, de acuerdo con Platón, que aseguraba que lo que aprendemos no es más que una rememoración de lo que supimos.[720] Lo cual todo el mundo puede por experiencia defender que es falso. En primer lugar, porque no nos rememora precisamente más que aquello que se nos enseña, y porque, si la memoria hiciese puramente su oficio, nos sugeriría cuando menos algún rasgo que fuera más allá de lo aprendido. En segundo lugar, lo que sabía cuando se hallaba en su pureza era una verdadera ciencia, que conocía las cosas tal como son por su divina inteligencia. ¡Aquí, en cambio, se le hace acoger la mentira y el vicio si se le enseña! En lo cual no puede aplicar su reminiscencia, que jamás ha albergado esta imagen y concepción. Decir que la prisión del cuerpo sofoca sus genuinas facultades al punto que estén completamente extinguidas es ante todo contrario a la creencia que reconoce sus fuerzas tan grandes y las operaciones que los hombres experimentan de ella en esta vida tan admirables como para concluir su pasada divinidad y eternidad, y su futura inmortalidad:

b | *Nam, si tantopere est animi mutata potestas*
omnis ut actarum exciderit retinentia rerum,
non, ut opinor, ea ab leto iam longior errat.[721]

[Porque si la fuerza del alma ha sufrido un cambio tan grande que se ha desprendido de ella todo el recuerdo del pasado, me parece que tal cosa no dista mucho de la muerte].

a | Además, es aquí, en nosotros y no en otro sitio, donde deben considerarse las fuerzas y los actos del alma; sus demás perfecciones le resultan vanas e inútiles. Toda su inmortalidad debe serle remunerada y reconocida a partir del estado presente, y sólo es responsable de la vida humana. Sería injusto haberle sustraído sus medios y poderes, haberla desarmado, para obtener el juicio y una condena de duración infinita y perpetua del tiempo de su cautividad y prisión, de su flaqueza y enfermedad, del tiempo en que habría sido forzada y constreñida. Y detenerse a considerar un tiempo tan breve, que acaso es de una o dos horas o, como mucho, de un siglo —que no guarda más proporción con la infinidad que un instante—, para, por ese momento de intervalo, prescribir y fijar definitivamente acerca de todo su ser. Sería una inicua desproporción obtener un premio eterno como consecuencia de una vida tan breve.[722] *c* | Platón, para zafarse de este inconveniente, pretende que las recompensas futuras se limiten a una duración de cien años, de acuerdo con la duración humana;[723] y, entre los nuestros, ha habido bastantes que les han puesto límites temporales.[724]

a | De este modo, pensaban que su generación seguía la condición común de las cosas humanas, como también su vida, según la opinión de Epicuro y de Demócrito, que ha sido la más admitida, con arreglo a estas bellas razones verosímiles: que la veíamos nacer cuando el cuerpo era capaz de ello; veíamos aumentar sus fuerzas como las corporales; reconocíamos la debilidad de su infancia y, con el tiempo, su vigor y madurez; y después su declinación y vejez, y finalmente su decrepitud:[725]

gigni pariter cum corpore, et una
crescere sentimus, pariterque senescere mentem.[726]
[vemos que el espíritu se engendra a la vez
que el cuerpo, crece y envejece a la vez que él].

La percibían capaz de diversas pasiones, y agitada por múltiples movimientos penosos, a causa de lo cual caía en la fatiga y en el dolor, capaz de alteración y de cambio, de alegría, entumecimiento y languidez, expuesta a sus enfermedades y a las heridas, como el estómago y el pie,[727]

b | *mentem sanari, corpus ut aegrum*
cernimus, et flecti medicina posse uidemus;[728]
[vemos que la mente se cura como el cuerpo
enfermo y que puede ser modificada por la medicina];

a | ofuscada y confundida por la fuerza del vino;[729] movida de su asiento por los vapores de una fiebre caliente; adormecida por la aplicación de ciertos medicamentos, y desvelada por otros:

b | *corpoream naturam animi esse necesse est,*
corporeis quoniam telis ictuque laborat.[730]
[es preciso que el alma sea corpórea puesto
que las armas materiales y los choques la alteran].

a | Se le veía aturdir y trastornar todas sus facultades por el mero mordisco de un perro enfermo, y no poseer en absoluto una firmeza tan grande de razón, una capacidad, virtud, resolución filosófica o tensión de sus fuerzas que pudiera librarla de la sujeción a tales infortunios. Que la saliva de un pobre mastín, vertida sobre la mano de Sócrates, sacudiría toda su sabiduría, y todas sus grandes y tan ordenadas figuraciones, las aniquilaría de forma que no quedara traza alguna de su primer conocimiento:

b | *uis animai*
conturbatur... et diuisa seorsum
disiectatur eodem illo distracta ueneno.[731]
[la fuerza del alma se trastorna, y se divide,
quiebra y disocia por el mismo veneno que la destroza].

a | Y que tal veneno no hallaría más resistencia en esta alma que en la de un niño de cuatro años: un veneno capaz de hacer volver a la filosofía entera, si se hubiese encarnado, furiosa e insensata; hasta el extremo que Catón, que retorcía el pescuezo incluso a la muerte y a la fortuna, no podría soportar la visión de un espejo o del agua, abrumado de espanto y de terror, si hubiese contraído, debido al contagio de un perro rabioso, la enfermedad que los médicos llaman hidrofobia:[732]

b | *uis morbi distracta per artus*
turbat agens animam, spumantes aequore salso
uentorum ut ualidis feruescunt uiribus undae.[733]

[la fuerza de la enfermedad esparcida por los miembros turba y agita el alma, como las fuerzas impetuosas de los vientos hacen hervir las olas espumosas en el mar salado].

a | Ahora bien, con respecto a este punto, la filosofía ha armado bien al hombre para afrontar todos los demás infortunios ya sea por medio de la resistencia o, si es demasiado difícil encontrarla, con una escapatoria infalible, la de sustraerse por entero a la sensación.[734] Pero éstos son medios útiles para el alma que está en sí y mantiene sus fuerzas, que es capaz de raciocinio y de reflexión; no frente a aquel inconveniente en el cual el alma del filósofo se vuelve alma de un loco, alterada, trastornada y perdida. Cosa que producen muchos motivos, por ejemplo, la agitación demasiado vehemente que, por alguna fuerte pasión, el alma puede engendrar en sí misma, o una herida en cierta parte de la persona, o una exhalación del estómago, que nos precipite a un vahído y a un mareo:

b | *morbis in corporis auius errat*
saepe animus, dementit enim, deliraque fatur;
interdumque graui lethargo fertur in altum
aeternumque soporem, oculis nutuque cadenti.[735]

[en las enfermedades del cuerpo el alma derrotada con frecuencia se extravía: se trastorna y cae en delirios; y a veces un grave letargo la sume en un sopor profundo y permanente, y caen los ojos y la cabeza].

a | Los filósofos no han tocado mucho esta cuerda, me parece. *c* | Como tampoco otra de similar importancia. Tienen siempre este dilema en la boca, para consolar nuestra condición mortal: el alma es mortal o inmortal; sí es mortal, no sufrirá pena alguna; si inmortal, mejorará. No tocan nunca la otra rama: ¿qué sucede si empeora? Y dejan para los poetas las amenazas de los castigos futuros.[736] Pero de este modo juegan con ventaja. Son dos omisiones que se me presentan a menudo en sus discursos. Vuelvo a la primera.

a | Esta alma pierde el uso[737] del supremo bien estoico, tan constante y tan firme. Nuestra bella sabiduría debe rendirse en este lugar y abandonar las armas. Por lo demás, consideraban

también, dada la vanidad de la razón humana, que la mezcla y sociedad de dos elementos tan distintos, como son lo mortal y lo inmortal, es inimaginable:

Quippe etenim mortale aeterno iungere, et una
consentire putare, et fungi mutua posse,
desipere est. Quid enim diuersius esse putandum est,
aut magis inter se disiunctum discrepitansque,
quam mortale quod est, immortali atque perenni
iunctum, in concilio saeuas tolerare procellas?[738]

[Porque unir lo mortal con lo eterno, y creer que están de acuerdo y hacen lo mismo, es delirar. Pues ¿qué cosa más diferente, más disociada y más discordante puede pensarse que lo que es mortal, unido a lo inmortal y perenne, soporte concertadamente las rudas tormentas?].

Además sentían que el alma está implicada en la muerte, como el cuerpo:

b | *simul aeuo fessa fatiscit.*[739]

[agotada por la edad se debilita al mismo tiempo].

c | Cosa que, según Zenón, la imagen del sueño nos muestra suficientemente. Estima, en efecto, que es un desfallecimiento y una caída del alma tanto como del cuerpo.[740] *Contrahi animum et quasi labi putat atque concidere*[741] [Piensa que el alma se contrae y por así decirlo se desliza y cae]. *a* | Y lo que se percibía en algunos, que conservaban su fuerza y vigor al término de la vida, lo referían a la variedad de enfermedades, de la misma manera que vemos que algunos hombres en este trance extremo mantienen un sentido, otros otro, unos el oído, otros el olfato, sin alteración; y no se ve debilitamiento tan general que no resten algunas partes enteras y vigorosas:

b | *Non alio pacto quam si, pes cum dolet aegri,*
in nullo caput interea sit forte dolore.[742]

[No de otro modo que un enfermo al que le duele un pie puede mantener, mientras tanto, la cabeza libre de todo dolor].

La visión de nuestro juicio se relaciona con la verdad como lo hace el ojo del autillo con el esplendor del sol, tal como dice

Aristóteles.[743] ¿De qué manera podríamos demostrarlo mejor que con estas cegueras tan burdas en una luz tan manifiesta?

a | Porque la opinión contraria de la inmortalidad del alma, *c* | que Cicerón afirma haber introducido por primera vez, al menos según el testimonio de los libros, Ferécides de Siros en tiempos del rey Tulio[744] —otros atribuyen su invención a Tales,[745] y otros a otros—, *a* | es la parte de la ciencia humana tratada con más reserva y duda. Los dogmáticos más firmes se ven obligados, en este punto principalmente, a refugiarse[746] al abrigo de las sombras de la Academia.[747] Nadie sabe qué estableció Aristóteles sobre el asunto,[748] *c* | ni tampoco todos los antiguos en general, que lo manejan con una creencia vacilante: *rem gratissimam promittentium magis quam probantium*[749] [cosa gratísima que prometen más que prueban]. *a* | Se escondió bajo la nube de las palabras y los sentidos difíciles e incomprensibles, y dejó que sus seguidores debatieran no menos sobre su juicio que sobre la materia.[750] Dos cosas les volvían esta opinión plausible: una, que sin la inmortalidad de las almas, no habría ya con qué asentar las vanas esperanzas de la gloria, que es una consideración de extraordinaria aceptación en el mundo; la otra, que es una creencia muy útil, *c* | como dice Platón, *a* | que los vicios, aunque se hurten a la vista oscura e incierta de la justicia humana, permanezcan siempre expuestos a la divina, que los perseguirá incluso tras la muerte de los culpables.[751]

c | El afán que tiene el hombre por prolongar su ser es extremo; no ha dejado ningún flanco al descubierto. Para la conservación del cuerpo están las sepulturas; para la conservación del nombre, la gloria. Ha empleado toda su opinión en reconstruirse, impaciente ante su fortuna, y en apuntalarse mediante una u otra invención. Dado que el alma, por su confusión y debilidad, no puede mantenerse en pie, busca por doquier consuelos, esperanzas y fundamentos, y circunstancias ajenas, donde se aferra y fija. Y, por ligeros y fantásticos que se los forje su invención, descansa con más seguridad en ellos que en sí mismo, y de más buena gana.

a | Pero es asombroso hasta qué punto los más obstinados en esta persuasión *c* | tan justa y tan clara *a* | de la inmortalidad nuestros espíritus se han encontrado cortos e impotentes para establecerla con sus fuerzas humanas. *c* | *Somnia sunt non docentis, sed optantis*[752] [Son los sueños no del que enseña sino del que desea], decía un antiguo. *a* | El hombre puede reconocer por esta prueba que debe a la fortuna y al azar la verdad que descubre él solo, pues aunque le caiga en las manos, no tiene con qué aferraría y mantenerla, ni su razón dispone de fuerza para valerse de ella. Todo aquello que es producido por nuestro propio raciocinio y capacidad, tanto lo verdadero como lo falso, está expuesto a incertidumbre y debate. Dios causó el desorden y la confusión de la antigua torre de Babel como castigo a nuestro orgullo y como instrucción de nuestra miseria e incapacidad.[753] Todo aquello que emprendemos sin su asistencia, todo aquello que vemos sin la lámpara de su gracia, no es más que vanidad y locura, La esencia misma de la verdad, que es uniforme y constante, cuando la fortuna nos otorga su posesión, la corrompemos y bastardeamos con nuestra flaqueza. Sea cual fuere el camino que el hombre tome por sí mismo, Dios permite que llegue siempre a la misma confusión, cuya imagen nos representa tan vivamente por medio del justo castigo con el cual golpeó la arrogancia de Nemrod y aniquiló los vanos intentos de construcción de su pirámide.[754] *c* | *Perdam sapientiam sapientium et prudentiam prudentium reprobabo*[755] [Destruiré la sabiduría de los sabios y reprobaré la prudencia de los prudentes]. *a* | La variedad de idiomas y lenguas con que confundió esta obra, ¿qué otra cosa es sino esta infinita y perpetua disputa y discordancia de opiniones y razones que acompaña y embrolla el vano edificio de la ciencia humana. *c* | Y la embrolla útilmente. ¿Quién nos resistiría si tuviésemos un grano de conocimiento? Este santo me ha complacido mucho: «*Ipsa utilitatis occultatio aut humilitatis exercitatio est, aut elationis attritio*»[756] [El propio ocultamiento de la utilidad es o un ejercicio para nuestra humildad o la destrucción de

nuestro orgullo]. ¿Hasta qué extremo de presunción y de insolencia llevamos nuestra ceguera y nuestra estupidez?

a | Pero, para regresar a mi tema, lo cierto es que era muy razonable que debiéramos sólo a Dios, y al beneficio de su gracia, la verdad de una creencia tan noble, puesto que sólo por su generosidad recibimos el fruto de la inmortalidad, que consiste en el goce de la beatitud eterna. *c* | Confesemos ingenuamente que sólo Dios nos lo ha dicho, y la fe. No es, en efecto, una lección de la naturaleza ni de nuestra razón.[757]

Y quien escrute su ser y sus fuerzas, tanto por dentro como por fuera, sin este privilegio divino, quien vea al hombre sin adularlo, no verá eficacia ni facultad que tengan trazas de otra cosa que de muerte y tierra. Cuanto más atribuimos, y debemos, y devolvemos a Dios, tanto más cristianamente obramos. Lo que el filósofo estoico dice poseer por el acuerdo fortuito de la voz popular, ¿no era mejor que lo poseyera por Dios? *Cum de animarum aeternitate disserimus, non leue momentum apud nos habet consensus hominum aut timentium inferos, aut colentium. Vtor hac publica persuasione*[758] [Cuando tratamos de la inmortalidad de las almas, el acuerdo de los hombres que temen o adoran a los dioses infernales no es para nosotros un leve impulso. Hago uso de esta creencia general].

a | Ahora bien, la debilidad de los argumentos humanos al respecto se percibe de manera singular por las fabulosas circunstancias que han añadido como desarrollo de esta opinión, para descubrir de qué índole era esta inmortalidad nuestra. *c* | Dejemos a los estoicos —*Vsuram nobis largiuntur tanquam cornicibus: diu mansuros aiunt animos; semper, negant*[759] [Nos conceden su uso como a las cornejas; aseguran que las almas subsistirán durante mucho tiempo; niegan que para siempre]—, que atribuyen a las almas una vida más allá de ésta, pero finita. *a* | La fantasía más universal y más admitida, y que dura hasta nosotros,[760] ha sido aquella cuya autoría se atribuye a Pitágoras,[761] no porque fuera su primer inventor, sino porque la autoridad de su aprobación le confirió un gran peso y crédito: que las almas, al desprenderse de nosotros, no hacían sino rodar de un cuerpo a otro, de un león a un caballo,

de un caballo a un rey, paseándose así sin tregua de casa en casa.[762] *c* | Y él decía acordarse de haber sido Etálides, después Euforbo, más tarde Hermótimo, y de haber pasado al fin de Pirros a Pitágoras, conservando el recuerdo de sí mismo durante doscientos seis años.[763] Añaden algunos que estas almas remontan a veces al cielo y vuelven a descender:

O pater, anne aliquas ad caelum hinc ire putandum est
sublimes animas iterumque ad tarda reuerti
corpora? Quae lucis miseris tam dira cupido?[764]

[Oh, padre, ¿puede creerse que algunas almas marchen de aquí al cielo y regresen de nuevo a sus pesados cuerpos? ¿De dónde surge en estos miserables un anhelo tan funesto de luz?]

Orígenes las hace ir y venir eternamente del buen al mal estado.[765] La opinión que refiere Varrón es que, al cabo de cuatrocientos cuarenta años de revolución, vuelven a unirse a su primer cuerpo;[766] para Crisipo, tal cosa debe acaecer tras cierto espacio de tiempo desconocido e ilimitado.[767] Platón, que dice deber a Píndaro y a la antigua poesía esta creencia de las infinitas vicisitudes de mutación a las que el alma está dispuesta, al no tener en el otro mundo sino penas y recompensas temporales, tal y como su vida en éste es sólo temporal, infiere que posee una singular ciencia de los asuntos del cielo, del infierno y de aquí, por donde ha pasado, vuelto a pasar y residido en numerosos viajes —materia de reminiscencia—.[768] Éste es su curso en otro sitio: quien ha vivido bien, se une al astro al que está asignado; quien lo ha hecho mal, se convierte en mujer, y, si ni siquiera entonces se corrige, vuelve a cambiarse en un animal de condición acomodada a su comportamiento vicioso, y no verá el fin de sus castigos mientras no haya regresado a su constitución original, librándose, por la fuerza de la razón, de las cualidades groseras, torpes y elementales que estaban en él.[769]

a | Pero no quiero olvidar la objeción que plantean los epicúreos a esta transmigración de un cuerpo a otro. Es divertida. Preguntan qué remedio habría si la multitud de

quienes mueren llegase a ser mayor que la de quienes nacen. Porque, en tal caso, las almas desprendidas de su sede deberían apiñarse para ver quién conseguía antes sitio en un nuevo estuche.[770] Y preguntan también en qué pasarían el tiempo mientras esperasen que se les preparase una casa. Y si, por el contrario, naciesen más animales de los que muriesen, aseguran que los cuerpos se encontrarían en una situación difícil, esperando la infusión de su alma, y sucedería que algunos de ellos morirían antes de haber estado vivos:

Denique connubia ad ueneris partusque ferarum
esse animas praesto deridiculum esse uidetur,
et spectare immortales mortalia membra
innumero numero, certareque praeproperanter
inter se, quae prima potissimaque insinuetur.[771]

[En fin, parece ridículo que las almas presten atención a las uniones venéreas y a los partos de los animales, y que las innumerables inmortales examinen los miembros mortales, y se precipiten a luchar entre sí para ver cuál entra antes y es la primera].

Otros han fijado el alma al cuerpo de los fallecidos para infundir vida a las serpientes, a los gusanos y a otros animales que, según se dice, se engendran de la corrupción de nuestros miembros, e incluso de nuestras cenizas.[772] Otros la dividen en una parte mortal y otra inmortal.[773] Otros la creen corporal, y no obstante inmortal.[774] Algunos la hacen inmortal, sin ciencia ni conocimiento. Los hay también, *c* | aun entre los nuestros, *a* | que han creído incluso que las almas de los condenados se convertían en diablos;[775] al modo que Plutarco piensa que las que se han salvado se transforman en dioses. Porque hay pocas cosas que este autor establezca con una forma de hablar tan resuelta como ésta, pues mantiene en todo lo demás un estilo dubitativo y ambiguo. Debe estimarse y creerse firmemente, dice, que las almas de los hombres virtuosos de acuerdo con la naturaleza y la justicia divina se transforman de hombres en santos, y de santos en semidioses, y de semidioses, una vez que se han limpiado y purificado totalmente, como sucede en los sacrificios de purgación, libres ya de toda pasibilidad y de toda

mortalidad, se transforman, no por algún mandato civil, sino de verdad y según razón verosímil, en dioses completos y perfectos, de suerte que alcanzan un resultado muy feliz y muy glorioso.[776] Pero, si alguien quiere verlo, a él, que es, sin embargo, de los más contenidos y moderados de la banda, pelearse con más osadía y contarnos sus milagros sobre el asunto, le remito a sus discursos sobre la luna y sobre el demonio de Sócrates, lugares donde, con más evidencia que en ningún otro sitio, puede verificarse el hecho de que los misterios de la filosofía comparten muchas cosas extrañas con los de la poesía.[777] El entendimiento humano se pierde, en efecto, cuando pretende examinar y reconocer todas las cosas hasta el límite; de igual manera que, cansados y exhaustos por la larga carrera de la vida, recaemos en el infantilismo. Éstas son las bellas y ciertas enseñanzas que extraemos de la ciencia humana sobre el tema del alma.

No hay menos ligereza en lo que nos enseña sobre las partes corporales. Elijamos uno o dos ejemplos, pues, de lo contrario, nos perderíamos en el turbio y vasto mar de los errores medicinales. Sepamos si al menos hay acuerdo en lo que concierne a la materia mediante la cual los hombres se producen unos a otros. *c* | Porque, en cuanto a su primera producción, no es de extrañar que en cosa tan elevada y antigua el entendimiento humano se confunda y diluya. Arquelao el físico, cuyo discípulo y favorito fue Sócrates, según Aristoxeno, decía que tanto los hombres como los animales fueron hechos de un fango lechoso, exprimido por el calor de la tierra.[778] *a* | Pitágoras asegura que nuestra semilla es la espuma de nuestra mejor sangre;[779] Platón, el derrame de la médula de la espina dorsal, cosa que argumenta por el hecho de que este sitio se resiente el primero de la fatiga que produce el acto sexual; Alcmeón, una parte de la sustancia del cerebro; y la prueba de que es así, dice, está en que los ojos se enturbian cuando uno se esfuerza sin mesura en este ejercicio; Demócrito, una sustancia extraída de toda la masa corporal; Epicuro, una extraída del alma y del cuerpo; Aristóteles, una excrecencia surgida del alimento de la sangre, el último que se

esparce por nuestros miembros; otros, de sangre cocida y digerida por el calor de los genitales, cosa que piensan por el hecho de que, en los esfuerzos extremos, se vierten gotas de sangre pura; en esto parece haber más plausibilidad, si es posible obtener alguna plausibilidad de una confusión tan infinita.[780] Ahora bien, para llevar a efecto esta semilla, ¿cuántas forjan con opiniones encontradas? Aristóteles y Demócrito sostienen que las mujeres carecen de esperma, y que dejan escapar simplemente un sudor debido al calor del placer y del movimiento, que no tiene utilidad alguna en la generación; Galeno y sus seguidores, por el contrario, afirman que, sin el encuentro de las semillas, la generación es imposible. Vemos a médicos, filósofos, juristas y teólogos enfrentados, en batiburrillo con nuestras esposas, sobre la cuestión de los plazos en que las mujeres producen su fruto. Y yo apoyo, con mí propio ejemplo, a aquellos que defienden el embarazo de once meses.[781] El mundo se funda en esta experiencia; no hay mujercita tan simple que no pueda decir su opinión sobre todas estas disputas, y, sin embargo, no podemos ponernos de acuerdo.

Baste con esto para verificar que el hombre no está más instruido sobre el conocimiento de sí mismo en la parte corporal que en la espiritual. Le hemos presentado a sí mismo, y su razón a su razón, para ver lo que ésta nos diría. Me parece haber mostrado de sobra qué poco se entiende. *c* | Y quien no se entiende a sí mismo, ¿qué puede entender? *Quasi uero mensuram ullius rei possit agere, qui sui nesciat*[782] [Como si pudiera medir otra cosa quien ignora su propia medida]. En verdad Protágoras nos las contaba buenas convirtiendo en medida de todas las cosas al hombre,[783] que jamás supo siquiera la suya. Si no es él, su dignidad no permitirá que ninguna otra criatura posea esta ventaja. Ahora bien, al ser tan contrario en sí mismo, y al subvertir un juicio sin descanso a otro, esta favorable proposición no era más que una burla que nos llevaba a concluir de manera necesaria la nulidad del compás y del compasador. Cuando Tales estima que el conocimiento del hombre es muy

difícil para el hombre,[784] le enseña que el conocimiento de cualquier otra cosa es imposible para él.

a | Vos, por quien me he esforzado en extender un cuerpo tan largo en contra de mi costumbre, no rehusaréis defender a vuestro Sibiuda mediante la forma ordinaria de argumentar en la cual os instruyen todos los días, y ejercitaréis en ello vuestro ingenio y vuestro estudio.[785] Este último recurso de esgrima no debe ser empleado, en efecto, sino como un remedio extremo. Es un golpe desesperado, en el cual debéis abandonar vuestras armas para hacer que vuestro adversario pierda las suyas, y un recurso secreto, del que uno debe valerse rara y reservadamente. Es una gran temeridad perderse uno mismo para perder a otro. *b* | No es necesario querer morir para vengarse, como hizo Gobrias. Cuando luchaba estrechamente con un noble persa, apareció Darío con la espada empuñada, que temía golpear por miedo a alcanzar a Gobrias. Éste le gritó que hiriese sin temor, aunque tuviese que atravesarlos a los dos.[786] *c* | He visto reprobar como injustas armas y condiciones de combate singular desesperadas, y en las cuales quien las ofrecía se ponía a sí mismo y a su compañero en la situación de un fin inevitable para ambos.[787] Los portugueses capturaron como prisioneros, en el mar de las Indias, a ciertos turcos. Éstos, incapaces de resistir su cautividad, se resolvieron, y con éxito, a incendiarlo y a reducirlo todo a cenizas, a sí mismos, a sus amos y el barco, frotando entre sí los clavos del navío, y haciendo caer una chispa de fuego en los barriles de pólvora que había en el lugar donde estaban encerrados.[788]

a | Aquí zarandeamos los últimos límites y barreras de las ciencias, en las cuales la extremidad es viciosa, como sucede en la virtud.[789] *a*² | Manteneos en la senda común; no es bueno ser tan sutil y refinado. Acordaos de lo que dice el proverbio toscano:

Chi troppo s'assottiglia si scavezza.[790]

[Quien se vuelve demasiado sutil, se despunta].

a | Os aconsejo, en vuestras opiniones y razonamientos, así como en vuestra conducta, y en todo lo demás, moderación y

templanza, y que rehuyáis la novedad y la extrañeza. Todas las vías extravagantes me disgustan. Vos, que, por la autoridad que os confiere vuestra grandeza, y, aún más, por las ventajas que os otorgan vuestras cualidades más propias, podéis dar órdenes con un guiño a quien os plazca, deberíais haber confiado este encargo a alguien que profesara las letras, que os habría apoyado y enriquecido esta fantasía de manera muy distinta.[791] Sin embargo, con esto tenéis bastante para vuestra necesidad.

Decía Epicuro de las leyes que las peores nos eran tan necesarias que, sin ellas, los hombres se devorarían entre sí.[792] *c* | Y Platón prueba que sin leyes viviríamos como animales.[793] *a* | Nuestro espíritu es un instrumento errabundo, peligroso y temerario; es difícil añadirle orden y mesura. Y en estos tiempos vemos a los que poseen alguna singular excelencia por encima de los demás y alguna vivacidad extraordinaria desbordados, casi todos, en la licencia de opiniones y comportamiento. Es un milagro encontrar a alguno sereno y sociable. Con razón se le ponen al espíritu humano las barreras más estrictas que se puede. En el estudio, como en lo demás, hay que contarle y ordenarle los pasos, hay que adjudicarle por medio del arte los límites de su caza. a^2 | Se le refrena y atenaza mediante religiones, leyes, costumbres, ciencia, preceptos, penas y recompensas mortales e inmortales; aun así vemos que, por su volubilidad y disolución, escapa a todos estos lazos. Es un cuerpo vano, que no tiene por donde ser aferrado ni dirigido; un cuerpo vario y diforme, en el que no puede establecerse nudo ni asidero. *b* | Lo cierto es que son pocas las almas tan ordenadas, tan fuertes y tan bien nacidas que pueda confiarse en su propia dirección, y que puedan con moderación y sin temeridad bogar con libertad de juicios más allá de las opiniones comunes. Es más útil reducirlas a tutela. El espíritu es una espada temible para su mismo possedor si uno no sabe armarse con ella de manera recta y juiciosa. *c* | Y no hay animal al que con mayor justicia haya que poner anteojeras para mantenerle la vista sujeta y fija hacia delante, y para evitar que se extravíe a un lado u otro fuera de los carriles que el uso y las

leyes le trazan. *a* | Por tanto, será mejor que os ciñáis al camino acostumbrado, sea el que fuere, que emprender el vuelo a esta licencia desenfrenada. Pero si alguno de esos nuevos doctores intenta dárselas de ingenioso en vuestra presencia, a costa de su salvación y de la vuestra, para libraros de esa peligrosa peste que se esparce todos los días por vuestras cortes, este preservativo para casos de extrema necesidad impedirá que el contagio del veneno os afecte a vos o a quienes os acompañan.[794]

La libertad, pues, y la gallardía[795] de los espíritus antiguos producía en la filosofía y las ciencias humanas numerosas escuelas de opiniones diferentes; cada uno intentaba juzgar y elegir para tomar partido. Pero hoy en día, *c* | que todos los hombres siguen el mismo camino, *qui certis quibusdam destinatisque sententiis addicti et consecrati sunt, ut etiam quae non probant, cogantur defendere*[796] [que están adheridos y consagrados a ciertas opiniones fijas y establecidas, de manera que se ven obligados a defender también aquello que no aprueban], y *a* | que recibimos las artes por autoridad y por mandato civiles,[797] *c* | de suerte que las escuelas tienen un solo patrón, y el mismo tipo de formación, y una enseñanza circunscrita,[798] *a* | no se mira ya lo que las monedas pesan y valen, sino que cada cual las acoge por su parte según el valor que la aprobación común y el curso les confieren. No se litiga por la aleación, sino por el uso; así, se acepta igualmente cualquier cosa. Se acoge la medicina como la geometría; y los juegos de manos, los encantamientos, los ligámenes,[799] la relación con los espíritus de los perecidos, las adivinaciones, las *domificaciones*[800] y hasta esa ridícula búsqueda de la piedra filosofal.[801] Todo se admite sin objeción. Sólo hay que saber que el lugar de Marte reside en medio del triángulo de la mano, el de Venus en el pulgar, y el de Mercurio en el meñique; y que cuando la línea del corazón corta la prominencia del índice, es signo de crueldad; cuando falta bajo el dedo corazón y la línea mediana hace ángulo con la vital en el mismo sitio, es signo de una muerte miserable. Que si, en una mujer, la mediana está abierta y no cierra el ángulo con la

vital, eso denota que será poco casta.[802] Os invoco a vos misma como testigo sobre si con tal ciencia un hombre no puede pasar con reputación y favor por todas las compañías.

Decía Teofrasto que el conocimiento humano, encauzado por los sentidos, podía juzgar las causas de las cosas hasta cierto límite, pero que, al llegar a las causas supremas y primeras, había de detenerse y atascarse, en virtud de su debilidad o de la dificultad de las cosas.[803] Es una opinión moderada y suave que nuestra capacidad pueda conducirnos hasta el conocimiento de algunas cosas, y que posea ciertas medidas de potencia, más allá de las cuales es temerario emplearla. Tal opinión es plausible, y la introduce gente conciliadora. Pero es difícil ponerle límites a nuestro espíritu; es curioso y ávido, y no tiene ningún motivo para detenerse a mil pasos mejor que a cincuenta. Ha comprobado por experiencia que en aquello en lo cual uno había fracasado, otro ha tenido éxito, y que aquello que un siglo desconocía, el siglo siguiente lo ha aclarado, y que las ciencias y las artes no se forjan en un molde, sino que se forman y modelan poco a poco, manejándolas y puliéndolas muchas veces, como los osos dan forma a sus cachorros lamiéndolos lentamente.[804] Aquello que mi fuerza no puede descubrir, no dejo de examinarlo y de ponerlo a prueba; y a fuerza de probar y amasar la nueva materia, de removerla y calentarla, abro a quien me sigue cierta facilidad para que la posea más a sus anchas, y se la hago más dúctil y más manejable:

ut Hymettia sole
cera remollescit, tractataque pollice, multas
uertitur in facies, ipsoque fit utilis usu.[805]

[como la cera de Himeto se reblandece al sol, y, amasada con el pulgar, adopta muchas formas, y el uso mismo la hace útil].

Lo mismo hará el segundo a favor del tercero. Por lo tanto, la dificultad no debe desesperarme, ni tampoco mi impotencia, porque sólo me atañe a mí. El hombre es capaz de todo igual que de algunas cosas, y si reconoce, como dice Teofrasto, la ignorancia de las causas primeras y los principios, que no me tema abandonar el resto de su ciencia. Si le falta la base, su

razonamiento se viene abajo. El disputar y el indagar no tienen otro objetivo y otro límite que los principios; si este fin no ataja su carrera, se lanzan a una irresolución infinita. *c* | *Non potest aliud alio magis minusue comprehendi, quoniam omnium rerum una est definitio comprehendendi*[806] [No puede ser que una cosa se comprenda más o menos que otra, puesto que la definición de comprensión es única para todas las cosas].

a | Ahora bien, es verosímil que si el alma conociera alguna cosa, se conocería en primer lugar a sí misma; y si supiera algo fuera de ella, se trataría de su cuerpo y su envoltura antes que de cualquier otra cosa. Si vemos que hasta hoy los dioses de la medicina continúan debatiendo en torno a nuestra anatomía,

Mulciber in Troiam, pro Troia stabat Apollo,[807]

[Vulcano era contrario a Troya; Apolo, favorable a Troya],

¿cuándo esperamos que se pongan de acuerdo? Estamos más cerca de nosotros mismos que de la blancura de la nieve o de la pesadez de la piedra. Si el hombre no se conoce, ¿cómo va a conocer sus funciones y sus fuerzas? Tal vez alberguemos algún conocimiento verdadero, pero es por casualidad.

Y habida cuenta que, por la misma vía, de la misma manera y con el mismo proceso, nuestra alma acoge los errores, ésta carece de capacidad para discernirlos y para distinguir la verdad de la mentira.

Los académicos aceptaban cierta inclinación de juicio, y encontraban demasiado crudo decir que no era más verosímil que la nieve fuera blanca que negra, y que no estuviésemos más seguros del movimiento de una piedra lanzada por nuestra mano que del de la octava esfera. Y para eludir esta dificultad y extrañeza, que ciertamente a nuestra imaginación le cuesta mucho admitir, aun estableciendo que en modo alguno éramos capaces de saber, y que la verdad estaba sumida en unos profundos abismos donde la vista humana no puede penetrar, reconocían unas cosas como más verosímiles que otras, y aceptaban en su juicio la facultad de poderse

inclinar hacía una apariencia más que hacia otra. Le permitían esta propensión, pero prohibiéndole toda resolución.[808]

El parecer de los pirrónicos es más audaz y, al mismo tiempo, más verosímil.[809] En efecto, la inclinación académica y la propensión hacia una tesis más bien que hacia otra, ¿qué es sino el reconocimiento de una verdad más plausible en ésta que en aquélla? Si nuestro entendimiento tiene capacidad para la forma, los rasgos, el porte y el rostro de la verdad, la verá entera no menos que a medias, incipiente e imperfecta. Aumenta la aparente verosimilitud que les hace inclinarse más bien a la izquierda que a la derecha; multiplica por cien, por mil esa onza de verosimilitud que inclina la balanza. Sucederá al fin que ésta se decantará del todo por un partido y fijará una elección y una verdad completa. Pero ¿cómo se dejan someter por la verosimilitud si desconocen la verdad? ¿Cómo conocen la similitud de aquello cuya esencia desconocen? O podemos juzgar del todo, o no podemos hacerlo en modo alguno. Si nuestras facultades intelectuales y sensibles carecen de fundamento y de base, si no hacen más que fluctuar y agitarse al viento, en vano dejamos arrastrar nuestro juicio a parte alguna de su operación, sea cual fuere la plausibilidad que parezca ofrecernos. Y la posición más segura de nuestro entendimiento, y la más feliz, sería aquélla en la cual permaneciera sereno, recto, inflexible, sin movimiento ni agitación. *c* | *Inter uisa uera aut falsa ad animi assensum nihil interest*[810] [En cuanto a la adhesión del alma, ninguna diferencia hay entre las apariencias verdaderas y las falsas].

a | Que las cosas no residen en nuestro interior en su propia forma y esencia, y que no penetran en nosotros por su propia fuerza y autoridad, lo vemos de sobra.[811] Porque, si así fuera, las recibiríamos de la misma manera. El vino sería igual en la boca del enfermo que en la boca del sano. El que tiene sabañones en los dedos o el que los tiene entumecidos percibiría la misma dureza al tocar madera o hierro que el otro. Así pues, los objetos extraños se someten a nuestra merced, residen en nosotros a nuestro gusto. Ahora bien, si recibiésemos alguna cosa sin alteración, si las aprehensiones humanas fuesen lo

bastante capaces y firmes para captar la verdad con nuestros propios medios, dado que estos medios son comunes a todos los hombres, la verdad pasaría de mano en mano del uno al otro. Y habría al menos una cosa en el mundo, entre todas las que existen, que los hombres creerían con un acuerdo universal. Pero el hecho de que no se vea proposición alguna que no esté sujeta a debate y controversia entre nosotros, o que no pueda estarlo, muestra muy bien que nuestro juicio natural no capta con toda claridad aquello que capta. En efecto, mi juicio no puede hacerlo aceptar al juicio de mi compañero, lo cual es signo de que lo he captado por otro medio que por una facultad natural que esté en mí y en todos los hombres.

Dejemos de lado la infinita confusión de opiniones que se ve incluso entre los filósofos, y el debate perpetuo y universal en torno al conocimiento de las cosas. Porque se presupone de manera muy cierta que los hombres, me refiero a los doctos, los mejor nacidos, los más capaces, no están de acuerdo ni siquiera en que el cielo esté sobre nuestra cabeza, pues quienes dudan de todo, dudan también de esto; y quienes niegan que podamos comprender cosa alguna, dicen que no hemos comprendido que el cielo esté sobre nuestra cabeza.

Y estas dos opiniones son, sin comparación, las más fuertes en cuanto a número.[812]

Aparte de esta variedad y división infinita, debida a la turbación que nuestro juicio nos causa a nosotros mismos, y a la incertidumbre que cada uno siente en su interior, es fácil ver que su posición es muy poco segura. ¿Con qué variedad no juzgamos las cosas?, ¿cuántas veces cambiamos nuestras fantasías? Lo que sostengo y creo hoy, lo sostengo y creo con plena convicción; todos mis instrumentos y todas mis fuerzas empuñan esta opinión, y me la avalan en todo lo que pueden. No podría abrazar ni mantener verdad alguna de manera más cierta. Estoy por entero en ella, estoy de verdad en ella. Pero ¿no me ha sucedido, no una vez sino cien, sino mil, y todos los días, que he abrazado cualquier otra cosa con los mismos instrumentos, en las mismas condiciones, que después he

juzgado falsa? Al menos hay que hacerse sabio a costa de uno mismo.[813] Si me he visto a menudo traicionado con este motivo, si mi piedra de toque suele resultar falsa, y mi balanza desequilibrada e injusta, ¿qué seguridad puedo tener en esta ocasión más que en las otras? ¿No es una necedad dejarme engañar tantas veces por un guía? Aun así, por más que la fortuna nos cambie quinientas veces de sitio, por más que no haga otra cosa que vaciar y volver a llenar incesantemente nuestra creencia, como un vaso, con nuevas y nuevas opiniones, siempre la actual y última es la cierta y la infalible. Por ella es preciso abandonar bienes, honor, vida y salud, y todo,

posterior res illa reperta,
perdit, et immutat sensus ad pristina quaeque.[814]
[un descubrimiento posterior arruina todos los antiguos
y modifica nuestros sentimientos con respecto a ellos].

b | Sea lo que fuere lo que nos predican, sea lo que fuere lo que aprendemos, habría que recordar siempre que es el hombre quien da y el hombre quien recibe; es una mano mortal la que nos lo ofrece, es una mano mortal la que lo acepta. Sólo las cosas que nos llegan del cielo tienen derecho y autoridad de persuasión; sólo ellas poseen la marca de la verdad, que tampoco vemos sino con nuestros ojos, ni recibimos sino con nuestros medios —esta santa y grande imagen no podría residir en un domicilio tan miserable si Dios no lo prepara para tal uso, si Dios no lo reforma y fortifica por su gracia y favor particular y sobrenatural.

a | Al menos, nuestra condición falible debería hacer que nos comportáramos con mayor moderación y contención en nuestros cambios. Debería recordarnos, sea lo que fuere aquello que recibimos en el entendimiento, que recibimos con frecuencia cosas falsas, y mediante esos mismos instrumentos que se contradicen y engañan a menudo. Ahora bien, no es asombroso que se contradigan siendo como son tan fáciles de inclinar y torcer por ligerísimas circunstancias. Lo cierto es que nuestra aprehensión, nuestro juicio y las facultades de nuestra alma en general sufren según los movimientos y alteraciones del cuerpo, alteraciones que son continuas. ¿No tenemos el

espíritu más despierto, la memoria más rápida, el razonamiento más vivo en la salud que en la enfermedad? ¿Acaso el gozo y la alegría no nos hacen recibir los objetos que se presentan al alma con muy distinto semblante que la aflicción y la melancolía? ¿Crees que los versos de Catulo o de Safo le sonríen a un viejo avaricioso y ceñudo como a un joven vigoroso y ardiente? *b* | Cuando Cleómenes, hijo de Anaxándridas, se puso enfermo, sus amigos le reprocharon que tuviera nuevos e insólitos humores y fantasías: «Ya lo creo», replicó; «tampoco soy el mismo que cuando estoy sano: al ser otro, también mis opiniones y fantasías son otras».[815] *a* | En los litigios de nuestros tribunales se utiliza una frase que se dice de los criminales que encuentran a los jueces en buena disposición, suave y benigna: «*Gaudeat de bona fortuna*» [Que goce de buena suerte]. Es cierto, en efecto, que los juicios resultan a veces más proclives a la condena, más espinosos y duros, a veces más fáciles, cómodos y propicios a la excusa. Si uno se trae de casa el dolor de la gota, los celos o el robo de un criado, con el alma entera teñida e impregnada de cólera, no puede dudarse que su juicio se alterará hacia ese lado. *b* | El venerable senado del Areópago juzgaba de noche, por miedo a que la visión de los querellantes corrompiese su justicia.[816] *a* | Aun el aire y la serenidad del cielo nos producen alguna mutación, como dice este verso griego en Cicerón,

Tales sunt hominum mentes, quali pater ipse
Iuppiter auctifera lustrauit lampade terras.[817]

[Las mentes de los hombres son semejantes a la luz con que el
propio padre Júpiter ha esparcido la fecundante luz sobre la tierra].

No sólo las fiebres, los bebedizos y los grandes infortunios turban nuestro juicio; las menores cosas del mundo lo trastornan. Y no cabe duda de que, aunque no nos demos cuenta, si la fiebre continúa puede abatirnos el alma, la terciana nos comporta cierta alteración, según su medida y proporción.[818] Si la apoplejía amodorra y extingue por

completo la visión de nuestra inteligencia, es indudable que el catarro la ofusca. Y, por consiguiente, apenas puede encontrarse una sola hora en la vida en la cual nuestro juicio se halle en su debida posición. Nuestro cuerpo está expuesto a tantas continuas mutaciones, y está poblado por tantas clases de fuerzas, que —creo a los médicos— es muy difícil que no haya siempre alguna que marche de través.

Además, esta enfermedad no se descubre tan fácilmente, salvo que sea del todo extrema e irremediable, pues la razón anda siempre de lado, coja y derrengada, y con la mentira como con la verdad. Por tanto, es difícil descubrir su error y desorden. Llamo siempre razón a la apariencia de raciocinio que cada cual forja en sí mismo. Esta razón, de cuya condición puede haber cien contrarias en torno a un mismo asunto, es un instrumento de plomo y de cera, alargable, dócil y acomodable a todos los sesgos y a todas las medidas; no se requiere sino la habilidad de saberlo moldear. Por bueno que sea el propósito de un juez, si no se escucha de cerca a sí mismo, cosa a la que poca gente se dedica, la inclinación a la amistad, al parentesco, a la belleza y a la venganza, y no sólo estas cosas tan graves, sino el instinto fortuito que nos lleva a favorecer una cosa más que otra, y que nos hace elegir, sin permiso de la razón, entre dos objetos semejantes, o alguna sombra de vanidad semejante, pueden introducir insensiblemente en su juicio la recomendación o el desprecio de una causa, e inclinar la balanza.

Yo, que me espío desde más cerca, que tengo los ojos incesantemente fijos en mí mismo, como quien no tiene mucho que hacer en ninguna otra parte,

quis sub Arcto
rex gelidae metuatur orae,
quid Tyridatem terreat, unice
securus,[819]
[sin cuidarme en absoluto de saber a qué rey
temen bajo la gélida Osa, qué aterroriza a Tiridates],

apenas osaría decir la vanidad y la flaqueza que hallo en mí. Mi base es tan inestable y está tan mal asentada, me parece tan fácil de echar abajo y tan proclive a la oscilación, y mi vista es

tan irregular, que en ayunas me siento otro que después de comer; si la salud y la claridad de un buen día me sonríen, soy un hombre honesto; si un callo me oprime el dedo del pie, soy ceñudo, desagradable e inaccesible. *b* | El mismo paso de caballo se me antoja en ocasiones rudo, en ocasiones cómodo, y el mismo camino, ahora más corto y otra vez más largo, y la misma forma, a veces más, a veces menos grata. *a* | Ahora estoy dispuesto a hacerlo todo, luego a no hacer nada; lo que en este momento me resulta placentero, en ocasiones me será muy penoso. *a*[2] | Se producen en mí mil movimientos irreflexivos y fortuitos. Me domina el humor melancólico o el colérico; y con su autoridad privada ahora prevalece en mí la tristeza, luego la alegría. *a* | Cuando cojo un libro, habré percibido en tal pasaje gracias excelentes y que me han llegado al alma; lo retomo de nuevo, y por más vueltas y revueltas que le doy, por más que lo doblo y lo manejo, es una masa desconocida e informe para mí.

b | Ni siquiera en mis propios escritos reencuentro siempre el aire de mi primera figuración. No sé qué quise decir, y escarmiento a menudo al corregir e introducir un nuevo sentido, porque pierdo el primero, que era mejor. No hago más que ir y venir. Mi juicio no siempre marcha hacia delante; fluctúa, vagabundea,

uelut minuta magno
deprensa nauis in mari uesaniente uento.[820]
[como una pequeña nave sorprendida en
el vasto mar por un viento enfurecido].

Más de una vez —lo hago de buena gana— me he dedicado, como ejercicio y distracción, a defender una opinión contraria a la mía, y mi espíritu, aplicándose y volviéndose hacia ese lado, me adhiere a tal punto a ella que dejo de ver la razón de mi primer parecer y me aparto de él. Me arrastro casi hacia el lado al que me inclino, sea el que sea, y mi propio peso me empuja.

Todo el mundo diría más o menos esto de sí mismo si se mirara como yo lo hago. Los predicadores saben que la emoción que les embarga al hablar, les anima a creer, y que,

en plena cólera, nos entregamos más a la defensa de nuestra tesis, la imprimimos en nosotros y la abrazamos con más vehemencia y adhesión que cuando tenemos el juicio frío y sereno. Te limitas a referirle una causa al abogado, te responde con titubeos y con dudas; sientes que le resulta indiferente asumir el apoyo de uno u otro partido. Le has pagado bien, para atraerlo y para que se lo tome en serio. Empieza a interesarse; ¿ha inflamado su voluntad?, se inflaman al mismo tiempo su razón y su ciencia. De pronto una verdad manifiesta e indudable se presenta a su entendimiento; descubre una luz del todo nueva y se lo cree seriamente, y así se le persuade. Es más, no sé si el ardor que nace de la irritación y de la terquedad en contra de la presión y de la violencia del magistrado, y del peligro, *c* | o el interés por la reputación, *b* | no han llevado a algún hombre a sostener hasta el fuego una opinión por la cual, entre amigos y en libertad, no habría querido quemarse la punta de un dedo.

a | Las sacudidas y los quebrantos que el alma sufre a causa de las pasiones corporales pueden mucho en ella, pero aún más las suyas propias. Les está tan fuertemente expuesta que acaso sea defendible que no avanza ni se mueve sino por el soplo de sus vientos, y que, sin su agitación, permanecería inerte, como una nave en plena mar a la cual los vientos dejan sin ayuda.[821] Y si alguien sostuviera esto, *c* | siguiendo el partido de los peripatéticos,[822] *a* | apenas nos perjudicaría, pues es sabido que la mayor parte de las acciones más bellas del alma proceden del impulso de las pasiones y necesitan de él. La valentía, dicen, no puede consumarse sin la asistencia de la cólera:

c | *Semper Aiax fortis, fortissimus tamen in furore.*[823]

[Ayax es siempre valeroso, pero es valerosísimo embargado de furor].

Nadie se abalanza contra los malvados y los enemigos con vigor suficiente si no está enfurecido. Y pretenden que el abogado inspire cólera a los jueces para obtener justicia.[824] Las pasiones incitaron a Temístocles, incitaron a Demóstenes, y han impelido a los filósofos a realizar esfuerzos, vigilias y peregrinaciones; nos conducen al honor, a la ciencia, a la salud,

fines útiles.[825] Y la blandura de ánimo para soportar el hastío y el enojo sirven para alimentar en la conciencia la penitencia y el arrepentimiento,[826] y para sentir los azotes con que Dios nos castiga, y los azotes de la corrección política. *b* | La compasión sirve de acicate a la clemencia,[827] y *a* | el temor despierta nuestra prudencia para conservarnos *c* | y gobernarnos; *a* | y la ambición ¿cuántas bellas acciones suscita?, ¿cuántas, la presunción? En suma, no existe ninguna virtud eminente y gallarda sin cierta agitación desordenada. ¿No será ésta una de las razones que llevó a los epicúreos a descargar a Dios de todo cuidado y preocupación por nuestros asuntos, dado que ni siquiera los efectos de su bondad pueden aplicarse a nosotros sin quebrantar su reposo por medio de las pasiones, las cuales son como los pinchazos y las incitaciones que encaminan el alma hacia las acciones virtuosas?[828] *c* | ¿O bien lo creyeron de otro modo, y las tomaron como tormentas que despojan deshonrosamente el alma de su tranquilidad? *Vt maris tranquillitas intelligitur, nulla ne minima quiiem aura fluctus commouente: sic animi quietus et placatus status cernitur, quum perturbatio nulla est qua moueri queat*[829] [Así como percibimos el mar tranquilo cuando ningún aura, ni siquiera mínima, mueve las olas, vemos también el estado quieto y sereno del alma cuando ninguna pasión la agita].

a | ¡Qué diferencias de sentidos y de razón, qué contraste de imaginaciones nos muestra la variedad de nuestras pasiones! ¿Qué seguridad podemos pues sacar de una cosa tan inestable y movediza, expuesta por su condición al dominio de la turbación, *c* | y que jamás avanza sino con paso forzado y prestado? *a* | Si nuestro juicio está en manos de la enfermedad misma y de la perturbación, si se ve obligado a recibir la impresión de las cosas de la locura y de la ligereza, ¿qué seguridad podemos esperar de él?

c | ¿No hay audacia en la filosofía al estimar que los hombres producen sus acciones más grandes y más próximas a la divinidad cuando están fuera de sí y llenos de furor y de insensatez?[830] Nos volvemos mejores con la privación de la razón y su amodorramiento. Las dos vías naturales para

entrar en el gabinete de los dioses y prever el curso de los destinos son el furor y el sueño.[831] Es divertido considerarlo. Gracias a la dislocación que las pasiones producen en nuestra razón, nos volvemos virtuosos; merced a su extirpación, que es procurada por el furor o por la imagen de la muerte,[832] nos volvemos profetas y adivinos. Nunca la he creído de más buena gana. Es un puro entusiasmo que la santa verdad ha inspirado en el espíritu filosófico lo que le arranca, contra su propósito, que el estado tranquilo del alma, el estado sereno, el estado más sano que la filosofía pueda lograrle, no es su mejor estado. Nuestro velar está más dormido que el dormir; nuestra sabiduría es menos sabia que la locura.[833] Nuestros sueños valen más que nuestros razonamientos. El peor sitio que podemos ocupar está en nosotros mismos. Pero ¿no piensa que pueda ocurrírsenos observar que la voz que hace al espíritu tan clarividente, tan grande, tan perfecto, cuando se ha desprendido del hombre, y tan terrenal, ignorante y tenebroso, mientras está en el hombre, es una voz que surge del espíritu radicado en el hombre terrenal,[834] ignorante y tenebroso, y, por tal motivo, una voz indigna de confianza y de creencia?[835]

a | No tengo mucha experiencia de tales vehementes agitaciones —mi temperamento es blando y pesado—, la mayoría de las cuales sorprende de repente al alma sin darle tiempo de reconocerse. Pero aquella pasión que, según se dice, la ociosidad produce en el corazón de los jóvenes,[836] aunque se encamine con tiempo y con progreso mesurado, representa de manera muy evidente, a quienes han tratado de oponerse a su embate, la fuerza de la mudanza y la alteración que sufre nuestro juicio. Alguna vez intenté hacer un esfuerzo para resistirla y doblegarla —pues, lejos de ser de los que llaman a los vicios, ni siquiera los sigo si no me arrastran—. La sentía nacer, crecer y aumentar pese a mi resistencia, y, al fin, sin dejar de verlo y de vivirlo todo, adueñarse de mí y poseerme, de suerte que, como por una embriaguez, la imagen de las cosas empezaba a parecerme otra que de costumbre. Veía cómo se agrandaban y crecían manifiestamente las ventajas del objeto de mi deseo, y cómo se extendían e hinchaban con el viento de mi

imaginación. Veía cómo se volvían fáciles y allanaban las dificultades de mi empresa, cómo retrocedían mi raciocinio y mi conciencia. Pero, una vez desvanecido ese fuego, en un instante, como por la claridad de un relámpago, mi alma recuperaba otro tipo de visión, otro estado y otro juicio. Las dificultades de la retirada me parecían grandes e invencibles, y las mismas cosas poseían un sabor y un aspecto muy distintos de aquel que me había mostrado el ardor del deseo. Cuál era más verdadero, Pirrón no lo sabe. Nunca estamos libres de enfermedad. Las fiebres tienen su calor y su frío: de los efectos de una pasión ardiente pasamos a los efectos de una pasión fría. *b* | En la misma medida que me había avanzado, me vuelvo atrás:

Qualis ubi alterno procurrens gurgite pontus
nunc ruit ad terras, scopulisque superiacit undam,
spumeus, extremamque sinu perfundit arenam;
nunc rapidus retro atque aestu reuoluta resorbens
saxa fugit, littusque uado labente relinquit. [837]

[Como el mar, avanzando con alterno flujo, ahora se precipita a la tierra, y lanza, espumoso, sus olas por encima de las rocas, y moja en la bahía la arena más lejana, ahora retrocede rápidamente y resorbiendo enseguida los guijarros arrastrados, y deja la orilla en el reflujo].

a | Ahora bien, a partir del conocimiento de mi volubilidad, he generado accidentalmente en mí cierta firmeza de opiniones, y apenas he alterado las mías primeras y naturales. Porque, sea cual fuere la verosimilitud de la novedad, no soy dado a cambiar, por mi temor a perder con el cambio. Y puesto que no soy capaz de elegir, asumo la elección ajena y me mantengo en la posición que Dios me ha asignado. Si no lo hiciera así, no podría abstenerme de rodar incesantemente. a^2 | De esta manera, me he mantenido, por la gracia de Dios, íntegro, sin agitación ni turbación de conciencia, en las antiguas creencias de nuestra religión a través de todas las sectas y divisiones que nuestro siglo ha producido. *a* | Los escritos de los antiguos, quiero decirlos buenos escritos, ricos y sólidos, me tientan y mueven casi allí

donde se les antoja. El que oigo me parece siempre el más vigoroso; encuentro que todos tienen razón, cada uno en su momento, aunque se contradigan. La facilidad que poseen los buenos espíritus para hacer de cualquier cosa algo verosímil, y el hecho de que nada es tan extraño que no intenten darle apariencia suficiente para engañar a una simplicidad como la mía, muestran con toda claridad la endeblez de su prueba.

El cielo y las estrellas se han movido durante tres mil años; todo el mundo lo había creído así hasta que[838] *c* | a Cleantes de Samos[839] o, según Teofrasto, Nicetas de Siracusa[840] *a* | se le ocurrió sostener que era la Tierra la que se movía *c* | por el círculo oblicuo del zodiaco, girando en torno a su eje. *a* | Y, en nuestros tiempos, Copérnico ha fundamentado tan bien esta doctrina, que se sirve de ella con gran precisión para todas las consecuencias astronómicas.[841] ¿Qué sacaremos de ahí sino que no debe importarnos cuál sea de las dos?[842] Y ¿quién sabe si una tercera opinión, de aquí a mil años, no derribará las dos precedentes?

Sic uoluenda aetas commutat tempora rerum:
quod fuit in pretio, fit nullo denique honore;
porro aliud succedit, et e contemptibus exit,
inque dies magis appetitur, floretque repertum
laudibus, et miro est mortales inter honore.[843]

[Así el tiempo en su giro cambia los términos de las cosas: lo que antes se apreció, carece de todo honor; otra cosa le sucede y surge de entre las cosas despreciadas, cada día es más deseada y, una vez descubierta, florece en alabanzas y cobra asombroso honor para los mortales].

Así pues, cuando se nos presenta alguna doctrina nueva, tenemos un gran motivo para desconfiar de ella, y para considerar que antes de que fuese producida, su contraria estaba en boga; y que, de la misma manera que ésta fue derribada por aquélla, podrá surgir en el futuro una tercera invención que se opondrá igualmente a la segunda. Antes de que los principios que introdujo Aristóteles gozaran de aceptación, otros principios satisfacían a la razón humana, tal como éstos nos satisfacen hoy en día. ¿Qué títulos poseen éstos, qué privilegio

particular, para que el curso de nuestra invención se detenga en ellos, y para que les corresponda dominar por siempre jamás nuestra creencia? No son más inmunes al rechazo que sus antecesores.

Cuando me acucian con un nuevo argumento, tengo derecho a considerar que aquello a lo que no puedo responder, lo responderá otro. Porque creer en todas las cosas verosímiles de las que no podemos zafarnos es una gran necedad. Sucedería en ese caso que la creencia del vulgo, *c* | y todos somos vulgo,[844] *a* | sería tornadiza como una veleta. En efecto, su alma, blanda y carente de resistencia, se vería forzada a aceptar nuevas impresiones sin descanso, de suerte que la última borraría siempre la huella de la anterior.[845] El que se encuentre débil ha de responder, de acuerdo con la práctica,[846] que hablará de ello a su asesor, o remitirse a los más sabios, de quienes ha recibido su enseñanza.

¿Cuánto tiempo hace que la medicina está en el mundo? Se dice que un recién llegado, al que llaman Paracelso, cambia y derriba el entero orden de las reglas antiguas, y sostiene que hasta ahora sólo ha servido para hacer morir a los hombres.[847] Creo que demostrará sin dificultad esto último; pero someter mi vida a la prueba de su nueva experiencia, me parece que no sería muy sensato. *a*² | No hay que creer a todo el mundo, dice el precepto, pues todo el mundo puede decir cualquier cosa.[848]

a | Uno de estos hombres que profesan novedades y reformas físicas me decía, no hace mucho, que era notorio que todos los antiguos se habían equivocado acerca de la naturaleza y los movimientos de los vientos, cosa que él me iba a hacer tocar clarísimamente con la mano si quería escucharle. Tras tener un poco de paciencia para oír sus argumentos, que eran muy verosímiles, le dije: «Pero, en suma, quienes navegaban según las leyes de Teofrasto ¿iban hacia Occidente cuando se dirigían hacia Oriente?, ¿iban de lado o hacia atrás?».[849] «Es la casualidad», me respondió; «de todos modos, se equivocaban». Le repliqué entonces que yo prefería seguir los hechos antes que la razón.[850] Ahora bien,

son cosas que con frecuencia se oponen; y me han contado que en la geometría —que cree haber alcanzado la máxima certeza entre las ciencias— se hallan demostraciones irrebatibles que echan por tierra la verdad de la experiencia. Así, Jacques Peletier me decía en mi casa que había descubierto dos líneas que se dirigen la una hacia la otra para unirse, que él demostraba, sin embargo, que jamás podían, hasta el infinito, llegar a tocarse.[851] Y los pirrónicos no se valen de sus argumentos ni de su razón sino para arruinar aquello que muestra la experiencia; y es asombroso hasta dónde les ha seguido la docilidad de nuestra razón en el propósito de oponerse a la evidencia de los hechos. Demuestran, en efecto, que no nos movemos, que no hablamos, que no existen lo pesado o lo caliente, con la misma fuerza argumentativa con la cual demostramos las cosas más verosímiles.

Ptolomeo, que fue un gran personaje, fijó los límites de nuestro mundo. Todos los filósofos antiguos pensaron que poseían su medida, salvo algunas islas apartadas que acaso escapaban a su conocimiento. Hace mil años, poner en duda la ciencia cosmográfica y las opiniones que todo el mundo admitía al respecto, habría sido pirronizar —*b* | era herejía aceptar la existencia de los antípodas—.[852] *a* | Pues bien, en nuestro siglo acaba de descubrirse una extensión infinita de tierra firme, no una isla o una región particular, sino una parte aproximadamente igual en extensión a la que conocíamos.[853] Los geógrafos de estos tiempos no dejan de asegurar que a partir de ahora todo está descubierto y visto:

Nam quod adest praesto, placet, et pollere uidetur.[854]

[Pues lo que se tiene a mano gusta y parece imponerse].

Resta por saber si, ya que Ptolomeo se equivocó antiguamente fundándose en su razón, no será necio confiar ahora en lo que dicen éstos,[855] *c* | y si no es más verosímil que el gran cuerpo que llamamos el mundo sea cosa muy distinta de lo que pensamos. Platón sostiene que cambia de aspecto en todo sentido; que el cielo, las estrellas y el sol invierten a veces el movimiento que les vemos, de manera que Oriente se transforma en Occidente.[856] Los sacerdotes egipcios dijeron a

Heródoto que, tras su primer rey, de lo que hacía más de once mil años —y le mostraron las efigies de todos sus reyes en estatuas hechas a partir del natural—, el sol había cambiado cuatro veces de ruta; que el mar y la tierra se mudan alternativamente el uno en el otro; que el nacimiento del mundo es indeterminado.[857] Aristóteles y Cicerón dicen lo mismo.[858] Y alguno entre nosotros asegura que, desde toda la eternidad, es mortal y renace en numerosas vicisitudes, e invoca como testigos a Salomón y a Isaías, para evitar las objeciones de que Dios haya sido alguna vez creador sin criatura, haya estado ocioso, se haya desdicho de su ociosidad actuando en esta obra, y por consiguiente se haya visto sujeto a cambio.[859] En la más famosa de las escuelas griegas, el mundo es considerado un dios hecho por otro dios más grande, y se compone de un cuerpo y de un alma situada en su centro, que se difunde mediante números musicales a su circunferencia, divino, felicísimo, grandísimo, sapientísimo, eterno. En él hay otros dioses: el mar, la tierra, los astros, que se mantienen con un armonioso y perpetuo movimiento y con una danza divina, tan pronto encontrándose como alejándose, escondiéndose como mostrándose, cambiando de rango, a veces adelante y a veces atrás.[860] Heráclito estableció que el mundo se componía de fuego, y que, por orden de los hados, cierto día debía arder y reducirse a fuego, y otro día renacer.[861] Y de los hombres, dice Apuleyo: «*Sigillatim mortales, cunctim perpetui*»[862] [Uno a uno son mortales, pero en conjunto son eternos]. Alejandro escribió a su madre el relato de un sacerdote egipcio extraído de sus crónicas, que atestiguaba de cierto la antigüedad de esa nación infinita e incluía el nacimiento y desarrollo de los demás países.[863] Cicerón y Diodoro dicen en su tiempo que los caldeos conservaban el registro de más de cuatrocientos mil años;[864] Aristóteles, Plinio y otros, que Zoroastro vivió seis mil años antes de la vida de Platón.[865] Platón afirma que los habitantes de la ciudad de Sais conservan memorias escritas a lo largo de ocho mil años, y que la ciudad de Atenas fue alzada mil años antes que la mencionada ciudad de

Sais.[866] *b* | Epicuro, que al mismo tiempo que las cosas son aquí como las vemos, en otros muchos mundos son exactamente iguales y de la misma manera.[867] Cosa que habría sostenido con mayor firmeza de haber visto las similitudes y coincidencias del nuevo mundo de las Indias occidentales con el nuestro, presente y pasado, en ejemplos tan asombrosos.

c | A decir verdad, considerando lo que conocemos del curso de esta sociedad terrestre, a menudo me ha admirado ver las coincidencias que se dan, a través de una grandísima distancia espacial y temporal, en tan gran número de opiniones populares salvajes,[868] y de costumbres y creencias salvajes, y que en ningún aspecto parecen deberse a nuestra razón natural. El espíritu humano es un gran artífice de milagros.[869] Pero esta correlación tiene un no sé qué de todavía más heteroclito; se produce también en nombres y en mil cosas más. *b* | Se hallaron, en efecto, naciones, que jamás habían oído —por lo que sabemos— noticias nuestras, donde se aceptaba la circuncisión; donde había Estados y grandes gobiernos mantenidos por mujeres, sin hombres; donde se reproducían nuestros ayunos y nuestra cuaresma, con el añadido de la abstinencia de mujeres;[870] donde nuestras cruces se admitían en diversos modos —en un sitio honraban con ellas las sepulturas; en otro las empleaban, y sobre todo la de san Andrés, para defenderse de las visiones nocturnas y para ponerlas en los partos de los niños contra los encantamientos;[871] en otro sitio, encontraron una de madera, de gran altura, adorada como dios de la lluvia, y ésta se hallaba muy tierra adentro—.[872] Se encontró una imagen muy clara de nuestros penitentes, el uso de mitras, el celibato de los sacerdotes,[873] el arte de adivinar por medio de las entrañas de los animales sacrificados;[874] *c* | la abstinencia de toda suerte de carne y pescado en la alimentación, *b* | la costumbre, en los sacerdotes, de valerse de una lengua especial y no vulgar en los oficios;[875] y la fantasía de que el primer dios fue expulsado por un segundo, hermano menor suyo; que fueron creados con toda clase de bienes, que se les arrebataron después por su pecado, se les cambió su territorio y empeoró su condición natural; que

antiguamente fueron sumergidos por una inundación de aguas celestiales, que sólo se salvaron unas cuantas familias, que se refugiaron en las altas cuevas de las montañas, cuevas que taponaron de manera que el agua no entró, tras encerrar allí dentro muchos tipos de animales; que, al darse cuenta de que la lluvia había cesado, hicieron salir a los perros, y que, como volvieron limpios y mojados, consideraron que el agua todavía no había bajado mucho; más adelante sacaron otros y, al ver que volvían enlodados, salieron a repoblar el mundo, que encontraron lleno tan sólo de serpientes.[876] Se halló en cierto lugar la creencia del día del juicio, de suerte que se ofendían extraordinariamente contra los españoles que esparcían los huesos de los muertos al excavar las riquezas de las sepulturas, diciendo que no sería fácil volver a unir los huesos separados;[877] el comercio mediante trueque y no de otro modo, ferias y mercados para tal efecto;[878] enanos y personas contrahechas como ornamento de las mesas de los príncipes;[879] el uso de la halconería de acuerdo con la naturaleza de sus aves;[880] impuestos tiránicos;[881] primores de jardinería;[882] danzas, saltos acrobáticos; música instrumental;[883] escudos de armas;[884] juegos de pelota, juego de dados y de azar en el cual con frecuencia se enardecen hasta el punto de jugarse su propia persona y su libertad;[885] una medicina que consiste tan sólo en hechizos;[886] una forma de escritura mediante figuras;[887] la creencia en un solo primer hombre, padre de todos los pueblos; la adoración de un dios que en otro tiempo vivió como hombre en perfecta virginidad, ayuno y penitencia, predicando la ley natural y ceremonias religiosas, y que desapareció del mundo sin muerte natural;[888] la creencia en los gigantes; la costumbre de embriagarse con sus bebidas y de beber a porfía; *Indias*, 43, 82[889] ornamentos religiosos pintados con huesos y calaveras, sobrepellices, agua bendita, hisopos;[890] esposas y sirvientes que se disputan ofrecerse para arder y ser enterrados con el marido o el amo fallecido; una ley según la cual los primogénitos heredan todo el patrimonio sin reservar parte alguna al hijo menor sino de

obediencia; la costumbre de que cuando uno es promovido a determinado cargo de gran autoridad adopte un nuevo nombre y abandone el suyo; la de arrojar cal sobre la rodilla del niño recién nacido mientras se le dice: «Vienes del polvo y volverás al polvo»;[891] el arte de los augurios.

Las vanas sombras de nuestra religión que se ven en algunos de estos ejemplos atestiguan su dignidad y divinidad. No sólo se ha introducido en alguna medida en todas las naciones infieles de aquí mediante cierta imitación, sino también en éstas bárbaras, como por una inspiración común y sobrenatural. Porque se encontró también la creencia del purgatorio, pero de una forma nueva. Lo que nosotros atribuimos al fuego, ellos lo atribuyen al frío, e imaginan las almas purgadas y castigadas por el rigor de una extrema frialdad.[892] Y este ejemplo me advierte de otra graciosa diferencia, pues, así como se encontraron pueblos que gustaban de despojar el extremo de su miembro y cercenaban la piel al modo mahometano y judío, se hallaron otros que tenían tanto escrúpulo en despojarlo que, mediante unos pequeños cordones, llevaban la piel estirada y sujeta con sumo cuidado por encima, por miedo a que ese extremo viera el aire.[893]

Y también de esta diferencia: que, así como nosotros honramos a los reyes y las fiestas engalanándonos con nuestros más hermosos vestidos, en algunas regiones, para mostrar una completa desigualdad y sumisión al rey, los súbditos se presentaban ante él con sus atuendos más viles, y al entrar a palacio se ponen una vieja ropa rasgada sobre la suya buena, para que todo el brillo y el ornamento correspondan al amo. Pero sigamos.

a^2 | Si la naturaleza encierra en los términos de su curso ordinario, así como todas las restantes cosas, también las creencias, los juicios y las opiniones de los hombres; si éstas tienen su revolución, su estación, su nacimiento, su muerte, como las coles; si el cielo las agita y hace rodar a su antojo, ¿qué autoridad magistral y permanente vamos a atribuirles?[894] *b* | Si por experiencia tocamos con la mano que la forma de nuestro ser depende del aire, del clima y del terreno donde nacemos, no

sólo la tez, la talla, el temperamento y los gestos, sino también las facultades del alma[895] *c* | —«*Et plaga coeli non solum ad robur corporum, sed etiam animorum facit*» [Y cielo no sólo influye en el vigor de los cuerpos, sino también en el de las almas], dice Vegecio—;[896] y que la diosa fundadora de la ciudad de Atenas eligió para situarla una región con un clima que hiciera a los hombres prudentes, como los sacerdotes de Egipto enseñaron a Solón:[897] «*Athenis tenue coelum, ex quo etiam acutiores putantur Attici; crassum Thebis, itaque pingues Thebani et ualentes*»[898] [El cielo de Atenas es sutil y por eso se cree que los atenienses son más agudos; el de Tebas es pesado y por eso se cree que los tebanos son burdos y fuertes]. *b* | Así, tal como los frutos y los animales nacen diferentes, los hombres nacen también más o menos belicosos, justos, temperantes y dóciles. En un sitio propensos al vino, en otro, al robo o a la lujuria; en un sitio inclinados a la superstición, en otro a la incredulidad; *c* | en un sitio a la libertad, en otro a la esclavitud; *b* | capaces de una ciencia o de un arte, burdos o ingeniosos, obedientes o rebeldes, buenos o malos, según comporte la inclinación del lugar donde se asientan, y adquieren un temperamento nuevo si se les cambia de lugar, como los árboles. Ésta fue la razón por la cual Ciro no quiso conceder a los persas abandonar su áspero y montañoso país para trasladarse a otro suave y llano; *c* | dijo que las tierras ricas y blandas hacen a los hombres blandos, y las fértiles, los espíritus infértiles.[899] *b* | Si vemos que en ocasiones florece un arte, una creencia,[900] en ocasiones otra, por alguna influencia celeste, que tal siglo produce determinadas naturalezas e inclina al género humano a tal o cual carácter, que los espíritus de los hombres son a veces vigorosos y a veces magros, como los campos, ¿qué resta de todas aquellas hermosas prerrogativas de las que alardeamos? Puesto que un hombre sabio puede equivocarse, y cien hombres, y muchas naciones, e incluso la naturaleza humana se equivoca a nuestro juicio muchos siglos en esto o en aquello, ¿qué seguridad tenemos de que a veces deje de equivocarse, *c* | y de que en este siglo no se equivoque?

a | Me parece que, entre otras pruebas de nuestra flaqueza, no merece olvidarse ésta: que el hombre no es capaz, ni siquiera con el deseo, de encontrar lo que necesita;[901] que, no ya con la posesión, sino ni siquiera con la imaginación y el deseo, no podemos ponernos de acuerdo en qué precisamos para darnos por satisfechos. Dejemos que nuestro pensamiento corte y cosa a su antojo: no podrá siquiera desear lo que le pertenece, *c* | ni satisfacerse:

b | *quid enim ratione timemus*
aut cupimus? quid tam dextro pede concipis, ut te
conatus non peniteat uotique peracti?[902]

[¿qué es, en efecto, lo que tememos o deseamos con razón?, ¿qué concibes con tan buenos auspicios que no te arrepientas del esfuerzo y del deseo una vez cumplido?].

a | Por ello,[903] *c* | Sócrates sólo pedía a los dioses que le concedieran aquello que sabían que le resultaría saludable.[904] Y la oración de los lacedemonios, tanto la pública como la privada, decía simplemente que les otorgaran cosas buenas y hermosas, dejando a la discreción de la potencia suprema[905] su elección y selección:[906]

b | *Coniugium petimus partumque uxoris; at illi*
notum quipueri qualisque futura sit uxor.[907]

[Pedimos un matrimonio y que la mujer nos dé hijos;
pero El sabe cómo serán los hijos y cómo será la esposa],

a | Y el cristiano suplica a Dios que se haga su voluntad[908] para no incurrir en el inconveniente que los poetas imaginan del rey Midas.[909] Pidió a los dioses que cuanto tocara se convirtiera en oro. Su plegaria fue satisfecha: su vino fue oro, su pan oro, y la pluma de su lecho, y de oro fue su camisa y su vestido, de manera que se encontró abrumado por la satisfacción de su deseo, y gratificado con un beneficio insoportable. Tuvo que deshacer sus plegarias:

Attonitus nouitate mali, diuesque miserque,
effugere optat opes, et quae modo uouerat, odit.[910]

[Aturdido por un mal tan nuevo, rico y pobre a la vez,
desea huir de la riqueza, y aborrece lo que antes deseaba].

b | Hablemos de mí mismo. Cuando era joven, le pedía a la fortuna, más que cualquier otra cosa, la orden de Saint- pues entonces era el supremo signo de honor de la nobleza francesa, y muy raro.[911] Me la ha concedido de una manera divertida. En lugar de encumbrarme y alzarme de mi sitio para llegar hasta ella, me ha tratado mucho más graciosamente: la ha descendido y rebajado hasta mis espaldas, y más abajo. *c* | Cleobis y Bitón, Trofonio y Agamedes pidieron, los primeros a su diosa, los otros a su dios, un premio digno de su piedad. Obtuvieron como don la muerte.[912] Hasta este extremo difieren las opiniones celestes sobre lo que necesitamos y las nuestras. *a* | Dios podría otorgarnos riquezas, honores, y aun vida y salud, a veces en perjuicio nuestro, porque lo que nos complace no siempre nos resulta saludable. Si en lugar de la curación nos envía la muerte o el agravamiento de nuestros males —*Virga tua et baculus tuus ipsa me consolata sunt*[913] [Incluso tu vara y tu bastón me han consolado]—, lo hace por las razones de su providencia, que mira con mucha mayor certeza lo que nos corresponde de lo que que nosotros podemos hacerlo; y debemos aceptarlo de buen grado, como algo que proviene de una mano muy sabia y muy amiga:

si consilium uis
permittes ipsis expendere numinibus, quid
conveniat nobis, rebusque sit utile nostris:
carior est illis homo quam sibi.[914]

[si quieres un consejo, permite que los mismos dioses sopesen lo que nos convenga, lo que sirva a nuestros intereses; el hombre es más amado por ellos que por sí mismo].

Porque pedirles honores, cargos, es pedirles que te arrojen a una batalla o al juego de los dados o a cualquier cosa semejante cuya salida desconoces, y cuyo fruto te resulta dudoso.[915]

a | No hay otra pugna tan violenta y acerba entre los filósofos como la que se entabla en torno a la cuestión del bien supremo del hombre. *c* | De ella, según el cálculo de Varrón, nacieron doscientas ochenta escuelas.[916] *Qui autem de summo*

bono dissentit, de tota philosophiae ratione disputat[917] [En efecto, quien discrepa sobre el bien supremo, discute sobre todo el sistema de la filosofía].

a | *Tres mihi conuiuae propre dissentire uidentur,*
poscentes uario multum diuersa palato:
quid dem? quid non dem? Renuis tu quod iubet alter;
quod petis, id sane est inuisum acidumque duobus.[918]

[Me parecen como tres comensales en desacuerdo, que piden cosas muy diversas para paladares distintos: ¿qué servir?, ¿qué no servir? Tú rechazas lo que otro ordena; lo que pides es odioso y agrio para los otros dos].

La naturaleza debería responder así a sus disputas y a sus debates. Unos dicen que nuestro bienestar reside en la virtud, otros en el placer, otros en la conformidad con la naturaleza, algunos en la ciencia, *c* | algunos en no sufrir dolor alguno, *a* | otros en no dejarse llevar por las apariencias —y a esta fantasía parece asemejarse aquella otra *b* | del antiguo Pitágoras:[919]

a | *Nil admirari propre res est una, Numaci,*
solaque quae possit facere et seruare beatum,[920]
[No admirarse de nada es casi la única y sola cosa,
Numacio, que puede dar y mantener la felicidad],

que es el fin de la escuela pirrónica—. *c* | Aristóteles atribuye a la magnanimidad no admirarse de nada.[921] Y decía Arcesilao que las suspensiones y el estado recto e inflexible del juicio son los bienes, pero los acuerdos y las adhesiones son los vicios y males. Es verdad que, al establecer esto como axioma cierto, se apartaba del pirronismo.[922] Cuando los pirrónicos dicen que el bien supremo es la ataraxia, esto es, la inmutabilidad del juicio, no pretenden decirlo de manera afirmativa; pero el mismo movimiento del alma que los lleva a evitar los precipicios y a resguardarse de la intemperie, les presenta también esta fantasía y les hace rehusar cualquier otra.

b | ¡Cómo deseo que, durante mi vida, algún otro o Justo Lipsio, el hombre más docto que nos resta, de espíritu muy culto y juicioso, en verdad hermano de mi Turnèbe,[923] tenga la voluntad y la salud, y el reposo suficiente, para compilar en un registro, según sus divisiones y clases, íntegra y

meticulosamente, hasta donde alcance nuestra vista, las opiniones de la antigua filosofía a propósito de nuestro ser y nuestro comportamiento, sus controversias, el crédito y la continuidad de las escuelas, la aplicación con que autores y seguidores ajustaron su vida a sus preceptos en los acontecimientos memorables y ejemplares! ¡Qué hermosa y útil obra sería!

a | A fin de cuentas, si sacamos de nosotros mismos la regla de nuestro comportamiento, ¡en qué confusión caemos! En efecto, la razón nos aconseja como lo más verosímil para todos en general obedecer las leyes del propio país, *b* | tal como opina Sócrates, inspirado, dice, por un consejo divino.[924] *a* | Y ¿qué pretende decir con eso sino que la única regla de nuestro deber es fortuita? La verdad ha de tener un rostro idéntico y universal. Si la rectitud y la justicia que conoce el hombre tuviesen cuerpo y verdadera realidad, no las sujetaría a la condición de las costumbres de esta o aquella región; la virtud no tomaría su forma de la fantasía de los persas o los indios. Nada está sometido a una agitación más continua que las leyes. Desde que nací, he visto cambiar tres o cuatro veces las de los ingleses, nuestros vecinos, no sólo en materia política, a la cual se pretende dispensar de constancia, sino en el asunto más importante que pueda existir, a saber, en la religión.[925] Es algo que me avergüenza e indigna, mucho más porque se trata de una nación con la cual, en otros tiempos, los de mi región se relacionaron tan estrechamente que en mi casa quedan todavía algunas huellas de nuestro antiguo parentesco.[926] *c* | Y, aquí entre nosotros, he visto cómo aquello que era merecedor de pena capital, devenía legítimo;[927] y quienes consideramos otras cosas como tales, nos arriesgamos, habida cuenta la incertidumbre de la fortuna guerrera, a ser algún día criminales de lesa majestad humana y divina, si nuestra justicia cae a merced de la injusticia y, con unos pocos años de dominio, asume una realidad contraria.

¿Cómo podía ese dios antiguo acusar con más claridad en el conocimiento humano la ignorancia del ser divino, y enseñar a los hombres que su religión[928] no era otra cosa que un

elemento inventado por ellos, adecuado para unir su sociedad, que declarando, como lo hizo, a quienes buscaban la instrucción de su trípode, que el verdadero culto para cada cual era aquel que encontraba observado por la costumbre del lugar donde estaba?[929] ¡Oh Dios!, ¡hasta qué punto hemos de estarle agradecidos a la benignidad de nuestro supremo creador por haber emancipado nuestra creencia de estas errabundas y arbitrarias devociones, y haberla puesto sobre la eterna base de su santa palabra![930]

a | ¿Qué nos dirá, pues, la filosofía en esta necesidad? ¿Que sigamos las leyes de nuestro país, es decir, el fluctuante mar de las opiniones de un pueblo o un príncipe, que me pintarán la justicia con tantos colores y la reformarán en tantos aspectos como cambios de pasión se den en ellos? No puedo tener un juicio tan flexible. ¿Qué bondad es esa que ayer veía reconocida, y mañana ya no, *c* | y que la travesía de un río convierte en crimen? ¿Qué verdad es la que limitan estas montañas, la que es mentira en el mundo que hay al otro lado?[931] *a* | Pero son graciosos cuando, para otorgar alguna certidumbre a las leyes, dicen que hay algunas que son firmes, perpetuas e inmutables, a las que llaman naturales, que están impresas en el género humano por la condición de su propia esencia. Y, de éstas, unos dicen que hay tres, otros cuatro, algunos más, otros menos —señal de que se trata de una marca tan dudosa como el resto—. Ahora bien, son tan desafortunados —pues ¿cómo puedo llamar sino falta de fortuna a que entre un número tan infinito de leyes no se encuentre al menos una a la cual la fortuna *c* | y la veleidad de la suerte *a* | permitan que sea aprobada universalmente por el acuerdo de todas las naciones?—; son, digo, tan desdichados que, de esas tres o cuatro leyes elegidas, no hay ni una sola que no se vea contradicha y desautorizada no por una nación sino por muchas. Pero la aprobación universal es el único título verosímil por el cual podrían argumentar que algunas leyes son naturales. Pues si la naturaleza nos hubiera verdaderamente prescrito alguna cosa, sin duda la secundaríamos con general acuerdo. Y no sólo toda nación, sino todo hombre particular experimentaría la fuerza y la violencia

que le produciría quien pretendiera empujarle en sentido contrario a esa ley. Que me enseñen, para verla, una de esta condición. Protágoras y Aristón no atribuían otra esencia a la justicia de las leyes que la autoridad y la opinión del legislador; y decían que, eso aparte, lo bueno y lo honesto perdían sus cualidades y se reducían a vanos nombres de cosas indiferentes.[932] Trasímaco opina, en Platón, que no existe otro derecho que la conveniencia del superior.[933] En nada es tan diverso el mundo como en costumbres y leyes. Lo que aquí es abominable, en otro sitio otorga prestigio, como en Lacedemonia la destreza para robar.[934] Entre nosotros los matrimonios entre parientes cercanos están prohibidos con la pena capital; en otras partes, son honorables:

gentes esse feruntur
in quibus et nato genitrix, et nata parenti
iungitur, et pietas geminato crescit amore.[935]

[se dice que hay naciones donde la madre se une al hijo, y la hija al padre, y donde la piedad aumenta con este amor redoblado].

Matar a los hijos, matar a los padres, compartir las mujeres, comerciar con cosas robadas, dar vía libre a toda suerte de placeres, nada en suma es tan extremo que no sea aprobado por la costumbre de alguna nación.[936]

b | Es creíble que existan leyes naturales, como se ve en las demás criaturas. Pero en nosotros se han perdido. La bonita razón humana se injiere por todas partes para dominar y mandar, revuelve y confunde el rostro de las cosas según su vanidad e inconstancia. *c* | *Nihil itaque amplius nostrum est: quod nostrum dico, artis est*[937] [Así pues, nada más grande es nuestro: lo que llamo nuestro es el arte].

a | Los asuntos tienen[938] aspectos diversos y consideraciones diversas. De ahí principalmente se genera la variedad de opiniones. Una nación mira un asunto por un lado, y se detiene en él; otra, por otro. Nada puede imaginarse tan horrible como devorar al propio padre. Los pueblos que tenían antiguamente esta costumbre la consideraban sin embargo una prueba de piedad y buenos sentimientos.

Pretendían con ella brindar a sus progenitores la más digna y honorable sepultura, alojando en sí mismos y como en sus tuétanos los cuerpos de sus padres y sus restos, vivificándolos en cierta manera y regenerándolos al transmutarlos en su carne viva por medio de la digestión y el alimento.[939] Es fácil darse cuenta de la crueldad y abominación que habría supuesto, para hombres impregnados e imbuidos en esta superstición, arrojar el cadáver de sus padres a la corrupción de la tierra y al alimento de animales y gusanos.

Licurgo tuvo en cuenta, en el robo, la vivacidad, diligencia, audacia y destreza que hay en coger por sorpresa alguna cosa del vecino, y la utilidad que obtiene el pueblo: que todos ponen más cuidado en la conservación de sus pertenencias; y estimó que de esa doble enseñanza, atacante y defensiva, se sacaba un fruto para la formación militar —que era la principal ciencia y virtud en la que pretendía instruir a esa nación—, más a tener en cuenta que el desorden y la injusticia de aprovecharse de las cosas ajenas.

El tirano Dionisio ofreció a Platón un vestido al estilo persa, largo, damasquino y perfumado; Platón lo rehusó diciendo que, puesto que había nacido varón, no se vestiría de buen grado con ropa de mujer. Pero Aristipo lo aceptó dando como respuesta que ningún atavío podía corromper un ánimo casto.[940] *c* | Sus amigos le recriminaron su cobardía por tomarse poco a pecho que Dionisio le hubiera escupido en la cara: «Los pescadores», dijo, «soportan que las olas del mar les mojen de la cabeza a los pies para atrapar un gobio».[941] Diógenes, que estaba limpiando sus coles, le dijo al verle pasar: «Si fueras capaz de vivir de coles, no harías la corte a un tirano». Aristipo le replicó: «Si fueras capaz de vivir entre los hombres, no lavarías coles».[942] *a* | Vemos así cómo la razón confiere plausibilidad a hechos distintos. *b* | Es un tarro con dos asas, que se puede coger por la izquierda y por la derecha:

bellum, o terra hospita, portas;
bello armantur equi, bellum haec armenta minantur.
Sed tamen Udem olim curru succedere sueti
quadrupedes, et frena iugo concordia ferre;

spes est pacis.[943]

[la guerra, oh tierra hospitalaria, nos traes; por la guerra son armados tus caballos, estas manadas nos amenazan con la guerra. Con todo, estos mismos cuadrúpedos están hace tiempo habituados a engancharse a un carro, y a llevar con el yugo bridas concordes; hay esperanza de paz].

c | Le predicaban a Solón que no derramara lágrimas impotentes e inútiles por la muerte de su hijo: «Por eso», dijo, «las derramo con mucha mayor justicia, porque son inútiles e impotentes».[944] La mujer de Sócrates redoblaba su dolor portal circunstancia: «¡Oh, qué injustamente le hacen morir estos malvados jueces!». «Así pues, ¿preferirías que fuese justamente?», le replicó él.[945] *a* | Llevamos[946] las orejas perforadas; los griegos lo tenían por signo de esclavitud. Nos ocultamos para gozar de nuestras mujeres, los indios lo hacen en público. Los escitas inmolaban a los extranjeros en sus templos; en otros sitios, los templos sirven como lugares de asilo:[947]

b | *Inde furor uulgi, quod numina uicinorum*
odit quisque locus, cum solos credat habendos
esse deos quos ipse colit.[948]

[El furor del vulgo nace de que cada país odia a las divinidades de sus vecinos, pues cree que sólo han de considerarse dioses aquellos que él mismo adora].

a | He oído hablar de un juez que, allí donde encontraba un conflicto difícil entre Bartolo y Baldo,[949] y alguna materia agitada por muchas contradicciones, ponía al margen de su libro: «Cuestión para el amigo», es decir, que la verdad estaba tan enmarañada y era tan debatida que en una causa así podía favorecer la parte que se le antojara. Sólo por falta de ingenio y destreza no ponía en todos sitios: «Cuestión para el amigo». Los abogados y los jueces de nuestro tiempo encuentran en todas las causas suficientes aspectos para acomodarlas a su antojo. En una ciencia tan infinita, que depende de la autoridad de tantas opiniones y de un objeto tan arbitrario, es imposible que no surja una extrema confusión de juicios. Además, apenas hay un proceso tan claro que en él las

opiniones no sean diversas. Lo que una asamblea ha juzgado, otra lo juzga al contrario, y ella misma al contrario en otra ocasión. De lo cual vemos ejemplos comunes por la licencia, que empaña de manera extraordinaria la autoridad ceremonial y el lustre de nuestra justicia, de no detenerse en las sentencias y correr de unos jueces a otros para decidir sobre la misma causa.

En cuanto a la libertad de las opiniones filosóficas con respecto al vicio y a la virtud, es cosa en la cual no es preciso extenderse, y en la cual hay muchos pareceres que están mejor callados que publicados *c* | entre los espíritus débiles. *b* | Arcesilao decía que en la lujuria no importaba por qué lado *c* | ni por dónde *b* | se hacía.[950] *c* | *Et obscoenas uoluptates, si natura requirit, non genere, aut loco, aut ordine, sed forma, aetate, figura metiendas Epicurus putat*[951] [Y en cuanto a los placeres obscenos, si la naturaleza los requiere, Epicuro piensa que no hay que medirlos ni por la estirpe, ni por la posición, ni por el rango, sino por la forma, la edad y la figura]. *Ne amores quidem sanctos a sapiente alienos esse arbitrantur*[952] [Y consideran que los amores santos no son ajenos al sabio]. *Quaeramus ad quam usque aetatem iuuenes amandi sint*[953] [Indaguemos hasta qué edad debe amarse a los jóvenes]. Estos últimos pasajes estoicos y, sobre el mismo tema, el reproche de Dicearco a Platón mismo, muestran cuántas licencias alejadas del uso común y excesivas tolera la más sana filosofía.[954]

a | Las leyes adquieren su autoridad del dominio y el uso; es peligroso hacerlas remontar a su nacimiento: se engrasan y ennoblecen a medida que avanzan, como nuestros ríos. Si las sigues hacia arriba hasta la fuente, no hay más que un pequeño manantial de agua apenas reconocible, que se enorgullece y fortifica al envejecer. Observa las antiguas consideraciones que dieron el primer impulso a este famoso torrente, lleno de dignidad, horror y reverencia: te parecerán tan ligeras y delicadas que no es extraño que esta gente que todo lo sopesa y refiere a la razón, y que nada admite por autoridad y crédito, tenga con frecuencia sus juicios muy alejados de los juicios públicos. No es extraño que una gente que asume como modelo la primera imagen de la naturaleza se desvíe, en la mayoría de

sus opiniones, de la vía común. Así, por ejemplo, pocos entre ellos habrían aprobado las condiciones forzadas de nuestros matrimonios; *c* | y la mayoría han querido que las mujeres sean comunes y sin obligación. *a* | Rehusaban nuestras ceremonias.[955] Crisipo decía que un filósofo dará una docena de volteretas en público, incluso sin pantalones, por una docena de aceitunas.[956] Difícilmente habría aconsejado a Clístenes que rehusara la bella Agarista, su hija, a Hipoclides por haberle visto hacer el pino sobre una mesa.[957] Metrocles dejó ir un poco indiscretamente un pedo mientras disputaba ante su escuela, y permaneció en su casa, escondido por la vergüenza, hasta que Crates le fue a visitar. Éste, añadiendo a sus consuelos y razones el ejemplo de su libertad, empezó a competir con él a tirarse pedos, de suerte que le libró de tal escrúpulo, y además le atrajo a su escuela estoica, más libre, desde la escuela peripatética, más civil, de la cual había sido hasta entonces adepto.[958]

Eso que llamamos honestidad,[959] no osar hacer al descubierto lo que nos resulta honesto hacer a escondidas, ellos lo llamaban necedad; y dárselas de fino callando y repudiando lo que la naturaleza, la costumbre y nuestro deseo publican y proclaman de nuestras acciones, lo consideraban vicio. Y les parecía que era trastornar los misterios de Venus sacarlos del apartado santuario de su templo para exponerlos a la vista del pueblo, y que sacar sus juegos de detrás del cortinaje era echarlos a perder[960] —la vergüenza es una cosa relevante; el ocultamiento, la reserva, la circunscripción, son partes de la estimación—; que el placer instaba muy ingeniosamente, bajo la máscara de la virtud, a no ser prostituido en medio de las encrucijadas, pisoteado por los píes y las miradas del pueblo, echando en falta la dignidad y comodidad de sus gabinetes acostumbrados. Por eso, *a* | dicen algunos, suprimir los burdeles públicos no sólo es difundir por todas partes la lascivia que estaba asignada a ese lugar, sino también azuzar a los hombres vagabundos y ociosos a este vicio de la mano de la dificultad:[961]

Moechus es Aufidiae, quiuir, Coruine, fuisti;

riualis fuerat qui tuus, ille uir est.
Cur aliena placet tibi, quae tua non placet uxor?
Nunquid securus non potes arrigere?[962]

[Tú eres, Corvino, el amante de Aufidia, de la que fuiste marido. Quien fue tu rival es el marido. ¿Por qué te gusta, esposa de otro, la que no te gusta cuando lo es tuya? ¿Acaso con la seguridad no puedes excitarte?].

Esta experiencia se diversifica en mil ejemplos:

Nullus in urbe fuit tota qui tangere uellet
uxorem gratis, Caeciliane, tuam,
dum licuit; sed nunc, positis custodibus, ingens
turba fututorum est. Ingeniosus homo es.[963]

[Nadie en toda la ciudad quiso tocar a tu mujer gratis, Ceciliano, mientras fue lícito; pero ahora que está bajo custodia hay una ingente turba de amantes. Eres un hombre ingenioso].

Le preguntaron a un filósofo, al que sorprendieron en plena tarea, qué hacía. Respondió con toda frialdad: «Planto un hombre»,[964] sin sonrojarse más por ser encontrado así que si le hubiesen hallado plantando ajos.[965] *c* | Un magno y religioso autor, me parece que con una opinión[966] tierna y respetuosa, considera tal acción tan necesariamente obligada al ocultamiento y a la vergüenza que no puede convencerse de que, en la licencia de los abrazos cínicos, el acto llegara a consumarse. Cree, por el contrario, que se limitaba tan sólo a representar movimientos lascivos para mantener la impudicia profesada por su escuela; y que, para culminar aquello que la vergüenza había constreñido y retirado, después tenían todavía necesidad de buscar la sombra.[967] No había visto bastante lejos en su desenfreno. Porque Diógenes, masturbándose en público, hacía votos ante el pueblo presente por poder también llenarse el vientre frotándolo.[968] A quienes le preguntaron por qué no buscaba un sitio más cómodo para comer que en plena calle, les respondió: «Tengo hambre en plena calle».[969] Las mujeres filósofas, que se unían a su escuela, se unían también a su persona en cualquier lugar, sin discreción; e Hiparquia no fue admitida como acompañante de Crates sino con la condición de seguir en todo los usos y costumbres de su regla.[970] Estos

filósofos concedían sumo valor a la virtud y rehusaban cualquier otra enseñanza que no fuese la moral. Sin embargo, atribuían, en todas las acciones, la autoridad suprema a la decisión de su sabio y por encima de las leyes. Y no les prescribían otro freno a los placeres *a* | que la moderación y la preservación de la libertad ajena.[971]

Heráclito y Protágoras, por cuanto el vino le parece amargo al enfermo y agradable al sano, el remo torcido dentro del agua y recto a quienes lo ven fuera, y por similares apariencias contrarias que se encuentran en los objetos, argumentaron que todos los objetos tenían en sí mismos las causas de tales apariencias; y que había en el vino cierto amargor que se representaba en el gusto del enfermo, en el remo cierta cualidad curva que se representaba en quien lo mira dentro del agua. Y así todo lo demás. Es tanto como decir que todo está en todas las cosas, y por consiguiente nada en ninguna, pues nada es allí donde todo es.[972]

Esta opinión me recuerda nuestra experiencia de que no hay ningún sentido, ni aspecto, recto, amargo, dulce o torcido, que el espíritu humano no encuentre en aquellos escritos en los que se dedica a hurgar. En la palabra más limpia, pura y perfecta que pueda existir,[973] ¿cuánta falsedad y mentira han hecho nacer?, ¿qué herejía no ha hallado en ella fundamentos suficientes y testimonios para iniciarse y para mantenerse? Por eso los autores de tales errores no quieren apartarse jamás de esta prueba, del testimonio de la interpretación de las palabras. Un digno personaje, queriéndome aprobar por autoridad la búsqueda de la piedra filosofal en la que está completamente inmerso, me alegó hace poco cinco o seis pasajes de la Biblia en los que decía haberse primeramente fundado en descargo de su conciencia —porque es eclesiástico de profesión—; y en verdad la invención no sólo era amena, sino que además se acomodaba con gran propiedad a la defensa de esta bonita ciencia.[974]

Ésta es la vía por la cual las fábulas adivinatorias cobran crédito.[975] No hay adivino al que, si tiene la autoridad de que nos dignemos hojearlo e indagar minuciosamente todos los

pliegues y aspectos de sus palabras, no se le haga decir lo que se nos antoje, como a las sibilas.[976] Son tan numerosos los medios de interpretación que difícilmente, del derecho o de través, un espíritu ingenioso dejará de encontrar en cualquier objeto cierto aire que le sea útil para su asunto. *c* | Se explica así que el empleo del estilo nebuloso y dudoso sea tan frecuente y antiguo. Si un autor logra atraer y ocupar en él a la posteridad —cosa que puede obtener no sólo la valía, sino, tanto o más, el favor fortuito de la materia—, si además se presenta, por necedad o por astucia, con cierta oscuridad y variación, ¡que no se preocupe! Un gran número de espíritus, pasándolo por el cedazo y sacudiéndolo, expresarán gran cantidad de formas acordes a la suya, o al margen o al contrario de ella, que le harán todas honor. Se verá enriquecido por los recursos de sus discípulos, como los maestros del Lendit.[977]

a | Esto es lo que ha dado valor a muchas naderías, lo que ha dado crédito a numerosos escritos, y los ha cargado al gusto de cada cual de toda suerte de materias. Una misma cosa ha recibido millares, y todas las que se nos antojen, de imágenes y consideraciones distintas.[978] *c* | ¿Es posible que Homero quisiera decir todo aquello que le han hecho decir?, ¿y que se prestara a tantas y tan variadas figuras que teólogos, legisladores, capitanes, filósofos, toda suerte de gente que se ocupa de las ciencias, por muy variada y contrariamente que se ocupen de ellas, se apoyen en él, se remitan a él —maestro general de todos los oficios, obras y artesanos; consejero general para todos los intentos? *a* | Cualquiera que ha necesitado oráculos y predicciones, en él los ha encontrado para su causa. Asombra qué hallazgos y cuán admirables un docto personaje y amigo mío hace surgir de él en favor de nuestra religión; y le cuesta apartarse de la opinión de que no sea ése el propósito de Homero —sin embargo, este autor le es tan familiar como a nadie más en nuestra época—.[979] *c* | Y lo que él encuentra en favor de la nuestra, muchos antiguamente lo habían encontrado en favor de las suyas. Ved cómo se trasiega y agita a Platón. Todos ellos, mientras se honran de aplicarlo a sí mismos, lo inclinan del lado que quieren. Lo pasean y lo insertan en todas

las nuevas opiniones que acoge el mundo; y lo hacen diferente de sí mismo según el diferente curso de las cosas. Se hace que su juicio desautorice las costumbres lícitas de su época porque en la nuestra son ilícitas.[980] Todo ello de manera viva y poderosa, tanto como es poderoso y vivo el espíritu del intérprete.

a | A partir del mismo fundamento que tenía Heráclito, y de su sentencia de que todas las cosas poseían en sí mismas los aspectos que se les encontraban, Demócrito infería una conclusión del todo contraria: que los objetos no poseían nada en absoluto de lo que encontrábamos en ellos; y del hecho que la miel era dulce para uno y amarga para otro infería que no era ni dulce ni amarga.[981] Los pirrónicos dirían que ignoran si es dulce o amarga, o ni una cosa ni la otra, o ambas cosas.[982] Porque éstos alcanzan siempre el grado máximo de la duda. *c* | Los cirenaicos sostenían que nada era perceptible exteriormente, y que sólo podía percibirse aquello que nos afectaba mediante un contacto interior, como el dolor y el placer, de modo que no reconocíamos ni el sonido ni el color, sino sólo ciertas impresiones que nos llegaban de ellos;[983] y que el hombre no tenía otra sede para su criterio. Protágoras consideraba que era verdadero para cada cual lo que a cada cual le parecía. Los epicúreos ponen todo criterio en los sentidos, y en el conocimiento de las cosas y en el placer. Platón quiso que el criterio acerca de la verdad, y la verdad misma, estuviesen apartados de las opiniones y de los sentidos, perteneciesen al espíritu y al pensamiento.[984]

a | Este asunto me ha llevado a la consideración de los sentidos, en los cuales reside el mayor fundamento y prueba de nuestra ignorancia. Todo lo que se conoce, se conoce sin duda mediante la facultad del que conoce.[985] En efecto, dado que el juicio procede del acto del que juzga, es razonable que lleve a cabo este acto con sus medios y voluntad, no por constricción ajena, como sucedería si conociéramos las cosas por la fuerza y según la ley de su propia esencia.[986] Ahora bien, todo conocimiento se encauza en nosotros a través de los sentidos; son nuestros maestros:

b | *uta qua munita fidei*
proxima fert humanum in pectus templaque mentis.[987]

[la vía segura por la cual la persuasión penetra directamente hasta el corazón de los hombres y los santuarios de su mente].

a | La ciencia empieza por ellos y se resuelve en ellos. Después de todo, no sabríamos más que una piedra si no supiésemos que hay sonido, olor, luz, sabor, medida, peso, blandura, dureza, aspereza, color, brillo, anchura, profundidad. Aquí están la base y los principios del entero edificio de nuestra ciencia.[988] *c* | Y, según algunos, la ciencia no es otra cosa que sensación.[989] *a* | Quien pueda empujarme a contradecir los sentidos, me tiene cogido por el cuello, no podría hacerme retroceder más. Los sentidos son el inicio y el fin del conocimiento humano:

Inuenies primis ab sensibus esse creatam
notitiam ueri, neque sensus posse refelli.
Quid maiore fide porro quam sensus haberi debet?[990]

[Descubrirás que el conocimiento de la verdad es producido en primer lugar por los sentidos, y que los sentidos no pueden ser refutados. ¿A qué se debe considerar más fidedigno que a los sentidos?].

Aunque les atribuyamos lo menos posible, habrá que concederles aun así que toda nuestra instrucción se encauza a través de ellos y por medio suyo. Dice Cicerón que Crisipo que intentó rebajar la fuerza y el valor de los sentidos, se presentó a sí mismo argumentos contrarios y objeciones tan vehementes que no pudo darles respuesta.[991] A este respecto, Carnéades, que defendía la opción contraria, se jactaba de servirse de las armas mismas y de las palabras de Crisipo para oponérsele, y por eso exclamaba contra él: «¡Oh, desdichado, tu fuerza te ha perdido!».[992] A nuestro parecer, no hay absurdo más extremo que defender que el fuego no calienta, que la luz no ilumina, que el hierro carece de pesadez y de dureza —son conocimientos que nos brindan los sentidos—, ni hay creencia o ciencia en el hombre que pueda compararse a ésta en cuanto a certeza.

Mi primera consideración a propósito de los sentidos es poner en duda que el hombre esté provisto de todos los sentidos

naturales.[993] Veo muchos animales, unos sin vista, otros sin oído, que viven una vida completa y perfecta. ¿Quién sabe si también a nosotros nos faltan todavía uno, dos, tres o muchos otros sentidos? Porque si falta alguno, nuestra razón no puede descubrir su ausencia. Es el privilegio de los sentidos ser el límite extremo de nuestra percepción. Nada hay de ellos que podamos utilizar para descubrirlos; ni siquiera un sentido puede descubrir otro:

b | *An poterunt oculos aures reprehendere, an aures*
tactus, an hunc porro tactum sapor arguet oris,
an confutabunt nares, oculiue reuincent?[994]

[¿Acaso los oídos podrán recriminar a los ojos, o el tacto a los oídos, o bien el gusto podrá confundir al tacto, o lo refutará el olfato, o se impondrán los ojos?].

a | Constituyen todos ellos el término último de nuestra capacidad:

seorsum cuique potestas
diuisa est, sua uis cuique est.[995]

[cada uno tiene su propio dominio, cada uno tiene su fuerza particular].

Es imposible hacer entender a un ciego de nacimiento que no ve, imposible hacerle desear la vista y echarla de menos. Por lo tanto, no debe infundirnos confianza alguna que nuestra alma esté contenta y satisfecha con los que poseemos, ya que en esto no es capaz de sentir su enfermedad ni su imperfección si la tiene. Es imposible decirle nada al ciego, por vía de razonamiento, argumento o comparación, que introduzca en su imaginación idea alguna de luz, color y visión.[996] Nada hay más atrás que pueda hacer manifiesto el sentido. Aquellos ciegos de nacimiento que tienen deseo de ver, no lo tienen porque entiendan lo que piden. Han aprendido de nosotros que les falta algo, que han de ansiar algo que está en nosotros, *c* | a lo cual llaman bien, así como a sus efectos y consecuencias. *a* | Pero, aun así, no saben de qué se trata, no lo conciben ni de cerca ni de lejos.

He conocido a un gentilhombre de buena familia, ciego de nacimiento, al menos ciego desde una edad tal que no sabe

qué es la visión.[997] Entiende tan escasamente lo que le falta que usa y emplea como nosotros palabras propias de la visión y las aplica de un modo muy suyo y particular. Le presentaban a un niño del que era padrino; lo cogió entre sus brazos y dijo: «¡Dios mío, qué niño más guapo!, ¡qué maravilla verlo!, ¡qué cara más alegre!». Dirá como cualquiera de nosotros: «Esta sala tiene una hermosa vista, el día está claro, hace un sol magnífico». Hay más. Como nosotros, en efecto, practicamos la caza, la pelota, el tiro, y él lo ha oído contar, se aficiona y dedica a estos ejercicios, y cree tomar tanta parte en ellos como nosotros; se enardece y disfruta, y sin embargo sólo los conoce de oídas. Le gritan que se ve una liebre cuando está en una buena explanada donde puede espolear el caballo; y después le dicen también que la ha cogido. Y ahí está, tan orgulloso de su captura como oye decir que lo están los demás. La pelota, la coge con la mano izquierda y la impulsa con la raqueta; con el arcabuz dispara al azar, y se da por satisfecho con que sus criados le digan que ha tirado alto o desviado.

¿Sabemos acaso si el género humano comete la misma necedad, a falta de algún sentido, y si, debido a esta carencia, se nos oculta la mayor parte del semblante de las cosas? ¿Sabemos acaso si las dificultades que hallamos en numerosas obras de la naturaleza tienen este origen?, ¿y si muchas acciones de los animales que exceden nuestra capacidad son producidas por la facultad de algún sentido del que carecemos?, ¿y si algunos de ellos poseen una vida más plena y completa que la nuestra gracias a esto? Captamos la manzana casi con todos nuestros sentidos; encontramos en ella el color rojo, la tersura, la fragancia y el sabor dulce. Además, puede tener otras cualidades, como la de desecar o restriñir, con las que no pueda relacionarse ninguno de nuestros sentidos.[998] ¿No es verosímil que haya en la naturaleza facultades sensitivas aptas para juzgar y percibir las propiedades que llamamos ocultas en muchas cosas, como en el imán la de atraer el hierro, y que la carencia de estas facultades comporte nuestra ignorancia de la verdadera esencia de tales cosas? Es quizá cierto sentido particular el que descubre a los gallos la hora de la mañana y de la medianoche, y

los incita a cantar; *c* | el que enseña a las gallinas, antes de toda práctica y experiencia, a temer al gavilán, y no a la oca ni al pavo, animales más grandes; el que advierte a los polluelos de la hostilidad que les profesa el gato, y a no recelar del perro;[999] a protegerse ante el maullido, voz en cierta manera halagadora, y no ante el ladrido, voz violenta y pendenciera. A los abejones, a las hormigas y a las ratas, a elegir el mejor queso y la mejor pera antes de haberlos probado. Y *a* | el que dirige al ciervo, *c* | al elefante y a la serpiente *a* | al conocimiento de cierta hierba buena para curarse.[1000] No hay sentido que no tenga un gran dominio y que no aporte por su medio un número infinito de conocimientos. Si careciésemos de la inteligencia de los sonidos, de la armonía y la voz, se seguiría una confusión inimaginable en el resto de nuestra ciencia. Porque, además de lo que está sujeto a la propia acción de cada sentido, ¡cuántos argumentos, inferencias y conclusiones sacamos para las demás cosas comparando un sentido con otro! Que el hombre entendido imagine la naturaleza humana producida originalmente sin la vista, y discurra cuánta ignorancia y turbación le comportaría semejante carencia, cuántas tinieblas y ceguera en el alma. Veremos así hasta qué punto nos importa, para el conocimiento de la verdad, la privación de otro sentido similar, o de dos, o de tres, si se da en nosotros. Hemos formado una verdad mediante el debate y concurso de nuestros cinco sentidos; pero tal vez se requería el acuerdo de ocho o diez sentidos, y su contribución, para percibirla con certeza y en su propia esencia.

Las escuelas que se oponen a la ciencia humana, se le oponen sobre todo por la incertidumbre y la flaqueza de nuestros sentidos. En efecto, dado que todos los conocimientos llegan a nosotros por su trámite y mediación, si se engañan en la noticia que nos procuran, si corrompen o alteran aquello que nos transmiten del exterior, si la luz que se introduce a través de ellos en nuestra alma se oscurece con el tránsito, estamos perdidos.[1001] De tal extrema dificultad han surgido todas estas fantasías: que cada objeto posee en sí

todo lo que hallamos en él; que nada tiene de cuanto pensamos encontrar en él; y aquélla de los epicúreos: que el sol no es más grande de lo que considera nuestra vista:[1002]

b | *Quicquid id est, nihilo fertur maiore figura*
quam nostris oculis quam cernimus, esse uidetur;[1003]
[Sea como fuere, su figura no es en absoluto mayor
que aquella con la cual aparece a nuestros ojos];

a | que las apariencias que representan un cuerpo grande a quien está cerca, y más pequeño a quien está lejos, son ambas verdaderas:

b | *Nec tamen hic oculis falli concedimus hilum.*
Proinde animi uitium hoc oculis adfingere noli;[1004]
[Y por tanto no concedemos que los ojos se equivoquen
en nada. No imputes, pues, a los ojos el error de la mente];

a | y decididamente que no hay engaño alguno en los sentidos; que hay que ponerse a su merced y buscar en otro sitio las razones para excusar la diferencia y contradicción que encontramos en ellos, incluso inventar cualquier otra mentira y desvarío —llegan a este punto— antes que acusar a los sentidos.[1005] *c* | Timágoras juraba que, por mucho que apretara o torciera el ojo, jamás había visto doblarse la luz de una vela, y que tal apariencia procedía del error de la opinión, no del órgano.[1006] *a* | De todos los absurdos, el más absurdo *c* | para los epicúreos *a* | es desautorizar la fuerza y la acción de los sentidos:

Proinde quod in quoque est his uisum tempore, uerum est.
Etsi non potuit ratio dissoluere causam,
cur ea quae fuerint iuxtim quadrata, procul sint
uisa rotunda, tamen praestat rationis egentem
reddere mendose causas utriusque figurae,
quam manibus manifesta suis emittere quoquam,
et uiolare fidem primam, et conuellere tota
fundamenta quibus nixatur uita salusque.
Non modo enim ratio ruat omnis, uita quoque ipsa
concidat extemplo, nisi credere sensibus ausis,
praecipitesque locos uitare, et caetera quae sint
in genere hoc fugienda.[1007]

[Por lo tanto, lo que les ha parecido en cada momento es verdadero. Y si la razón no ha podido esclarecer la causa por la cual aquello que se ve cuadrado de cerca, de lejos aparece redondo, es preferible, al fallar la razón, atribuir causas engañosas a ambas figuras, a dejar escapar de las manos la evidencia, a violar la certeza primera y a conmover todos los fundamentos en que descansan la vida y la salvación. Porque no sólo la razón se desplomaría del todo, también la vida misma se derrumbaría de inmediato si no osaras confiar en los sentidos y evitar los precipicios y las demás cosas de este género de las que debe huirse].

c | Este consejo desesperado, y tan poco filosófico, no significa otra cosa sino que la ciencia humana sólo puede defenderse por medio de una razón no razonable, insensata y desquiciada; pero que, pese a todo, es mejor que el hombre, para hacerse valer, se sirva de ella y de cualquier otro remedio, por fantástico que sea, antes que reconocer su necesaria sandez —¡una verdad tan poco favorable!—. No puede evitar que los sentidos sean los amos supremos de su conocimiento; pero son inciertos y falibles en todas las circunstancias. Ahí es donde hay que batirse a muerte; y si las fuerzas justas nos fallan, como es el caso, emplear la obstinación, la temeridad, la impudicia. *b* | En el supuesto de que sea cierto lo que dicen los epicúreos, a saber, que carecemos de ciencia si las apariencias de los sentidos son falsas, y de que sea también cierto lo que dicen los estoicos, que las apariencias de los sentidos son tan falsas que no pueden presentarnos ciencia alguna, concluiremos, a expensas de estas dos grandes escuelas dogmáticas, que no existe ciencia alguna.[1008]

a | En cuanto al error y a la incertidumbre de la operación de los sentidos, todo el mundo puede procurarse ejemplos a su antojo. Hasta tal extremo son comunes los errores y engaños que nos causan. Con el eco de un pequeño valle, el sonido de la trompeta parece venir de delante nuestro cuando procede de una legua atrás:

b | *Extantesque procul medio de gurgite montes*
iidem apparent longe diuersi licet

et fugere ad puppim colles campique uidentur
quos agimus propter nauim.
Vbi in medio nobis equus acer obhaesit
flumine, equi corpus transuersum ferre uidetur
uis, et in aduersum flumen contrudere raptim.[1009]

[Dos montañas alejadas que se elevan sobre el mar nos parecen una sola, aunque estén muy lejos, y los montes y los llanos que nuestra nave costea parecen huir hacia popa. Cuando nuestro fogoso caballo se detiene en medio del río, una fuerza parece llevarse el cuerpo y arrastrarlo contra corriente].

a | Cuando tocamos una bala de arcabuz con el segundo dedo, manteniendo el del medio entrelazado por encima, hemos de forzarnos al máximo para reconocer que sólo hay una, hasta tal punto el sentido nos representa dos. En efecto, que los sentidos son muchas veces dueños del razonamiento y lo obligan a admitir impresiones que sabe y juzga falsas, se ve constantemente. Dejo de lado el del tacto, cuyas acciones son más próximas, más vivas y sustanciales, que echa por tierra tan a menudo, a causa del dolor que acarrea al cuerpo, todas esas bellas resoluciones estoicas, y obliga a gritar «¡el vientre!, ¡el vientre!» a quien ha fijado en su alma, con plena determinación, la creencia de que el cólico, como cualquier otra enfermedad y dolor, es una cosa indiferente sin fuerza para rebajar ni un ápice la suprema dicha y felicidad en la cual el sabio está asentado por su virtud. Ningún ánimo es tan blando que no se enardezca con el sonido de nuestros tambores y trompetas; ni tan duro que no se despierte y complazca con la dulzura de la música; ningún alma tan arisca que no se sienta afectada por cierta reverencia al considerar la sombría vastedad de nuestras iglesias, la variedad de los ornamentos y el orden de nuestras ceremonias, y al oír el devoto sonido de nuestros órganos[1010] y la armonía tan segura y religiosa de nuestras voces. Los mismos que entran en ellas con desdén sienten cierto escalofrío en el corazón y cierto estremecimiento que les hace desconfiar de su opinión.

b | Por mi parte, no me estimo bastante fuerte para oír con ánimo sereno unos versos de Horacio y de Catulo recitados con

voz apropiada por una bella y joven boca. *c* | Y Zenón estaba en lo cierto al decir que la voz es la flor de la belleza.[1011] Me han querido hacer creer que un hombre al que todos los franceses conocemos me había convencido, al recitarme unos versos hechos por él, de que no eran iguales en el papel que en el aire, y de que mis ojos emitirían un juicio contrario al de mis oídos. Tanta autoridad tiene la pronunciación para conferir valor y forma a las obras que pasan a su merced. A este respecto Filoxeno no estuvo importuno. Como oyó que alguien entonaba mal cierta composición suya, empezó a pisotear y romper unos ladrillos que pertenecían a aquél, diciendo: «Rompo lo que es tuyo, como tú corrompes lo que es mío».[1012]

a | ¿Con qué propósito aun quienes se dieron muerte con una firme resolución desviaban su rostro para no ver el golpe que se hacían asestar, y quienes en aras de su salud desean y ordenan que les corten y cautericen no pueden resistir la visión de los preparativos, los instrumentos y la operación del cirujano, si la vista no ha de tomar parte alguna en el dolor? ¿No son éstos buenos ejemplos para demostrar la autoridad que los sentidos poseen sobre la razón? Por más que sepamos que estas trenzas están tomadas de un paje o de un lacayo, que este color rojo procede de España, y esta blancura y este brillo, del océano,[1013] la vista necesariamente nos fuerza a encontrar el objeto más amable y más grato, contra toda razón. Porque en esto nada es suyo:

Auferimur cultu; gemmis auroque teguntur
crimina: pars minima est ipsa puella sui.
Saepe ubi sit quod ames inter tam multa requiras:
decipit hac oculos aegide, diues amor.[1014]

[Nos arrebata la apariencia; las piedras preciosas y el oro tapan los defectos: la muchacha misma es una parte mínima de ella. Con frecuencia, te preguntarás dónde está lo que amas entre tanto ornamento: con esta égida el rico amor engaña a los ojos].

¡Cuánto otorgan a la fuerza de los sentidos los poetas, que hacen a Narciso loco de amor por su sombra!:

Cunctaque miratur, quibus est mirabilis ipse;
se cupit imprudens; et qui probat, ipse probatur;
dumque petit, petitur; pariterque accendit et ardet;[1015]

[Y se admira de todo aquello que le hace admirable a él mismo, se desea sin darse cuenta, y al alabarse, se alaba a sí mismo, y al solicitarse, se solicita, y a la vez inflama y está inflamado];

¡y el juicio de Pigmalión, tan turbado por la impresión que le produce ver su estatua de marfil, que la ama y corteja como si estuviese viva!:

Oscula dat reddique putat, sequiturque tenetque,
et credit tactis digitos insidere membris;
et metuit pressos ueniat ne liuor in artus.[1016]

[Le da besos y cree que se los devuelve, y se entrega a ella y la abraza, y le parece que sus dedos se hunden en los miembros que tocan, y teme que la presión le produzca una moradura en el cuerpo].

Que pongan a un filósofo en una jaula de alambres finos y escasos, suspendida en lo alto de las torres de Notre-Dame de París. Verá con razón evidente que es imposible caer de ella, y sin embargo no podrá evitar —salvo si está acostumbrado al oficio de los techadores— que la visión de esa altura extrema le espante y sobrecoja. Bastante nos cuesta, en efecto, sentirnos seguros en las galerías que hay en nuestros campanarios cuando tienen aberturas, aunque sean de piedra. Algunos no pueden siquiera soportar pensar en ellas. Que coloquen una viga entre esas dos torres, de un grosor suficiente para poder pasearnos por encima. No existe sabiduría filosófica tan firme que pueda infundirnos valor para andar por ella como lo haríamos si estuviera en el suelo.[1017] He comprobado a menudo en las montañas de esta región —y con todo soy de los que sólo se asustan moderadamente de tales cosas— que no podía soportar la visión de la infinita profundidad sin horror y temblor de corvas y de muslos, aunque faltara mi longitud para que estuviera del todo en el borde, y aunque no habría podido caer sin ponerme expresamente en peligro. He observado también que, sea cual fuere la altura, cuando en la pendiente se ofrece un

árbol o un relieve de roca para sostener un poco la vista y dividirla, nos alivia e infunde seguridad, como si pudiera servirnos de alguna ayuda en la caída; pero que, los precipicios abruptos y lisos, no podemos siquiera mirarlos sin un vahído,[1018] *c* | *ut despici sine uertigine simul oculorum animique non possit*[1019] [de manera que no se puede mirar sin vértigo a la vez en los ojos y en el espíritu]. *a* | Lo cual es una evidente impostura de la vista. Por eso, aquel buen filósofo se arrancó los ojos para librar al alma del desenfreno que sufría por su causa y poder filosofar con más libertad.[1020]

Pero, en este caso, debía también hacerse tapar los oídos, *b* | que, según Teofrasto, son el instrumento más peligroso que tenemos para recibir impresiones violentas que nos alteren y cambien,[1021] *a* | y a la postre debía privarse de todos los demás sentidos, es decir, de su ser y de su vida. Porque todos ellos tienen el poder de mandar sobre nuestro razonamiento y nuestra alma, *c* | *Fit etiam saepe specie quadam, saepe uocum grauitate et cantibus, ut pellantur animi uehementius; saepe etiam cura et timore*[1022] [Ocurre también que a menudo las almas son golpeadas por la gravedad de las voces y por los cantos, a menudo también por la inquietud y el miedo]. *a* | Los médicos sostienen que hay ciertos temperamentos a los que ciertos sonidos e instrumentos agitan hasta el furor.[1023] He visto a algunos que no podían oír roer un hueso debajo de la mesa sin perder la paciencia. Y apenas hay nadie que no se turbe por el ruido áspero y agudo que hacen las limas al raspar el hierro; del mismo modo, al oír masticar a nuestro lado, o al oír hablar a alguien que tiene la garganta o la nariz tapada, muchos se alteran hasta la cólera y el odio. Aquel flautista apuntador de Graco, que ablandaba, endurecía y moldeaba la voz de su amo cuando discurseaba en Roma,[1024] ¿para qué servía si el movimiento y la cualidad del sonido carecían de fuerza para emocionar y alterar el juicio de los oyentes? ¡En verdad, hay motivo para celebrar grandemente la firmeza de este bello elemento,[1025] que se deja manejar y cambiar según el impulso y el azar de un viento tan ligero!

El mismo engaño al que los sentidos someten a nuestro entendimiento, lo sufren ellos a su vez. A veces el alma se toma la revancha de la misma manera; *c* | rivalizan en mentir y engañarse. *a* | Lo que vemos y oímos agitados de cólera, no lo oímos tal como es:

Et solem geminum, et duplices se ostendere Thebas.[1026]

[Aparecen dos soles y dos Tebas].

El objeto que amamos nos parece más hermoso de lo que es:

b | *Multimodis igitur prauas turpesque uidemus*
esse in delitiis, summoque in honore uigere,[1027]

[Así, vemos mujeres feas y en todo punto deformes
que son adoradas y tratadas con gran honor],

a | y más feo el que no nos agrada. A un hombre enojado y afligido, la claridad del día le parece oscura y tenebrosa. Las pasiones del alma no sólo alteran nuestros sentidos; muchas veces los embotan por completo. ¿Cuántas cosas vemos sin reparar en ellas cuando nuestro espíritu está ocupado en otro asunto?

in rebus quoque apertis noscere possis,
si non aduertas animum, proinde esse, quasi omni
tempore semotae fuerint, longeque remotae.[1028]

[también en las cosas manifiestas puedes notar que, si el espíritu no está atento, parece como si las cosas estuviesen siempre apartadas y muy alejadas].

Parece que el alma atrae hacia el interior y distrae las potencias de los sentidos. Así pues, tanto el interior como el exterior del hombre están llenos de debilidad y de mentira.

b | Quienes compararon nuestra vida con un sueño, tuvieron razón, acaso más de la que pensaban.[1029] Cuando soñamos, nuestra alma vive, actúa, ejerce todas sus facultades, ni más ni menos que cuando está despierta; si lo hace de una manera más débil y oscura, no ciertamente hasta el punto que haya tanta diferencia como entre la noche y una viva claridad, sí como la que hay entre noche y sombra.[1030] En un caso duerme, en el otro dormita, más y menos. No dejan de ser tinieblas, y tinieblas cimerias.[1031] *c* | Velamos cuando dormimos, y dormimos cuando velamos. En sueños no veo tan claro; pero el

estar despierto, jamás lo encuentro bastante puro y despejado. El sueño en su hondura adormece a veces incluso a los sueños. Pero nuestra vela jamás es tan despierta que purgue y disipe por completo los ensueños, que son los sueños de los despiertos, y peores que sueños. Dado que nuestra razón y alma acepta las fantasías y opiniones que le sobrevienen mientras duerme, y dado que autoriza las acciones de los sueños con la misma aprobación que brinda a las del día, ¿por qué no ponemos en duda si nuestro pensar y actuar no es otro soñar, y nuestro velar alguna especie de dormir?

a | Si los sentidos son nuestros primeros jueces, no son los nuestros los únicos que hay que llamar a consulta, pues en esta facultad los animales tienen tanto o más derecho que nosotros. Es seguro que algunos poseen un oído más fino que el hombre, otros la vista, otros el olfato, otros el tacto o el gusto.[1032] Decía Demócrito que los dioses y los animales disponen de facultades sensitivas mucho más perfectas que el hombre.[1033] Ahora bien, entre los efectos de sus sentidos y los nuestros, la diferencia es extrema. Nuestra saliva limpia y seca nuestras heridas; mata a la serpiente:[1034]

Tantaque in his rebus distantia differitasque est,
ut quod alis cibus est, aliis fuat acre uenenum.
Saepe etenim serpens, hominis contacta saliua,
disperit, ac sese mandendo conficit ipsa.[1035]

[Tan grande es en estos asuntos la distancia y la diferencia que lo que para unos es alimento, para otros es violento veneno. En efecto, a menudo la serpiente, al contacto con la saliva humana, muere y se da fin devorándose a sí misma].

¿Qué cualidad acordaremos a la saliva?, ¿la que nos atañe o la que atañe a la serpiente? ¿Por cuál de los dos sentidos verificaremos su verdadera esencia, que estamos buscando? Dice Plinio que en las Indias hay ciertas liebres marinas que para nosotros son veneno, y nosotros para ellas, de suerte que con el mero contacto las matamos:[1036] ¿quién será verdaderamente veneno, el hombre o el pez?; ¿a quién creeremos, al pez acerca del hombre, o al hombre acerca del pez? *b* | Cierta cualidad del aire infecta al hombre sin dañar en

nada al buey; otra, al buey, sin dañar al hombre: ¿cuál de las dos será, en verdad y por naturaleza, la cualidad pestífera? *a* | Quienes están aquejados de ictericia, ven todas las cosas amarillentas y más pálidas que nosotros:[1037]

b | *Lurida praeterea fiunt quaecunque tuentur*
arquati.[1038]
[Por lo demás, todos los objetos se vuelven
amarillos para quien los mira con ictericia].

a | Quienes padecen la enfermedad que los médicos llaman *hyposphagma*, que es una sufusión de sangre bajo la piel, ven todas las cosas rojas y sanguinolentas.[1039] Estos humores, que cambian así las operaciones de nuestra vista, ¿acaso sabemos si predominan en los animales y les son comunes? En efecto, vemos que unos tienen los ojos amarillos como nuestros enfermos de ictericia, que otros los tienen sanguinolentos y enrojecidos; a éstos el color de los objetos se les aparecerá verosímilmente de otro modo que a nosotros; ¿qué juicio de los dos será el verdadero? Porque no está dicho que la esencia de las cosas se refiera sólo al hombre. La dureza, la blancura, la profundidad y la aspereza atañen a la utilidad y a la ciencia de los animales como a las nuestras. Cuando apretamos un ojo, los cuerpos que miramos los percibimos más largos y extensos; en muchos animales el ojo está oprimido así: por tanto, tal longitud es quizá la verdadera forma del cuerpo, no la que nuestros ojos le atribuyen en su situación habitual.[1040] *b* | Si apretamos el ojo por debajo, las cosas nos parecen dobles,

Bina lucernarum florentia lumina flammis,
et duplices hominum facies, et corpora bina.[1041]
[Doble es la luz floreciente de la llama de la lámpara,
y dobles los rostros de los hombres y dobles los cuerpos].

a | Si alguna cosa nos tapona los oídos o tenemos el conducto auditivo apretado, percibimos un sonido distinto del ordinario; por consiguiente, los animales con orejas peludas o con sólo un orificio diminuto en lugar de oreja no oyen lo que oímos nosotros, y perciben el sonido de otro modo.[1042] Vemos en las fiestas y en los teatros que, cuando se pone un cristal teñido de

color ante la luz de las antorchas, todo lo que está en ese sitio nos parece verde, amarillo o violeta:

b | *Et uulgo faciunt id lutea russaque uela*
et ferrugina, cum magnis intenta theatris
per malos uolgata trabesque trementia pendent:
namque ibi consessum caueai subter, et omnem
scenai speciem, patrum, matrumque, deorumque
inficiunt, coguntque suo volitare colore.[1043]

[Suelen hacer esto las velas amarillas, rojas y púrpura cuando, tendidas en nuestros vastos teatros, flotan al viento entre los mástiles y las vigas que los sostienen; en efecto, tiñen con su color al público reunido debajo en las gradas y a todo el ornato de la escena, los senadores, las matronas y los dioses, y los hacen fluctuar con sus colores].

a | Es verosímil que los ojos de los animales, que vemos que son de distinto color, produzcan en ellos unas apariencias de los cuerpos conformes a sus ojos.[1044]

Así pues, para enjuiciar la acción de los sentidos, deberíamos, en primer lugar, estar de acuerdo con los animales, y, en segundo lugar, entre nosotros mismos. No lo estamos en absoluto; y discutimos sin cesar acerca de si uno oye, ve o gusta alguna cosa de manera distinta que otro; y, sobre todo, discutimos de la variedad de imágenes que los sentidos nos proporcionan. Según la regla común de la naturaleza, un niño oye, ve y gusta de otra manera que un hombre de treinta años, y éste de otra manera que un sexagenario. Los sentidos son en unos más oscuros y sombríos, en otros más abiertos y agudos.[1045] Percibimos las cosas de una u otra manera según lo que somos y lo que nos parece. Ahora bien, dado que nuestro parecer es tan incierto y controvertido, no causa ya asombro que alguien nos diga que podemos aceptar que la nieve nos parece blanca, pero no podemos garantizar la afirmación de que sea así en esencia y de verdad. Y, socavado este inicio, toda la ciencia del mundo se va necesariamente a pique. ¿Qué decir del hecho de que nuestros propios sentidos se estorben entre sí? Una pintura le parece a la vista que posee relieve, al tacto le parece plana;

¿diremos que el almizcle, que deleita al olfato y molesta al gusto, es agradable o que no lo es? Existen hierbas y ungüentos que son buenos para una parte del cuerpo y nocivos para otra; la miel es grata al gusto, desagradable a la vista.[1046] En esos anillos tallados en forma de plumas, que en las divisas se llaman «*pennes sans fin*»,[1047] no hay ojo que pueda discernir su longitud y que sepa defenderse del engaño de que por un lado se ensanchan y por otro se afinan y estrechan, sobre todo cuando los enrollamos en torno al dedo; sin embargo, al tocarlos, nos parecen de la misma anchura e idénticos por todas partes. *c* | Esas personas que, para contribuir a su placer, se servían antiguamente de espejos capaces de aumentar y de agrandar el objeto que representan, a fin de que los miembros de que iban a valerse, con tal incremento ocular, les gustasen más,[1048] ¿a cuál de los dos sentidos daban por vencedor, a la vista, que les representaba esos miembros gruesos y grandes a su antojo, o al tacto, que se los mostraba pequeños y desdeñables?

a | ¿No es cierto que los sentidos brindan al objeto estas diversas cualidades, y que los objetos no obstante sólo tienen una? Así lo vemos en el pan que comemos. No es más que pan, pero nuestro uso hace de él huesos, sangre, carne, cabellos y uñas:[1049]

b | *Vt cibus, in membra atque artus cum diditur omnes,*
disperit, atque aliam naturam sufficit ex se.[1050]

[Así como el alimento, cuando se distribuye por todos los miembros y órganos, se disuelve y da lugar a una nueva naturaleza].

a | El líquido chupado por la raíz del árbol deviene tronco, hoja y fruto; y el aire, que sólo es uno, al ser aplicado a una trompeta, se diversifica en mil clases de sonidos: ¿son nuestros sentidos, me pregunto, los que igualmente modelan con diversas cualidades los objetos, o acaso éstos las poseen tales?[1051] Y a partir de esta duda, ¿qué podemos determinar de su verdadera esencia? Además, puesto que las circunstancias de las enfermedades, de la locura o del sueño hacen que las cosas nos parezcan distintas de lo que parecen a los sanos, a los cuerdos y a los que están despiertos, ¿no es verosímil que

nuestro estado normal y nuestros humores naturales posean también la capacidad de atribuir a las cosas un ser acorde con su condición, y de acomodarlas a sí mismos, como lo hacen los humores desordenados?, ¿y que nuestra salud sea tan capaz de brindarles su aspecto como lo es la enfermedad?[1052] *c* | ¿Por qué el templado no posee alguna forma de los objetos relativa a sí, como el destemplado, y por qué no ha de imprimirles también su carácter? El desganado transmite la insipidez al vino; el sano, el sabor; el alterado, la gula.

a | Ahora bien, puesto que nuestro estado acomoda las cosas a sí y las transforma de acuerdo consigo, ya no sabemos qué son las cosas en verdad: nada llega hasta nosotros, en efecto, sino falsificado y alterado por nuestros sentidos. Allí donde el compás, la escuadra y la regla están torcidos, todas las proporciones que se obtienen con ellos, todos las construcciones que se alzan según su medida, son también, necesariamente, defectuosas y erradas. La incertidumbre de nuestros sentidos vuelve incierto todo lo que producen:

Denique ut in fabrica, si praua est regula prima,
normaque si fallax rectis regionibus exit,
et libella aliqua si ex parte claudicat hilum,
omnia mendose fieri atque obstipa necessum est,
praua, cubantia, prona, supina, atque absona tecta,
iam ruere ut quaedam uideantur uelle, ruantque
prodita iudiciis fallacibus omnia primis.
Hic igitur ratio tibi rerum praua necesse est
falsaque sit, falsis quaecumque a sensibus orta est.[1053]

[Por último, así como en una construcción, si la primera regla es falsa, si la escuadra es falaz y se desvía de la dirección perpendicular, y la plomada se inclina un poco por un lado, es necesario que todo resulte mal y de través, deforme, hundido, inclinado hacia delante o hacia atrás, dislocado, y ya algunas partes parecen querer desplomarse, y se desplomarán, en efecto, traicionadas por el error de los primeros cálculos. Así, es necesario que cualquier razonamiento que hagas sobre las cosas sea vicioso y falso, si descansa sobre sentidos falsos].

Además, ¿quién será apto para juzgar sobre tales diferencias? Así como decimos, en los debates en torno a la religión, que nos falta un juez no comprometido con ninguno de los dos partidos, exento de opción y de pasión, cosa que es imposible entre los cristianos, aquí sucede lo mismo. Porque si es viejo, no puede enjuiciar el sentimiento de la vejez pues él mismo es parte del debate; si es joven, lo mismo; si está sano, lo mismo; lo mismo si está enfermo, si duerme o si vela. Nos haría falta alguien exento de todas estas características para que, sin prejuicios, juzgara esas proposiciones como si le fuesen indiferentes; y en este caso nos haría falta un juez que no existiese.[1054]

Para enjuiciar las apariencias que recibimos de los objetos, necesitaríamos un criterio de juicio; para verificar este criterio, necesitamos una demostración; para verificar la demostración, un criterio. Caemos en un círculo.[1055] Puesto que los sentidos no pueden detener nuestra disputa, ya que ellos mismos están llenos de incertidumbre, ha de hacerlo la razón; ninguna razón se establecerá sin otra razón: andamos para atrás hasta el infinito. Nuestra fantasía no se aplica a las cosas externas, sino que se concibe por medio de los sentidos; y los sentidos no abrazan el objeto externo, sino solamente sus propias impresiones; y por tanto la fantasía y la apariencia no atañen al objeto, sino solamente a la impresión y pasión del sentido, siendo la impresión y el objeto cosas diferentes. Por ello quien juzga por las apariencias juzga por cosa distinta del objeto.[1056] Y si decimos que las impresiones de los sentidos refieren al alma la cualidad de los objetos externos por semejanza, ¿cómo el alma y el entendimiento pueden estar seguros de tal semejanza si carecen de suyo de cualquier trato con los objetos externos? Del mismo modo, quien no conozca a Sócrates, al ver su retrato no podrá decir que se le parece.[1057] Ahora bien, si aun así alguien pretendiera juzgar por las apariencias: si es por todas, es imposible, pues se perturban entre sí por sus contrariedades y discrepancias, como vemos por experiencia; ¿será acaso que algunas apariencias escogidas regulan a las otras? Habrá que verificar a la escogida con otra

escogida, a la segunda con una tercera, y de este modo no se terminará nunca.[1058]

Al cabo, ni nuestro ser ni el de los objetos poseen ninguna existencia constante. Nosotros, y nuestro juicio, y todas las cosas mortales, fluimos y rodamos incesantemente. Por lo tanto, nada cierto puede establecerse del uno al otro, siendo así que tanto el que juzga como lo juzgado están en continua mutación y movimiento. No tenemos comunicación alguna con el ser,[1059] pues toda naturaleza humana se halla siempre en medio, entre el nacer y el morir, y no ofrece de sí misma más que una oscura apariencia y sombra, y una incierta y débil opinión. Y si por fortuna fijas tu pensamiento en querer atrapar su ser, será ni más ni menos como si alguien quisiera empuñar el agua —porque cuanto más apriete y oprima aquello que por naturaleza se derrama por todas partes, tanto más perderá lo que pretendía coger y empuñar—. Por tanto, siendo así que todas las cosas están supeditadas a pasar de cambio en cambio, la razón que busque una subsistencia real resultará burlada al no poder aprehender nada que sea subsistente y duradero, ya que todo o llega a ser y aún no es del todo, o empieza a morir antes de haber nacido. Decía Platón que los cuerpos jamás tenían existencia, pero sí nacimiento; *c* | consideraba que Homero hizo de Océano el padre de los dioses, y de Tetis la madre, para enseñarnos que todo fluye, cambia y varía perpetuamente —opinión común a todos los filósofos anteriores a su época, según dice, con la única excepción de Parménides, que negaba el movimiento a las cosas, cuya fuerza tiene muy en cuenta—.[1060] *a* | Pitágoras, que toda materia es fluyente y lábil;[1061] los estoicos, que no existe el presente, y que lo que llamamos presente no es más que la articulación y conexión entre futuro y pasado;[1062] Heráclito, que jamás nadie había entrado dos veces en el mismo río;[1063] *b* | Epicarmo, que si a alguien le prestaron dinero hace tiempo, ahora ya no lo debe; y que si a alguien le invitaron anoche a ir a comer por la mañana, hoy va sin estar invitado, pues ya no son ellos: se han convertido en otros;[1064] *a* | y que no era posible encontrar una sustancia

mortal dos veces en el mismo estado, pues, a causa de la rapidez y ligereza del cambio, tan pronto se dispersa como se reúne, viene y luego se va. De suerte que aquello que empieza a nacer no llega nunca hasta la perfección de ser; por tanto, que este nacer no se acaba nunca y nunca se detiene como si alcanzara su término, sino que, desde la semilla, está siempre cambiando y transformándose de una cosa en otra. Así, a partir de la semilla humana, se forja primero, en el vientre de la madre, un fruto sin forma; después, un niño formado; más adelante, una vez fuera del vientre, un niño de pecho; después, deviene muchacho; luego, ulteriormente, jovenzuelo; después, hombre hecho; después, hombre de edad; al cabo, anciano decrépito. De manera que la edad y la generación que sigue siempre destruye y echa a perder la precedente:

b | *Mutat enim mundi naturam totius aetas,*
ex alioque alius status excipere omnia debet,
nec manet ulla sui similis res: omnia migrant,
omnia commutat natura et uertere cogit.[1065]

[En efecto, el tiempo cambia la naturaleza del mundo entero, y en todo a un estado debe sucederle otro, y ninguna cosa permanece igual a sí misma: todas se transforman, la naturaleza las cambia todas y las obliga a mudar].

a | Y además tememos neciamente una clase de muerte cuando hemos pasado ya y estamos pasando tantas otras. Porque no solamente, como decía Heráclito, la muerte del fuego genera el aire y la muerte del aire genera el agua, sino que podemos verlo en nosotros mismos de manera aún más evidente. La flor de la edad se muere y pasa cuando llega la vejez, y la juventud se termina en la flor de la edad del hombre hecho, la infancia en la juventud, y la primera edad muere en la infancia, y el día de ayer muere en el de hoy, y el día de hoy morirá en el de mañana; y nada permanece ni es siempre uno. Porque, como prueba de que es así, si permanecemos siempre idénticos y unos, ¿cómo es que nos alegramos ahora de una cosa y luego de otra?, ¿cómo es que amamos u odiamos, encarecemos o censuramos cosas contrarias?, ¿cómo es que tenemos inclinaciones distintas y dejamos de mantener el mismo

sentimiento en el mismo pensamiento? No es verosímil, en efecto, que sin mutación nos embarguen pasiones distintas; y lo que padece mutación no continúa siendo uno mismo, y si no es uno mismo, entonces tampoco es. Al contrario, a la vez que cambia el ser uno, cambia también el ser absoluto, y deviene siempre otro de otro. Y por consiguiente los sentidos naturales se equivocan y mienten al tomar lo que parece por lo que es, a falta de saber bien qué es.

Pero, entonces, ¿qué es verdaderamente? Lo que es eterno, es decir, lo que jamás ha tenido nacimiento ni tendrá jamás fin; aquello a lo que el tiempo jamás acarrea mutación alguna. Porque el tiempo es una cosa móvil y que aparece como una sombra, con la materia siempre deslizante y fluyente, sin mantenerse nunca estable ni permanente. A él pertenecen las palabras «antes» y «después», y «ha sido» o «será», que muestran evidentemente a primera vista que no es una cosa que sea. Constituiría, en efecto, una gran necedad y una falsedad muy manifiesta decir que es aquello que aún no tiene ser o que ya ha dejado de ser. Y en cuanto a las palabras «presente», «instante», «ahora», con las cuales parece que sostenemos y fundamentamos principalmente la inteligencia del tiempo, al descubrirlo[1066] la razón, lo destruye de inmediato, pues lo corta y divide enseguida en futuro y pasado, como si quisiera verlo necesariamente partido en dos. Le sucede lo mismo a la naturaleza, que es medida, y al tiempo, que la mide. Porque tampoco en ella hay nada que permanezca ni que sea subsistente; al contrario, todas las cosas o son nacidas o nacientes o murientes. Por lo cual sería pecado decir de Dios, el único que es, que fue o será. Estos términos son, en efecto, variaciones, transiciones o vicisitudes de lo que no puede durar ni persistir en el ser. Por tanto, ha de concluirse que únicamente Dios es, no según ninguna medida temporal, sino según una eternidad inmutable e inmóvil, no medida por el tiempo ni expuesta a variación alguna. Antes de Él nada es, ni será después, ni más nuevo o más reciente, sino uno que realmente es, que, con un único ahora, llena el

siempre. Y nada es verdaderamente sino sólo Él, sin que pueda decirse «ha sido» o «será», sin comienzo y sin fin.

A esta conclusión tan religiosa de un pagano[1067] quiero añadirle solamente la sentencia de un testigo de la misma condición, para acabar este largo y enojoso discurso, que me brindaría materia sin fin: «¡Qué cosa más vil y abyecta el hombre», dice, «si no se eleva por encima de la humanidad».[1068] *c* | Es una buena sentencia y un útil deseo, pero asimismo absurdo. Pues *a* | hacer el puñado más grande que el puño, la brazada más grande que el brazo, y esperar dar una zancada más larga que la extensión de nuestras piernas, es imposible y monstruoso. Y lo es que el hombre se alce por encima de sí mismo y de la humanidad, porque no puede ver sino con sus ojos, ni asir sino con sus manos. Se elevará si Dios le presta una ayuda extraordinaria; se elevará abandonando y renunciando a sus propios medios, y dejándose alzar y levantar por los medios puramente celestes.[1069] *c* | Atañe a nuestra fe cristiana, no a su virtud estoica, aspirar a esta divina y milagrosa metamorfosis.[1070]

CAPÍTULO XIII
JUZGAR DE LA MUERTE AJENA

a | Cuando juzgamos sobre la seguridad de alguien en la muerte, que es sin duda la acción más notable de la vida humana, debemos tener una cosa en cuenta: que difícilmente nadie cree haber llegado a tal extremo. Poca gente muere convencida de que sea su última hora, y en ninguna otra cosa el engaño de la esperanza nos embauca más. No cesa de gritarnos a los oídos: «Otros han estado más enfermos y no han muerto; la situación no es tan desesperada como piensan; y, en el peor de los casos, Dios ha hecho otros milagros». Y sucede así porque nos prestamos demasiada atención. Parece que la totalidad de las cosas se vea de algún modo afectada por nuestra aniquilación, y se compadezca de nuestro estado. En efecto, cuando nuestra vista sufre una alteración, se representa las cosas también alteradas, y tenemos la impresión de que las